

EL  
PESO  
DEL  
HONOR

REYES Y HECHICEROS—LIBRO 3

MORGAN RICE

Morgan Rice

# **El Peso del Honor**

**Reyes y Hechiceros — Libro 3**



# Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de tres libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com) para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!

Derechos de autor © 2015 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. Excepto como permitido bajo el Acta de 1976 de EU de Derechos de Autor, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o medio, o guardada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor.

Este ebook otorga licencia sólo para uso personal. Este ebook no puede ser revendido o pasado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro pero no lo compraste, o si no fue comprado sólo para tu uso, por favor regrésalo y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos, e incidentes son o producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es completa coincidencia.

Jacket image Copyright breakermaximus, usado bajo licencia de Shutterstock.com.

“Si pierdo mi honor,  
me pierdo a mí mismo.”

WILLIAM SHAKESPEARE  
Antonio y Cleopatra

# CONTENIDO

[CAPÍTULO UNO](#)  
[CAPÍTULO DOS](#)  
[CAPÍTULO TRES](#)  
[CAPÍTULO CUATRO](#)  
[CAPÍTULO CINCO](#)  
[CAPÍTULO SEIS](#)  
[CAPÍTULO SIETE](#)  
[CAPÍTULO OCHO](#)  
[CAPÍTULO NUEVE](#)  
[CAPÍTULO DIEZ](#)  
[CAPÍTULO ONCE](#)  
[CAPÍTULO DOCE](#)  
[CAPÍTULO TRECE](#)  
[CAPÍTULO CATORCE](#)  
[CAPÍTULO QUINCE](#)  
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)  
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)  
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)  
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)  
[CAPÍTULO VEINTE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)  
[CAPÍTULO VEINTIDOS](#)  
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)  
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)  
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)  
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)  
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)  
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)  
[CAPÍTULO TREINTA](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)



# CAPÍTULO UNO

Theos voló hacia uno de los campos lleno de una furia que ya no podía controlar. Ya no le importaba lo que escogiera como objetivo; haría que toda la raza humana y toda la tierra de Escalon pagaran por la pérdida de su huevo. Destruiría el mundo entero hasta que encontrara lo que estaba buscando.

Theos estaba desgarrado por la ironía de todo esto. Había dejado su tierra natal para cuidar a su huevo, para librar a su cría de la furia de los otros dragones que se sentían amenazados por esta y por la profecía de que su hijo se convertiría en el Amo de Todos los Dragones. Todos habían deseado destruirlo, pero Theos no lo permitiría. Había peleado con los otros dragones y había recibido una considerable herida en la batalla, después volando herido por miles de millas sobre los grandes mares hasta que llegó a este lugar, esta isla de humanos, lugar en el que los otros dragones no lo buscarían y que sería un refugio seguro para su huevo.

Pero cuando Theos bajó a tierra y colocó su huevo en un lugar remoto del bosque, había quedado vulnerable. Pagó por esto al recibir heridas de los soldados Pandesianos y perdiendo de vista el huevo mientras huía rápidamente salvando su vida gracias a esa humana, Kyra. En esa noche confusa, en medio de la tormenta y el salvaje viento, no fue capaz de encontrar el huevo cubierto de nieve a pesar de volar en círculos una y otra vez. Este fue un error que lo hizo odiarse a sí mismo, un error por el que culpaba a la raza humana y uno que nunca perdonaría.

Theos voló más rápido, abriendo su mandíbula y rugiendo enfurecido, con un rugido que hizo temblar a los árboles y liberando una corriente de fuego tan caliente que hasta él la sintió. Era una corriente masiva, lo suficientemente poderosa para arrasar toda una ciudad, y cayó sobre su blanco inocente: una pequeña aldea que desafortunadamente estaba a su paso. Abajo, cientos de humanos que se encontraban en granjas y viñedos no tenían idea de la muerte que estaba por caer sobre ellos.

Miraron hacia arriba con los rostros llenos de terror al ver descender las llamas; pero era demasiado tarde. Gritaron y corrieron por sus vidas, pero la nube de fuego los atrapó. Las llamas no perdonaron a nadie; hombres, mujeres, niños, granjeros, guerreros, todos los que corrieron y todos los que se quedaron paralizados. Theos agitó sus grandes alas y los envolvió a todos en llamas, quemando sus casas, sus armas, su ganado y sus posesiones. Todos y cada uno de ellos pagarían.

Cuando Theos finalmente volvió a las alturas no quedó nada. Ahora había un gran incendio en el lugar en el que estaba la aldea y pronto se convertiría todo en cenizas. Theos pensó adecuadamente: los humanos vienen de las cenizas y volverán a las cenizas.

Theos no se detuvo. Continuó volando manteniéndose cerca del suelo mientras rugía al derribar los árboles, destrozando ramas al pasar y haciendo las hojas añicos. Voló por encima de los árboles haciendo una vereda y seguía respirando fuego. Dejó un rastro de llamas al pasar marcando el suelo, un camino de fuego para que Escalon siempre lo recordara. Incendió grandes franjas del Bosque de las Espinas sabiendo que no volvería a crecer por miles de años, sabiendo que dejaría esta cicatriz en la tierra y sintiendo gran satisfacción al pensarlo. Se dio cuenta mientras seguía respirando que las llamas podrían alcanzar y quemar a su huevo. Pero, sobrecogido por la furia y frustración, no pudo detenerse.

Mientras volaba, gradualmente el paisaje cambiaba debajo de él. El bosque y los campos fueron reemplazados por construcciones de piedra, y Theos miró hacia abajo detectando una guarnición llena de miles de soldados con armaduras azul y amarillo. Pandesianos. Los soldados miraban hacia

el cielo con pánico y confusión mostrando sus relucientes armaduras. Algunos, los inteligentes, huyeron; pero los valientes se quedaron en su lugar y le arrojaron lanzas y jabalinas al acercarse.

Theos respiró y quemó todas las armaduras en el aire, mandándolas al suelo como un montón de cenizas. Sus llamas siguieron bajando hasta que llegaron con los soldados restantes, quemándolos vivos y atrapándolos en sus brillantes trajes de metal. Theos sabía que todos esos trajes de metal pronto serían cáscaras oxidadas en el suelo como recuerdo de su visita. No se detuvo hasta que quemó al último de los soldados, dejando la guarnición como un gran caldero de llamas.

Theos siguió volando ahora hacia el norte sin poder detenerse. El paisaje cambió una y otra vez y no se detuvo incluso al ver algo que parecía extraño: ahí debajo apareció una inmensa criatura, un gigante, saliendo de un túnel subterráneo. Era una criatura poderosa, una que Theos nunca antes había visto. Pero Theos no sintió temor; por el contrario, sintió furia, furia por la criatura en su camino.

La bestia miró hacia arriba y su grotesco rostro se derrumbó en temor al ver a Theos volar hacia abajo. Este también se dio vuelta y voló hacia su agujero, pero Theos no dejaría que escapara tan fácilmente. Si no podía encontrar a su cría, entonces los destruiría a todos, hombre y bestia por igual. Y no se detendría hasta que todos y todo en Escalon dejara de existir.



## CAPÍTULO DOS

Vesuvius estaba en el túnel y miraba hacia los rayos de sol que caían sobre él, luz solar de Escalon, y disfrutó el sentimiento más dulce de su vida. Ese agujero de arriba, esos rayos que brillaban sobre él, representaban una victoria más grande que la que nunca había soñado y completaban el túnel que había imaginado toda su vida. Otros habían dicho que no podía ser construido, y Vesuvius sabía que había conseguido lo que su padre y el padre de su padre no habían podido lograr, que era crear un camino para que la entera nación de Marda invadiera Escalon.

El polvo aún flotaba en el aire y los escombros seguían cayendo de donde el gigante había creado el agujero en el techo. Y mientras Vesuvius lo observaba, sabía que este agujero significaba su destino. Su entera nación iría detrás de él; pronto todo Escalon sería suyo. Sonrió ampliamente ya imaginando las violaciones y torturas y destrucción que le esperaban. Sería un festival sangriento. Crearía una nación de esclavos y la nación de Marda crecería el doble en cantidad y tamaño.

“¡NACIÓN DE MARDA, AVANCEN!” gritó.

Hubo un gran grito detrás de él mientras los cientos de troles apretados en el túnel levantaron sus alabardas y avanzaron junto con él. Él guio el camino subiendo el túnel, resbalando con la tierra y las rocas mientras se dirigía hacia la abertura y la conquista. Con Escalon tan cerca, temblaba con excitación mientras el suelo retumbaba bajo él y también con temblores causados por los gritos del gigante aliviado de estar libre. Vesuvius imaginaba el daño que el gigante causaría ahí arriba al dejarlo libre aterrorizando el territorio y esto lo hizo sonreír más. Lo dejaría divertirse y, cuando Vesuvius se cansara de él, lo mataría. Por lo pronto, sería un activo valioso en su terrorífica conquista.

Vesuvius miró hacia arriba y parpadeó confundido al ver de repente que el cielo se oscurecía y al sentir una gran oleada de calor acercándose. Se impactó al ver de repente un muro de fuego cayendo sobre el suelo. No pudo entender lo que estaba pasando mientras una gran oleada de calor cayó sobre él quemando su rostro seguida del rugido del gigante; y después un gran chillido de agonía. El gigante golpeó claramente herido por algo, y Vesuvius miró aterrorizado mientras este inexplicablemente se daba la vuelta. Se introdujo en el túnel de nuevo con el rostro medio quemado y dirigiéndose directamente hacia él.

Vesuvius observaba pero no pudo comprender la pesadilla que se desvelaba delante de él. ¿Por qué se daría el gigante la vuelta? ¿Cuál era la fuente del calor? ¿Qué era lo que había quemado su rostro?

Vesuvius entonces escuchó el agitar de las alas y un chillido más horrible que el del gigante, y entonces lo supo. Sintió un escalofrío al darse cuenta que, volando ahí arriba, estaba algo incluso más terrorífico que el gigante. Era algo que Vesuvius nunca había pensado encontrarse en su vida: un dragón.

Vesuvius se quedó ahí congelado de miedo por primera vez en su vida, con su ejército entero de troles también paralizados detrás de él y atrapados. Lo impensable había sucedido: el gigante corría asustado por algo más grande que él. Quemado, en agonía y en pánico, el gigante golpeaba con sus puños al bajar y arañaba con sus garras, y Vesuvius observó con horror cómo sus troles eran destrozados. Lo que se cruzaba en su camino era aplastado por sus pies, cortado a la mitad por sus garras o impactado por sus puños.

Y entonces, antes de que pudiera quitarse de su camino, Vesuvius sintió cómo sus propias

costillas se quebraban mientras el gigante lo levantaba y lo lanzaba en el aire.

Sintió cómo volaba dando vueltas con el mundo girando y lo siguiente que supo fue que su cabeza golpeaba contra una roca, con el terrible dolor esparciéndose por su cuerpo al chocar con una pared de piedra. Cuando empezaba a caer al piso perdiendo la consciencia, lo último que vio fue al gigante destrozándolo todo, acabando con sus planes y con todo lo que había conseguido, y se dio cuenta de que moriría aquí, muy lejos de su tierra pero tan cerca del sueño que casi había conseguido.

## CAPÍTULO TRES

Duncan sintió la ráfaga de viento que pasaba sobre él mientras bajaba la cuerda al atardecer, bajando las majestuosas cimas de Kos, sosteniéndose tanto como podía mientras se deslizaba a una velocidad que le parecía imposible. A su alrededor los hombres se deslizaban también: Anvin y Arthfael, Seavig, Kavos, Bramthos, y miles más, hombres de Duncan, de Seavig, y de Kavos que formaban un solo ejército, todos deslizándose por el hielo en filas como un ejército bien disciplinado saltando uno sobre otro, todos desesperados por llegar al suelo antes de ser detectados. En cuanto los pies de Duncan tocaban el hielo, inmediatamente se impulsaba de nuevo hacia atrás y previniendo que sus manos fueran destrozadas sólo por los gruesos guantes que Kavos le había dado.

Duncan se maravilló por lo rápido que se movía su ejército en una bajada casi empinada por el acantilado. Cuando había estado en la cima de Kos, no había tenido idea de cómo Kavos planeaba hacer que un ejército de tal tamaño bajara tan rápido sin perder a muchos hombres; no se había dado cuenta del complejo sistema de cuerdas y picos que tenían y que les permitiría bajar tan fácilmente. Estos eran hombres nacidos para el hielo, y para ellos, este descenso relámpago era como una casual caminata. Finalmente entendió a lo que se referían cuando dijeron que los hombres de Kos no estaban atrapados ahí arriba; sino que los Pandesianos abajo eran los que estaban atrapados.

Kavos de repente se detuvo cayendo con los dos pies en una ancha meseta que salía de la montaña y Duncan se detuvo a su lado al igual que todos los hombres, haciendo una pausa momentánea a la mitad de la montaña. Kavos caminó hacia la orilla y Duncan se le unió, observando, viendo las cuerdas que caían libres; al final de ellas y en medio de la niebla y los últimos rayos del sol, Duncan pudo ver en la base de la montaña una guarnición de piedra Pandesiana repleta de miles de soldados.

Duncan observó a Kavos y Kavos le regresó la mirada lleno de satisfacción. Era una satisfacción que Duncan reconocía, una que había visto muchas veces en su vida: el éxtasis de un verdadero guerrero a punto de ir a la guerra. Los hombres como Kavos vivían para esto. Duncan tuvo que admitir que también lo sintió, ese cosquilleo en las venas y rigidez en el estómago. El mirar a los soldados Pandesianos le hizo sentir una excitación por la emoción de la pelea.

“Pudiste haber bajado por cualquier parte,” dijo Duncan examinando el paisaje debajo. “La mayoría está vacío. Pudimos haber evitado la confrontación y seguir hasta la capital. Pero elegiste el lugar en el que los Pandesianos son más fuertes.”

Kavos sonrió ampliamente.

“Lo hice,” respondió. “Los hombres de Kavos no intentan evitar la confrontación; la buscan.” Sonrió aún más. “Además,” añadió, “una batalla temprana nos permitirá calentar para nuestra marcha hacia la capital. Y quiero que estos Pandesianos se la piensen dos veces antes de que vuelvan a intentar rodear la base de nuestra montaña.”

Kavos se dio la vuelta y le hizo una señal a su comandante, Bramthos, y Bramthos juntó a sus hombres y se unió a Kavos mientras se dirigieron hacia un gran pedazo de hielo a la orilla del acantilado. Todos al mismo tiempo pusieron sus hombros sobre este.

Duncan, dándose cuenta de lo que intentaban, les hizo una señal a Anvin y Arthfael quienes también juntaron a sus hombres. Seavig se unieron también y empujaron al mismo tiempo.

Duncan hundió sus pies en el hielo sintiendo el peso sobre él, resbalando y empujando con todas sus fuerzas. Todos gimieron y lentamente la gran roca empezó a rodar.

“¿Un regalo de bienvenida?” Preguntó Duncan sonriendo y gimiendo al lado de Kavos.

Kavos sonrió también.

“Sólo un pequeño detalle para anunciar nuestra llegada.”

Un momento después Duncan sintió que el peso lo dejaba, escuchó el crujir del hielo y observó impresionado cómo la piedra rodaba por la meseta. Retrocedió rápidamente junto con los otros y observó la piedra rodando a toda velocidad, rebotando en la pared de hielo y avanzando con rapidez. La piedra masiva, con un diámetro de al menos treinta pies, cayó directamente hacia abajo como un ángel de la muerte hacia la fortaleza Pandesiana. Duncan se preparó para la explosión que caería sobre todos los soldados que eran su objetivo.

La gran roca cayó en el centro de la guarnición de piedra y el golpe fue el más estruendoso que Duncan jamás había escuchado. Fue como si un cometa hubiera caído sobre Escalon, con un retumbar tan fuerte que tuvo que cubrir sus oídos, haciendo que el piso temblara bajo él y haciéndolo tambalear. Le elevó una gran nube de piedra y hielo a docenas de pies de altura, y el aire, incluso desde ahí arriba, se llenó de los gritos de terror y llanto de los hombres. La mitad de la guarnición fue destruida en el impacto y la roca siguió rodando, aplastando hombres y edificios y dejando un rastro de destrucción y caos.

“¡HOMBRES DE KOS!” gritó Kavos. “¿Quién se ha atrevido a acercarse a nuestra montaña?”

Hubo un gran grito mientras los miles de hombres se arrojaron por el acantilado siguiendo a Kavos, todos tomando las cuerdas y bajando tan rápido que parecía como si cayeran libremente por la montaña. Duncan lo siguió con sus hombres tras de él, tomando las cuerdas y bajando tan rápido que apenas si podía respirar; estaba seguro de que se rompería el cuello en el impacto.

Segundos después se encontró cayendo fuertemente en la base, descendiendo en una gran nube de hielo y polvo y aun escuchando el estruendo de la roca rodante. Todos los hombres se voltearon y se pusieron de frente a la guarnición, soltando un gran grito de batalla y sacando sus espadas mientras avanzaban de frente hacia el caos del campamento Pandesiano.

Los soldados Pandesianos, aún sorprendidos por la explosión, miraron con rostros confundidos hacia el ejército que se acercaba; claramente no estaban esperando esto. Sorprendidos con la guardia baja y con varios de sus comandantes aplastados por la roca, se miraban muy desconcertados como para saber qué hacer. Mientras Duncan y Kavos y sus hombres les caían encima, varios se dieron la vuelta y empezaron a correr. Otros trataron de tomar sus espadas, pero Duncan y sus hombres les cayeron como langostas y los apuñalaron antes de que tuvieran la oportunidad de alcanzarlas.

Duncan y sus hombres se apresuraron por el campamento sin dudar, sabiendo que el tiempo era vital mientras derribaban a los soldados que estaban recuperándose y siguiendo el rastro de destrucción de la roca. Duncan golpeaba en todos lados apuñalando a un soldado en el pecho, golpeando a otro en el rostro con la empuñadura de su espada, pateando a uno que se aventaba sobre él y agachándose y golpeando con el hombro a otro que lo atacaba con un hacha. Duncan no se detuvo, derribando a todos en su camino, respirando agitadamente, sabiendo que aún los superaban en número y que tenía que matar a todos los que pudiera tan rápido como pudiera.

A su lado, Anvin, Arthfael, y sus hombres se le unieron, todos cuidándose las espaldas mientras avanzaban y atacaban tratando de defenderse con los sonidos de la batalla llenando la guarnición. Envuelto en tal pelea, Duncan supo que lo más sabio habría sido conservar la energía de sus hombres, evitar esta confrontación y dirigirse hacia Andros. Pero también sabía que el honor era lo que impulsaba a los hombres de Kos para tener esta pelea y entendía cómo se sentían; el camino más sabio no era siempre lo que impulsaba el corazón de los hombres.

Pasaron por el campamento con velocidad y disciplina, con los Pandesianos en tal desorden que apenas pudieron organizar una defensa. Cada vez que aparecía un comandante o se formaba una compañía, Duncan y sus hombres los eliminaban.

Duncan y sus hombres avanzaron por la guarnición como una tormenta, y apenas había pasado una hora cuando Duncan finalmente se quedó de pie al final de la fortaleza mirando a todos lados y finalmente se dio cuenta de que, ya cubierto en sangre, no había nadie más a quien matar. Se quedó de pie respirando agitadamente en el crepúsculo mientras una brisa caía sobre las silenciosas montañas.

La fortaleza era suya.

Al darse cuenta, los hombres empezaron a vitorear jubilosos mientras Duncan, Anvin, Arthfael, Seavig, Kavos, y Bramthos se unían limpiando la sangre de sus espadas y armaduras y examinándolo todo. Se dio cuenta de una herida en el brazo de Kavos de la que salía sangre.

“Estás herido,” le dijo a Kavos quien parecía no haberse dado cuenta.

Kavos la miró y se encogió de hombros. Después sonrió.

“Sólo un rasguño,” respondió.

Duncan examinó el campo de batalla lleno de hombres muertos, la mayoría Pandesianos con unos cuantos de los suyos. Después miró hacia arriba hacia los picos de Kos que se elevaban y desaparecían en las nubes, y se sorprendió al ver lo alto que habían subido y lo fácilmente que habían bajado. Había sido un ataque relámpago, como muerte cayendo desde el cielo, y había funcionado. La guarnición Pandesiana que había parecido inconquistable hace algunas horas ya era de ellos, y ahora sólo era una ruina aplastada con hombres yaciendo en lagunas de sangre, muertos bajo el cielo del atardecer. Era surreal. Los guerreros de Kos no perdonaron a nadie, no mostraron piedad, fueron una fuerza imparable. Duncan sentía un nuevo respeto por ellos. Serían aliados importantes en la liberación de Escalon.

Kavos examinó los cuerpos respirando agitadamente también.

“Eso es lo que yo llamo un plan de salida,” dijo.

Duncan lo vio sonreír al examinar los cuerpos de los enemigos, viendo a sus hombres tomar las armas de los muertos.

Duncan asintió.

“Y una fina salida,” respondió.

Duncan miró hacia el oeste más allá de la fortaleza en dirección al sol y observó algo de movimiento. Miró detenidamente y vio algo que le conmovió el corazón, algo que de alguna manera estaba esperando. Allí, en el horizonte, estaba su caballo de guerra, de pie orgulloso frente a la manada, con cientos de caballos detrás de él. Como siempre, había sentido dónde estaría Duncan y lo había esperado lealmente. El corazón de Duncan se emocionó al saber que su viejo amigo llevaría a su ejército hasta la capital.

Duncan silbó y, al hacerlo, su caballo giró y se dirigió hacia él. Los otros caballos lo siguieron y hubo un gran estruendo en el crepúsculo mientras la manada galopaba por la llanura nevada dirigiéndose hacia ellos.

Kavos asintió admirado.

“Caballos,” notó Kavos al verlos acercarse. “Yo personalmente hubiera caminado hasta Andros.”

Duncan sonrió.

“Estoy seguro que sí, mi amigo.”

Duncan se acercó mientras llegaba su caballo y acarició la melena de su viejo amigo. Lo montó y,

al hacerlo, todos sus hombres montaron también, miles de ellos, un ejército a caballo. Se sentaron completamente armados mirando hacia el crepúsculo, con nada delante de ellos más que las llanuras nevadas que llevaban a la capital.

Duncan se sintió excitado al saber que estaban ya muy cerca. Podía sentirlo, podía oler la victoria en el aire. Kavos los había bajado de la montaña; pero ahora era *su* turno.

Duncan levantó su espada sintiendo todos los ojos de los hombres y ejércitos sobre él.

“¡HOMBRES!” gritó. “¡Hacia Andros!”

Todos soltaron un gran grito de batalla y avanzaron hacia la noche por las llanuras nevadas, todos preparados para continuar sin detenerse hasta llegar a la capital e iniciar la guerra más importante de sus vidas.

# CAPÍTULO CUATRO

Kyra miró hacia el amanecer y observó a una persona de pie a su lado, una silueta que se formaba con el sol naciente, una persona que ella sabía tenía que ser su tío. Parpadeó confundida cuando finalmente pudo verlo. Ahí por fin se encontraba el hombre por el que había cruzado todo Escalon, el hombre que le revelaría su destino y la entrenaría. Ahí estaba el hermano de su madre, lo único que le quedaba de la madre que nunca conoció.

Su corazón palpitaba con anticipación mientras este se movió de la luz y reveló su rostro.

Kyra estaba impresionada: él se parecía tanto a ella. Nunca había conocido a alguien que tuviera su mismo semblante, ni siquiera su padre a pesar de haberlo deseado. Siempre se había sentido como una extraña en el mundo, separada de su verdadero linaje; pero ahora, al ver el rostro de este hombre, sus altos pómulos cincelados, sus brillantes ojos grises, un hombre alto y orgulloso, de hombros anchos, musculoso, vestido con una armadura de cota de malla dorada, con cabello castaño que bajaba hasta su barbilla, sin rasurar, al parecer en sus cuarentas, se dio cuenta que era especial. Y esto la hacía especial por extensión también. Por primera vez en su vida sintió que esto era verdad. Por primera vez sintió una conexión con alguien, con un poderoso legado, con algo más grande que ella. Sintió que pertenecía en el mundo.

Este hombre era claramente diferente. Obviamente era un guerrero, orgulloso y noble, pero no llevaba espadas ni escudos ni ningún tipo de arma. Para su asombro y deleite, traía un solo artículo: un bastón dorado. Un *bastón*. Era tal como ella.

“Kyra,” dijo.

Su voz resonó a través de ella, una voz familiar que se parecía a la de ella. Al escucharlo hablar sintió no sólo una conexión con él, sino también con su madre. Este era el hermano de su madre. Este era el hombre que conocía la identidad de su madre. Finalmente tendría la verdad y no habría más secretos en su vida. Muy pronto lo sabría todo acerca de la mujer que toda la vida había deseado conocer.

El bajó una mano y ella la tomó poniéndose de pie, con las piernas entumecidas después de haber estado sentada toda la noche junto a la torre. Era una mano fuerte y musculosa, pero sorprendentemente suave, y la ayudó a levantarse. Leo y Andor se le acercaron y Kyra se sorprendió al ver que no le gruñían como lo hacían habitualmente. En vez de eso, se acercaron al hombre y lamieron su mano como si lo conocieran de siempre.

Entonces, para la sorpresa de Kyra, Leo y Andor se quedaron firmes como si siguieran una orden silenciosa del hombre. Kyra nunca había visto nada parecido. ¿Qué clase de poderes tenía este hombre?

Kyra ni siquiera tuvo que preguntarle si era su tío, pues lo sentía con cada fibra de su cuerpo. Era poderoso, orgulloso, todo lo que ella había deseado que fuera. Pero había algo más en él, algo que ella no podía entender completamente. Era una energía mística que emanaba de él, un aura de calma pero también de fuerza.

“Tío,” dijo ella. Le gustaba como sonaba esa palabra.

“Puedes llamarme Kolva,” respondió él.

*Kolva*. De alguna manera, el nombre parecía familiar.

“He cruzado Escalon para verte,” dijo nerviosa sin saber que más decir. El silencio de la mañana se tragó sus palabras, y las llanuras vacías sólo se llenaron del sonido distante del océano. “Mi



padre me envió.”

Él sonrió. Era una sonrisa cálida, y las líneas de su rostro se juntaron como si hubiera vivido mil años.

“No fue tu padre quien te envió,” respondió. “Sino algo más grande.”

De repente y sin ningún aviso, se dio la vuelta y empezó a caminar utilizando su bastón, alejándose de la torre.

Kyra lo miró avanzar sin entender; ¿lo había ofendido?

Ella se apresuró a alcanzarlo con Leo y Andor a su lado.

“La torre,” dijo ella confundida. “¿No entraremos?”

Él sonrió.

“Tal vez en otro momento,” respondió.

“Pero pensé que tenía que llegar a la torre.”

“Así era,” respondió. “Pero no entrar a ella.”

Ella trataba de entender mientras él caminaba velozmente entrando en el bosque, y ella se apuró a alcanzarlo. Su bastón golpeaba la tierra y las hojas al igual que el de ella.

“¿Entonces dónde entrenaremos?” preguntó ella.

“Entrenarás en donde entrenan todos los grandes guerreros,” respondió mirando hacia adelante. “En los bosques más allá de la torre.”

Entró en el bosque tan rápido que Kyra casi tuvo que correr para alcanzarlo, incluso aunque parecía caminar de manera tranquila. El misterio que lo rodeaba creció mientras un millón de preguntas cruzaban por su mente.

“¿Sigue viva mi madre?” preguntó ella incapaz de contener su curiosidad. “¿Está aquí? ¿La conoces?”

El hombre simplemente sonrió y negó con la cabeza mientras seguía caminando.

“Tantas preguntas,” respondió. Caminó por un largo rato mientras el bosque se llenaba del sonido de criaturas extrañas y finalmente añadió, “Pronto te darás cuenta que las preguntas tienen muy poco significado aquí. Las respuestas tienen mucho menos. Debes aprender a encontrar tus propias respuestas. La *fente* de tus respuestas. Y más importante, la fuente de tus preguntas.”

Kyra estaba confundida mientras caminaban por el bosque, junto a árboles verde brillante que parecían resplandecer a su alrededor en este lugar misterioso. Pronto perdió de vista la torre y el romper de las olas se hizo más silencioso. Tenía problemas para seguirle el paso en la vereda constantemente cambiante.

Estaba hirviendo llena de preguntas y finalmente no pudo contener su silencio.

“¿A dónde me llevas?” preguntó. “¿Aquí es donde me entrenarás?”

El hombre continuó caminando pasando un arroyo, girando y pasando por antiguos árboles cuya corteza era de un verde luminoso mientras ella le seguía los pasos.

“Yo no te entrenaré,” dijo. “Tu tío lo hará.”

Kyra se quedó congelada.

“¿Mi tío?” preguntó. “Pensé que tú eras mi tío.”

“Lo soy,” respondió. “Y tienes otro más.”

“¿Otro?” preguntó.

Finalmente llegó a un claro en el bosque deteniéndose en la orilla y ella, respirando agitadamente, se detuvo a su lado. Miró hacia adelante y se impactó por lo que vio.

Al otro lado del claro había un árbol inmenso, el más grande que jamás había visto, antiguo, con ramas extendiéndose hacia todos lados, brillando con hojas púrpuras, con un tronco de treinta pies de ancho. Las ramas se torcían y cruzaban una con otra creando una pequeña casa en el árbol a unos diez pies de altura y que parecía haber estado ahí desde siempre. Una pequeña luz salía de entre las ramas, y Kyra miró hacia arriba encontrando una sola figura sentada en la orilla de las ramas como si estuviera meditando y observándolos.

“Él también es tu tío,” dijo Kolva.

El corazón de Kyra la golpeó en el pecho sin poder entender nada. Miró hacia el hombre que decía ser su tío y se preguntó si estaba tratando de engañarla. El otro tío parecía ser un niño de apenas diez años de edad. Se sentaba derecho como meditando y mirando directamente hacia enfrente, sin mirarla a ella con sus ojos azules brillantes. Su rostro infantil tenía líneas como si fuera alguien de mil años, con su piel café oscura cubierta de manchas de la edad. Parecía ser apenas unos cuatro pies de alto. Era como si se tratara de un niño con una enfermedad de envejecimiento.

Ella no sabía qué pensar.

“Kyra,” dijo, “él es Alva.”

# CAPÍTULO CINCO

Merk entró en la Torre de Ur, atravesando las grandes puertas doradas que nunca pensó llegaría a pasar, con una luz interior tan brillante que casi lo cegó. Levantó una mano para cubrirse los ojos y, al hacerlo, se sorprendió al ver lo que tenía enfrente.

Ahí, de pie frente a él, estaba un verdadero Observador, con penetrantes ojos amarillos que miraban directamente hacia Merk, los mismos ojos que lo habían perturbado por la rendija de la puerta. Llevaba una túnica holgada amarilla, escondiendo sus brazos y piernas y sólo mostrando un poco de piel pálida. Era sorprendentemente bajo, de mandíbula larga y mejillas hundidas y, mientras lo miraba, Merk se sintió incómodo. Salía luz del pequeño bastón dorado que sostenía frente a él.

El Observador lo estudió en silencio, y Merk sintió una brisa mientras las puertas se cerraban repentinamente atrapándolo en la torre. Hubo un sonido que hizo eco en las paredes y él involuntariamente se estremeció. Se dio cuenta de lo inquieto que estaba al no haber dormido todos estos días, de noches con sueños perturbadores, por su propia obsesión de entrar aquí. Ahora al estar adentro, sintió una extraña sensación de pertenencia, como si finalmente hubiera entrado a su nueva casa.

Merk esperaba que el Observador le diera la bienvenida y le explicara en dónde estaba. Pero en vez de eso, se volteó sin una palabra y se alejó caminando, dejando a Merk solo y confundido. No sabía si debería seguirlo.

El Observador llegó a una escalera de marfil en espiral del otro lado de la cámara y, para la sorpresa de Merk, fue no hacia arriba, sino hacia abajo. Bajó rápidamente y desapareció de la vista.

Merk se quedó de pie en silencio sin saber qué es lo que debería hacer.

“¿Debo seguirte?” gritó finalmente.

La voz de Merk retumbó e hizo eco en las paredes como si se burlara de él mismo.

Merk miró a su alrededor examinando el interior de la torre. Miró las brillantes paredes hechas de oro sólido; miró el suelo hecho de un antiguo mármol negro vetado de oro. El lugar era tenue, alumbrado sólo por el misterioso resplandor que salía de las paredes. Levantó la vista y vio la antigua escalera tallada en marfil; se acercó a ella y, examinando la cima, vio una cúpula dorada a unos cien pies de altura por la que se filtraba la luz solar. Vio los niveles arriba, todos los diferentes pisos, y se preguntó que había ahí arriba.

Miró hacia abajo con aún más curiosidad y vio que los escalones llevaban a pisos subterráneos hacia donde el Observador había ido y se quedó confundido. Las hermosas escaleras de marfil que parecían una obra de arte giraban misteriosamente en ambas direcciones, como si subieran hacia el cielo y descendieran hasta los niveles más profundos del infierno. Merk se preguntó, más que nada, si la legendaria Espada de Fuego, la espada que cuidaba de todo Escalon, estaba dentro de estas paredes. Se sintió emocionado al sólo pensarlo. ¿En dónde podría estar? ¿Hacia arriba o hacia abajo? ¿Qué otras reliquias y tesoros estaban guardados aquí?

De repente, una puerta oculta se abrió en una de las paredes laterales y Merk se dio la vuelta para ver salir a un guerrero de rostro severo, un hombre del tamaño de Merk portando una cota de malla, de piel pálida por muchos años de no ver la luz solar. Caminó hacia Merk, un humano con una espada en la cintura que tenía una prominente insignia, el mismo símbolo que Merk había visto tallado en los muros exteriores de la torre: una escalera de marfil elevándose al cielo.

“Sólo los Observadores pueden descender,” dijo el hombre con voz áspera y oscura. “Y tú, mi

amigo, no eres un Observador. Por lo menos todavía no.”

El hombre se detuvo frente a él y lo miró de arriba a abajo mientras ponía sus manos en la cintura.

“Bien,” continuó, “supongo que si te dejaron entrar debe haber una razón.”

Suspiró.

“Sígueme.”

Con eso, el abrupto guerrero se dio la vuelta y subió por la escalera. El corazón de Merk se aceleraba mientras trataba de alcanzarlo, con su cabeza llena de preguntas y el misterio de este lugar creciendo con cada paso.

“Haz tu trabajo y hazlo bien,” dijo el hombre dándole la espalda a Merk, con una voz oscura que retumbaba en las paredes, “y se te permitirá servir aquí. El vigilar la torre es el puesto más alto que Escalon puede ofrecer. Debes ser más que un simple guerrero.”

Se detuvieron en el siguiente nivel y el hombre miró a Merk a los ojos como detectando una verdad profunda sobre él. Merk se sintió incómodo.

“Todos tenemos pasados oscuros,” dijo el hombre. “Eso es lo que nos trajo aquí. ¿Qué virtud se esconde en tu oscuridad? ¿Estás listo para nacer de nuevo?”

Pausó y Merk se quedó de pie tratando de comprender sus palabras, inseguro de cómo responder.

“Aquí es difícil ganarse el respeto,” continuó. “Cada uno de nosotros somos lo mejor que Escalon tiene para ofrecer. Gánatelo y puede que un día seas aceptado en nuestra hermandad. Si no, se te pedirá que te vayas. Recuerda: esas puertas que se abrieron para dejarte entrar pueden de igual manera hacerte salir.”

El corazón de Merk se desplomó al pensarlo.

“¿Cómo puedo servir?” Preguntó Merk sintiendo el sentido de propósito que siempre había deseado tener.

El guerrero se detuvo por un largo rato y finalmente se dio vuelta y continuó subiendo. Mientras Merk lo veía avanzar, empezó a darse cuenta de que había muchas cosas prohibidas en esta torre, muchos secretos que tal vez no llegaría a conocer.

Merk intentó seguirlo pero de repente una gruesa mano lo golpeó en el pecho deteniéndolo. Volteó y miró a otro guerrero que aparecía saliendo de otra puerta secreta mientras el primer guerrero continuaba y desaparecía en los niveles superiores. El nuevo guerrero era mucho más alto que Merk y portaba la misma cota de malla dorada.

“Servirás en este nivel,” dijo con voz ronca, “con el resto de ellos. Yo soy tu comandante: Vicor.”

Su nuevo comandante, un hombre delgado de rostro duro como la piedra, parecía alguien a quien no molestar. Vicor señaló a una puerta abierta en la pared y Merk entró cuidadosamente, preguntándose qué era este lugar mientras pasaba por pasillos de piedra. Caminaron en silencio pasando por arcos tallados en puertas de piedra y el salón se extendió en una amplia habitación con un alto techo cónico, pisos y paredes de piedra, e iluminado por luz solar que se filtraba por ventanas angostas cónicas. Merk se sorprendió al ver docenas de rostros que lo miraban, rostros de guerreros, algunos delgados y otros musculosos, todos con ojos duros y constantes, todos alerta con un sentido de propósito. Estaban esparcidos en todo el cuarto cada uno frente a una ventana, y todos, portando la cota de malla dorada, se voltearon y miraron al extraño que entraba en la habitación.

Merk se sintió cohibido y les devolvió la mirada en un silencio incómodo.

Junto a él, Vicor se aclaró la garganta.

“Los hermanos no confían en ti,” le dijo a Merk. “Puede que nunca lo hagan. Y tal vez tú nunca

confíes en ellos. Aquí el respeto no se regala y no hay segundas oportunidades.”

“¿Qué es lo que debo hacer?” Preguntó Merk desconcertado.

“Lo mismo que estos hombres,” Vicor respondió ásperamente. “Observarás.”

Merk examinó la habitación y, del otro lado, quizá a unos cincuenta pies de distancia, vio una ventana abierta en la que no había ningún guerrero. Vicor caminó despacio hacia ella y Merk lo siguió, pasando por los guerreros que lo observaban antes de volverse a sus ventanas. Era un sentimiento extraño el estar entre estos hombres sin ser uno de ellos. Aún no. Merk siempre había peleado solo, y no sabía lo que era el pertenecer a un grupo.

Al pasar y examinarlos, sintió que todos eran, al igual que él, hombres rotos, hombres sin otro lugar al cuál ir y sin ningún otro propósito en la vida, hombres que había hecho de esta torre de piedra su hogar, hombres como él.

Al acercarse a su estación, Merk notó que el último hombre al que pasó era diferente a los demás. Parecía ser un muchacho de unos dieciocho, con la piel más suave y lisa que Merk jamás había visto, y con largo y fino cabello rubio que bajaba hasta su cintura. Era más delgado que los demás, con muy poco músculo, y parecía como que nunca había estado en batalla. Pero aun así aparentaba orgullo, y Merk se sorprendió al ver que le regresaba la mirada con los mismos ojos amarillos y feroces del Observador. El muchacho parecía muy frágil para estar aquí, muy sensible; pero al mismo tiempo algo en su mirada puso a Merk en guardia.

“No subestimes a Kyle,” dijo Vicor mientras Kyle volvía a voltear hacia su ventana. “Es el más fuerte de nosotros y el único verdadero Observador aquí. Lo enviaron aquí para protegernos.”

Merk apenas si podía creerlo.

Merk llegó hasta su puesto y se sentó junto a la alta ventana mirando hacia afuera. Había una orilla de piedra en la cual sentarse, y al acercarse a mirar por la ventana, se vio recompensado por una magnífica vista del paisaje. Vio la península estéril de Ur, la cima de los árboles del bosque distante y, más allá, el océano y el cielo. Sintió como si pudiera ver todo Escalon desde aquí.

“¿Eso es todo?” Preguntó Merk sorprendido. “¿Sólo me siento aquí a observar?”

Vicor sonrió.

“Tus deberes aún no han empezado.”

Merk frunció el ceño decepcionado.

“No he venido hasta aquí para sentarme en una torre,” dijo Merk mientras otros volteaban. “¿Cómo voy a defender desde aquí arriba? ¿No puedo patrullar en la planta baja?”

Vicor sonrió.

“Puedes ver más desde aquí arriba que desde abajo,” respondió.

“¿Y si veo algo?” preguntó Merk.

“Suenan las campanas,” dijo.

Señaló con la cabeza y Merk vio una ventana instalada junto a la ventana.

“Ha habido muchos ataques contra nuestra torre al paso de los siglos,” Vicor continuó. “Todos han fallado gracias a nosotros. Somos los Observadores, la última línea de defensa. Todo Escalon nos necesita y hay muchas maneras de defender una torre.”

Merk lo observó irse y, mientras se acomodaba en su estación en silencio, se preguntaba: ¿qué era en lo que se había metido?

# CAPÍTULO SEIS

Duncan guiaba a sus hombres cabalgando bajo la luz de la luna, atravesando las llanuras nevadas de Escalon con el paso de las horas y dirigiéndose hacia el horizonte hacia Andros. La cabalgata nocturna le trajo memorias de batallas pasadas, del tiempo que pasó en Andros sirviendo al antiguo Rey; se perdió en sus pensamientos, en memorias que se mezclaban con el presente y con fantasías del futuro hasta que no pudo distinguir lo que era real. Como siempre, sus pensamientos giraron hacia su hija.

*Kyra. ¿Dónde estás?* se preguntaba.

Duncan oró por que estuviera segura y progresara en su entrenamiento, y por qué pronto se reunieran. ¿Podría ella invocar a Theos de nuevo? se preguntó. Si no, no sabía si podrían ganar esta guerra que ella había empezado.

El incesante sonido de los caballos y armaduras llenaba la noche. Duncan apenas sentía el frío con el corazón cálido por la victoria, por el impulso, por el creciente ejército que lo seguía y por la anticipación. Finalmente después de todos estos años sentía que las cosas giraban a su favor. Sabía que Andros estaría protegido por un ejército profesional, que estarían superados en número, que la capital estaría fortificada y que no contaban con los hombres suficientes para organizar un asedio. Sabía que le esperaba la batalla de su vida, una que determinaría el destino de Escalon. Pero este era el peso del honor.

Duncan también sabía que él y sus hombres tenían una causa de su lado, un deseo y propósito; y más que nada, velocidad y el elemento de la sorpresa. Los Pandesianos nunca esperarían un ataque a la capital, no por personas subyugadas y nunca de noche.

Finalmente, mientras empezaba a amanecer aún con un azul opaco, Duncan vio en la distancia cómo empezaban a aparecer los contornos familiares de la capital. Era una vista que no había esperado ver en su vida, una que hizo que se le acelerara el corazón. Las memorias de todos los años que vivió ahí volvieron apresuradamente, del tiempo en que había servido lealmente al rey y al país. Recordó a Escalon en la cúspide de su gloria, una nación libre y orgullosa, una que parecía invencible.

Pero esto también le trajo memorias amargas: la traición del débil Rey hacia su gente, el cómo había entregado Escalon y su capital. Recordó cómo él y todos los jefes militares se dispersaron obligados a retirarse en vergüenza, exiliados a sus propias fortalezas en Escalon. El ver los majestuosos contornos de la ciudad le hicieron sentir deseo y nostalgia y miedo y esperanza al mismo tiempo. Estos eran los contornos que habían marcado su vida, los límites de la ciudad más grande de Escalon, gobernada por reyes por siglos, extendiéndose tan lejos que era difícil ver dónde terminaba. Duncan respiró profundo al ver los familiares parapetos y cúpulas y chapiteles, todos arraigados profundamente en su alma. De algún modo, era como regresar a casa; excepto que Duncan ahora no era el derrotado y leal comandante que alguna vez había sido. Ahora era más fuerte, no le respondería a nadie, y traía un ejército a las espaldas.

Mientras amanecía, la ciudad seguía alumbrada por antorchas, lo que quedaba de la guardia nocturna empezaba a recibir la mañana entre la niebla y, mientras Duncan se acercaba, vio algo más que hizo que su corazón le ardiera: las banderas azules y amarillo de Pandesia ondeando orgullosamente sobre las almenas de Andros. Esto le hizo sentirse enfermo y renovó su sentido de determinación.

Duncan inmediatamente examinó las puertas y se sintió animado al ver que estaban guardadas sólo por unos cuantos soldados. Respiró aliviado. Si los Pandesianos supieran que venían, habría miles de soldados cuidándolas; y Duncan y sus hombres no tendrían oportunidad. Pero con esto supo que no los esperaban. Los miles de Pandesianos deberían estar aún dormidos. Afortunadamente, Duncan y sus hombres habían avanzado lo suficientemente rápido para tener una oportunidad.

Duncan sabía que este elemento de la sorpresa sería su única ventaja, lo único que les daría una oportunidad de tomar la inmensa capital con sus filas de almenas y diseñada para resistir a cualquier ejército; eso, y el conocimiento de Duncan de sus fortificaciones y puntos débiles. Sabía que algunas batallas se habían ganado con menos. Duncan estudió la entrada de la ciudad y supo en dónde deberían atacar primero si quería tener una oportunidad de ser victorioso.

“¡Quien controla las puertas controla la ciudad!” Les gritó Duncan a Kavos y a sus otros comandantes. “No deben cerrarse, no debemos permitirles cerrarlas sin importar el costo. Si lo hacen, estaremos atrapados definitivamente. Llevaré una pequeña fuerza conmigo e iremos hacia las puertas a toda velocidad. Tú,” dijo señalando a Kavos, Bramthos y Seavig, “lleven al resto de los hombres hacia las guarniciones y protejan nuestros flancos de los soldados que salgan.”

Kavos negó con la cabeza.

“Cargar contra esas puertas con un pequeño grupo es imprudente,” gritó. “Estarás rodeado y, si estoy peleando en las guarniciones, no podré cuidarte la espalda. Es un suicidio.”

Duncan sonrió.

“Y es por eso que lo haré yo mismo.”

Duncan pateó a su caballo y avanzó delante de los otros dirigiéndose hacia las puertas, mientras Anvin, Arthfael y una docena de sus más cercanos comandantes, hombres que conocían Andros tan bien como él, hombres con los que había peleado toda su vida, lo siguieron como él esperaba que lo hicieran. Todos se dirigieron hacia las puertas de la ciudad a toda velocidad mientras, detrás de ellos, Duncan vio cómo Kavos, Bramthos, Seavig, y el resto del ejército se dirigieron hacia las guarniciones Pandesianas.

Duncan, con el corazón acelerado, sabiendo que tenía que llegar a la puerta antes de que fuera tarde, bajó la cabeza e hizo que el caballo se apresurara. Galoparon hacia el centro de la vereda sobre el Puente del Rey, con las pezuñas resonando en la madera, y Duncan sintió cómo se avecinaba la batalla. Al amanecer, Duncan vio el rostro confundido del primer Pandesiano que los detectó, un soldado joven que hacía guardia medio dormido en el puente, parpadeando mientras su rostro se llenaba de terror. Duncan se acercó, sacó su espada, y en un movimiento rápido lo cortó antes de que pudiera levantar su escudo.

La batalla había empezado.

Anvin, Arthfael, y los otros arrojaron sus lanzas, derribando a una docena de Pandesianos que voltearon hacia ellos. Continuaron galopando sin detenerse sabiendo que esto significaría su vida. Se apresuraron sobre el puente y se abalanzaron sobre las puertas abiertas de Andros.

Aún a unas cien yardas de distancia, Duncan observó las legendarias puertas de Andros, talladas en oro con unos cien pies de altura, diez pies de ancho, y sabía que, si se sellaban, la ciudad sería impenetrable. Ocuparía equipo de asedio profesional, que no tenía, y muchos meses con muchos hombres golpeando las puertas, que tampoco tenía. Estas puertas nunca se habían rendido a pesar de siglos de ataques. Si no las alcanzaba a tiempo, todo estaría perdido.

Duncan analizó a la docena de soldados Pandesianos que las cuidaban, una fuerza ligera, hombres



adormecidos al amanecer y ninguno esperando un ataque, y apresuró a su caballo sabiendo que el tiempo era limitado. Tenía que llegar antes de que lo descubrieran; necesitaba sólo un minuto más para asegurar su supervivencia.

Pero de repente, se escuchó el sonido de un cuerno, y el corazón de Duncan cayó al ver en la cima de los parapetos a un soldado sonando un cuerno de advertencia una y otra vez. El sonido hizo eco en las murallas de la ciudad y Duncan se descorazonó al ver que había perdido la ventaja que tenía. Había subestimado al enemigo.

Los soldados Pandesianos en la puerta se pusieron en acción. Avanzaron y pusieron sus hombros en las puertas, seis hombres de cada lado, empujando con todas sus fuerzas para cerrarlas. Al mismo tiempo, cuatro soldados más movían palancas a los lados mientras otros cuatro jalaban cadenas de cada lado. Con un gran ajetreo, las barras empezaron a cerrarse. Duncan observó con desesperación sintiendo como si cerraran un ataúd en su corazón.

“¡MÁS RÁPIDO!” apremió a su caballo.

Todos se apresuraron en una última carrera definitiva. Al acercarse, algunos de los hombres arrojaron sus lanzas a los hombres en las puertas en un esfuerzo desesperado; pero aún estaban muy lejos y las lanzas se quedaron cortas.

Duncan apuró a su caballo como nunca antes, cabalgando imprudentemente delante de los demás y, al acercarse a las puertas, de repente sintió algo pasar volando a su lado. Se dio cuenta que era una jabalina y volteó hacia arriba para ver a soldados encima de los parapetos arrojándolas. Duncan escuchó un grito y volteó a ver a uno de sus hombres, uno con el que había peleado a su lado por años, atravesado y cayendo de espaldas, muerto.

Duncan se apresuró aún más dejando de protegerse y dirigiéndose hacia las puertas. Estaba a unas veinte yardas de distancia y las puertas casi se cerraban. Sin importar cómo, incluso si significaba su muerte, no dejaría que eso sucediera.

En un último avance suicida, Duncan saltó del caballo arrojándose hacia la abertura que quedaba en las puertas. Extendió la mano con su espada y alcanzó a meterla en la abertura entre las puertas. La espada se dobló pero sin romperse. Duncan sabía que esa franja de metal era lo único que impedía que las puertas se cerraran completamente, lo único que mantenía a la capital abierta, lo único que evitaba que todo Escalon estuviera perdido.

Los impresionados soldados Pandesianos, al darse cuenta que la puerta no cerraba, miraron asombrados la espada de Duncan. Se abalanzaron hacia ella y Duncan sabía que no dejaría que eso pasara incluso si perdía la vida.

Aún aturdido por la caída de su caballo y con dolor en las costillas, Duncan trató de rodar para alejarse del primer soldado, pero no pudo hacerlo. Vio la espada levantarse detrás de él y se preparó para el mortal impacto; pero de repente el soldado gritó y Duncan miró a su caballo relinchando y golpeando a su enemigo en el pecho antes de que pudiera atacar a Duncan. El soldado salió volando con las costillas rotas y cayó de espaldas inconsciente. Duncan miró a su caballo con gratitud dándose cuenta de que le había vuelto a salvar la vida.

Con el tiempo que necesitaba, Duncan se puso de pie sacando su espada de repuesto y se preparó para el grupo de soldados que llegaba. El primer soldado lo atacó con su espada y Duncan la bloqueó sobre su cabeza, giró y lo cortó entre los hombros haciéndolo que cayera. Duncan avanzó y cortó al siguiente soldado en el estómago antes de que pudiera alcanzarlo, saltando después sobre su cuerpo y golpeando al siguiente soldado con los dos pies haciéndolo caer de espaldas. Se agachó

mientras otro soldado trataba de golpearlo y después giró y lo cortó en la espalda.

Duncan, distraído por sus atacantes, giró al sentir movimiento detrás de él y vio cómo un Pandesiano tomaba la espada de la rendija y empezaba a jalarla. Al ver que no había tiempo, Duncan giró, apuntó, y lanzó su espada. Esta voló en el aire y se encajó en la garganta del hombre antes de que pudiera sacar la espada larga. Había salvado la puerta, pero había quedado indefenso.

Duncan avanzó hacia la puerta esperando poder ampliar la grieta; pero al hacerlo, un soldado lo tacleo por detrás y lo arrojó al piso. Con su espalda descubierta, Duncan sabía que estaba en peligro. No podía hacer mucho mientras el Pandesiano detrás de él levantaba su lanza para atravesarlo.

Un grito atravesó el aire y Duncan vio a Anvin acercarse girando su mazo y golpeando al soldado en la muñeca, derribando la lanza de su mano justo antes de que atravesara a Duncan. Anvin entonces saltó de su caballo y derribó al hombre y, al mismo tiempo, Arthfael y los otros llegaron atacando al grupo de soldados que se dirigía hacia Duncan.

Liberado, Duncan analizó la situación y vio a los soldados que cuidaban la puerta muertos, la puerta apenas abierta por su espada, y a cientos de soldados Pandesianos que empezaban a salir de los cuarteles apresurándose para atacar a Kavos, Bramthos, Seavig, y sus hombres. Sabía que había poco tiempo. Incluso con Kavos y sus hombres peleando, algunos escaparían y se dirigirían a la puerta, y si Duncan no controlaba estas puertas pronto, él y sus hombres estarían acabados.

Duncan esquivó mientras otra lanza era arrojada desde los parapetos. Se apresuró y tomó un arco y flechas de un soldado caído, se hizo hacia atrás, apuntó, y disparó hacia un Pandesiano que estaba en la cima mientras este se asomaba con una lanza en su mano. El muchacho gritó y cayó atravesado por la flecha, claramente no esperando esto. Se desplomó hacia la tierra cayendo al lado de Duncan, y Duncan se hizo a un lado para no ser aplastado por el cuerpo. Duncan sintió una especial satisfacción al ver que el muchacho era el encargado del cuerno.

“¡LAS PUERTAS!” gritó Duncan a sus hombres mientras estos derribaban a los soldados restantes.

Sus hombres se juntaron bajando de sus caballos y se apresuraron a ayudarlo a abrir las puertas. Jalaban con todas sus fuerzas, pero apenas si las movieron. Más hombres se unieron al esfuerzo y, mientras todos tiraban juntos, una empezó a moverse. Se abrió poco a poco y pronto hubo suficiente espacio para que Duncan pusiera su pie en la abertura.

Duncan introdujo sus hombros en la abertura y empujó con todas sus fuerzas, gimiendo y con sus brazos temblando. El sudor corría en su rostro a pesar del frío de la mañana y miró cómo un flujo de soldados salía de las guarniciones. La mayoría se enfrentaba a Kavos, Bramthos y sus hombres, pero los suficientes pudieron evitarlos dirigiéndose hacia él. Un grito repentino atravesó el amanecer y Duncan vio a un hombre a su lado, uno de sus leales

comandantes, cayendo al suelo. Vio la lanza en su espalda y se dio cuenta de que los soldados ya estaban a distancia de tiro.

Más Pandesianos levantaron sus lanzas apuntando hacia su dirección y Duncan se preparó al darse cuenta de que no pasarían por las puertas a tiempo. Pero de repente, para su sorpresa, los soldados tambalearon y cayeron de frente. Observó y miró flechas y espadas en sus espaldas, y sintió una oleada de gratitud al ver a Bramthos y Seavig guiando a cien hombres que se separaban de Kavos, peleando con la guarnición pero ahora volteando para ayudarlo.

Duncan redobló sus esfuerzos empujando con todas sus fuerzas mientras Anvin y Arthfael se introdujeron a su lado sabiendo que tenían que abrir la grieta lo suficiente para que pasaran los

soldados. Finalmente, mientras más hombres se unían al esfuerzo, hundieron sus pies en la nieve y empezaron a caminar. Duncan dio un paso tras otro hasta que, gimiendo, vio que la puerta se abrió hasta la mitad.

Escuchó un grito de victoria detrás de él y se volteó para ver a Bramthos y Seavig avanzando con cien hombres a caballo, todos dirigiéndose hacia la puerta abierta. Duncan recuperó su espada, la levantó y avanzó guiando a sus hombres por las puertas abiertas, poniendo un pie dentro de la capital y olvidando toda precaución.

Con flecha y lanzas lloviendo sobre ellos, Duncan se dio cuenta que tenían que ganar control sobre los parapetos, que también estaban equipados con catapultas con la capacidad de hacerles mucho daño a sus hombres. Miró arriba hacia las almenas pensando en cuál sería la mejor forma de subir, cuando de repente escuchó otro grito y miró una gran fuerza de soldados Pandesianos que se juntaba en la ciudad y avanzaban sobre ellos.

Duncan los enfrentó con valentía.

“¡HOMBRES DE ESCALON, ¿QUIÉN HABITA NUESTRA APRECIADA CAPITAL?!” gritó.

Todos los hombres gritaron y avanzaron detrás de él mientras Duncan montaba su caballo y los guiaba hacia los soldados.

A esto le siguió un gran impacto de armas mientras los soldados y caballos se encontraban, y Duncan y sus cien hombres atacaron a los cien soldados Pandesianos. Duncan sintió que los soldados Pandesianos habían sido sorprendidos con la guardia baja, pues esperaban una pelea fácil al haber visto a Duncan con unos cuantos hombres y sin esperar ver el gran número de refuerzos detrás de Duncan. Vio cómo sus ojos mostraban asombro al ver a Bramthos, Seavig y todos los hombres atravesar las puertas de la ciudad.

Duncan levantó su espada y bloqueó un ataque, apuñaló a un soldado en el estómago, giró, y golpeó a otro en la cabeza con su escudo; después tomó la lanza de su arnés y la lanzó a otro. Sin miedo, abrió un camino en medio de la multitud derribando a diestra y siniestra mientras todos a su alrededor, Anvin, Arthfael, Bramthos, Seavig, y sus hombres hacían lo mismo. Se sentía bien estar de nuevo dentro de la capital en estas calles que conocía muy bien; pero se sintió mejor el liberarla de los Pandesianos.

Muy pronto docenas de Pandesianos estaban apilados bajo sus pies, todos incapaces de detener a Duncan y sus hombres como una ola que caía sobre la capital al amanecer. Duncan y sus hombres estaban arriesgándolo todo, habían venido de muy lejos, y estos hombres cuidando las calles estaban lejos de su hogar, desmoralizados, con una causa débil, con sus líderes lejos, y sorprendidos. Después de todo, nunca se habían enfrentado en batalla contra los verdaderos guerreros de Escalon. Mientras la marea avanzaba, los soldados Pandesianos restantes se dieron la vuelta y escaparon; y Duncan y sus hombres cabalgaron con más velocidad alcanzándolos y derribándolos con flechas y lanzas hasta que no quedó ninguno.

Con el camino hacia la capital libre y con flechas y lanzas aun cayendo sobre ellos, Duncan se enfocó de nuevo en los parapetos mientras otro de sus hombres caía de su caballo con una flecha encajada en su hombro. Necesitaban los parapetos, el terreno alto, no sólo para detener las flechas, sino para ayudar a Kavos; después de todo, Kavos seguía superado en número detrás de las murallas y necesitaría la ayuda de Duncan desde los parapetos con las catapultas si quería tener una oportunidad de sobrevivir.

“¡A LAS ALTURAS!” gritó Duncan.

Los hombres de Duncan vitorearon y lo siguieron mientras les hacía una señal, separándose, la mitad siguiéndolo a él y la mitad siguiendo a Bramthos y Seavig hacia el otro lado del patio para ascender por el otro lado. Duncan se dirigió hacia los escalones de piedra que se encontraban en el muro lateral que iban hacia los parapetos superiores. Había una docena de soldados cuidándolos y todos miraban asombrados al ataque que llegaba. Duncan se arrojó sobre ellos y tanto él como sus hombres arrojaron lanzas, matándolos incluso antes de que pudieran levantar sus escudos. No había tiempo que perder.

Llegaron a los escalones y Duncan desmontó guiando el avance, en una sola fila, por los escalones. Vio hacia arriba y miró a soldados Pandesianos que bajaban para encontrarlos, con sus lanzas levantadas y listos para arrojarlas; sabía que tenían ventaja sobre él y, no queriendo perder tiempo en combate mano a mano mientras las lanzas caían sobre él, pensó con rapidez.

“¡FLECHAS!” ordenó Duncan a los hombres detrás de él.

Duncan se agachó cayendo al piso y un momento después escuchó las flechas volando sobre él mientras los hombres seguían su orden, acercándose y disparando. Duncan miró hacia arriba y vio con satisfacción cómo los hombres que bajaban los escalones eran impactados y caían hacia los lados, gimiendo mientras se desplomaban hacia el patio de piedra debajo.

Duncan continuó subiendo los escalones tacleando a un soldado mientras otros más llegaban y lo empujaban hacia la orilla. Él giró y golpeó a uno más con su escudo mandándolo a volar también, y entonces levantó su espada apuñalando a otro en la barbilla.

Pero esto dejó a Duncan vulnerable en la angosta escalera, y un Pandesiano saltó hacia su espalda y lo llevó hasta la orilla. Duncan se aferró por su vida arañando la piedra, incapaz de sostenerse y a punto de caer; cuando de repente el hombre encima de él dejó de moverse a cayó por un lado de él, muerto. Duncan vio una espada en su espalda y giró viendo a Arthfael que lo ayudaba a ponerse de pie.

Duncan continuó avanzando agradecido de tener a sus hombres detrás de él, y subió nivel tras nivel evitando lanzas y flechas, bloqueando algunas con su escudo, hasta que finalmente llegó a los parapetos. En la cima había una ancha meseta de piedra de unas diez yardas de ancho, abarcando la parte superior de las puertas, y llena de soldados Pandesianos hombro a hombro todos armados con flechas, lanzas, jabalinas, y todos ocupados lanzando armas hacia los hombres de Kavos debajo. Al llegar Duncan con sus hombres, dejaron de atacar a Kavos y se voltearon hacia él. Al mismo tiempo, Seavig y el otro grupo de hombres terminaron de subir los escalones del otro lado del patio y atacaron a los soldados desde el lado opuesto. Los rodearon sin dejarles escapatoria.

La pelea se volvió espesa, mano a mano, mientras los soldados de ambos lados trataban de ganar terreno. Duncan levantó su espada y escudo y, mientras los impactos llenaban el aire, continuó su sangrienta pelea mano a mano cortando a un hombre tras otro. Duncan se agachó esquivando los golpes y empujó a un hombre sobre la orilla con sus hombros, quien cayó gritando hacia su muerte, y recordó que a veces las mejores armas son las propias manos.

Gritó de dolor al recibir una cortada en el estómago pero afortunadamente giró y sólo lo rozó. Mientras el soldado se preparaba para darle el golpe final, Duncan, sin espacio para maniobrar, lo golpeó con la cabeza haciendo que soltara su espada. Después le dio un rodillazo, se acercó a él y lo arrojó por la orilla.

Duncan peleó y peleó ganando terreno con dificultad mientras el sol se elevaba y el sudor le lastimaba los ojos. Sus hombres gemían y gritaban de dolor en todos lados mientras los hombros de

Duncan se cansaban por la pelea.

Al tratar de recobrar el aliento y cubierto de la sangre de sus enemigos, Duncan dio un paso final hacia adelante levantando la espada; pero se sorprendió al ver a Bramthos y Seavig y sus hombres de frente. Volteó y analizó todos los cuerpos muertos y se dio cuenta con asombro de que lo habían logrado; habían despejado los parapetos.

Hubo un grito de victoria mientras todos los hombres se encontraban en el centro.

Pero Duncan sabía que la situación aún era apremiante.

“¡FLECHAS!” gritó.

Inmediatamente volteó hacia abajo hacia los hombre de Kavos y vio cómo se desenvolvía una gran batalla en el patio mientras miles de soldados Pandesianos más salían de las guarniciones para encontrarlos. Kavos se veía rodeado lentamente por todas partes.

Los hombres de Duncan tomaron los arcos de los caídos, apuntaron por encima de los muros, y dispararon a los Pandesianos mientras Duncan se les unía. Los Pandesianos nunca esperaron que les dispararan desde la capital y cayeron por docenas, desplomándose en el piso mientras los hombres de Kavos eran salvados. Los Pandesianos empezaron a caer al lado de Kavos mientras se desataba un gran pánico cuando se dieron cuenta que Duncan controlaba las alturas. Atrapados entre Duncan y Kavos, no tenían a dónde escapar.

Duncan no les daría tiempo de reagruparse.

“¡LANZAS!” ordenó.

Duncan tomó una tras otra y las arrojó hacia abajo aprovechándose del gran arsenal dejado en los parapetos, diseñados para alejar invasores de Andros.

Mientras los Pandesianos empezaban a flaquear, Duncan supo que tenía que hacer algo definitivo para acabarlos.

“¡CATAPULTAS!” gritó.

Los hombres se apresuraron hacia las catapultas dejadas encima de las almenas y jalieron las grandes cuerdas, girando manivelas hasta que estuvieron en posición. Pusieron las rocas en su lugar y esperaron la orden. Duncan caminó por toda la línea ajustando las posiciones para que las rocas evitaran a Kavos y llegaran a su objetivo perfecto.

“¡DISPAREN!” gritó.

Docenas de rocas volaron en el aire y Duncan vio con satisfacción cómo destrozaban las guarniciones de piedra, matando a docenas de Pandesianos que salían como hormigas para enfrentarse a Kavos. Los sonidos hicieron eco en todo el patio, aturdiendo a los Pandesianos e incrementando su pánico. Mientras las nubes de polvo y escombros se elevaban, se daban vuelta sin estar seguros hacia dónde pelear.

Kavos, como el guerrero veterano que era, tomó ventaja de su situación. Juntó a sus hombres y cargó con un nuevo impulso, y mientras los Pandesianos flaqueaban, atravesó cortando por sus filas.

Los cuerpos caían a diestra y siniestra mientras el campamento Pandesiano estaba en desorden, y pronto se dieron la vuelta y huyeron en todas direcciones. Kavos cazó a todos y cada uno de ellos. Fue una masacre.

Para el tiempo en que el sol ya estaba elevado, todos los Pandesianos estaban en el suelo muertos.

Mientras caía el silencio, Duncan observó asombrado mientras el sentimiento de victoria empezaba a crecer en él y sabiendo que lo habían logrado. Habían tomado la capital.

Mientras los hombres gritaban todo en derredor, tomándose de los hombros y vitoreando, Duncan

se limpió el sudor de los ojos aun respirando agitadamente y empezó a darse cuenta: Andros era libre.

La capital era suya.

# CAPÍTULO SIETE

Alec levantó el cuello y miró impresionado mientras pasaban las enormes puertas arqueadas de Ur, empujado por montones de gente en todos lados. Avanzó entre la multitud con Marco a su lado, con sus rostros aún empolvados por su marcha en la Llanura de las Espinas, y miraba atentamente al arco de mármol que se elevaba a unos cien pies de altura. Miró las antiguas murallas de granito del templo a cada lado, y se sorprendió al ver que pasaban por el recorte de un templo que a la vez servía como entrada de la ciudad. Alec vio a muchos devotos que se arrodillaban frente a las murallas, una mezcla extraña con todo el alboroto y ajeteo de los comercios, y esto lo hizo reflexionar. Una vez había orado a los dioses de Escalon; pero ahora no le oraba a ninguno. Se preguntaba qué dios podría permitir que su familia muriera. El único dios al que ahora serviría sería al dios de la venganza; y este era un dios al que serviría con todas sus fuerzas.

Alec, abrumado por el ajeteo en todos lados, se dio cuenta que esta era una ciudad diferente a cualquiera que hubiera visto, muy diferente a la pequeña aldea en la que había crecido. Por primera vez desde la muerte de su familia, sentía cómo era empujado de nuevo a la vida. Este lugar era tan sorprendente, tan vivo, que era difícil entrar y no verse distraído. Sintió una nueva oleada de propósito al darse cuenta que, dentro de las puertas, había otros como él, amigos de Marco con la misma determinación de vengarse de Pandesia. Siguió mirando con admiración, gente de todas las apariencias y ropajes y razas, todos apurados en varias direcciones. Era una verdadera ciudad cosmopolita.

“Mantén tu cabeza baja,” le susurró Marco mientras pasaban por la puerta del este y entre el gentío.

Marco le dio un codazo.

“Ahí.” Marco señaló hacia un grupo de soldados Pandesianos. “Revisan rostros. Estoy seguro que buscan los nuestros.”

Alec reflexivamente tomó con más fuerza su daga y Marco le detuvo la muñeca con firmeza.

“Aquí no, mi amigo,” Marco le advirtió. “Esta no es una aldea en el campo sino una ciudad de guerra. Mata a dos Pandesianos en la puerta y le seguirá un ejército.”

Marco lo observó con intensidad.

“¿Prefieres matar a dos?” lo presionó. “¿O a dos mil?”

Alec, dándose cuenta de lo sabias que eran las palabras de su amigo, dejó de apretar su daga y utilizó toda su fuerza de voluntad para apagar su deseo de venganza.

“Habrá muchas oportunidades, mi amigo,” dijo Marco mientras pasaban por la multitud con las cabezas bajas. “Mis amigos están aquí, y la resistencia es fuerte.”

Se mezclaron con la multitud que pasaba por las puertas y Alec bajó los ojos para que los Pandesianos no los vieran.

“¡Oye tú!” gritó uno de los Pandesianos. Alec sintió cómo su corazón se aceleraba mientras mantenía su cabeza baja.

Avanzaron hacia él mientras este se preparaba apretando su daga. Pero detuvieron a un muchacho al lado de él tomándolo bruscamente y revisando su rostro. Alec respiró profundamente aliviado de ver que no era él y pasó por la puerta con rapidez sin ser detectado.

Finalmente entraron al centro de la ciudad y, mientras Alec se quitaba la capucha de la cabeza, se quedó pasmado con la imagen. Ahí, delante de él, se encontraba la magnificencia arquitectónica y



bullicio de Ur. La ciudad parecía estar viva y pulsante, brillando bajo el sol y casi dando la apariencia de resplandecer. Al principio Alec no sabía por qué, hasta que se dio cuenta: el agua. Había agua en todas partes, la ciudad estaba llena de canales, el agua azul brillaba con el sol matutino y daba la apariencia de ser una con el mar. Los canales estaban llenos con todo tipo de naves—botes de remos, canoas, veleros—incluso elegantes buques de guerra negros ondeando las banderas azul y amarillo de Pandesia. Los canales estaban rodeados de calles empedradas, rocas antiguas y desgastadas que eran pisadas por personas en toda clase de atuendos. Alec vio caballeros, soldados, civiles, comerciantes, campesinos, mendigos, malabaristas, mercaderes, granjeros y muchos más que se mezclaban juntos. Muchos traían colores que Marco nunca había visto, claramente visitantes provenientes del mar, visitantes que venían del otro lado del mundo hacia Ur, el puerto internacional de Escalon. Insignias brillantes de diferentes barcos foráneos llenaban el canal como si todo el mundo se reuniera en este solo lugar.

“Los acantilados que rodean Escalon son tan altos que mantienen a Escalon impenetrable,” explicó Marco mientras caminaban. “Ur tiene la única playa, el único puerto para las grandes embarcaciones. Escalon tiene otros puertos, pero ninguno tan fácil de acceder. Así que cuando quieren visitarnos, todos vienen aquí,” añadió señalando con la mano mientras veía a todas las personas y los barcos.

“Es algo bueno y malo a la vez,” continuó. “Esto nos trae comercio desde las cuatro esquinas del reino.”

“¿Y lo malo?” preguntó Alec mientras se abrían camino entre la multitud de personas y Marco se detenía a comprar un palo de carne.

“Deja a Ur propensa a un ataque por el mar,” respondió. “Es un punto natural para una invasión.”

Alec estudió las alturas de la ciudad pasmado, viendo todos los campanarios y sinfín de edificios altos. Nunca había visto nada parecido.

“¿Y las torres?” preguntó viendo la serie de altas torres cuadradas en la cima de los parapetos, elevándose sobre la ciudad y de frente al mar.

“Fueron construidas para vigilar el mar,” respondió Marco. “Contra una invasión. Aunque, con la rendición del débil rey, esto no nos sirvió mucho.”

Alec pensaba.

“¿Y si no se hubiera rendido?” preguntó Alec. “¿Pudiera Ur haberse defendido de un ataque por el mar?”

Marco se encogió de hombros.

“No soy un comandante,” dijo. “Pero sé que tenemos formas. Ciertamente podría defenderse de piratas y saqueadores. Pero una flota es otra historia. Pero en sus mil años de historia, Ur nunca ha caído; y eso es decir algo.”

Campanas distantes se escucharon en el aire mientras siguieron caminando, mezclándose con el sonido de las gaviotas que volaban y graznaban. Al avanzar por la multitud, Alec sintió que su estómago se retorció al oler toda clase de comida en el aire. Sus ojos se abrieron al pasar por filas de comerciantes vendiendo diferentes productos. Vio objetos exóticos y delicias que nunca había visto antes, y se maravilló con la vida de esta ciudad cosmopolita. Aquí todo era más rápido y todos tenían prisa, con la gente pasando tan rápido que apenas tenía tiempo de verlas antes de que se fueran. Esto lo hizo darse cuenta de la pequeñez del pueblo del que venía.

Alec observó a un vendedor que tenía las frutas rojas más grandes que jamás había visto, y metió

la mano en el bolsillo para comprar una; cuando sintió que alguien golpeaba su hombro fuertemente desde un costado.

Se giró para ver a un gran hombre mayor que se elevaba sobre él, con una desarreglada barba negra y frunciendo el ceño. Tenía un rostro extranjero que Alec no pudo reconocer y maldijo en un idioma que Alec no pudo entender. El hombre entonces lo sorprendió empujando a Alec hacia atrás volando hacia un puesto y cayendo sobre la calle.

“Eso no es necesario,” dijo Marco acercándose y poniendo una mano para detener al hombre.

Pero Alec, que normalmente era pasivo, tuvo una nueva sensación de rabia. Era un sentimiento no familiar, una rabia que había estado creciendo dentro de él desde la muerte de su familia, una rabia que necesitaba salir. No pudo controlarse. Se puso de pie lanzándose y, con una fuerza que no sabía que tenía, golpeó al hombre en el rostro haciéndolo retroceder y caer sobre otro puesto.

Alec se quedó pasmado al ver que había derribado a un hombre mucho más grande, mientras que Marco se quedó a su lado igual de impresionado.

Surgió una conmoción en el mercado mientras los amigos patanes del hombre se acercaban y un grupo de soldados Pandesianos venía corriendo desde el otro lado de la plaza. Marco observó en pánico y Alec supo que estaban en una situación precaria.

“¡Por aquí!” apuró Marco tomando a Alec y jalándolo con rudeza.

Mientras el patán se ponía de pie y los Pandesianos se acercaban, Alec y Marco corrieron por entre las calles mientras Alec trataba de seguir a su amigo que pasaba por la ciudad que conocía muy bien, tomando atajos, pasando entre puestos, y girando en callejones. Alec apenas podía mantener el paso con los repentinos zigzags. Pero cuando miró sobre su hombro, vio al gran grupo que se acercaba y sabía que esta sería una pelea que no podrían ganar.

“¡Aquí!” gritó Marco.

Alec observó a Marco saltar sobre la orilla del canal y lo siguió sin pensarlo esperando caer sobre el agua.

Pero se sorprendió al no escuchar el agua y caer en una pequeña saliente de piedra en el fondo, una que no había visto desde arriba. Marco, respirando agitadamente, golpeó cuatro veces en una puerta de madera oculta, construida en la piedra debajo de la calle, y una segunda puerta lateral se abrió y Marco y Alec fueron jalados hacia la oscuridad con la puerta cerrándose detrás de ellos. Antes de que se cerrara, Alec vio a los hombres llegando a la orilla del canal y confundidos al no poder ver nada debajo.

Alec vio que estaba bajo tierra en un oscuro canal subterráneo, y corrió desconcertado con el agua hasta los tobillos. Dieron vuelta una y otra vez hasta que encontraron la luz del día de nuevo.

Alec vio que estaban en una gran habitación de piedra debajo de las calles de la ciudad, con luz solar filtrándose desde grietas arriba y miró con asombro que estaba rodeado de varios muchachos de su edad, todos con rostros cubiertos de tierra y sonriendo amigablemente. Todos se detuvieron respirando agitadamente y Marco sonrió y saludo a sus amigos.

“Marco,” dijeron abrazándolo.

“Jun, Saro, Bagi,” respondió Marco.

Todos se acercaron y lo abrazaron sonriendo como si estos hombres fueran todos hermanos. Todos parecían de la misma edad y tan altos como Marco, con hombros anchos, rostros duros y la apariencia de muchachos que habían luchado por sobrevivir todas sus vidas en las calles. También eran muchachos que claramente habían tenido que cuidarse solos.

Marco hizo que Alec se acercara.

“Este,” anunció, “es Alec. Ahora es uno de nosotros.”

*Uno de nosotros.* Alec disfrutó el sonido de esas palabras. Se sentía bien el pertenecer en algún lugar.

Todos lo saludaron tomándose los antebrazos y uno de ellos, el más alto, Bagi, sacudió la cabeza y sonrió.

“¿Así que tú eres el que inició todo ese alboroto?” preguntó con una sonrisa.

Alec sonrió tímidamente.

“El tipo me empujó,” dijo Alec.

Los otros se rieron.

“Esa es tan buena razón como cualquiera para arriesgar nuestras vidas hoy,” dijo Saro con sinceridad.

“Ahora estás en una ciudad, pueblerino,” dijo Jun severamente y sin sonreír a diferencia de los otros. “Pudiste hacer que nos mataran a todos. Eso fue estúpido. Aquí a las personas no les importa, empujarte es lo menos que te harán. Mantén la cabeza baja y ve hacia dónde vas. Si chocas con alguien, date la vuelta o encontrarás un puñal en tu espalda. Tuviste suerte esta vez. Esta es Ur. Nunca sabes quién está cruzando la calle y las personas te cortarán por cualquier razón; y a veces sin razón alguna.”

Sus nuevos amigos de repente se dieron la vuelta y avanzaron en los túneles cavernosos, y Alec se apresuró a alcanzar a Marco que se les unía. Todos parecían conocer muy bien este lugar incluso con poca luz, tomando las curvas con facilidad en las cámaras subterráneas y con agua cayendo y haciendo eco en todos lados. Claramente todos habían crecido aquí. Esto hizo que Alec se sintiera inadecuado al haber crecido en Soli, viendo este lugar tan mundano, a estos muchachos que sabían andar en las calles. Era claro que todos habían sufrido pruebas y dificultades que Alec no podía imaginarse. Eran un grupo duro que claramente había estado en muchas altercaciones y, sobre todo, parecían ser sobrevivientes.

Después de pasar por una serie de callejones, los

Después de pasar por una serie de callejones, los muchachos subieron una inclinada escalera metálica y pronto Alec estuvo en la superficie, en la calle, en un lugar diferente de Ur, estando entre otra ajetreada multitud. Alec vio a su alrededor encontrando una gran plaza con una fuente de cobre en el centro sin reconocerla, apenas pudiendo tomar nota de todos los barrios de esta ciudad en expansión.

Los muchachos se detuvieron debajo de un pequeño edificio anónimo de piedra similar a los otros, con su bajo techo inclinado de tejas rojas. Bagi llamó dos veces y un momento después la puerta oxidada anónima se abrió. Entraron rápidamente y esta se cerró detrás de ellos.

Alec se encontró en una habitación oscura, iluminada sólo por la luz solar que pasaba por las ventanas arriba y se volteó al reconocer el sonido de martillos golpeando yunques analizando la habitación con interés. Escuchó el chillido de una forja, vio las familiares nubes de vapor, e inmediatamente se sintió en casa. No tenía que mirar alrededor para saber que esta era una forja, y que estaba llena de herreros trabajando en armas. Su corazón se aceleró con excitación.

Un hombre alto y delgado de barba corta, tal vez de unos cuarenta, con rostro ennegrecido por la ceniza, limpió sus manos en el mandil y se acercó. Saludó a los amigos de Marco con respeto y estos le regresaron el saludo.

“Fervil,” dijo Marco.

Fervil volteó y miró a Marco y su rostro se iluminó. Se acercó y lo abrazó.

“Pensé que habías ido a Las Flamas,” dijo.

Marco le sonrió.

“No más,” respondió.

“¿Están listos para trabajar?” añadió. Después miró a Alec. “¿Y a quién tenemos aquí?”

“Mi amigo,” dijo Marco. “Alec. Un gran herrero y deseoso de unirse a nuestra causa.”

“¿Conque sí?” Fervil preguntó escéptico.

Examinó a Alec con ojos bruscos, mirándolo de arriba a abajo como si fuera inútil.

“Lo dudo,” respondió, “por su apariencia. Me parece demasiado joven. Pero puede trabajar recogiendo nuestros escombros. Toma esto,” le dijo pasándole a Alec una cubeta llena de escombros metálicos. “Ya te diré si necesito algo más de ti.”

Alec enrojeció indignado. No sabía por qué le había caído tan mal a este hombre; quizá se sentía amenazado. Pudo sentir que había silencio en la forja, que los otros muchachos observaban. De muchas maneras, este hombre le recordaba mucho a su padre, y esto sólo incrementó el enojo de Alec.

Pero aun así echaba humo por dentro, ya no dispuesto a tolerar nada desde la muerte de su familia.

Mientras los otros se volteaban y se alejaban, Alec soltó la cubeta que cayó con un gran sonido en el suelo de piedra. Los demás voltearon pasmados y la forja guardó silencio mientras los otros muchachos se detenían a observar la confrontación.

“¡Lárgate de mi taller!” Fervil gruñó.

Alec lo ignoró; en vez de eso, pasó caminando a su lado hacia la mesa más cercana, tomó una espada larga, la levantó y la examinó.

“¿Este es tu trabajo?” preguntó Alec.

“¿Y quién eres tú para hacerme preguntas a mí?” demandó Fervil.

“¿Lo es?” presionó Marco apoyando a su amigo.

“Lo es,” respondió Fervil defensivamente.

Alec asintió.

“Es basura,” concluyó.

Hubo un gemido de asombro en la habitación.

Fervil se irguió completamente y frunció el ceño, lívido.

“Ustedes muchachos pueden irse ahora,” gruñó. “Todos ustedes. Tengo suficientes herreros aquí.”

Alec defendió su posición.

“Y ninguno vale la pena,” respondió.

Fervil se puso rojo y se acercó amenazante, y Marco puso una mano entre ellos.

“Nos iremos,” dijo Marco.

Alec de repente bajó la punta de la espada al suelo, levantó su pie y con una simple patada la rompió en dos.

Los pedazos volaron por todas partes sorprendiendo a todos.

“¿Debería una buena espada hacer eso?” Preguntó Alec con una sonrisa burlona.

Fervil gritó y se arrojó sobre Alec; pero al acercarse, Alec levantó el extremo dentado de la hoja rota y Fervil se detuvo en seco.

Los otros muchachos viendo la confrontación sacaron sus espadas para defender a Fervil,

mientras que Marco y sus amigos sacaron las suyas alrededor de Alec. Todos los muchachos se quedaron de pie encarándose en un tenso enfrentamiento.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó Marco a Alec. “Todos compartimos la misma causa. Esto es una locura.”

“Y es por eso que no puedo permitirles pelear usando basura,” respondió Alec.

Alec dejó caer la espada rota y lentamente sacó una espada larga de su cinturón.

“Este es mi trabajo,” dijo Alec fuertemente. “La construí yo mismo en la forja de mi padre. No encontrarán un trabajo más fino.”

Alec de repente le dio vuelta a la espada, tomó la hoja, y se la pasó a Fervil con la empuñadura primero.

En el tenso silencio, Fervil miró hacia abajo claramente sin esperarse esto. Tomó la empuñadura dejando a Alec indefenso y por un momento pareció que contemplaba apuñalar a Alec con ella.

Pero Alec se mantuvo de pie orgulloso y sin miedo.

Lentamente, el rostro de Fervil se suavizó al darse cuenta que Alec se había quedado indefenso y ahora lo miraba con más respeto. Miró hacia abajo y examinó la espada. La pesó en su mano y la levantó hacia la luz, y finalmente, después de un largo tiempo, miró a Alec impresionado.

“¿Es tu trabajo?” preguntó con incredulidad en su voz.

Alec asintió.

“Y puedo crear muchas más,” respondió.

Se acercó y miró a Fervil con intensidad en sus ojos.

“Quiero matar Pandesianos,” dijo Alec. “Y quiero hacerlo con armas verdaderas.”

Un gran y denso silencio se posó sobre la habitación hasta que finalmente Fervil sacudió su cabeza y sonrió.

Bajó la espada y extendió un brazo que Alec tomó. Lentamente, todos los muchachos bajaron sus armas.

“Supongo,” dijo Fervil ampliando su sonrisa, “que podemos hallar un lugar para ti.”

# CAPÍTULO OCHO

Aidan caminó por la desierta vereda del bosque, estando tan lejos de cualquier parte como nunca lo había estado, sintiéndose completamente solo en el mundo. Si no fuera por su Perro del Bosque a su lado, estaría abatido y sin esperanza; Pero Blanco le daba fuerza a pesar de estar herido de gravedad mientras Aidan pasaba su mano por su pelaje corto y blanco. Ambos cojeaban, cada uno herido por su encuentro con el salvaje conductor de carreta, con cada paso siendo doloroso mientras el cielo oscurecía. Con cada paso que Aidan daba, juraba que si se encontraba con ese conductor una vez más, lo mataría con sus propias manos.

Blanco se quejaba a su lado, y Aidan se acarició la cabeza, el perro siendo casi tan alto como él y pareciendo más una bestia salvaje que perro. Aidan estaba agradecido no sólo por su compañía, sino por el hecho de que le hubiera salvado la vida. Había rescatado a Blanco porque algo dentro de él no le permitió dejarlo; y al mismo tiempo había recibido su vida como recompensa. Lo haría de nuevo incluso si significaba volver a ser abandonado en este lugar en medio de la nada, con el destino de inanición y muerte. Aún valdría la pena.

Blanco se quejó una vez más y Aidan compartió sus dolores de hambre.

“Lo sé, Blanco,” dijo Aidan. “Yo tengo hambre también.”

Aidan miró las heridas de Blanco que aún goteaban sangre y sacudió la cabeza sintiéndose terrible e incapaz de hacer nada.

“Haría cualquier cosa por ayudarte,” dijo Aidan. “Desearía saber cómo.”

Aidan se agachó y lo besó en la cabeza sintiendo su suave pelaje, y Blanco acercó su cabeza hacia la de Aidan. Era el abrazo de dos personas que caminaban hacia la muerte juntos. El sonido de las bestias salvajes se elevaba en una sinfonía en el oscurecido bosque, y Aidan sintió que sus pequeñas piernas le ardían y que no podría caminar mucho más antes de morir en este lugar. Aún faltaban días para llegar a cualquier parte, y con la noche acercándose estaban vulnerables. Blanco, tan poderoso como era, no estaba en condiciones de pelear con nada, y Aidan, sin armas y heridos, no estaba mejor. Hacía horas que no pasaba un carro y nadie sospecharía hasta dentro de días.

Aidan pensó en su padre que estaba allá afuera y sintió que lo había decepcionado. Si iba a morir, Aidan por lo menos deseaba morir al lado de su padre en alguna parte, peleando por una gran causa o en su hogar en la comodidad de Volis; no aquí, en medio de la nada. Cada paso parecía acercarlo más a la muerte.

Aidan reflexionó en su corta vida y recordó a todas las personas que había conocido y amado, en su padre y hermanos y, más que nada, en su hermana Kyra. Se preguntó qué había pasado con ella y en dónde estaba en estos momentos, si había cruzado Escalon y si había sobrevivido el viaje a Ur. Se preguntaba si ella pensaba en él, si estaría orgullosa de él ahora mientras trataba de seguir sus pasos, tratando a su manera de cruzar Escalon y ayudar a su padre y a su causa. Se preguntaba si hubiera llegado a vivir para convertirse en un gran guerrero, y sintió una gran tristeza al saber que no volvería a verla.

Aidan sentía que se hundía con cada paso que daba y ya no quedaba mucho por hacer más que rendirse a sus heridas y cansancio. Yendo cada vez más lento, miró hacia Blanco y vio que arrastraba sus ojos también. Pronto tendrían que recostarse y descansar aquí en el camino sin importar lo que viniera. Era una proposición aterradora.

Aidan pensó escuchar algo, aunque muy débil al principio. Se detuvo y escuchó atentamente

mientras Blanco se detenía también y lo miraba confundido. Aidan oraba. ¿Estaba escuchando cosas?

Entonces lo escuchó de nuevo. Esta vez estaba seguro. El rechinar de ruedas; rechinar de madera, de hierro. Un carro.

Aidan se dio la vuelta con el corazón acelerado y trató de ver entre la oscuridad. Al principio no vio nada. Pero lentamente alcanzó a distinguir algo. Un carro. Varios carros.

El corazón de Aidan subió hasta su garganta y apenas fue capaz de contener su emoción al sentir el ajetreo, escuchar los caballos, y ver la caravana que se dirigía hacia él. Pero entonces su excitación se calmó al pensar que podrían ser hostiles. Después de todo, ¿quién estaría pasando por este camino desierto tan alejado de cualquier parte? No podía pelear y Blanco, que gruñía débilmente, no podría dar mucho de sí tampoco. Se encontraban a la merced de cualquiera que se acercara. Era un pensamiento aterrador.

El sonido se volvió ensordecedor mientras los carros se acercaban y Aidan se paró valientemente en medio del camino sabiendo que no podría esconderse. Tenía que tomar sus probabilidades. Aidan pensó escuchar música mientras se acercaban y esto incrementó su curiosidad. Incrementaron la velocidad y por un momento se preguntó si lo arrollarían.

Entonces, de repente, toda la caravana bajó el paso y se detuvo delante de él mientras él bloqueaba el camino. Lo miraron mientras el polvo volvía a bajar. Eran un gran grupo, tal vez unos cincuenta, y Aidan los miró perplejo al ver que no eran soldados. También suspiró aliviado al ver que no parecían hostiles. Notó que los vagones estaban llenos de todas clases de personas, hombres y mujeres de diferentes edades. Uno parecía estar lleno de músicos que sostenían toda clase de instrumentos musicales; otro estaba lleno de hombres que parecían ser malabaristas o comediantes, con sus rostros pintados de brillantes colores y vistiendo túnicas y coloridas mallas; otro carro parecía estar lleno de actores, hombres sosteniendo pergaminos claramente ensayando escritos y vestidos con trajes dramáticos; otro más estaba lleno de mujeres apenas vestidas, con sus rostros pintados con mucho maquillaje.

Aidan se enrojeció y miró hacia otro lado sabiendo que era muy joven para ver este tipo de cosas.

“¡Tú, muchacho!” dijo una voz. Era un hombre con una gran barba roja brillante que bajaba hasta su cintura, un hombre peculiar con sonrisa amigable.

“¿Es esta tu vereda?” le preguntó en broma.

Empezaron a reírse en todos los carros y Aidan enrojeció.

“¿Quiénes son ustedes?” Aidan preguntó confundido.

“Creo que una mejor pregunta,” respondió, “es ¿quién eres tú?” Todos miraron con temor a Blanco mientras gruñía. “¿Y qué diablos haces con un Perro del Bosque? ¿No sabes que puede matarte?” le preguntaron con miedo en sus voces.

“Este no,” respondió Aidan. “¿Son ustedes...cirqueros?” les preguntó con curiosidad pensando qué estarían haciendo aquí.

“¡Si lo quieres decir de forma amable!” dijo uno desde un carro echándose a reír.

“¡Somos actores y jugadores y malabaristas y apostadores y músicos y payasos!” gritó otro hombre.

“¡Y embusteros y sinvergüenzas y ramera!” gritó una mujer mientras todos se reían de nuevo.

Uno de ellos tocó su arpa mientras las risas se incrementaban y Aidan enrojeció. Recordó que en una ocasión había conocido personas como estas, cuando era más joven y viviendo en Andros. Recordó ver a los cirqueros llegar a la capital para entretener al Rey; recordó sus rostros con



colores brillantes; sus malabares con cuchillos; un hombre comiendo pieles; una mujer cantando canciones; y un bardo recitando poemas de memoria que pareció durar por horas. Recordó sentirse confundido de por qué alguien elegiría ese tipo de vida en lugar de ser un gran guerrero.

Sus ojos se iluminaron al darse cuenta de repente.

“¡Andros!” Aidan gritó. “¡Ustedes van hacia Andros!”

Un hombre saltó de uno de los carros y se le acercó. Era un hombre alto en sus cuarentas y con una gran barriga, barba café descuidada, cabello rebelde que combinaba, y una sonrisa cálida y amigable. Caminó hacia Aidan y puso un brazo de forma cariñosa en su hombro.

“Eres muy joven para estar aquí afuera,” dijo el hombre. “Diría que estás perdido; pero por las heridas tuyas y de tu perro diría que es algo más. Parece que te metiste en algún tipo de lío del cual no pudiste salir tan bien. Y supongo,” concluyó examinando a Blanco con cuidado, “que tuvo que ver contigo ayudando a esta bestia.”

Aidan se quedó callado sin saber qué tanto decir mientras Blanco se acercaba y lamía la mano del hombre para sorpresa de Aidan.

“Me hago llamar Motley,” añadió el hombre extendiendo una mano.

Aidan lo miró con cautela, sin tomar su mano pero asintiendo con la cabeza.

“Aidan es mi nombre,” respondió.

“Ustedes dos pueden quedarse aquí y morir de hambre,” continuó Motley, “pero esa no es una manera muy divertida de morir. Yo personalmente preferiría tener una buena comida antes y entonces morir de alguna otra manera.”

El grupo se echó a reír mientras Motley mantenía su mano extendida y lo miraba con amabilidad y compasión.

“Supongo que ustedes dos, heridos como están, necesitan una mano,” añadió.

Aidan se quedó de pie con orgullo sin querer mostrar debilidad tal y como su padre le había enseñado.

“Estábamos muy bien antes de que llegaran,” dijo Aidan.

Motley guió al grupo en una nueva ronda de risas.

“Por supuesto que lo estaban,” respondió.

Aidan miró con sospecha a la mano del hombre.

“Voy de camino a Andros,” dijo Aidan.

Motley sonrió.

“Igual que nosotros,” respondió. “Y por suerte, la ciudad es suficientemente grande para que llevemos a más personas.”

Aidan dudó.

“Nos estarías haciendo un favor,” añadió Motley. “Podemos usar peso extra.”

“¡Y una boca más que alimentar!” dijo uno de los payasos riéndose.

Aidan lo miró con cautela muy orgulloso para aceptar, salvando apariencias.

“Bueno....” dijo Aidan. “Si se trata de hacerles un favor...”

Aidan tomó la mano de Motley y vio cómo lo subía al carro. Era más fuerte de lo que Aidan esperaba a pesar de que, por la forma en la que vestía, parecía ser un bufón de la corte; su mano gruesa y cálida, era el doble del tamaño que la de Aidan.

Motley entonces se agachó, tomó a Blanco, y lo puso con cuidado en la parte de atrás del carro junto a Aidan. Blanco se acostó con Aidan en el heno poniendo su cabeza en su regazo, con sus ojos

medio cerrados por el cansancio y el dolor. Aidan entendía el sentimiento muy bien.

Motley subió también y el conductor hizo sonar su látigo mientras la caravana avanzaba de nuevo, todos ellos vitoreando mientras la música empezaba de nuevo. Era una canción alegre, hombres y mujeres tocaban arpas, flautas y címbalos y, para la sorpresa de Aidan, muchas de las personas bailaban en los carros.

Aidan nunca había visto a un grupo de personas tan feliz en su vida. Había pasado su vida entera en el silencio y penumbra de un fuerte lleno de guerreros, y no estaba seguro de qué pensar de todo esto. ¿Cómo podía alguien ser tan feliz? Su padre siempre le había enseñado que la vida era algo serio. ¿No era todo esto trivial?

Mientras avanzaban por el camino lleno de baches, Blanco se quejaba por el dolor y Aidan acariciaba su cabeza. Motley se acercó y, para la sorpresa de Aidan, se arrodilló junto al perro poniendo una compresa en sus heridas con un ungüento verde. Blanco se calmó lentamente y Aidan se sintió agradecido por su ayuda.

“¿Quién eres?” preguntó Aidan

“Pues he tenido muchos nombres,” respondió Motley. “El mejor fue ‘actor.’ Después fue ‘pícaro’, ‘bobo,’ ‘bufón’...la lista sigue. Llámame como quieras.”

“Entonces no eres un guerrero,” descubrió Aidan decepcionado.

Motley se echó hacia atrás en carcajadas con lágrimas cayendo por sus mejillas; Aidan no podía entender qué era tan gracioso.

“Guerrero,” repitió Motley sacudiendo su cabeza en asombro. “Ahí tienes algo que nunca he sido llamado. Y es algo que nunca he deseado ser llamado.”

Aidan frunció el ceño sin comprender.

“Yo vengo de un linaje de guerreros,” dijo Aidan con orgullo, sacando el pecho al sentarse a pesar del dolor. “Mi padre es un gran guerrero.”

“Entonces siento pena por ti,” dijo Motley todavía riéndose.

Aidan estaba confundido.

“¿Pena? ¿Por qué?”

“Esa es una sentencia,” Motley respondió.

“¿Una sentencia?” Aidan repitió. “No hay nada más prestigioso en la vida que ser un guerrero. Es todo lo que siempre he soñado.”

“¿Lo es?” preguntó Motley entretenido. “Entonces siento el doble de pena por ti. Yo creo que el tener banquetes y reír y dormir con hermosas mujeres es lo mejor que puede haber; mucho mejor que marchar por el campo deseando poder encajar una espada en el estómago de otro hombre.”

Aidan enrojeció frustrado; nunca había escuchado a un hombre referirse a la batalla de tal manera, y esto lo ofendió. Nunca había conocido a alguien parecido a este hombre.

“¿Dónde está el honor en tu vida?” preguntó Aidan confundido.

“¿Honor?” Motley preguntó pareciendo genuinamente sorprendido. “Esa es una palabra que no había escuchado en años; y es una palabra muy grande para alguien tan joven.” Motley suspiró. “Yo no creo que el honor exista; o al menos nunca lo he visto. Una vez pensé en ser honorable; pero no me llevó a ningún lado. Además, he visto a muchos hombres honorables caer presa de mujeres astutas,” concluyó mientras otros en el carro se rieron.

Aidan miró a su alrededor y miró a las personas bailando y cantando y tomando sin ningún interés, y tuvo sentimientos encontrados sobre continuar con esta gente. Eran hombres amables pero a los que

no les interesaba llevar una vida de guerrero, que no eran devotos del valor. Sabía que tenía que mostrarse agradecido, y lo estaba, pero no sabía cómo sentirse sobre el viajar junto con ellos. Ciertamente no eran la clase de hombres con los que su padre se asociaría.

“Viajaré con ustedes,” Aidan dijo finalmente. “Seremos compañeros de viaje. Pero no puedo considerarme a mí mismo tu hermano en armas.”

Los ojos de Motley se abrieron completamente y guardó silencio por unos diez segundos, como si no supiera cómo responder.

Finalmente se echó a reír por un largo rato junto con todos los que estaban a su alrededor. Aidan no entendía a este hombre y no creía que pudiera llegar a hacerlo.

“Creo que voy a disfrutar de tu compañía, muchacho,” dijo Motley finalmente limpiándose las lágrimas. “Sí, creo que la voy a disfrutar bastante.”

# CAPÍTULO NUEVE

Duncan, con sus hombres a los lados, marchó por la capital de Andros seguido por los pasos de miles de sus soldados victoriosos, triunfantes, con sus armaduras retumbando mientras pasaban por la ciudad liberada. A cualquier parte a donde iban, se encontraban con los gritos de júbilo de los ciudadanos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos vestidos con los elegantes ropajes de la capital y apresurándose hacia las calles de piedra para arrojarles flores y regalos. Todos sostenían con orgullos las banderas de Escalon. Duncan se sintió victorioso al ver las banderas de su tierra ondeando una vez más, al ver a estas personas que pasaron de la opresión a un júbilo de libertad. Era una imagen que nunca olvidaría, una imagen que hacía que todo valiera la pena.

Mientras el sol matutino se posaba sobre la capital, Duncan sintió como si estuviera marchando hacia un sueño. Este era un lugar en el que pensaba nunca volvería a pararse, al menos no en esta vida, y ciertamente no en estas condiciones. Andros, la capital. La gema de la corona de Escalon, lugar de reyes por miles de años, ahora bajo su control. Las guarniciones Pandesianas habían caído. Sus hombres controlaban las puertas; controlaban los caminos; controlaban las calles. Era más de lo que había esperado lograr.

Pero se maravilló al pensar que sólo hace unos días estaba en Volis, con todo Escalon bajo el puño de hierro de Pandesia. Ahora, todo el noroeste de Escalon estaba libre y su mismísima capital, su corazón y alma, estaba libre de la dominación Pandesiana. Por supuesto, Duncan se dio cuenta de que habían conseguido esta victoria gracias a la velocidad y la sorpresa. Fue una victoria brillante, pero también una potencialmente transitoria. Una vez que la noticia llegara al Imperio Pandesiano, vendrían por él; y no sólo con unas cuantas guarniciones, sino con toda la fuerza del mundo. El mundo se llenaría con estampidas de elefantes, el cielo se oscurecería con flechas, el mar se cubriría de naves. Pero esta no era razón para continuar haciendo lo que era justo, para continuar con el deber de un guerrero. Al menos por ahora se estaban defendiendo; al menos por ahora eran libres.

Duncan escuchó un derrumbe y se volteó para ver una inmensa estatua de mármol de El Glorioso Ra, supremo líder de Pandesia, echada abajo con cuerdas por un grupo de ciudadanos. Se hizo pedazos al impactar con el suelo y los hombres vitorearon mientras pisaban los escombros. Más ciudadanos se apresuraron y bajaron las inmensas banderas azul y amarillo de Pandesia, arrancándolas de edificios, paredes y torres.

Duncan no pudo evitar sonreír al recibir la adulación y el sentido de orgullo de estas personas al recuperar su libertad, un sentimiento que entendía muy bien. Miró hacia Kavos y Bramthos, Anvin y Arthfael y Seavig y todos sus hombres, y vio que también estaban radiantes, deleitándose en este día que llegaría a estar escrito en los libros de historia. Era una memoria que llevarían con ellos por el resto de sus vidas.

Todos marcharon por la capital pasando plazas y patios, pasando por calles que Duncan conocía muy bien por todos los años que había pasado aquí. Pasaron por una esquina y el corazón de Duncan se aceleró al voltear hacia arriba y ver el edificio del capitolio de Andros, con su cúpula dorada brillando en el sol, sus inmensas puertas arqueadas doradas tan imponentes como siempre, su fachada de mármol blanco brillante tallada, tal y como lo recordaba, con los escritos antiguos de los filósofos de Escalon. Era uno de los pocos edificios que Pandesia no había tocado, y Duncan sintió orgullo al verlo.

Pero al mismo tiempo sintió un vacío en el estómago; sabía que dentro estarían esperándolo los

nobles, los políticos, el consejo de Escalon, los hombres de política, de intrigas, hombres que él no entendía. No eran soldados ni jefes militares, sino hombres con riquezas y poder e influencias que habían heredado de sus antepasados. Eran hombres que no merecían tener poder, pero hombres que, de alguna manera, aún tenían a Escalon en sus manos.

Y lo peor de todo, Tarnis mismo estaría seguramente con ellos.

Duncan se preparó y respiró profundo antes de subir los cien escalones de mármol, con sus hombres a su lado y mientras las puertas eran abiertas por la Guardia del Rey. Respiró hondo sabiendo que debía sentirse exultante, pero también sabiendo que estaba entrando en un pozo de víboras, un lugar en el que el honor le cedía lugar al compromiso y la traición. Preferiría una batalla contra toda Pandesia en vez de una hora en reunión con estos hombres, hombres que cambiaban sus compromisos, hombres que no tenían convicciones, que estaban tan perdidos en mentiras que no podían entenderse ni entre ellos mismos.

La Guardia del Rey, portando la armadura roja brillante que Duncan no había visto en años, con sus cascos puntiagudos y alabardas ceremoniales, abrieron las puertas de par en par y miraron a Duncan con respeto. Al menos estos eran verdaderos guerreros. Era una fuerza ancestral que sólo le era leal al Rey de Escalon. Eran la única fuerza militar que quedaba aquí, lista para servir al rey que estuviera gobernando, un vestigio de lo que alguna vez fueron. Duncan recordó su juramento a Kavos, pensó en ser Rey, y sintió un hueco en el estómago. Era lo último que deseaba.

Duncan guió a sus hombres por las puertas y por los pasillos sagrados del capitolio, admirado como siempre por sus altos techos tallados con los símbolos de los clanes de Escalon, por sus pisos de mármol blanco y azul tallados con un inmenso dragón y un león en su boca. Estar en este lugar lo trajo de vuelta. Sin importar cuantas veces entrara, siempre se veía maravillado por este lugar.

Los hombres marchando hicieron eco en las inmensas cámaras, y mientras Duncan avanzaba dirigiéndose hacia la Cámara del Consejo, sintió, como siempre le sucedía, que este lugar era una tumba, una tumba dorada en la que los políticos y nobles podían felicitarse a sí mismos por crear planes que los mantenían en el poder. Había intentado pasar el menor tiempo posible en este lugar cuando residía en la capital, y ahora deseaba pasar mucho menos.

“Recuerda tu juramento.”

Duncan se volteó y vio a Kavos que lo miraba con intensidad brillante en sus ojos oscuros detrás de su barba oscura y con Bramthos a su lado. Era el rostro de un verdadero guerrero, un guerrero al que le debía mucho.

El estómago de Duncan se tensó con sus palabras. Fue un juramento que ahora lo atormentaba; un juramento para convertirse en rey, para derrocar a su viejo amigo. La política era lo último que deseaba; lo único que deseaba era libertad y un campo de batalla abierto.

Pero había hecho un juramento y sabía que debería honrarlo. Mientras se acercaba a las puertas de hierro, sabía que lo que sucedería después no sería agradable pero era necesario. Después de todo, ¿quién en esa habitación de políticos querría darle poder, reconocerlo como Rey, incluso si era él el que había conseguido liberarlos?

Pasaron por un arco abierto y otro grupo de la Guardia del Rey se hizo a un lado revelando dos puertas de bronce: las Puertas del Consejo, puertas ancestrales que habían visto a muchos reyes. Las abrieron de par en par y se hicieron a un lado, y Duncan entró en la Cámara del Consejo.

Con forma circular y cien pies de diámetro, la Cámara del Consejo tenía en su centro una mesa circular de mármol negro, y a su alrededor se encontraba una gran multitud de nobles en caos.

Duncan inmediatamente pudo sentir la tensión en el aire, el sonido de hombres agitados discutiendo que iban de un lado a otro y con la habitación más llena de lo que nunca la había visto. Generalmente se podía ver a un grupo ordenado de una docena de nobles sentados y presididos por el viejo Rey. Pero ahora la habitación estaba llena de cien hombres todos vestidos con elegantes atuendos. Duncan habría esperado que todos estuvieran jubilosos después de la victoria; pero no era así con estos hombres. Eran insatisfechos profesionales.

En el centro estaba Tarnis, y mientras Duncan y sus hombres entraban todos dejaron el alboroto y guardaron silencio. Todas las cabezas voltearon con rostros pasmados, con miradas de sorpresa y admiración y respeto; pero especialmente de miedo, miedo por el cambio que estaba por venir.

Duncan marchó hacia el centro con sus comandantes y les ordenó al resto de los hombres que se colocaran en las periferias de la habitación, haciendo guardia en silencio en las orillas. Era la demostración de poder que Duncan deseaba. Si estos hombres se resistían e intentaban mantener el poder, Duncan entonces les recordaría quién los había liberado y quién había derrotado a Pandesia. Vio a los nobles observando con nerviosismo a los soldados y después pasando la mirada hacia él. Al ser políticos profesionales, no mostraron ninguna reacción.

Tarnis, el más profesional de todos ellos, miró hacia Duncan y se obligó a sonreír. Extendió sus brazos y empezó a acercarse.

“¡Duncan!” lo llamó de manera tierna cómo si fuera a saludar a un hermano perdido.

Tarnis, de unos sesenta años, con piel bronceada, finas líneas, y cabello gris suave y sedoso que caía hasta su barbilla siempre había tenido una apariencia mimada y cuidada; y era claro por qué, pues había disfrutado lujos y gala toda su vida. Su rostro también mostraba sabiduría; aunque Duncan sabía que esto sólo era una fachada. Era un buen actor, el mejor de todos, y sabía cómo proyectar sabiduría. Era esto mismo lo que le había permitido llegar al poder. Por todos sus años juntos, Duncan sabía que era experto en aparentar algo pero actuar de forma distinta.

Tarnis se acercó y abrazó a Duncan, y Duncan le regresó un abrazo frío aún sin saber cómo sentirse hacia él. Todavía se sentía irritado, profundamente decepcionado por este hombre al que había llegado a respetar como a un padre. Después de todo, este era el hombre que había entregado el país. Era un insulto para Duncan el verlo aquí en esta cámara de poder después de su victoria y en la que ya no pertenecía. Y por la forma en que todos los nobles aún lo miraban, Duncan pudo sentir que Tarnis aún asumía que seguía siendo rey. Era, notablemente, como si nada hubiera cambiado.

“Pensé que nunca te volvería a ver,” añadió Tarnis. “Especialmente no entre circunstancias como estas.”

Duncan lo miró y fue incapaz de darle una sonrisa. Siempre había sido honesto con sus emociones, y no podía pretender sentir cariño por este hombre.

“¿Cómo pudiste hacer esto?” gritó una voz llena de ira.

Duncan se volteó y miró del otro lado de la mesa a Bant, jefe militar de Baris, vecino sureño de la capital que lo miraba con enojo. Bant era conocido por ser un hombre difícil, un hombre cascarrabias al igual que toda la gente de Baris, viviendo en el cañón como personas monótonas y duras. No se podía confiar en esas personas.

“¿Hacer qué exactamente?” respondió Duncan indignado. “¿Liberarte?”

“¿¡Que nos *liberaste*!?” le dijo. “¡Empezaste una guerra que no podemos ganar!”

“¡Ahora estamos a la merced de Pandesia!” gritó otra voz.

Duncan miró a un noble de pie que lo observaba con enojo.

“¡Todos ahora seremos masacrados debido a tus acciones impetuosas!” le dijo.

“¡Y todo esto sin nuestro permiso!” gritó otro de los nobles, un hombre al que Duncan no pudo reconocer y que llevaba los colores del noroeste.

“¡Te rendirás cuanto antes!” dijo Bant. “Te dirigirás a los señores Pandesianos, bajarás tus armas y les suplicarás que nos perdonen.”

Duncan se enardeció con las palabras de estos cobardes.

“Todos ustedes me dan asco,” respondió Duncan enunciando cada palabra. “Me avergüenzo de haber peleado por su libertad.”

Un silencio pesado cayó sobre la habitación y ninguno se atrevió a responder.

“Si no te rindes cuanto antes,” dijo Bant finalmente, “entonces lo haremos por ti. No vamos a morir por tu imprudencia.”

Kavos se acercó sacando su espada con el sonido haciendo eco en la habitación, elevando la tensión y con Bramthos siguiéndolo de cerca.

“Nadie se rendirá,” dijo con una voz fría y dura. “Acérquense y lo único a lo que se rendirán será a la punta de mi espada.”

La tensión en la habitación llegó a su punto máximo mientras ambos lados se miraban hasta que Tarnis, el antiguo Rey, se acercó y puso su mano gentilmente en la espada de Kavos. Sonrió con la sonrisa de un político profesional.

“No hay necesidad para una división,” dijo con voz suave y tranquilizadora. “Todos somos hombres de Escalon, hombres que pelearían y morirían por la misma causa. Todos deseamos libertad. Libertad para nosotros, para nuestras familias y nuestras ciudades.”

Kavos lentamente bajó su espada pero seguía viendo desafiantemente a Bant.

Tarnis suspiró.

“Duncan,” dijo Tarnis, “siempre has sido un fiel soldado y un verdadero amigo. Entiendo tu deseo de libertad; todos compartimos ese deseo. Pero a veces la fuerza bruta no es la manera. Después de todo, considera tus acciones. Has liberado el noreste y hasta has conseguido conquistar la capital, al menos por ahora. Por esto te agradezco. *Todos* te agradecemos,” dijo mostrando la habitación con la mano como si hablara por todos ellos. Se volteó hacia Duncan y lo miró a los ojos. “Pero también nos has dejado vulnerables a un ataque, un ataque contra el que no nos podemos defender; ni siquiera tú con todos tus hombres y con todo Escalon.”

“La libertad tiene un precio,” respondió Duncan. “Sí, algunos hombres deben morir. Pero *seremos* libres. Debemos matar a los Pandesianos restantes antes de que puedan reagruparse, y tan sólo en quince días todo Escalon será nuestro.”

“¿Y después qué?” Tarnis replicó. “Incluso si logras liberar a todo el país antes de que se reagrupen, razona conmigo. ¿No nos invadirán simplemente por la abierta Puerta del Sur?”

Duncan le hizo una señal a Anvin quien le regresó la señal.

“Mis hombres se preparan en estos momento para cabalgar hacia el sur y asegurarla.”

Los políticos murmuraron con sorpresa e igualmente pudo ver sorpresa en los ojos de Tarnis.

“¿Y después de que la aseguren? ¿No presionará Pandesia la Puerta del Sur con un millón de hombres? E incluso si pierden ese millón de hombres, ¿no pueden reemplazarlos con otro millón más?”

“Con la puerta en nuestro poder, ninguna fuerza podrá tomarla,” Duncan respondió.

“No concuerdo contigo,” dijo Tarnis. “Es por esto que entregué Escalon.”

“La Puerta del Sur nunca ha sido destruida,” replicó Duncan.

“Y nunca se ha enfrentado Escalon a un ejército como el de Pandesia. Nunca ha sido probada,” dijo Tarnis.

“Precisamente,” respondió Duncan. “No tienes la certeza de que perderemos y aun así nos entregaste.”

“Y tú mi amigo,” Tarnis respondió, “no tienes la certeza de que ganaremos. ¿Quién es el más imprudente de los dos?”

“¿Y qué hay de Ur?” dijo uno de los nobles. “¿Protegerás sus playas con tu diminuta fuerza cuando el Mar de los Lamentos se vuelva negro con las flotas Pandesianas?”

“No sólo con mi fuerza,” replicó Duncan. “Sino todos nuestros hombres, juntos. ¿No somos todos un solo Escalon?”

Los hombres murmuraron entre ellos y la mayoría negaban con sus cabezas y alejaban la mirada con miedo.

“No podemos derrotar a Pandesia,” dijo uno de los señores. “Sin importar qué tan bien peleemos.”

“Escalon se mantuvo libre por miles de años,” dijo Duncan. “¿Somos menos dignos que nuestros antepasados?”

“No,” dijo uno más. “Pero Pandesia es más fuerte. No es lo mismo que antes.”

Mientras la habitación se llenaba de discusiones, Tarnis finalmente levantó la mano y cayó el silencio. Duncan se sorprendió al ver que el antiguo Rey aún tenía tal poder sobre sus hombres.

“No podemos ganar,” dijo suavemente y en conclusión. “Y una vida de servidumbre, una vida de pagar tributo, es mejor que no tener vida.”

Duncan negó con la cabeza.

“Una vida de servidumbre,” dijo, “de ninguna manera es vida.”

Tarnis suspiró al no poder llegar a un acuerdo y la habitación guardó silencio. Todos lo miraban mientras Tarnis aún proyectaba un aire de autoridad.

“Tú permites que el honor y el valor de tus guerreros te guíe,” dijo Tarnis finalmente. “Esto es encomiable, pero poco práctico. Tú eres un guerrero y no un rey con un país por el cual preocuparte. Pelearías hasta la muerte siguiendo tu vocación; pero nosotros, por otra parte, peleamos por sobrevivir. Escalon no puede ser defendido ante un ejército de tal tamaño.”

“Nos subestimas,” respondió Duncan. “Tenemos otras armas.”

En su mente tuvo que admitir que estaba pensando en Kyra y su dragón.

“He escuchado de tu dragón,” respondió Tarnis mirándolo como si hubiera leído su mente; siempre había tenido esa extraña habilidad. “Y de tu hija. ¿Es de ella de quien hablas?”

Duncan guardó silencio.

“Te haré saber,” continuó Tarnis, “que el dragón en el que tanto dependes ha volteado su ira hacia tu pueblo. Han abundado los reportes de aldeas incendiadas en el norte.”

El corazón de Duncan se desplomó con sus palabras. En su mente había deseado que el dragón viniera en su ayuda, y estas noticias lo derrumbaron.

Tarnis se acercó y puso una mano en el hombro de Duncan.

“Lo ves, viejo amigo,” continuó Tarnis suavemente con una voz llena de compasión, “solamente tenemos nuestros escudos y espadas. De ninguna manera podemos defendernos de Pandesia, sin importar cuánto lo desee tu honor. Nuestra mejor alternativa, nuestra única esperanza, es razonar con



ellos. Comprometernos. Rendirnos y bajar los brazos. Proteger y salvar lo que tenemos.”

Suspiró.

“Es por esto que no podemos ayudarte,” continuó. “Y es por eso que debes rendirte, pedir piedad. Son una nación razonable. Entenderán. Utilizaré mi influencia para ayudarles a entender y dejarte vivir.”

Duncan le hizo una mueca herido por sus palabras, perdiendo todo el respeto que le quedaba por este hombre por el que había tenido cariño. Tomó la mano de Tarnis y la quitó de su hombro.

“No lo entiendes,” respondió Duncan con una voz dura y oficial. “No fue una petición.” Se volteó y miró a todos los hombres en la habitación. “Es una orden. *Vamos* a liberar Escalon, con o sin ustedes. Pelearemos al amanecer como una sola nación y ustedes se nos unirán. Si no lo hacen, serán encarcelados o ejecutados. Si nos detienen de cualquier forma, serán encarcelados o ejecutados. Yo no empecé esta guerra, pero sí la terminaré.”

A esto le siguió un largo y pesado silencio hasta que Bant finalmente se acercó.

“Tienes a unos cuantos miles de hombres bajo tu orden,” dijo con una voz igual de desafiante y determinada. “Tengo el doble de hombres en Baris, y podemos llamar a muchos más. Intenta atacarnos y tu situación se volverá desesperada.”

Duncan lo miró sin dudar.

“Así es,” Duncan replicó. “Tus hombres están en Baris; los míos aquí. No dejarás esta habitación con tu cabeza sobre tus hombros si intentas juntar a tus hombres contra nosotros. Tú eliges.”

El silencio se hizo espeso mientras Bant observaba la habitación, viendo a todos los hombres de Duncan con incertidumbre en su rostro.

“Considera entonces a la Guardia del Rey,” Tarnis se acercó. “Miles de excelentes soldados están aquí en la capital bajo mi comando. Ellos sólo le responden al Rey. No se te unirán. Y si amenazas a nuestros hombres, ellos se pondrán en tu camino.”

“Cierto,” dijo Duncan. “Ellos sólo le responden al Rey. Y tú ya no eres ese Rey.”

Por primera vez, el rostro compuesto de Tarnis decayó mientras se escuchaba un asombro en la habitación.

“Lo siento, Tarnis,” Duncan continuó, “pero tú renunciaste a tu reinado el día que entregaste Escalon. Ahora solamente eres un anciano; no tienes autoridad aquí.”

“¿Entonces quién tiene la autoridad de Rey?” respondió Tarnis burlándose. “¿Tú?”

“Sí,” respondió Duncan simplemente.

Una murmuración agitada llenó la habitación mientras Tarnis reía.

“¿Y quién te ha nombrado Rey?” dijo Bant.

“¡No tienes ningún derecho al reino!” gritó uno de los nobles.

Todos gruñeron y Duncan los enfrentó con valentía.

“Yo liberé a Escalon,” Duncan respondió. “Yo liberé la capital. Yo liberé la revuelta por la que todos ustedes tienen miedo. Yo he arriesgado mi vida y ustedes no han arriesgado nada. ¿Deberían ustedes entonces mantener el poder?”

Hubo silencio en la habitación mientras los miraba a todos a los ojos.

“Yo no busco poder,” continuó Duncan. “Sólo busco la libertad y unidad de Escalon. Y si yo soy el indicado para conseguirlo, que así sea.”

Tarnis negó con la cabeza en desaprobación.

“Sin importar lo que digas,” replicó Tarnis, “la Guardia del Rey no te escuchará. No mientras yo

sea Rey.”

“Tiene razón,” intercedió Kavos. “La Guardia no reconocerá a dos reyes, nadie lo hará. Es por eso que debes matarlo.”

Un gemido de indignación se extendió por la habitación y Duncan sintió un nudo en el estómago mientras miraba a Kavos.

“Hiciste un juramento,” le recordó Kavos. “Ahora es el tiempo de que lo cumplas.”

Duncan contempló las palabras de Kavos. No había deseado que llegara a esto, sin importar el poco respeto que tenía por Tarnis. Vio la mirada horrorizada de Tarnis y su sentimiento de angustia creció. Por primera vez, Tarnis lo miraba con verdadero temor. Hubo un largo y tenso silencio mientras todos los ojos miraban a Duncan.

Duncan miró por un largo rato al antiguo Rey, debatiendo, recordando todos los años en los que le había servido. Sabía que Kavos tenía razón. Tarnis tenía que morir.

Pero finalmente negó con la cabeza.

“No te mataré,” dijo con una voz pesada y ya detestando el gobernar. “Pero tampoco puedo dejarte andar libre por la capital. Serás detenido y mantenido bajo vigilancia.”

Kavos se volteó hacia él indignado.

“¡Juraste matarlo!” Kavos insistió.

Duncan negó con la cabeza.

“Juré tomar el poder, y lo haré,” respondió Duncan.

“No puedes separar las dos cosas,” replicó Kavos.

Duncan se mantuvo firme.

“No seré cruel ni despiadado. Él no es amenaza para ninguno de nosotros.”

Duncan se volteó hacia sus hombres.

“Pónganlo bajo custodia,” les ordenó.

Varios de sus hombres se acercaron y detuvieron a Tarnis mientras los nobles observaban con pánico e indignación en sus rostros al verlo ser arrastrado fuera de la cámara.

Se generó un tenso silencio y Duncan observó ahora a Bant.

“No deseo matarte a ti o a tus hombres. Únetenos. Peleemos juntos y no entre nosotros.”

Otro gran silencio cayó, uno que no parecía terminar. Finalmente Duncan supo que tenía que hacer algo para romper el silencio. Cruzó la habitación lentamente dándole vuelta a la mesa, con sus hombres siguiéndolo y otros hombres abriendo paso hasta que se paró frente a Bant. Le desagradaba este hombre al igual que a todos, pero sabía que ahora era rey y que necesitaba cumplir sus deberes de rey. Tenía que hacer paz con su enemigo, unificar a sus compatriotas. Sabía que si Bant lo seguía, los otros también lo harían al igual que la Guardia del Rey.

“Puedes matarme,” dijo Bant encarando a Duncan, “y puedes matar a mis hombres. Pero no tomarás Escalon sin nosotros.”

“Cierto,” respondió Duncan. “Es por eso que debes unirtenos. No me dejas opción más que matarte si te pones en nuestro camino. Ya no hay vuelta atrás para nosotros y quiero que estés de nuestro lado.”

Duncan tomó la oportunidad: se acercó en el silencio y extendió su mano. Miró a Bant a los ojos, esperando.

A esto le siguió un silencio extremadamente largo hasta que Bant finalmente tomó su brazo, asintiendo con una mirada de respeto.

Duncan sabía que en este saludo estaba sellado el destino de Escalon. Sintió una oleada de alivio. Sonrió y miró a la habitación y a esto le siguió un pequeño vitoreo.

“Esta noche,” les dijo a los hombres, “celebraremos. Y al amanecer, ¡avanzaremos hacia la victoria!”

# CAPÍTULO DIEZ

Vesuvius se agitaba mientras caía hacia el piso de piedra de la cueva, cayendo fuertemente y sintiendo como si todos sus huesos se hubieran roto en el impacto. Se quedó inmóvil y sin poder hacer nada, pero observando la devastación todo en derredor. Vio a la bestia elevándose encima de él y avanzando, haciendo que el suelo retumbara y matando a docenas de troles a la vez con sus manos. Los troles volaban hacia todas partes por el túnel chocando contra las paredes y, cuando se cansó de lanzarlos, levantó su gran pie y aplastó a los que huían contra el piso.

El gigante se volteó y el corazón de Vesuvius se aceleró al ver que lo miraba. Rugió mostrando sus afilados dientes y levantó su gran pie apuntando hacia la cabeza de Vesuvius. Vesuvius sabía que en sólo un momento moriría aplastado.

Vesuvius de alguna manera junto la fuerza que le quedaba y rodó mientras el pie del gigante se hundía en la tierra junto a él creando un cráter de docenas de pies de profundidad. El gigante, enfurecido, levantó su otro pie y Vesuvius supo que tenía que pensar rápido o moriría en este túnel junto con los demás troles.

Vesuvius examinó sus alrededores desesperadamente y vio que algo brillaba con el sol. Vio una de las lanzas que había sido abandonada por uno de los troles muertos y sabía que esta era su única oportunidad. Logró ponerse de pie y se agachó para esquivar el pie del gigante que falló. Se escurrió por la cueva y tomó la lanza, se dio la vuelta y avanzó. La levantó alto con ambas manos y apuntó hacia el talón de Aquiles del gigante, la parte más delgada del cuerpo de la bestia.

Vesuvius giró la lanza y apuntó hacia el punto más delgado rogando porque la bestia no levantara su pie antes de terminar su golpe.

Vesuvius se sorprendió al ver que la lanza se introducía en la piel de la criatura; la hizo que pasara desde un lado del talón de la bestia hasta el otro y vio con sorpresa cómo salía por el otro lado con sangre por todos lados. Fue un golpe perfecto.

El túnel se estremeció mientras la bestia gemía de dolor, levantando el pie y dejándolo caer creando otro cráter, haciendo que Vesuvius se tambaleara pero sin tocarlo. Entonces cayó de rodillas en agonía y claramente sin poder levantarse. Volteó su cabeza y chilló buscando a Vesuvius, sin balance y afectado por el golpe.

“¡LAS LANZAS!” les gritó Vesuvius a sus troles.

Los troles que quedaban se acercaron rápidamente tomando las lanzas y siguiéndolo en el ataque. Mientras la bestia estaba arrodillada y con la cabeza baja, Vesuvius encajó otra lanza en la parte trasera del cuello del gigante. A su lado los troles hicieron lo mismo, apuñalando al gigante en el cuello y la barbilla y el rostro y los hombros.

El gigante rugió en agonía y frustración; tomó las lanzas con las manos y se las quitó, cortándolas en dos mientras derramaba sangre. Lanzó un golpe matando a varios de los hombres de Vesuvius y Vesuvius apenas evitó ser asesinado.

Sabiendo que necesitaba un golpe definitivo, tomó otra lanza, se acercó rápidamente y esta vez golpeó directamente hacia arriba, debajo de la barbilla y en la garganta.

El gigante se sacudió tratando de tomar la lanza, pero ahora se veía claramente más débil por la pérdida de sangre y no pudo sacarla. Se derrumbó en agonía y cegado por la furia, lanzando golpes con sus puños y golpeando las rocas en todas direcciones. Grandes rocas y pedazos de piedra cayeron de las paredes y aplastaron a varios troles de Vesuvius. Una roca cayó sobre el pie de

Vesuvius y este gritó sintiendo como si hubiera roto su pie.

Pero el gigante, herido de gravedad, esta vez cayó sobre ambas rodillas y bajó su cabeza al suelo. Vesuvius se apresuró al ver que los troles tenían miedo de acercarse y supo que esta era su última oportunidad. En un último ataque desesperado, tomó una de las lanzas abandonadas, la levantó sobre su cabeza, dejó salir un grito, y la dejó caer en la parte de atrás del cuello expuesto de la bestia. La dejó caer con todo lo que tenía y empujándola con ambas manos, y al hacerlo sintió cómo se encajaba profundamente en el cerebro de la criatura.

La bestia se desplomó en silencio; entonces sus ojos empezaron a cerrarse y su cuerpo se volvió inmóvil. Cayó de lado aplastando a varios troles más y entonces dejó de moverse.

Muerto.

Vesuvius se quedó de pie jadeando y examinando el daño. Enfrente de él estaba el gigante muerto con cientos de troles muertos, montones de escombros y polvo moviéndose en el aire. Apenas podía creerlo. Lo había logrado.

Vesuvius escuchó una conmoción y observó entre las nubes de polvo, en la distancia, a cientos de troles más que iban llegando. Por fin llegaba su nación de troles listos para seguirlo y listos para invadir. Sabiendo que necesitaban su liderazgo, se obligó a ponerse de pie a pesar del dolor, se limpió la sangre de la boca y miró hacia arriba. Ahí, en la cima del túnel, se distinguía la luz del sol entre el polvo y el escombros. Todos guardaban silencio. El dragón se había ido.

Escalon lo esperaba.

“¡NACIÓN DE MARDAS!” le gritó a su ejército. “¡AL ATAQUE!”

Los miles de gritos hicieron eco en el túnel, levantaron sus alabardas y avanzaron rápidamente como una nación lista para invadir, para desatar su sed de sangre y violencia en cualquiera que se pusiera en su camino. Todos listos para despedazar Escalon.

\*

Vesuvius corría por el campo abierto de Escalon con su ejército a sus espaldas, con el suelo de Escalon cubierto de nieve y hielo que crujía bajo sus pies y se sintió surreal. Ahora estaba respirando el aire de Escalon, sintiendo su viento, al sur de Las Flamas, en la tierra con la que siempre había soñado. Era un sentimiento que nunca había esperado tener. Todos estos humanos protegidos por Las Flamas y que se creían superiores a la nación de Marda habían pensado que estaban seguros e intocables. Lo habían subestimado. *Todos* lo habían subestimado.

Vesuvius corrió y corrió en lugares que habían sido quemados por el dragón, con el suelo aun humeando por su aliento, hasta que pasó una colina y vio un valle debajo. En el fondo estaba una simple aldea con humo saliendo de sus chimeneas, granjeros ocupándose en su trabajo y mujeres, niños, y ganado compartiendo las calles. Vesuvius se dio cuenta con una sonrisa de que no tenían idea del infierno que estaba por caer sobre ellos.

Vesuvius sonrió de oreja a oreja. Decidió que violaría a todas las mujeres, torturaría a todos los hombres, tomaría esclavos de regreso con él, y mataría todo lo que quedara. Aunque pensándolo bien, tal vez simplemente los mataría a todos.

“¡TROLES DE MARDAS!” gritó. “¡LES PRESENTO SU PRIMER RECOMPENSA!”

Sus troles vitorearon mientras levantaba sus alabardas y avanzaron junto con él, todos apresurándose colina abajo y con las piernas de Vesuvius sin poder llevarlo lo suficientemente

rápido.

Con el viento en su cabello y el suave suelo bajo sus pies, Vesuvius nunca se había sentido tan regocijado. En tan sólo un momento llegó a la aldea y levantó su alabarda al ver el primer rostro, el primer humano de Escalon que se volteaba y lo miraba a la cara. Este era el primer humano en ver troles por primera vez en la historia en su tierra nativa, y su mirada de terror fue inolvidable. Era una mujer de unos treinta años de edad que lo miraba con tal horror y terror e incredulidad que hizo que todo lo que había hecho en su vida valiera la pena.

Vesuvius levantó su alabarda, la giró y, justo cuando empezaba a gritar, le cortó la cabeza.

Pensó que era una lástima, pues habría sido un buen juguete. Pero tenía un ritual en el que siempre mataba a la primera persona en batalla; y esto no podía dejarlo, ni siquiera por ella.

Mientras su cuerpo se colapsaba, los troles avanzaron a su alrededor lanzando antorchas en la aldea, apuñalando a hombres con lanzas en sus corazones, cortando mujeres y niños, y a cualquier cosa que pudieran encontrar. Los gritos de terror llenaban el aire mientras los humanos huían, pero sin que ninguno fuera lo suficientemente rápido.

Vesuvius se les unió y pronto sintió que ya estaba cubierto de sangre, con sus brazos y hombros cansados por la matanza. Se rio fuertemente alabando al cielo por darle este día. Si pudiera mantenerse por siempre en este momento, lo haría.

Pues sabía que pronto, muy pronto, todo Escalon sería suyo.

# CAPÍTULO ONCE

El bebé dragón salió de su huevo en un arrebato de furia, cayendo con sus patas sobre el suelo de Escalon, aun respirando fuego mientras la jauría de lobos se daba la vuelta y huía. Arqueó su cuello, sus escamas rojas todavía viscosas, entrecerró los ojos y respiró hasta que su fuego cesó.

Dio sus primeros pasos tambaleantes, con un pie tras otro, aprendiendo a caminar, estirándose y sintiendo sus alas, empezando a comprenderse a sí mismo. Podía sentir el fuego corriendo por su estómago, por sus venas, deseando salir. Podía sentir su fuerza que se incrementaba dentro de él. Se hizo hacia atrás y dejó salir el fuego de nuevo.

Los lobos corrieron pero no lo suficientemente rápido, y el dragón observó con satisfacción cómo chillaban envueltos en llamas y se revolcaban en el suelo. Se acercó todavía tambaleante y respiró sobre ellos una y otra vez, insatisfecho.

La jauría pronto se volvió cenizas y el bebé dragón se volteó y miró hacia el bosque. Allí, en su periferia, había varios lobos más. Estaban inmóviles y confundidos.

El dragón deseaba más. Corrió hacia adelante tambaleando y resbalándose, cayendo de rostro al suelo y levantándose de nuevo. Trató de batir sus alas pero no tenían suficiente fuerza, y después de elevarse en el aire unos cuantos pies, volvió a caer al suelo. Resbaló y cayó otra vez, pero seguía avanzando.

Respiró fuego mientras estos se volteaban y huían y, de repente, sus flamas se acabaron. De pie, seco y sin poder correr ni volar, el bebé dragón se dio cuenta de que había llegado al límite de su poder. Trató una y otra vez, pero las flamas no vinieron. ¿Cuánto tiempo tardarían las flamas en regenerarse? Se preguntaba. ¿Por cuánto tiempo estaría indefenso?

El dragón miró hacia los lados con un nuevo sentido de apreciación por los alrededores. Sintió que estaba vulnerable. Miró hacia arriba y buscó en el cielo a su padre, pero no pudo encontrarlo. Sintió el poder en sus venas que algún día llegaría a tener, pero aún no era el momento.

Tan pronto como tuvo este pensamiento escuchó cómo se rompía una rama detrás de él. Se volteó y se preparó al ver a varios soldados que se acercaban, portando armadura azul y amarilla, con visores en los rostros, con grandes escudos delante de ellos y observando con cautela.

“¿Qué tenemos aquí?” preguntó uno.

Otro soldado levantó su visor, examinó al bebé dragón, y después miró los cielos buscando a su padre. Al no ver nada, volvió a mirar al dragón.

“Parece que alguien olvidó a su bebé,” dijo con crueldad.

Un soldado se acercó y examinó el cascarón roto, atravesándolo con su larga lanza. Un líquido espeso salió de este.

“A penas salió de su cascarón,” comentó. “Débil, entonces. Mejor para nosotros.”

Los soldados, envalentonados y con crueldad en sus rostros, se acercaron.

El dragón mantuvo su posición con orgullo, arqueó su espalda y trató de respirar fuego.

Pero esta vez, para su pesar, sólo salió un goteo.

Los soldados se rieron mientras el dragón sentía su primera oleada de miedo. Antes de que pudiera reaccionar, un soldado se acercó y lo golpeó en un costado de la cabeza con su escudo.

El dragón se desplomó al sentir un dolor que se expandía por todo su cuerpo. Sabía que un día sería capaz de destruir a todos estos hombres con un respiro; pero esto no lo ayudaría hoy.

Pero el dragón, habiendo nacido como peleador, estaba determinado a no rendirse sin importar

que estuviera superado en número o en una situación complicada. Mientras otro soldado se acercaba, el dragón espero y, en el último momento, lanzó sus afiladas garras y cortó el rostro del soldado. Sangre brotó de la profunda herida obligando al soldado a gritar y retroceder soltando su escudo.

Un soldado más se acercó por detrás y atacó al dragón con su lanza en la espalda; el dragón gimió al sentir sus escamas todavía suaves atravesadas.

“¡No lo maten!” ordenó una voz.

Uno de los soldados, más grande que los demás y con diferentes emblemas, claramente su comandante, se acercó.

“¡Lo necesitamos con vida!” continuó. “Este será el más grande premio que jamás hemos capturado.”

Otro soldado se acercó con su escudo y lo golpeó en la mandíbula.

El dragón sintió otra punzada de dolor mientras se tambaleaba; pero de alguna manera consiguió la fuerza para girar y arañar al soldado en el estómago.

Otro soldado lo golpeó por detrás.

Y uno más.

Una docena de soldados más se abalanzaron sobre él golpeándolo por todos lados y sus oídos se llenaron con los sonidos metálicos. Su fuerza empezó a dejarlo un golpe a la vez y su mundo se volvió oscuro.

Pero aun así seguía peleando y sacudiéndose, tratando de liberarse, dejando salir su débil chillido y cortando a algunos soldados más en el rostro.

Pero no fue suficiente. Pronto y a pesar de sus esfuerzos, se encontró de lado sobre el césped y perdiendo el conocimiento. Miró hacia arriba examinó los cielos, esperando y deseando sólo una cosa.

*Padre, dijo en su mente. ¿Por qué me has abandonado?*



## CAPÍTULO DOCE

Kyra estaba frente a Alva, su segundo tío, y lo miraba con incredulidad. No pudo evitar sentirse profundamente decepcionada. Kolva había sido todo lo que había deseado ver en su tío, le había dado un sentimiento de orgullo y de linaje; había esperado pasar tiempo con él, entrenar con él, y estaba orgullosa de llamarlo su mentor.

Pero este muchacho enfrente de ella, Alva, de apenas cuatro pies de altura, viéndose anciano y débil sentado en el árbol, no parecía ser un mentor, ni un guerrero, ni un hechicero o mago o monje, ni parecía ser la persona todopoderosa con la que había esperado aprender todo lo que necesitaba saber para convertirse en el más grande guerrero de todos los tiempos. En vez de eso, ahí estaba un simple muchacho incluso más joven que su hermano Aidan, sonriéndole misteriosamente y con un rostro cubierto por un envejecimiento prematuro. Sentía como si se estuvieran burlando de ella. ¿Había cruzado Escalon para esto, para entrenar no en la afamada Torre de Ur, sino aquí en el bosque con este muchacho?

Kyra sintió ganas de llorar. También odiaba que este extraño muchacho fuera su tío, que compartieran la misma sangre. Tuvo que admitir que se sentía avergonzada. Le hizo dudar sobre sí misma.

No supo qué hacer o decir; quería huir de este lugar, regresar a la torre y golpear la puerta hasta que un guerrero le permitiera entrar, alguien a quien pudiera respetar, alguien con el poder de enseñarle, de ayudarla a dominar sus poderes. Sentía como si estuviera perdiendo el tiempo.

“Estás a punto de irte,” observó Alva con una voz de niño y aun sonriendo. “Estás tensa. Tus manos están firmemente puestas en tu bastón y piensas en el arco en tu espalda, en el lobo y en Andor a tu lado. Piensas en regresar a la torre. Tal vez incluso regresar con tu padre.”

Kyra enrojeció al ver que leía su mente perfectamente. Se sintió violada; nunca había experimentado algo como esto antes. Un largo silencio cayó sobre ellos.

“No deseo ofenderte,” dijo ella finalmente. “Pero he cruzado Escalon para entrenar. Tú tienes la mitad de mi edad y la mitad de mi tamaño.”

Ella esperaba que se ofendiera pero, para su sorpresa, siguió sonriendo.

“Y aun así,” dijo sentándose en las ramas con las piernas cruzadas y mirándola, “yo he vivido por siglos más que tú.”

Ella frunció el ceño, confundida.

“¿Siglos?” preguntó. “No lo entiendo. Te ves joven. Y no te pareces nada a mí.”

Kolva se paró en la orilla del claro esperando pacientemente la orden de Alva, y Kyra miraba de Kolva a Alva, sus dos tíos, notando el contraste en apariencia entre ellos y preguntándose cómo ambos podían compartir su sangre.

“No elegimos a nuestros familiares,” respondió Alva. “A veces la familia puede decepcionarnos. Buscamos orgullo en nuestros ancestros, orgullo en nuestros familiares. Pero este orgullo no vale nada. El orgullo que buscas debe venir de tu interior.”

Kyra sacudió su cabeza sintiéndose abrumada. Quería ignorar a este muchacho pero, al estar de pie ahí, tuvo que admitir que sentía una tremenda energía proviniendo de él, un poder que ella no podía entender.

“Debo regresar con mi padre y ayudarlo,” dijo ella.

“Tal vez tú *estás* ayudándolo,” Alva respondió. “Justo ahora. Al estar aquí.”

Kyra estaba perpleja; no tenía tiempo para acertijos.

“No tengo tiempo para esto,” dijo. “Debo entrenar.”

“Estás entrenando justo ahora,” respondió él.

Ella levantó sus cejas.

“¿Entrenando?” preguntó pensando si se estaba burlando de ella. “Estoy de pie en el bosque, lejos de la pelea, hablando con un muchacho sentado en un árbol. ¿Es esto entrenar? ¿Puedes enseñarme a utilizar un bastón, a disparar flechas, a ser un gran guerrero?”

Él sonrió, imperturbable.

“¿Es eso todo lo que deseas aprender?” preguntó. “Yo puedo enseñarte mucho más que eso.”

Ella lo miró pensativa.

“Esas cosas de las que hablas son vanas,” continuó. “Tienen poco que ver con el verdadero poder. Cualquier guerrero puede sostener un arma. Lo que yo enseño es mucho más que eso. Lo que yo enseño es la base detrás del armamento; la mano que sostiene la espada; el espíritu que guía la mano.”

Ella lo miró sin poder entender a qué se refería. No sabía qué sentir ni decir.

“Yo pensé...” empezó ella sin terminar. “Yo pensé...que me guiarías a mi madre. Que si tú eras mi tío me revelarías quién es ella. Quién soy *yo*.”

Él cerró los ojos negando con la cabeza y desapareciendo su sonrisa.

“Son demasiadas preguntas,” respondió. “Preguntas que te ciegan. Estás llena de demandas para mí y para el universo. A veces el universo no está listo para revelar respuestas. Tu madre entendía eso.”

Kyra se tensó al escucharlo mencionar a su madre.

“¿Entonces tú la conociste?” Kyra presionó.

Él asintió.

“La conocí muy bien,” respondió. “Ambos lo hicimos.”

Kyra miró hacia Kolva quien asintió también.

“¿Y cómo era ella?” preguntó deseosa de saber.

Alva abrió sus ojos y la miró, dejando escapar un resplandor en su mirada.

“Justo igual que tú.”

Kyra sintió una oleada de excitación al pensarlo y deseaba saber más.

“Dime más.”

Él cerró los ojos y negó con la cabeza.

“Libérate de las preguntas y demandas, o no serás capaz de entrenar. Deja ir todo lo que tienes y todo lo que eres.”

Kyra lo miró con incertidumbre.

“Esperaba llegar a un lugar con un gran campo de entrenamiento,” respondió ella. “Con grandes guerreros para entrenar.”

Él negó con la cabeza.

“Aún enfocada en ilusiones,” respondió. “Yo te ofrezco mucho más. Yo te ofrezco esto,” dijo abriendo sus brazos ampliamente.

Ella miró a su alrededor y no vio nada más que árboles.

“¿Qué es *esto*?” presionó ella.

“No ves los árboles delante de ti,” respondió él con tristeza.

Kyra ya no podía contener su impaciencia. Estaba segura de que intentaban engañarla, que estaba siendo probada, que todo esto era parte de su prueba.

“No tengo intención de ofenderte,” repitió ella, “pero mi tiempo es limitado. No puedo permitir que mi padre muera allá afuera mientras estoy aquí perdiendo el tiempo.”

Kyra se dio la vuelta, cruzó el claro apresuradamente y montó a Andor. Lo dirigió hacia el bosque y estaba lista para patear y empezar a cabalgar sin estar segura adonde ir; a cualquier parte menos aquí.

Pero cuando estaba lista para irse, miró hacia el bosque delante de ella y se quedó perpleja. En vez de árboles vio colinas ondulantes que brillaban con el sol. Vio castillos dorados y plateados, un paisaje fantástico con cascadas y ríos y lagos. Vio un lugar como el que nunca había visto antes.

Detrás de esto vio un inmenso ejército completamente negro que formaba el horizonte.

Después el paisaje cambió y el bosque volvió a aparecer.

Se dio la vuelta con el corazón latiéndole fuertemente y sin saber qué acababa de pasar. Alva levantó una mano y Andor, para su sorpresa, se sentó.

Kyra miraba a Alva con asombro y finalmente empezó a darse cuenta de lo poderoso que realmente era. Finalmente se dio cuenta que había encontrado a su verdadero maestro.

“¿Qué fue esa visión?” preguntó ella. Después, vacilante, “¿Quién eres?” le preguntó con una voz vacilante apenas superior a un suspiro.

Él sonrió ampliamente.

“Pronto, mi sobrina,” respondió, “lo descubrirás.”

# CAPÍTULO TRECE

Dierdre estaba sentada orgullosa en su caballo mientras guiaba al grupo de mujeres rescatadas por las familiares calles de Ur y sintiendo orgullo al volver a casa. Se sentía bien estar de nuevo en un terreno familiar, de vuelta en la fortaleza de su padre y, más que nada, se sentía bien al poder haber ayudado a estas muchachas, al poder haberlas librado de la angustia que ella misma había sufrido.

Pero Dierdre también sentía una mezcla de emociones encontradas al cabalgar por estas conocidas calles, con cada esquina recordándole alguna memoria de la infancia pero también poniéndola triste. Después de todo, era de aquí de donde los Pandesianos se la habían llevado; era aquí en donde su padre y sus hombres no habían hecho nada para detenerlos y habían permitido que se la llevaran como ganado en un trueque. Todo debido a que un señor en un imperio lejano había decidido que las mujeres de Escalon eran propiedad de sus hombres. Era aquí, en su propia ciudad, en donde había sido traicionada, en donde su padre que había sido todo para ella la había abandonado.

Dierdre cabalgó con determinación anticipando la confrontación que tendría con su padre, deseando y temiendo al mismo tiempo que llegara ese momento. Una parte de ella amaba su ciudad natal, con sus canales brillantes, sus adoquines, campanarios, cúpulas y chapiteles, sus antiguos templos, su aire lleno con el sonido de comerciantes extranjeros y los paisajes con banderas foráneas. Pero una parte de ella también deseaba alejarse de todo esto, empezar de nuevo en alguna otra parte. Pasó por el arco del antiguo templo y parte de ella deseó dirigir a estas muchachas a alguna otra parte en Escalon.

Dierdre sabía que no podía huir de sus miedos. Tenía que enfrentarse a su pasado, enfrentarse a los que la habían traicionado, enseñarles lo que significaba vender una vida. Estos hombres, su padre en particular, tendrían que ser responsables por sus acciones. En toda su vida Dierdre siempre había intentado evitar una confrontación, pero ahora sabía que el huir de ella sería algo cobarde. Si no se les enfrentaba haciéndoles saber lo que hicieron, otras hijas estarían en peligro y otras hijas sufrirían el mismo destino que ella.

Mientras Dierdre pasaba por el saturado mercado, las personas se detenían y observaban, mirando con asombro la caravana de mujeres que cabalgaban orgullosas en el centro de las calles. Ur era una ciudad que lo había visto todo gracias a sus exóticos visitantes de todas partes del mundo, pero aun así esta visión impresionaba a las personas. Después de todo, eran un grupo de mujeres jóvenes y hermosas, cansadas por el largo viaje pero cabalgando orgullosas por las calles como si fueran un grupo de guerreros. Dierdre se sentía responsable de proteger a cada una de ellas y juró encontrarles a todas un hogar; o permitirles pelear a su lado si eso era lo que decidían.

Mientras Dierdre cabalgaba orgullosa por el centro de la calle, conocía el peligro de atraer tanta atención; sabía que había presencia Pandesiana en todas partes y que la noticia de su llegada se esparciría con rapidez si es que no lo había hecho ya. Vendrían a buscarla a la fortaleza de su padre. Pero se negaba a esconderse en su propio pueblo. Tomó y apretó la empuñadura de su espada; si venían por ella, estaría lista.

Mientras cabalgaba, Dierdre pensó en su amiga, Kyra, que estaba sola y en camino hacia la Torre de Ur y se preguntaba si lo había conseguido. Se juró a sí misma que, tan pronto como se encargara de estas mujeres, tan pronto como tuviera las armas y el apoyo necesario, la encontraría de alguna manera y unirían fuerzas. Sentía que Kyra era como una hermana para ella, la hermana que nunca

tuvo, las dos habiendo sufrido mucho juntas a manos de los Pandesianos.

Dierdre dio vuelta en una esquina y sintió una oleada de excitación al ver la fortaleza de su padre, el antiguo fuerte de piedra coronado con parapetos en cuyas cimas estaban muchos de los hombres de su padre. Por supuesto, no tenían armas debido a la presencia Pandesiana en la ciudad y la ley que prohibía que los hombres de Escalon portaran armas. Pero por lo menos aún se les permitía vivir en el fuerte y su padre aún mantenía un poco del semblante de fuerza que había tenido como jefe militar. Ella sabía que todo era una fachada. Con los Pandesianos en medio de ellos, difícilmente eran los guerreros libres y orgullosos que alguna vez habían sido. Y esto estaba a punto de cambiar si ella podía lograrlo.

Dierdre examinó los muros familiares del fuerte, las gruesas y antiguas puertas de roble enmarcadas con hierro, vio a los hombres de su padre haciendo guardia afuera vestidos con la cota de malla de los guerreros de Escalon y se sintió en casa. Al acercarse con las mujeres, todos se detuvieron y las miraron con asombro. Ella les regresó una mirada fría y dura dándose cuenta de que ya no era la chica joven e inocente de antes. Ahora era una mujer, una mujer que había visto mucho, una que había ido y regresado del infierno. Ya no estaba dispuesta a inclinarse ante los derechos de los hombres.

“¿Dierdre?” dijo uno de los soldados con sorpresa y acercándose rápidamente. “¿Por qué has regresado? ¿No te había entregado tu padre en matrimonio?”

“*Matrimonio*,” dijo ella con disgusto y con enojo creciendo en su voz. “Una palabra conveniente.”

El soldado miró a las mujeres que la acompañaban claramente impresionado.

“¿Y quiénes son estas chicas?” preguntó.

Dierdre desmontó haciéndoles una señal a las chicas que desmontaron también mientras más hombres se juntaban sorprendidos.

“Estas son las *mujeres* liberadas de Escalon,” respondió Dierdre. “Están bajo mi protección.”

“¿Protección?” preguntó el guardia con una sonrisa.

El rostro de Dierdre se oscureció.

“Veré a mi padre inmediatamente. Abran las puertas,” ordenó.

Los hombres se miraron entre ellos perplejos especialmente por el nuevo sentido de autoridad que encontraron en su voz.

“¿Te está esperando?” preguntó un soldado.

Dierdre lo miró con ojos firmes.

“No te estoy preguntando si puedes abrir la puerta,” respondió. “Te lo estoy ordenando.”

Los hombres dudaron mirándose el uno al otro hasta que uno de ellos asintió y los demás se hicieron a un lado abriendo las puertas de par en par con un rechinido.

“Entonces que tu padre se encargue de ti,” dijo uno de los guardias con severidad mientras pasaba por enfrente de él.

Dierdre no le puso atención. Caminó orgullosa guiando a las muchachas por las puertas.

El antiguo olor a humedad del lugar le llegó inmediatamente al entrar, ese olor que recordaba muy bien, el olor de un verdadero fuerte. El lugar era oscuro tal y como recordaba e iluminado sólo por las esporádicas ventanas cónicas que dejaban pasar fragmentos de luz.

Caminaron por los vacíos pasillos de piedra y miró hacia arriba viendo las marcas en la pared, los lugares vacíos en los que solían estar los trofeos de su padre, sus más finas armas, escudos,

armaduras y banderas de clanes que había derrotado en batalla. Pero esto ahora sólo eran vestigios de lo que una vez fue; otro insulto de Pandesia.

Dierdre continuó por el pasillo hasta que finalmente vio las familiares puertas arqueadas que llevaban hacia el Gran Salón. Sonidos apagados venían de este y un soldado hacia guardia a la entrada; pero al ver la mirada de determinación en su rostro, no dudó en hacerse a un lado y abrirle las puertas. Al hacerlo, una oleada de sonido la golpeó como si fuera una pared.

Dierdre se envalentonó al entrar con las muchachas detrás de ella.

Docenas de los hombres de su padre estaban en el salón en el que sólo había una larga y cuadrada mesa de madera abierta por el centro en la que hombres entraban y salían. Grandes chimeneas estaban a cada lado y perros se recostaban delante de ellas peleando por huesos. Hombres comían y bebían claramente discutiendo asuntos de guerra. Era un grupo de guerreros sin una guerra, sin una causa, desempleados, sin armas, simplemente siendo un cascarón de lo que alguna vez fueron.

En la cabecera estaba su padre, sentado frente a la gran mesa cuadrada que servía para comer, para reunirse, o alternatively como una mesa de consejo para tratar asuntos importantes, asuntos de guerra; asuntos que no habían discutido en muchos años.

Mientras Dierdre y las muchachas entraban, los hombres empezaron a darse cuenta y cayó un silencio en la habitación. Ella nunca había imaginado ver esa mirada de asombro en sus rostros mientras uno a uno se volteaban y la miraban entrar. Parecía como si miraran a un fantasma.

Dierdre marchó directo al centro de la mesa hacia su padre. Dejó de hablar con el guerrero a su lado y la miró, abriendo su boca en asombro. Se puso de pie irguiéndose completamente.

“Dierdre,” dijo con sorpresa y debilidad en su voz. “¿Qué estás haciendo aquí?”

Ella notó que el rostro de él se enrojecía con preocupación y ella se tranquilizó al ver que por lo menos le importaba. Ella había sido formada por el sufrimiento, ya no era la misma persona, y su padre claramente se dio cuenta de esto incluso si los demás no podían verlo. Con el rostro lleno de preocupación y culpa se alejó de su asiento y se apresuró para abrazarla.

Pero mientras llegaba con ella, ella levantó su palma y lo detuvo.

Él la miró confundido con un rostro lleno de dolor.

“Tú no mereces el abrazo de una hija,” dijo fríamente con voz profunda, con una autoridad que la sorprendió incluso a ella. “No de una hija a la que entregaste.”

Su rostro se ensombreció con la culpa pero también se llenó, como a veces lo hacía, de terquedad.

“No tuve opción,” replicó a la defensiva. “Me vi obligado por la ley.”

“¿La ley de quién?” preguntó ella.

Él frunció el ceño claramente sin apreciar el ser cuestionado. No estaba acostumbrado a ver que ella se le enfrentara de esta manera.

“La ley que se implementó sobre todos nosotros, sobre todo Escalon,” respondió.

“La ley que tú *permitiste* que se implementara,” replicó ella sin retroceder.

Su rostro enrojeció con ira y vergüenza.

“Dierdre, mi hija,” dijo con una voz quebrada. “¿Por qué has regresado? ¿Cómo te fuiste? ¿Cómo cruzaste Escalon sola? ¿Qué te ha pasado? No conozco la voz de esta mujer que me está hablando.”

Ella le devolvió la mirada sintiendo una mezcla de tristeza y desafío, recordando cuánto había llegado a amar a este hombre y la manera en que la había traicionado.

“Así es, padre. Ya no me conoces más. Ya no soy la misma chica que se fue. No desde que me entregaste como si fuera una propiedad. No después de lo que he sufrido. Ahora soy una mujer.

Dime, padre, ¿habrías entregado a uno de tus hijos con la misma facilidad con la que me entregaste a mí? ¿O hubieras peleado hasta la muerte si hubieran venido por ellos?”

Se miraron el uno al otro. Al hacerlo, ella por primera vez se sintió con firmeza, sin la necesidad de mantenerse callada o retroceder. Por primera vez, se dio cuenta de que tenía la misma fuerza y fiereza de su padre. Ya no tenía que retroceder ante sus acerados ojos marrones, ojos que ella misma tenía.

Y entonces, lentamente, lo más impresionante ocurrió. Por primera vez desde que lo conocía, la mirada desafiante de su padre cambió por una de culpa, de tristeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

“Lo siento,” dijo con una voz quebrada, “por lo que sea que te haya pasado. Nunca desee que nada malo te ocurriera.”

Ella sintió ganas de llorar, pero no se lo permitiría; en vez de eso, se volteó y miró hacia los otros guerreros en la habitación mientras hablaba.

“¿Sabes de las palizas diarias que sufrí, cómo me torturaron, cómo me encerraron en una celda, cómo me pasaron de un señor a otro? Me dejaron por muerta. Y cómo deseaba haber muerto. Si no hubiera sido por una buena amiga, estaría muerta ahora mismo. Ella me salvó. Una chica, una *mujer*, una con más fuerza y valor que todos tus hombres. Nadie más vino por mí; ninguno de ustedes. Cada día despertaba y estaba segura de que vendrían, estaba segura de que todos ustedes arriesgarían sus vidas para salvar a una chica de la tortura.”

Ella suspiró

“Pero ninguno de ustedes vino. Usted, guerreros valientes, que pretenden ser los portadores de la caballería.”

Miró hacia todos sus rostros y vio como uno a uno miraban hacia otra parte o hacia abajo, todos avergonzados y sin nada que decir.

El rostro de su padre se veía decaído y adolorido mientras se acercaba.

“¿Quién te hirió?” demandó. “No te entregué para que fueras torturada; te entregué para que te casaras en nobleza con un señor Pandesiano.”

Dierdre le regresó una mirada llena de odio.

“¿*Casarme en nobleza?*” dijo furiosa. “¿Es así como lo llamas? Un término elegante para justificar tu cobardía.”

Su rostro se enrojeció con vergüenza sin poder responder, y mientras ella examinaba a los otros hombres en la habitación, ellos bajaron la cabeza sin decir una palabra.

“Pandesia ha hecho lo que ha hecho no sólo hacia mí,” dijo con una voz más fuerte, “sino a todos ustedes. Deben saber esto. Deben saber que cuando entregan a sus hijas, no las entregan para casarse, sino para ser golpeadas y torturadas. Las torturan incluso en estos momentos mientras hablamos en todas las esquinas de Escalon, en el nombre de su gran ley. Y ustedes se sientan aquí y permiten que suceda. Díganme: ¿cuándo dejaron todos ustedes de ser hombres? ¿Cuándo dejaron de defender lo que es correcto?”

Miró todos sus rostros y vio que empezaban a transformarse con indignación.

“Ustedes, grandes guerreros, hombres que respeté más que nada en el mundo, se han vuelto débiles y cobardes. Díganme, ¿cuándo olvidaron sus juramentos? ¿Fue el día en que bajaron sus armas? ¿Cuánto tiempo creen que pasará hasta que Pandesia venga no sólo por sus mujeres sino por ustedes también? ¿Es entonces cuando se preocuparán, cuando la espada esté en su cuello?”

Los observó atentamente y ninguno de estos hombres pudo decir una palabra en respuesta. La habitación se vio envuelta en un denso silencio y pudo ver que meditaban.

“Todos me dan asco,” dijo con indignación pasando por sus venas. “Yo no culpo a Pandesia, sino a *ustedes* que permitieron que esto pasara. No merecen el derecho de ser llamados guerreros; ni siquiera hombres.”

Se quedó de pie esperando la respuesta de su padre. Pero por primera vez en su vida se quedó sin palabras.

Finalmente, cuando habló, fueron palabra de un hombre roto, un hombre que parecía haber envejecido desde que ella había entrado en la habitación, un hombre que parecía lleno de arrepentimiento.

“Tienes razón,” dijo con voz tenue y rota. Ella se asombró; nunca en su vida había admitido él que estaba equivocado. “No merecemos ser llamados guerreros. Y no me di cuenta de eso hasta este día.”

Se acercó y puso una mano en su hombro, y esta vez ella lo permitió.

“Perdóname,” dijo con ojos llenándose de lágrimas. “Nunca supe lo equivocado que estaba. Es la mayor vergüenza de mi vida, y pasaré el resto de mi vida tratando de pagártelo si tú me lo permites.”

Dierdre sintió que sus propios ojos se llenaron con estas palabras, con todas sus emociones reprimidas saliendo a la superficie, recordando lo mucho que alguna vez lo había amado y confiado en él. Pero ella se resistió, sin deseos de mostrarles a estos hombres ninguna emoción, aún sin estar segura si podría realmente perdonarlos.

Su padre se volteó hacia sus hombres.

“En este día,” dijo, “mi hija nos ha enseñado una lección que habíamos olvidado. Nos ha recordado lo que significa ser un guerrero, los guerreros que solíamos ser, y en lo que nos hemos convertido. Ella es la más valiente y lo mejor entre nosotros.”

Los hombres gimieron de forma afirmativa y golpearon la mesa con sus tarros.

Su padre se enderezó completamente llenándose de orgullo una vez más, con un brillo regresando a sus ojos y que ella no había visto en años.

“¡En este día,” gritó, “tomaremos las armas de nuevo, incluso arriesgando nuestras propias vidas, tal y como nuestras valientes mujeres lo han hecho!”

Los hombres vitorearon y sus rostros se iluminaron.

“Aprenderemos una vez más lo que significa ser guerreros. El enemigo está frente a nosotros. ¡Puede que muramos en el enfrentamiento; pero moriremos, una vez más, como hombres!”

Los hombres vitorearon fuertemente poniéndose de pie.

“Tráiganme el pergamino.” Le hizo un gesto a un escudero.

El muchacho se apresuró por la habitación y retiró un pergamino de la pared con inscripciones Pandesianas de varios pies de largo. Su padre lo levantó a la vista de todos.

“Los Pandesianos dicen que sus leyes deben colgarse en nuestras salas de reuniones. El quitarlas implica pena de muerte,” les recordó.

Sostuvo el pergamino enfrente de ellos y lentamente lo rompió en dos con el sonido llenando el aire.

Los hombres gritaron fuertemente y Dierdre sintió que su corazón se enternece mientras su padre tiraba los pedazos al piso.

“Pelearnos contra Pandesia,” dijo mirando a Dierdre, “y tú nos dirás cómo.”

Su padre se acercó a ella y esta vez ella lo abrazó mientras los hombres vitoreaban.



Ella sintió que tal vez, sólo tal vez, su vida podría empezar de nuevo

# CAPÍTULO CATORCE

Aidan se sostenía mientras el carro lo sacudía en el camino lleno de baches. Blanco finalmente estaba dormido descansando con su cabeza en su regazo, y Motley estaba frente a él observando el paisaje con asombro. La caravana de carros con sus malabaristas, acróbatas, actores, músicos, y toda clase de artistas estaba llena de vida, con todos bromeando, riendo, tocando instrumentos, cantando canciones y algunos hasta bailando. Aidan nunca había visto a un grupo de personas tan relajado, tan diferente a los serios guerreros con los que había crecido en el fuerte de su padre. De donde era, los hombres se mantenían callados a menos que tuvieran algo que decir. No sabía muy bien qué pensar de estas personas.

El ver todo esto se sentía como quitar un velo del lado relajado de la vida, un lado que nunca le había sido revelado. No tenía idea de que la vida pudiera ser tan simple, que uno pudiera *permitirse* estar tan relajado, que estaba bien ser tan feliz e ingenuo. Estaba seguro de que su padre, un hombre serio y sin tiempo que desperdiciar, los vería con desdén. Aidan tenía problemas para entenderlo él mismo.

Ya habían estado viajando por días, dando vueltas y siguiendo la vereda por el oscuro y espeso bosque sin que su destino estuviera a la vista. Al avanzar, Aidan se maravilló con el paisaje extranjero, la nieve abriéndole paso al césped y árboles negros retorcidos que ahora dejaban lugar a los derechos árboles verdes brillantes a la orilla del camino. También el aire era diferente en este lugar tan al sur de Escalon, suave y pesado con la humedad; incluso el cielo parecía verse de otro tono. Aidan sintió una mezcla de emoción y desesperación mientras más avanzaban, deseoso de ver a su padre y dándose cuenta de que nunca había estado tan lejos de Volis como ahora. ¿Y si después de este largo viaje su padre no estaba allí?

Aidan sintió un movimiento en su regazo y miró hacia la pata de Blanco mientras Motley se acercaba arrodillándose a su lado y revisando el vendaje. Esta vez Blanco no se quejó mientras Motley lo vendaba otra vez. En vez de eso lamió la mano de Motley.

Aidan se agachó y le dio a Blanco un poco de agua en un tazón y algo de comida; un pedazo de carne seca que Motley le había dado. Blanco se la arrebató hambriento y después lamió el rostro de Aidan. Aidan pudo darse cuenta que el perro estaba recuperando sus fuerzas. Supo que tendría a un amigo de por vida.

Hubo otro estallido de risas y un grito desde el carro al lado de ellos mientras un grupo terminaba una canción y bebían sacos de vino. Aidan frunció el ceño sin entender.

“¿Por qué están todos tan felices?” les preguntó.

Motley lo miró confundido.

“¿Y por qué no deberíamos estarlo?” le respondió.

“La vida es un asunto serio,” dijo Aidan haciendo eco de algo que su padre le había repetido muchas veces.

“¿Lo es?” replicó Motley formando una sonrisa en la orilla de su boca. “A mí no me parece tan seria.”

“Es porque tú no eres un guerrero,” dijo Aidan.

“¿Es ser un guerrero todo lo que uno puede hacer en la vida?” preguntó Motley.

“Por supuesto,” replicó Aidan. “¿Qué más hay?”

“¿Qué más?” dijo Motley sorprendido. “Hay todo un mundo allá afuera diferente a sólo matar

personas.”

Aidan frunció el ceño.

“Matar personas no es todo lo que los guerreros hacemos.”

“¿*Hacemos*?” Motley sonrió. “¿Entonces eres un guerrero?”

Aidan sacó su pecho orgulloso y utilizó su voz más madura.

“Ciertamente lo soy.”

Motley rio y Aidan enrojeció.

“No tengo dudas de que lo serás, joven Aidan.”

“Los guerreros no sólo matan personas,” persistió Aidan. “Protegemos. Defendemos. Vivimos por el honor y orgullo.”

Motley levantó su saco y tomó un trago.

“¡Y yo vivo por la bebida, las mujeres y el placer! ¡Salud por eso!”

Aidan lo miró frustrado viendo que no podía hacerlo entender.

“¿Cómo puedes estar tan feliz?” le preguntó. “Hay una guerra que pelear.”

Motley se encogió de hombros sin inmutarse.

“Siempre hay una guerra que pelear; esta guerra o aquella guerra. Una guerra que ustedes guerreros empiezan. No es *mi* guerra.”

Aidan frunció el ceño.

“Te hace falta honor,” dijo Aidan. “Y orgullo.”

Motley rio.

“¡Y he vivido muy feliz sin ninguno de los dos!” replicó.

Varios músicos los alcanzaron mientras reían y cantaban. Aidan puso a trabajar su cerebro tratando de descubrir cómo hacerlo entender.

“El honor es todo lo que hay,” dijo Aidan finalmente al recordar un dicho que había leído de los ancestrales guerreros.

Motley negó con la cabeza.

“Yo necesito mucho más que eso,” respondió Motley. “El honor nunca me ha dado nada. Además, hay honor en otras cosas aparte de pelear.”

“¿Cómo qué?” preguntó Aidan.

Motley se echó hacia atrás y miró hacia el cielo pareciendo pensar.

“Bueno,” empezó, “hay honor en poder hacer a alguien reír. Hay honor en entretener a las personas, en contar una historia, en hacer que olviden sus preocupaciones y problemas y temores, incluso si es por una sola tarde. El hacer que alguien pueda visitar otros mundos es un honor más grande que todas tus espadas combinadas.”

Motley bebió una vez más.

“Hay honor en ser humilde, en no estar tan hinchado de orgullo como la mayoría de tus guerreros,” añadió. “Hay honor incluso en la risa. Tu problema,” concluyó, “es que has estado alrededor de guerreros por mucho tiempo al crecer en ese fuerte. Tu visión es muy limitada.”

Aidan nunca había considerado nada de esto antes. Para él, no había nada que quisiera más en la vida que estar alrededor de los guerreros de su padre, escuchar historias de batallas y honor contadas una y otra vez en la casa de su padre. Para él, el honor no significaba nada más. Nunca había escuchado palabras como estas, y se asombró con este hombre y sus palabras y su colorido atuendo, con todos sus amigos, con todas estas personas que a él le parecían tan ingenuas, que parecían

trivializar la vida.

Pero a pesar de esto Aidan consideraba las palabras del hombre, pensaba en si tal vez pudiera haber otro lado en la vida, otro tipo de hombres allá afuera que vivían de manera diferente. Después de todo, tenía que admitir que había algo de verdad en las palabras del hombre: Aidan mismo nunca había experimentado nada mejor que el perderse en una historia, dejándose llevar por fantasías de mundos antiguos y batallas. Estas lo inspiraban y le daban propósito. Y si este hombre podía contar tales historias, entonces tal vez había algo de honor en él después de todo.

“¿Es eso lo que tú haces?” preguntó Aidan con curiosidad mirando al hombre de arriba a abajo. “¿Cuentas historias para la gente? ¿Entonces eres un bardo?”

“Yo no sólo cuento historias,” respondió Motley. “Yo creo mundos. Enciendo la imaginación. Inspiro. Invito a las personas a un mundo fantástico, un mundo al que no pueden entrar ellas solas. Lo que yo hago no es menos importante que lo que tu padre hace.”

“¿No es menos importante?” Aidan demandó escéptico. “¿Cómo puedes decir tal cosa?”

“Sin mí,” replicó Motley, “¿quién contaría las historias? Después de que los guerreros han ganado sus batallas, ¿quién se lo contaría a las masas? Y si nadie las contara, entonces no serían recordadas. Todo lo que tu padre y sus hombres han hecho ni siquiera sería una memoria.”

Mientras Aidan pensaba en sus palabras, Motley tomó otro largo trago de su saco y suspiró.

“Además,” continuó, “las guerras de tu padre son en su mayoría triviales. Por cada batalla dramática que es digna de mencionar puede que haya un año de trivialidades. Pero mis historias nunca son triviales. Mis historias sacan la vida de los viajes generalmente aburridos de tu padre. Mis historias no son historias secas, no son enciclopedias; son lo más importante de ellas, lo que es digno de recordar.”

Aidan frunció el ceño.

“Mi padre defiende reinos,” dijo. “Tiene a muchas personas bajo su protección. Tú cuentas historias.”

“Y yo defiendo mis propios reinos,” Motley respondió, “y yo también tengo a muchas personas bajo mi protección. Es un reino diferente, uno mental, y una clase diferente de protección, una del corazón y del alma, pero todo de igual valor. Después de todo, el reino de la mente tiene prioridad. Es lo que le permite a los hombres soñar, imaginar, planear, y eventualmente conquistar los reinos de este mundo. La inspiración que obtienen, las lecciones que aprenden, las estrategias que deducen, vienen todas de mis historias. Después de todo, ¿qué es la vida sin las historias, fantasías, y leyendas que nos contamos entre nosotros? Pregúntate, joven Aidan: ¿dónde terminan las historias y empieza la vida? ¿Puedes realmente separar ambos conceptos?”

Aidan frunció el ceño.

“No lo entiendo,” dijo.

Motley se echó para atrás tomando un gran trago de su saco y lo miró.

“Eres un chico inteligente,” respondió. “*Sí* lo entiendes. Puedo hablarte como a un adulto y sé que me escucharás. Simplemente tienes que pensar en ello. Debes dejar ir tus ideas preconcebidas. Y yo sé que hay mucho dentro de ti.”

Aidan miró hacia afuera mientras el carro seguía avanzando, observando cómo cambiaba el paisaje una y otra vez mientras una densa niebla iba y venía. Meditaba. ¿Había algo de verdad en lo que había dicho este hombre? ¿Había otros caminos virtuosos en la vida aparte de ser un guerrero?

Un largo y cómodo silencio cayó sobre ellos interrumpido sólo por el ajetreo de los carros que

iban por el camino entre el bosque y las risas y canciones esporádicas de los otros.

“Cuando morimos,” dijo finalmente Motley rompiendo el silencio que Aidan pensaba nunca terminaría, con una voz cansada y pesada por la bebida y su rostro parcialmente oscurecido

“Cuando morimos,” dijo finalmente Motley rompiendo el silencio que Aidan pensaba nunca terminaría, con una voz cansada y pesada por la bebida y su rostro parcialmente oscurecido por la niebla, “no dejamos nada en este mundo. Ni nuestros hermanos, ni nuestros padres, ni todas las rameras con las que dormimos, y ni siquiera un trago en nuestros estómagos. Todo lo que dejamos es una memoria. Y nuestras memorias a menudo nos engañan. Se convierten en medias verdades, verdades distorsionadas, parte realidad y parte lo que sea que deseemos. Nuestras memorias se transforman con el tiempo, lo queramos o no, en fantasías. *Fantasía* es todo lo que nos queda. La fantasía siempre triunfará sobre la memoria. Cuando analizas tu vida y tratas de ver qué es lo que dejaste, no apreciarás los recuerdos fugaces, sino las fantasías que se volvieron muy reales y que ahora forman parte de ti. Y esas fantasías son creadas por las historias.”

Motley se hizo hacia adelante, emocionado y con una repentina intensidad en su mirada.

“Como vez, joven Aidan, muy a menudo nuestras vidas son muy triviales; o muy complicadas; o muy injustas; o muy misteriosas; o muy irresolutas. Nuestras vidas pueden ser un desastre sin resolución que a veces terminan a la mitad. Pero nuestras historias, nuestras fantasías; bueno, esas son cosas totalmente diferentes. Pueden ser lo que sea que nuestras vidas no pueden. Pueden ser perfectas. *Estas* son las que nos sostienen.”

Respiró profundo.

“*Más* que eso,” continuó, “no sólo estamos sostenidos por nuestras historias. Si vivimos con ellas lo suficiente, nos *convertimos* en ellas. ¿Lo entiendes? Las leyendas que leemos, las fantasías que escogemos, se introducen profundamente en nosotros. Se convierten en parte de nuestro ser. Llegan a definirnos. Son tan reales en nosotros como nuestras memorias reales. Son incluso más significativas ya que nuestras memorias son forzadas en nosotros, mientras que nosotros *elegimos* nuestras fantasías. Siempre que escuchas una gran fantasía, como las que yo cuento, esta te cambiará; *para siempre*.”

Motley finalmente se volvió a hacer para atrás, suspirando y tomando otro trago.

“Así que como vez, muchacho,” concluyó, “Yo no sólo cuento historias. Yo cambio la vida de las personas, tanto o más que tu padre. Las espadas de tu padre son temporales; mis fantasías pueden ser inmortales.”

Motley cruzó los brazos cerrando los ojos y, de repente y para la sorpresa de Aidan, empezó a roncar.

Aidan se asombró con este hombre, tan diferente de cualquiera que había conocido, y se preguntaba de dónde había venido. Miró a su alrededor y tuvo que admitir que estaba perplejo por todas estas personas, tan felices y relajadas. Aidan nunca había visto tal felicidad en la fortaleza de su padre. ¿Tenían algo estas personas que le faltaba a la gente de Volis?

El carro siguió avanzando por horas con un gran ajetreo mientras Aidan sostenía a Blanco tratando de que los baches no afectaran a sus heridas. Aidan observó y vio el terreno cambiante, árboles que pasaban de verde a púrpura, a amarillo, y a verde de nuevo, y justo cuando se preguntaba si estos bosques terminarían algún día de repente abrieron paso hacia una amplia llanura.

Aidan se sentó sintiéndose emocionado mientras la vista cambiaba dramáticamente. El cielo se despejó junto con el bosque y el sol brillaba a través de las llanuras abiertas. Sintió que ya deberían

estar cerca. El camino ahora era más suave y los caballos se movían más rápido, y cuando Aidan se puso de pie en el carro deseoso de verlo todo, se maravilló con lo que vio.

Ahí, en el horizonte y emergiendo entre la niebla, estaba Andros, la capital. Lo dejó sin aliento. Era el lugar más impresionante que jamás había visto en su vida, extendiéndose en el horizonte como si llenara todo el mundo. Observó tan detalladamente como pudo, pero no pudo ver dónde acababa. Enfrente estaba un enorme templo que se elevaba hasta las nubes, y en el centro estaba un enorme arco que servía como entrada y por el que pasaban multitudes de personas apresuradas. Aidan observó los parapetos esperando ver las banderas reales azul y amarillo de Pandesia, las almenas llenas de soldados Pandesianos; pero al examinar las murallas de la ciudad se deleitó al no ver nada de esto. En vez de esto, su corazón se aceleró al ver con orgullos las banderas de Escalon. Parpadeó pensando que tal vez sus ojos lo engañaban.

Pero no era así. Se dio cuenta con emoción que la capital era otra vez de ellos. Y esto sólo podía significar una cosa: que su padre la había tomado. Había ganado.

Pero pronto Aidan se dio cuenta de que esto significaba algo mucho más importante: su padre estaba ahí dentro.

“¡Mira!” gritó Aidan emocionado pateando la pierna de Motley mientras se levantaba, observando la capital y preguntándose cómo es que podían dormir ante tal momento. Los caballos aumentaron la velocidad y finalmente Motley abrió los ojos sorprendido. Miró a su alrededor y entonces se sentó observando a la capital; pero igual de rápido volvió a sentarse para la sorpresa de Aidan. Se volvió a cruzar de brazos y cerró los ojos de nuevo.

“La he visto un millón de veces,” dijo bostezando.

Aidan pasó la vista de Motley hacia la capital con incertidumbre, con el corazón excitado y preguntándose cómo alguien podía ser tan indiferente en la vida, tan indiferente ante una de las imágenes más impresionantes en Escalon. Una serie de cuernos sonaron desde los carros sorprendiendo a Aidan que vio a los músicos tocándolos a su lado.

“¿Qué están haciendo?” le preguntó a Motley.

“Anuncian nuestra llegada,” dijo Motley secamente con sus ojos aún cerrados.

Los cuernos sonaron en una serie de toques cortos, con un ritmo inusual y diferente a todo lo que Aidan había escuchado antes.

“¿Pero por qué?” preguntó Aidan.

“Es bueno para el negocio,” respondió Motley. “Les hace saber que estamos llegando. Después de todo, esta es la capital y no somos los únicos en el negocio; tendremos bastante competencia.”

Los cuernos sonaron repetidamente mientras los caballos ganaban velocidad y pronto llegaron al masivo puente levadizo de madera. Pasaron sobre este y Aidan se sintió emocionado al mezclarse con las multitudes. Miró hacia abajo y reconoció a algunos de los hombres de su padre cuidando el puente, en guardia, y se rio en voz alta al ver que su padre realmente había ganado y se encontraba aquí. El pasar por este puente le trajo memorias fugaces de cuando era más joven, viviendo aquí con su padre y de cuando el débil Rey seguía gobernando. Parecía un tiempo muy lejano.

Pero Aidan también se sintió abrumado al ver el tamaño y dimensiones de la ciudad dándose cuenta de que no sería tan fácil encontrar a su padre dentro de estas murallas. La capital parecía tan grande como un país entero.

Se escuchó el sonido de alegría y risas mientras las multitudes se juntaban alrededor del carro. Aidan pateó a Motley de nuevo que seguía durmiendo.

“¡No lo entiendes!” gritó Aidan. “¡La capital! ¡Es libre! ¡Es nuestra!”

Motley abrió los ojos completamente y esta vez se puso de pie pareciendo sorprendido. Vio las banderas de Escalon, los grupos de personas que celebraban y, por primera vez desde que Aidan lo había conocido, se miraba perplejo.

“No esperaba esto,” se dijo a sí mismo mirándolo todo con asombro.

“¡Somos libres!” gritó Aidan eufórico.

Motley se encogió de hombros.

“Libres o no, importa poco,” respondió. “Las personas están de fiesta. Esto será bueno para el negocio.”

“¿Es eso todo lo que te importa?” reprendió Aidan. “¡Pandesia ha sido derrotada por mi padre! Eso es lo que importa.”

Motley se encogió de hombros.

“El dinero importa,” respondió. “Así que le agradeceré a tu padre por eso. Tal vez cuente una historia acerca de él.”

Motley vio a las multitudes celebrando y acercándose al carro con monedas de plata en las manos, y su rostro se iluminó.

“¿Lo ves, joven Aidan?” dijo. “Los guerreros no reciben la mitad de nuestros halagos.”

Aidan, ardiendo por el deseo de encontrar a su padre, no podía desperdiciar otro minuto. Saltó del carro con Blanco a su lado y empezó a correr por las puertas.

“¡Aidan!” le gritó Motley.

Pero Aidan no miró hacia atrás. Ya se estaba abriendo camino entre las multitudes y hacia la capital, perdiéndose entre las masas y con la determinación de que, sin importar lo que costara, se reuniría con su padre otra vez.

# CAPÍTULO QUINCE

Merk estaba sentado en el piso de piedra frente a una rugiente chimenea junto con una docena de guerreros a su alrededor sentándose en círculo, y mientras todos observaban en silencio las flamas, él contemplaba su vida aquí. Había sido un largo día de trabajo vigilando y pocos de estos hombres tenían algo que decir. Masticaban sus pedazos de carne seca mientras Merk lo hacía también, dándose cuenta de lo hambriento que estaba por su viaje y agradecido de poder estirar las piernas después de muchas horas de estar sentado junto a la ventaja observando el campo.

Merk miró hacia los otros hombres que, como él, parecían no tener ningún otro lugar en el mundo al cuál ir, hombres con rostros endurecidos. Eran almas perdidas y personas rotas igual que él. Pero al mismo tiempo sabía que cada uno debería tener algo en especial al haber podido pasar por las puertas. ¿Qué los había traído aquí?

El sonido distante de las olas en el mar entraba por las ventanas, mientras llegaba una ráfaga de viento como lo hacía a ratos. Esto y el crujir del fuego eran los únicos sonidos mientras todos estaban sentados de manera sombría y cada uno en sus propios mundos. Merk sintió que este lugar era como un monasterio y que cada uno de estos guerreros eran monjes, cada uno resignado a su propio voto de silencio.

Pero Merk quería hacer más que sólo observar; quería proteger. Se preguntaba cuándo cambiarían sus labores. Esperaba no estar confinado en esta torre para siempre simplemente sentado al lado de una ventana y observando.

Merk observó la habitación y sus ojos se posaron en Kyle, el misterioso muchacho de larga cabellera dorada que se sentaba separado de los demás. Claramente había algo diferente en él. Con sus extraños ojos grises brillantes, no parecía ser de su misma raza. ¿Pero por qué estaría un verdadero Observador sirviendo junto con ellos?

Merk se volteó y miró hacia su nuevo comandante, Vicor, que se sentaba en la cabecera del círculo mirando hacia las flamas mientras le daba un gran trago al saco de vino que se pasaba entre ellos. El saco pronto llegó a las manos de Merk y también le dio un gran trago. Se sorprendió al descubrir que el vino era sabroso y tibio mientras se le subía a la cabeza. Se sintió bien.

“Esta noche,” dijo Vicor finalmente rompiendo el pesado silencio, “nos toca patrullar.”

Examinó el círculo de hombres y sus ojos se detuvieron en Merk.

“Saldremos de la torre y patrullaremos a pie.”

Merk sintió una oleada de emoción al pensarlo.

“¿Qué es lo que buscaremos?” preguntó Merk.

Vicor le dio una mirada impaciente.

“Cualquier cosa que intente matarte,” respondió simplemente. “Patrullamos de noche después de vigilar de día. Tenemos turnos en rotación.”

“¿Por qué no patrullamos durante el día?” preguntó Merk.

Mientras Vicor miraba a Merk, estaba claro que no le gustaba que le hicieran preguntas.

“Porque nuestros enemigos prefieren atacarnos de noche.”

De repente se le ocurrió a Merk que todas esas noches en las que había estado sentado afuera pidiendo que lo dejaran entrar, estos hombres debieron haberlo visto. Y aun así lo dejaron seguir sentado.

“¿Entonces por qué no se me acercaron?” le preguntó a Vicor.



Vicor se encogió de hombros.

“Nuevos solicitantes vienen a nuestras puertas todo el tiempo,” respondió. “No es nuestro trabajo el decidir sus suertes. Dejamos que los otros en la torre decidan. Los que acampan en nuestras puertas no son ninguna amenaza.”

“¿Entonces qué lo es?” preguntó Merk.

“Troles,” le respondió sin dudar. “Nos invaden en grupos pequeños desde Marda cuando logran pasar Las Flamas. Atacan uno a uno.”

Merk se sorprendió al escuchar esto.

“Pensé que Las Flamas lograban detenerlos.”

Vicor negó con la cabeza.

“Los suficientes logran pasar.”

“¿Y logran llegar hasta aquí?” preguntó Merk.

“Los suficientes.”

Vicor continuó después de un largo silencio.

“Desde todas partes de Escalon y desde todas partes del mundo, todos quieren la misma cosa: La Espada de Fuego. Es nuestro trabajo el protegerla.”

“¿Entonces está aquí?” preguntó Merk incluso sabiendo que no debería hacerlo.

Vicor miró hacia otro lado. Después de una larga pausa respondió: “Eso es algo que tú nunca sabrás. Ni yo. Nuestro único trabajo es vigilar. Ya sea que esté aquí o en la Torre de Kos importa muy poco de todos modos. Nuestro trabajo es igual de sagrado de cualquier forma. Esta torre tiene muchos secretos y muchos tesoros, algunos incluso más valiosos que la Espada.”

La curiosidad de Merk se disparó.

“¿Qué podría ser más valioso que la Espada?” preguntó.

Pero Vicor miró hacia los otros y todos alejaron la mirada guardando silencio. Merk entonces se dio cuenta de que era un extraño y que aún necesitaba ganarse su confianza.

“Esta torre no es lo que parece,” dijo Vicor finalmente. “Hay muchos pisos que nunca llegarás a ver y muchos pasadizos secretos que llevan a lugares que no te puedes imaginar. El ir a algún lugar en esta torre sin permiso se paga con la muerte.”

Le dio a Merk una mirada de seriedad y Merk hizo una nota mental para no explorar.

“Así que vigilamos todo el día y patrullamos toda la noche,” dijo Merk. “¿Cuándo dormimos?”

Vicor sonrió a medias.

“En turnos,” respondió. “Tendrás dos horas antes del amanecer.”

“¿Dos horas?” repitió Merk sorprendido.

Vicor de repente se puso de pie y todos los hombres lo hicieron también. Miró hacia Merk y al hacerlo tiró una espada al piso, una bella espada grabada con las marcas antiguas de la torre. Calló en el piso resonando junto a los pies de Merk.

“Vendrás con nosotros esta noche,” le dijo a Merk.

Merk levantó la espada poniéndola en alto y pasó sus dedos por la hoja, impresionado por su elaboración.

“Quieres ser un Observador,” concluyó Vicor. “Veamos si puedes ganártelo.”

Merk siguió al grupo mientras caminaban en una sola fila pasando por la puerta y bajando por la escalera en espiral de piedra piso tras piso. Caminaba detrás de Kyle.

“No tienes un arma,” observó Merk mientras bajaban los pisos.

Kyle le dio una mirada.

“Sólo me estorbaría,” le respondió.

Merk estaba confundido, pero tuvo poco tiempo para procesarlo mientras llegaban al piso principal y vio cómo los otros continuaban bajando un piso más y pasando el piso de las puertas doradas. Pronto estaba bajo tierra descendiendo más y más profundo, con Merk perplejo al no saber hacia dónde iban. Pero de repente se detuvieron en un piso, pasaron por una pequeña puerta arqueada y entraron en un túnel alumbrado por antorchas. Giraron una y otra vez y Merk se sintió claustrofóbico al caminar detrás de los demás hasta que finalmente llegaron a unas pequeñas escaleras de piedra. Volvieron a subir y una pequeña puerta de piedra se abrió.

Merk se asombró al ver que salían en el exterior, saliendo de la torre por un pasadizo secreto tallado en una piedra. Sintió el frío y húmedo aire del océano en su rostro y sintió extraño el estar de nuevo afuera. La puerta de piedra se cerró misteriosamente detrás de ellos y Merk se detuvo y miró hacia la torre. Estaba impresionado por su altura.

Merk escuchó el sonido de las olas de manera más clara y miró a su alrededor en la oscuridad de la noche iluminada sólo por las antorchas viendo cómo los hombres empezaba a separarse. Todos se alejaban de la torre y se dirigían al bosque.

“¿Cuál es nuestra misión?” le preguntó Merk a Kyle poniéndose a su lado. “¿Qué es lo que estamos buscando?”

Kyle guardó silencio por un largo rato, moviéndose rápidamente sin quitar los ojos del bosque, hasta que finalmente respondió.

“Un enemigo tiene muchas formas,” respondió misteriosamente aun mirando hacia adelante.

Merk caminó junto con los otros y pronto avanzaron de manera rutinaria. Se sentía como una meditación silenciosa.

Patrullaron por cuatro horas y no pudo ver ni escuchar nada; tan sólo el sonido de las hojas que crujían bajo él y los demás en el bosque. Entonces se encontró pensando sobre el origen de este lugar, el origen del servicio que estaba realizando. ¿Estaba realmente sirviendo a Escalon? Parecía no ser así. Ni siquiera podía estar seguro de que la Espada de Fuego estuviera en esta torre. Sentía como si sus habilidades especiales no estuvieran siendo puestas en buen uso. ¿Era esto lo que significaba ser un Observador?

Las horas pasaron y Merk, en la profundidad del bosque, escuchó un ruido detrás de él. Parecía el sonido de un cuervo, pero este era más agudo. Graznó una y otra vez y, mientras Merk escuchaba, sintió que esto era algo más siniestro; un presagio de algo por venir.

Los otros, siguiendo a Vicor, ya se habían dado la vuelta y se dirigían de nuevo hacia la torre. Una parte de Merk quería ir con ellos; pero otra parte, la parte que le recordaba el deber, sabía que no podía regresar sin haber explorado.

“¡Esperen!” les gritó Merk a los otros.

Todos los hombres se detuvieron y Vicor se puso al lado de Merk examinando el bosque.

“Es tu primer guardia,” dijo Vicor después de un largo silencio. “Ahí no hay nada.”

“Buen intento,” se burló otro de los hombres dándole una palmada en la espalda mientras se reía y se daba la vuelta.

Todos se dirigieron de nuevo a la torre excepto Merk, que se rehusaba a irse. Él siempre había confiado en sus sentidos, y era esto lo que lo había hecho el asesino más temido de Escalon. Ahora estos le decían que había algo ahí afuera.

Merk observó la orilla del bosque por varios minutos, esperando. Pero nada ocurrió. El sonido no se repitió.

Estaba debatiendo el regresar cuando de repente, estando solo, escuchó el crujir de una rama. Los pelos del cuello se le pusieron

Estaba debatiendo el regresar cuando de repente, estando solo, escuchó el crujir de una rama. Los pelos del cuello se le pusieron de punta al saber con certeza que esto no era un cuervo. Entonces se escuchó un aullido y después un ajeteo. Algo estaba avanzando por el bosque dirigiéndose hacia él.

Un momento después apareció el rostro de una horrible criatura y Merk pudo ver, horrorizado, que no era hombre ni bestia, sino el rostro desfigurado de un gigantesco trol. Inmediatamente supo que tenía en sus manos la pelea de su vida.

El trol, siendo el doble de su tamaño, se abalanzó sobre él y Merk se impactó al ver que una docena más aparecían detrás de este. Levantó su espada listo para estrenarla y sabiendo que no tenía ninguna oportunidad. Pero esto no lo detuvo. Se lanzó sobre ellos sin ninguna precaución y dejando que el honor tomara su lugar, listo para cumplir con su propósito en la vida incluso en la negrura de la noche.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Duncan se sentó en la cabecera de la mesa en el Salón del Banquete y miraba al gran grupo de soldados que se había juntado frente a él con inquietud. Sabía que debería estar feliz por lo que veía; después de todo, enfrente de él estaba lo que deseaba ver: todos sus guerreros en Andros, comiendo y festejando su victoria. Estaban los hombres de Kavos y Seavig, todos juntos ocupando los asientos que los Pandesianos habían tenido y deleitándose con los más finos platillos, tomando el mejor vino, y festejando merecidamente después de tomar la capital contra todas las probabilidades. Duncan reflexionaba en cómo habían logrado llevar la victoria desde Volis hasta Esephus, hasta el Lago de la Ira y hasta los picos de Kavos; y ahora finalmente hasta la capital. Era surreal. Habían iniciado un movimiento en Escalon y ahora esparcían la libertad por todo el país. Había sido un movimiento espontáneo iniciado por Kyra, algo que ninguno de ellos hubiera podido planear. El ver las estatuas derrocadas el día de hoy había coronado su victoria.

Duncan sabía que debía sentirse victorioso y relajado. Pero no podía hacerlo. La razón era que delante de él y entre sus hombres se encontraba otra alianza: los hombres de Bant de un lado de la mesa junto con los nobles y la Guardia del Rey, hombres que él sospechaba aún le eran leales a Tarnis. Era una frágil alianza entre clanes e intereses opuestos, todos con diferentes agendas y puntos de vista a pesar de ser de Escalon, una mesa llena de hombres que codiciaban el reino y con ideas opuestas sobre cómo derrocar a Pandesia. Duncan podía sentir la tensión en el aire apenas disfrazada y con cada grupo manteniendo su distancia. Y mientras el vino abundaba, sentía que la tensión se elevaba.

Duncan los miraba deseando con todas sus fuerzas que este fuera un grupo unificado de compatriotas peleando por una misma causa. Después de todo, todos deseaban la libertad. Pero también podía sentir que entre ellos sus causas eran diferentes, y que la manera de alcanzarlas lo era aún más. Mientras Duncan más los observaba, más se daba cuenta de que este no era un grupo unido, sino un grupo de intereses en conflicto que habitaban la misma isla. Empezó a ver que Escalon nunca había estado unido más allá del nombre. Realmente era una colección dispar de fortalezas que compartían una frontera, cada una con tercios guerreros y jefes militares, cada una preocupada tan sólo por su propia región. Duncan se dio cuenta de manera incómoda de que el trabajo del Rey era unirlos a todos ellos, hacer que esta alianza no pendiera de un hilo. Esto le hizo sentir a Duncan un nuevo respeto por el antiguo Rey. A pesar de sus defectos, Tarnis de alguna manera había logrado mantenerlos juntos. Descubrió que la unidad sería más difícil de conseguir que la victoria.

Duncan también sintió temor al voltear y mirar a Enis, el hijo de Tarnis, fácilmente reconocible por su vestimenta de aristócrata, ojos despiertos, y una larga cicatriz vertical en su oreja. Miraba fríamente a Duncan hasta que este le regresó la mirada haciéndolo voltear a otro lado. Con sus ojos vacíos y mirada desafiante, era él en quien Duncan menos confiaba. Duncan pensó en su problemático encuentro después de haber hecho que encarcelaran a su padre. Enis había insistido que él sería el mejor rey para tomar la posición de su padre y prácticamente le había rogado a Duncan para que le diera el poder prometiendo darle toda clase de alianzas. Duncan, disgustado por este hijo desleal, había hecho que lo quitaran de su presencia. Odiaba tenerlo ahora en la mesa y especialmente porque estaba sentado tan cerca de Bant, de la Guardia del Rey y de los nobles. Otro enfermizo efecto secundario de la política.

El festín duró varias horas con la habitación llena de música, mujeres y bebidas, un festín

designado para solidificar su hermandad. Duncan deseaba poder tomar Escalon por sí solo, pero sabía que necesitaba a Bant y a sus hombres y a la Guardia del Rey. Liberar unos cuantos pueblos era una cosa, pero tomar el país entero cuidando las fronteras y gobernándolo era otra muy distinta. Duncan los necesitaba, especialmente sabiendo que Pandesia seguramente preparaba un contraataque.

Mientras los otros comían y bebían, Duncan apenas si tocó su comida. Ya odiaba ser Rey. Odiaba la política, odiaba gobernar, odiaba haber tenido que detener a Tarnis quien, a pesar de sus fallas, había llegado a ser como un padre para él. Pero se había quedado sin muchas opciones. Era muerte o encarcelamiento, y Duncan al menos estaba satisfecho de haber elegido lo segundo. Sabía que esta elección había dañado su alianza con Kavos, quien aún seguía furioso por haberlo dejado con vida y por haberse aliado con Bant y con los nobles, que tampoco estaban felices. Duncan sentía que su alianza estaba fracturada por todos lados.

Duncan miró a Arthfael consolándose como siempre por su presencia y a su lado notó el asiento vacío de Anvin, su más confiable comandante. Al pensar en la misión en la que había enviado a Anvin, sintió un hueco en el estómago. Sabía que Anvin cabalgaba en estos momentos en medio de la noche dirigiéndose hacia Thebus para asegurar la Puerta del Sur antes de que fuera demasiado tarde. Duncan se preguntó si llegaría a tiempo antes de que Pandesia invadiera como una marejada desde el sur. Duncan deseaba poder unirse a su amigo, pero sabía que necesitaba quedarse aquí para consolidar la alianza antes del siguiente ataque.

Los hombres tomaban y celebraban como si no tuvieran que levantarse al amanecer para ir hacia otra batalla. Duncan había visto esto anteriormente en sus soldados; era su manera de obtener valor ante una posible muerte, de olvidarse del temor de la batalla. No les negaría este placer. Pudo ver que incluso sus hijos estaban enrojecidos y claramente tomados. A pesar de sus mejillas enrojecidas y su arrogancia por la embriaguez, Duncan sabía que no era tiempo de tratar de componerlos.

Aunque al verlos, su corazón le dolió al pensar en su hija perdida. ¿En dónde estaba Kyra ahora? se preguntaba. ¿Lo había logrado? Deseaba más que nada que ella estuviera aquí con él; ella y su dragón. En realidad los necesitaba ahora.

“¡Los hombres de Baris son por mucho los mejores guerreros de Escalon!” exclamó una voz áspera y ebria.

Un grito se elevó entre la multitud.

Duncan apretó los dientes al ver a un ebrio Bant golpeando la mesa con su tarro acentuando su jactancia de sus hombres y lo suficientemente alto como para incitar a los hombres de Duncan del otro lado de la mesa. Los hombres de Bant vitorearon de manera afirmativa mientras que los de Duncan se ensombrecieron. Era casi como si Bant buscara una manera de provocar a Duncan y a sus hombres para romper la alianza. Pero Duncan pensó que tal vez Bant sólo trataba de guardar las apariencias después de lo que había pasado hoy.

Duncan no tomaría la carnada. Como el hombre manteniendo esta alianza junta, sabía que debía escoger sus batallas y saber controlarse, con el mismo control que siempre había odiado como guerrero. A pesar del desprecio que sentía por los hombres fanfarrones de Baris, por el propio bien de Escalon sabía que tenía que respirar profundo y seguir manteniendo la alianza.

“¡Baris también tiene la mejor fortaleza de todo Escalon! ¡Los reto a que encuentren una mejor!” continuó Bant mientras sus hombres vitoreaban en su embriaguez.

“¿Te refieres a ese agujero de ratas en el cañón al que llamas ciudad?” dijo una voz desde el otro lado de la mesa.

Se produjo un silencio mientras todos los ojos siguieron la voz. Duncan miró y su corazón se derrumbó al ver lo que había sospechado desde el segundo en que escuchó la voz: su hijo Braxton, junto a su hermano Brandon, mirando a Bant. *No*, dijo Duncan en su interior a su arrogante hijo. *Ahora no*.

“Y acerca de los mejores guerreros,” añadió Brandon, “diez de tus hombres no podrían vencer a uno de los nuestros.”

Esta vez los hombres de Duncan vitorearon y Bant enrojeció. Se burló mirando directamente hacia los hijos de Duncan.

“Muchacho, nosotros tenemos más victorias que las que tú puedes contar,” dijo Bant poniendo ambas manos sobre la mesa.

Brandon se rio. “¡Victorias!” se burló. “¿¡Es así como llamas a tus escaramuzas de ganado!?”

“¡La única victoria por la que puedes presumir,” añadió Braxton, “es por besar el trasero del antiguo Rey!”

La habitación se hizo un alboroto y todos empezaron a aullar.

Bant, humillado, se levantó con muerte en sus ojos. Puso los puños en la mesa mientras los encaraba.

Duncan, furioso, sabía que tenía que detener esto antes de que se saliera de control.

“¡Muchachos!” gritó Duncan tratando de silenciarlos. Eran jóvenes y estúpidos y habían tomado la carnada de Bant completamente.

Esperaba que voltearan a verlo. Pero los dos muchachos, intoxicados por el vino, parecían no escucharlo. Siendo jóvenes e impetuosos, se pusieron de pie y encararon a Bant.

“Dime,” añadió Braxton, “¿cómo te sentiste hoy al besar el trasero de mi padre?”

Bant se puso morado. Escupió en la mesa lleno de indignación mientras todos sus hombres se paraba a su lado como preparándose para la pelea. Bant se volteó y miró a Duncan.

“¡Mis hombres ya no te seguirán!” exclamó. “Puedes atacar a Pandesia solo y morir solo. ¡Nuestra alianza se ha terminado!”

Sus hombres vitorearon y sacaron sus espadas siguiendo a Bant.

Los hombres de Duncan también se pusieron de pie del otro lado de la mesa sacando sus espadas, con Kavos, Bramthos, Seavig y Arthfael al frente, aparentando haber dejado toda civilidad. Todos se encararon a punto de saltar a la batalla y Duncan sabía que tenía que actuar rápido.

Duncan empujó su silla hacia atrás, se paró en la cabecera de la mesa, dejó caer su puño sobre ella y gritó:

“¡SUFICIENTE!”

Todos los hombres voltearon a verlo sintiendo la autoridad en su voz.

“¡Sólo hay un camino hacia la victoria!” gritó Duncan con una voz retumbante, la voz de un gran comandante. “El enemigo está a las puertas, un enemigo que se llevará todo lo que tenemos, todo lo que somos, para conquistarnos. ¿Y nos sentaremos aquí como niños peleando entre nosotros?”

Lentamente miró a los hombres en ambos lados con su rostro enrojecido y mientras ellos seguían sosteniendo sus espadas. No bajaron sus armas pero al menos, por ahora, se mantuvieron quietos.

“¡No toleraré tales insultos de tus hijos!” Bant exclamó.

Duncan miró a sus hijos odiando tener que tratar este asunto. Sabía que sus hijos tenían razón y odiaba pedirles que se disculparan, especialmente hacia este fanfarrón. Pero había muchas cosas en juego y los buenos líderes hacían lo que era debido.

“¡Se disculparán con Bant!” les ordenó. “¡Los dos!”

Sus hijos fruncieron el ceño, todavía ebrios.

“¡No nos disculparemos por haber dicho la verdad!” respondió Brandon.

“¡Este hombre nos ha estado provocando toda la noche!” dijo Braxton. “¿No debe él disculparse?”

“Si es el gran guerrero que dice ser,” añadió Brandon, “¡veamos si puede respaldar sus palabras!”

Duncan sintió un nudo en el estómago al ver que su plan se derrumbaba frente a sus ojos.

“¡Pequeños rufianes!” les recriminó Bant. “Yo estaba matando hombres incluso antes de que ustedes nacieran, y si su padre no estuviera aquí ahora les atravesaría el corazón a ambos.”

“¡Inténtalo!” dijo Seavig de repente poniéndose al lado de Brandon. “¡Y probarás la hoja de mi espada!”

“¡Y tú la mía!” respondió uno de los hombres de Bant.

Ambos lados de la mesa empezaron a gritarse hasta que Bant finalmente se paró sobre la mesa y escupió.

“¡Nuestro pacto ha terminado!” exclamó Bant.

Todos los ojos voltearon hacia él y cayó un silencio.

¡Regresaremos a Baris!” gritó. “¡Y cuando Pandesia los mate a todos, seremos los primeros en celebrar!”

Bant de repente saltó dando la vuelta y salió apresuradamente de la sala seguido de todos sus hombres y vaciando la mitad de la habitación.

Al verlos irse, Duncan vio que la alianza se iba junto con ellos, y sabía que no había mucho que pudiera hacer para evitar que el reino se cayera a pedazos.

# CAPÍTULO DIECISIETE

Kyra giraba su bastón hacia todos lados golpeando ramas en el bosque mientras Alva estaba sentado en el césped al otro lado del claro con su espalda perfectamente erguida y observando. Al lado de él estaban Leo y Andor, ambos perfectamente quietos como sintiendo paz en su presencia. Respirando agitadamente y bañada en sudor por el sol matutino que pasaba entre los árboles, Kyra giraba y golpeaba como lo había estado haciendo por horas, golpeando ramas y enemigos imaginarios tal y como Alva le había ordenado, rompiendo ramas y haciendo que el sonido de su bastón hiciera eco por todo el bosque. Corría de un árbol a otro sintiendo que Alva la juzgaba con la mirada.

Kyra aún no sabía que pensar acerca de él. Parecía mitad humano y mitad algo más, y aunque tenía la apariencia de niño, también tenía una cualidad ancestral. Parecía como si hubiera vivido por miles de años. Aún no podía entender cómo es que él era su tío y estaba deseosa de saber más acerca de su madre. Se preguntaba qué secretos le estaría ocultando Alva. ¿Cuándo le daría respuestas?

Finalmente Kyra cortó una rama partiéndola en dos, con un sentimiento de victoria al verla caer al suelo. Después se volteó y arrojó su bastón apuntando hacia una hoja en el claro, y vio con satisfacción que fue un tiro perfecto.

Kyra, respirando agitadamente, volteó la mirada hacia Alva con un gran sentimiento de victoria y esperando ver su aprobación. Pero se sorprendió al verlo seguir observando sin expresión alguna. Para su desconsuelo, él guardaba silencio como privándola de su aprobación.

“¡He golpeado cada objetivo y completado cada prueba!” gritó ella indignada.

Él lentamente negó con la cabeza.

“Todavía no completas ninguna prueba,” le respondió.

Kyra lo miró decepcionada y confundida.

“¡He derribado todas las ramas!” exclamó.

Él cerró sus ojos.

“Las golpeas a todas,” dijo finalmente, “pero en verdad no golpeas ninguna. Tu mente te sigue deteniendo.”

Alva de repente se puso de pie con una velocidad que la tomó por sorpresa. Se asombró al ver que podía moverse tan rápido. Lentamente se acercó y se detuvo a unos veinte pies de distancia.

“Cuando te enfrentes a tu enemigo,” continuó, “tu *verdadero* enemigo, tu mente debe estar vacía. Por el momento está llena. Mírame a mí, por ejemplo.”

Él levantó una mano y, para la sorpresa de Kyra, su bastón que estaba en el suelo se elevó en el aire y atravesó el claro posándose en su mano. Ella lo miró perpleja mientras se daba cuenta de que él tenía poderes que ella aún no conocía.

“Atácame,” dijo como iniciando una explicación.

Se quedó de pie del otro lado del claro, relajado y esperando. Él apenas movió la mano y el bastón volvió a volar en el aire ahora hacia ella. Ella extendió su mano y lo tomó. Lo observó quedándose muda.

Kyra se quedó de pie, dudando, sin querer atacarlo.

“No voy a golpear a un niño,” dijo ella finalmente. “Y menos a uno indefenso.”

Él sonrió.

“Yo soy tu tío. Y tengo más defensas que las que llegarás a conocer. ¡Ahora ven!”



Kyra sintió que no tenía elección más que obedecer, así que se acercó sin mucha convicción, levantó el bastón, y apuntó delicadamente hacia su hombro.

Pero cuando bajó el bastón él ya no estaba ahí. Miró a todas partes tratando de encontrarlo y se sorprendió al ver que estaba detrás de ella.

“Pero... ¿cómo?” preguntó estupefacta. “Desapareciste y apareciste de nuevo.”

“Estoy esperando,” respondió Alva. “Golpéame.”

Kyra levantó su bastón frustrada y esta vez lo dejó caer con más velocidad.

Pero falló de nuevo, pues Alva lo esquivó fácilmente como si ella se moviera muy lentamente.

Kyra se abalanzaba y golpeaba con más determinación, pero fallando cada vez mientras Alva la esquivaba con facilidad. Lo persiguió por todo el claro mientras bastón seguía golpeando el aire. Golpeó con todas sus fuerzas y tan rápido como pudo, pero aun así no podía tocarlo. No podía creerlo, nunca se había encontrado a alguien como él.

Finalmente y después de esquivar un golpe especialmente rápido, Kyra se sintió derrotada tratando de recuperar el aliento y dándose cuenta de que no podría alcanzarlo. Era un mejor peleador que ella. No podía entenderlo. En un arrebato de frustración, se lanzó una vez más levantando su bastón y lo bajó con todo lo que tenía, estando segura de que esta vez impactaría.

Pero simplemente se tambaleó al golpear el aire y, humillada, cayó en el césped de rodillas.

Alva se paró a su lado con una sonrisa.

“Eres muy rápido,” jadeó derrotada y con las manos en las rodillas.

Él negó con la cabeza.

“No,” respondió. “Es tu mente la que cree que soy rápido. Tú usas tu mente en vez de lo que está dentro de ti. Tienes miedo de los poderes en tu interior.”

“Yes,” admitió ella dándose cuenta de que tenía razón.

Kyra se puso de pie y lo miró avergonzada. Nunca había errado un objetivo con su bastón en su vida, y ahora había fallado una y otra vez. Era humillante. No era la guerrera que ella pensaba ser.

“Hay partes de ti que nunca has explorado,” dijo él. “Te aferras a tus métodos de guerrero. Y esto te limita.”

“Enséñame,” dijo Kyra deseosa y con su corazón acelerándose, dándose cuenta de que él se refería a algo que siempre había estado fuera de su alcance. “Enséñame cómo utilizar el poder del que hablas.”

“Tú misma lo sabes,” respondió. “Ya lo has sentido antes.”

Ella recordó: Theos. Su pelea contra Pandesia. Esos momentos en batalla que se habían vuelto borrosos, cuando no podía darse cuenta de lo que estaba haciendo.

“Es verdad,” dijo ella. “Cuando invoqué a Theos, él vino. Cuando peleé en Volis...lo sentí... algo más grande que yo.” Pausó. “Pero no pude invocarlo de nuevo. Yo...perdí ese poder.”

Él guardó silencio por un largo rato hasta que finalmente habló.

“¿Por qué no viene tu dragón ahora?” le preguntó.

Ella sintió que él conocía la respuesta, y ella deseaba saberla con desesperación. Pero estaba perdida. Era la misma pregunta que había estado en su mente todos estos días y desde que había dejado Argos.

“Yo...no lo sé,” respondió.

Ella lo miró esperando una respuesta.

“Dímelo,” le pidió ella.

Pero Alva simplemente la observó sin expresión alguna en medio del silencio.

“Trata de invocarlo ahora,” le dijo.

Kyra cerró los ojos y trató de invocar a Theos con todas sus fuerzas.

*Theos, pensó. Te necesito. Ven a mí. Donde sea que estés, ven a mí. Te lo ruego.*

Después de un largo silencio, Kyra abrió los ojos y se sintió decepcionada al no sentir nada. No hubo un dragón en el horizonte, ni un chillido, ni un batir de alas. Nada más que silencio.

Kyra se quedó de pie con lágrimas en los ojos sintiéndose impotente. Se dio cuenta de las limitaciones de su poder y deseaba con desesperación saber por qué.

“Su pudieras invocar a tu dragón,” dijo Alva finalmente, “si pudieras controlarlo, podrías terminar con la guerra en tu interior y en Escalon. Podrías salvar a tu padre ahora mismo. Pero no puedes. ¿Por qué?”

Ella negó con la cabeza incapaz de responder.

“Es por eso que estás aquí. Es por eso que estás aquí para aprender. No esto,” dijo tomando el bastón y lanzándolo hacia el suelo. Se acercó y la tocó en la frente en medio de los ojos. “Sino esto, la verdadera fuente de tu poder. Nunca podrás conseguirlo hasta que dejes tus armas y empieces de nuevo.”

Al pensar en sus palabras, de repente escuchó un gruñido que le erizó el pelo en la nuca. Alva se hizo a un lado y, mientras ella miraba hacia el bosque, vio que se acercaba un Salic. Se congeló. Era una terrible criatura que solamente había visto en libros, con pelaje negro, ojos rojos, tres cuernos rojos, y del tamaño de un rinoceronte. Dejaba caer su saliva enseñando sus afilados colmillos mientras se le acercaba.

Alva se quedó de pie dándole la espalda y de alguna manera ignorándolo. Y por alguna razón, la bestia sólo la miraba a ella.

“Este bosque siempre trae nuestros peores temores,” dijo Alva calmadamente y sin voltearse a mirar. “A lo que tememos enfrentarnos. ¿Qué es a lo que le temes? *¿Quién eres tú, Kyra?*” Alva exigió con una voz retumbante y profunda llena de autoridad.

Al mismo tiempo el Salic saltó. Se abalanzó sobre ella y ella levantó su bastón haciéndolo girar.

Pero con una sola garra se lo quitó de enfrente.

Kyra se quedó indefensa mientras este saltaba en el aire apuntando sus garras hacia su pecho y ella sabía que en tan sólo un momento sería despedazada.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Merk se preparó al ver al grupo de troles que venían hacia él, todos gruñendo y mostrando sus torcidos colmillos saliendo de sus mejillas, levantando sus alabardas mientras salían del bosque. Había confiado en sus instintos al haber sentido algo en estos bosques mientras sus demás compañeros habían regresado, y esto probaba que tenía razón. Pero esto también lo dejaba sólo y vulnerable, lejos de los demás. Se dio cuenta con temor de que tendría que pelear contra todo el grupo él solo.

Merk se envalentonó mientras el primer trol lo atacaba dejando que sus instintos asesinos tomaran el control; sintió una gran calma caer sobre él y entró a ese lugar al que siempre regresaba, en el que podía separarse de la violencia que estaba por suceder y donde podía apagar sus miedos incluso frente a un peligro mortal. Ya antes había enfrentado a múltiples atacantes, y aunque no habían sido troles, sintió una extraña sensación de comodidad en esta situación. Después de todo, él había nacido para pelear sin importar cuánto deseara negarlo.

Mientras el primer trol lo atacaba con un hacha hacia la cabeza con la fuerza suficiente para cortar un árbol de un golpe, Merk esperó hasta el último momento y se hizo a un lado, sintiendo pasar el arma junto a él. Golpeó al trol con la empuñadura de su espada en su plexo solar y mientras este se agachaba se dio la vuelta y le cortó la cabeza. Cayó rodando a sus pies arrojando sangre tibia y pegajosa en sus botas.

Otro trol lo atacó levantando su alabarda y Merk giró su espada de forma lateral cortándole la cabeza incluso antes de que pudiera alcanzarlo. La alabarda cayó al piso mientras el trol sin cabeza se desplomaba a sus pies.

Dos troles más se acercaron y Merk giró su espada levantándola con las dos manos y la dejó caer en el pecho de uno, encajándola tan profundo que no pudo sacarla. La criatura chilló cayendo de rodillas, y mientras el siguiente trol atacaba con su alabarda, Merk, sin armas, cayó de rodillas esquivando el cuchillo que le rozó el cabello. Entonces tomó la alabarda que estaba en el suelo, la giró de lado y le cortó los pies al trol. El trol chilló mientras caía al piso y Merk, sin dudar, le dio otro golpe en la espalda.

Un trol más trató de cortar el rostro de Merk con su alabarda y Merk, aún en el suelo, levantó su alabarda sobre su cabeza y bloqueó el impacto antes de que lo tocara. El golpe hizo que se estremeciera su brazo y la fuerza del impacto hizo que Merk cayera de espaldas. El trol se puso encima de él y le puso su grotesco rostro a unas pulgadas del suyo y Merk, tratando de librarse, se movió hacia atrás y lo pateó entre las piernas haciendo que cayera. Este casi cayó encima de Merk, pero él alcanzó a rodar en el último segundo encajándole entonces su daga en la garganta.

Pero el movimiento dejó la espalda de Merk expuesta, y sintió que había más troles detrás de él. Miró hacia atrás y vio a un trol rápido y poderoso dirigiéndose hacia él, bajando la alabarda hacia su espalda y supo que no podría reaccionar a tiempo. Se preparó ya anticipando el dolor del cuchillo cortando su piel. Sabía que iba a morir pero al mismo tiempo se consoló al saber que se había llevado a varias de estas criaturas junto con él y que había ayudado a proteger el reino.

Mientras lo esperaba, escuchó el sonido de algo volando por encima de su cabeza, y Merk alcanzó a ver una lanza dorada que pasaba muy cerca de su oreja. Escuchó un gemido y un grito mientras el trol detrás de él caía de rodillas. Después se desplomó a su lado con una lanza en la cabeza.

Merk, perplejo al ver que habían salvado su vida, volteó y se sorprendió al ver a la última

persona a la que esperaba ver aquí: Kyle. Debió haber regresado por el al estar más atento que los demás y había llegado justo a tiempo para salvarle la vida. Merk se sorprendió al ver la destreza y velocidad y certeza de su tiro; y que le importara tanto como para salvarlo.

“¡AL SUELO!” gritó Kyle.

Merk se agachó y, al hacerlo, una alabarda pasó sobre su cabeza sostenida por un trol que no había visto. Kyle atravesó rápidamente el claro con una velocidad que Merk nunca había visto, como un destello de luz, mientras llegaba hasta el trol que estaba encima de Merk y lo pateaba en el pecho.

No fue una simple patada: mandó al trol a volar a cincuenta pies a través del claro, en donde chocó contra un árbol con tal fuerza que partió el árbol a la mitad. El trol cayó inmóvil, muerto.

Merk se quedó aturdido viendo al muchacho en acción. Kyle corrió por el claro como un destello de luz en la oscuridad, golpeando a un trol con sus manos, dándole un codazo a otro, y pateando a uno más. Cruzó el claro rompiéndole el cuello a uno y lo cruzó de nuevo para golpear a otro bajo la barbilla haciéndolo que subiera en un árbol. Eran como melaza a su alrededor y, en tan sólo unos instantes, había una pila de cuerpos de troles sin movimiento en el claro.

Merk lo miró en silencio sin poder decir nada. Todo estaba extrañamente quieto con sólo ellos dos solos en el claro junto a docenas de troles muertos. Merk respiraba con dificultad sorprendido, particularmente, por cómo estaba Kyle de pie tan relajado, como si no hubiera hecho ningún esfuerzo. ¿Quién era él? Merk se preguntó. ¿De dónde había venido? ¿Cuál era su raza? Se dio cuenta de que lo había subestimado por completo.

A esto le siguió una conmoción mientras los soldados compañeros de Merk finalmente regresaron y llegaban al claro, todos deteniéndose y mirando con asombro al ver a Merk y a Kyle y a la pila de troles muertos. Merk vio que lo miraban impresionados, como si no hubieran esperado algo como esto de parte de Kyle. Una mirada de respeto cruzó sus rostros al darse cuenta de lo que Merk había hecho, al ver que se les había enfrentado él solo y que sus instintos eran correctos.

Kyle se acercó entre la matanza y tomó su lanza dorada del pecho del trol, limpiando la sangre e inspeccionando el cuerpo. Los otros parecían impresionados también, aunque no sorprendidos.

“Estos no son simples troles,” dijo Kyle acercándose y volteando a uno con su bota. “Miren sus ropajes y sus armas.”

Merk los examinó pero no pudo entender.

“No están quemados,” explicó Kyle. “De alguna manera no pasaron por Las Flamas.”

Merk observó a los otros que miraban también con miedo e intensidad en sus ojos, y finalmente él también empezó a darse cuentas.

“Marda,” dijo con una voz grave en la negrura de la noche, “ha logrado pasar.”

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Anvin cabalgaba pasando las puertas de piedra de Thebus, con varias docenas de soldados detrás de él que levantaban una nube de polvo en el árido desierto haciendo difícil el respirar. El sur era un lugar caliente, árido y desolado, sin nada que respirar más que el polvo del desierto y las olas de calor. Anvin nunca había venido tan al sur y sentía como si estuviera en un país extranjero; se sorprendió al saber que seguía en Escalon. Era difícil creer que, cuando había salido de Vólis, aún había nieve en el suelo. Las llanuras de Thebus, cortadas por las montañas, tenían su propio clima desértico y siempre habían sido una región separada de Escalon.

Había sido un largo y difícil trayecto pasando las cascadas de Everfall, pasando el Barranco del Diablo, pasando los interminables desiertos polvosos de Thebus que podían hacer caer a casi cualquier hombre. Anvin no se había detenido desde que Duncan lo había despedido en Andros, llevando un pequeño grupo de élite de los mejores hombres de Duncan en esta peligrosa misión. Conocía la importancia de esta misión, lo que estaba en juego, y sabía que no podía decepcionar a Duncan pues el destino de Escalon podría depender de esto.

Junto a Anvin iba la élite de los hombres de Duncan, todos dispuestos a enfrentarse a la muerte sin dudarlo y siendo justo lo que Anvin necesitaba en esta misión que probablemente terminaría en sus muertes. Después de todo, tomar y mantener la Puerta del Sur, la entrada hacia todo Escalon, lo único que se interponía entre ellos y Pandesia, no sería una tarea fácil. La franja de tierra en la angostura de la puerta era lo suficientemente angosta como para que unos cuantos miles de hombres pudieran detener a un millón; pero la puerta tendría que ser asegurada y cerrada a tiempo, y mantenida lo suficiente hasta que Duncan llegara con los refuerzos. Y para lograrlo, primero debía llegar a la fortaleza de Thebus y juntar a los soldados locales.

Mientras finalmente cabalgaron por el alto arco de piedra que anunciaba el fuerte, en este lugar a sólo un día de cabalgata de la Puerta del Sur, Anvin se dio cuenta de que el fuerte de Thebus, siendo la fortaleza más meridional de Escalon, era la clave. Anvin miró a su alrededor y vio los duros edificios color arena que se mezclaban con el desierto, un lugar de arena y viento y rocas constituido por edificios de pequeños. Era un lugar sin ninguna belleza, como si hubiera sido secado por el árido suelo y el cielo. Este no era un lugar para personas, sino un puesto remoto en el que los guerreros de Thebus de alguna manera habían logrado vivir. Anvin se maravilló al pensar en qué clase de personas podrían vivir una vida tan sombría y tan alejada de Escalon. Eran la última defensa en el sur, un lugar que siempre se había mantenido leal a Escalon. Pero, tristemente, había sido traicionado más que cualquier otro lugar cuando el débil Rey había abierto las puertas y había entregado Escalon.

Mientras Anvin avanzaba por el fuerte con sus hombres, pasando calles polvosas y lugares que sus habitantes no se habían molestado en decorar, vio los rostros de guerreros que los miraban con arena en sus cabellos y barbas, rubios por tanto sol. Todos lo miraban escépticos. Eran hombres que entrecerraban los ojos por el sol y con muchas líneas alrededor de los ojos, que habían visto de todo en este lugar. Observaron en silencio posando sus manos en las empuñaduras de sus espadas como si estuvieran igual de listos para abrazar o matar a sus compatriotas.

Anvin continuó cabalgando hacia la entrada principal de la guarnición, sorprendido al ver que no había ninguna clase de puertas. Cabalgó por el arco abierto, con un clima tan cálido en este lugar que nunca era necesario cerrar las puertas, en un lugar tan estéril que no había necesidad de defenderlo.

Después de todo, cualquiera que se acercara a Thebus sería descubierto a cien millas de distancia.

Cabalgó hacia el patio interior del fuerte y, al hacerlo, observó a más guerreros que estaban de pie esperándolos. Su líder, Durge, estaba en el centro rodeado de una docena de sus hombres, claramente anticipando su llegada.

Anvin finalmente se detuvo respirando agitadamente, con dolor en cada músculo de su cuerpo por el largo viaje sin descanso. Desmontó junto con todos sus hombres y miró a Durge.

Durge le regresaba la mirada sin expresión alguna, con su cabello empolvado y mandíbula ancha y hombros anchos, un hombre inescrutable en sus cuarentas. Con la mano en su espada como listo para abrazarlo o matarlo, se quedó de pie como una roca siendo un hombre que lo había visto todo, que no confiaba en nadie y al que no le importaba nada. Un hombre duro en un lugar duro.

Anvin se acercó en silencio preguntándose si Durge lo recordaría.

“Han sido muchos años desde que peleamos lado a lado,” empezó Anvin.

Durge lo miró en silencio mientras el viento soplaba trayendo polvo.

“La batalla de Briarwood,” dijo Durge finalmente con una voz baja y áspera al igual que la arena a su lado.

Anvin asintió aliviado.

“Matamos a muchos hombres,” respondió Anvin.

“No los suficientes,” añadió Durge con sinceridad.

Anvin lo examinó en silencio.

“Es curioso que no tengas ninguna clase de puerta o portón,” dijo Anvin. “¿Qué es lo que haces cuando se acerca un enemigo?”

Por primera vez, Durge sonrió.

“No necesitamos puertas,” respondió, “porque anhelamos enemigos. Nos encantaría ser atacados; después de todo, para esto vivimos. ¿Por qué nos esconderíamos detrás de puertas?”

Anvin sonrió sin dudar que las palabras de este guerrero fueran ciertas.

“Traigo asuntos urgentes de la capital,” Anvin continuó.

Durge se encogió de hombros.

“Nada es urgente aquí,” Durge replicó. “Y los asuntos de la capital no son mis asuntos,” concluyó con una voz fría y dura.

Anvin sabía que esta sería una confrontación difícil y que debería elegir con cuidado sus siguientes palabras. Durge era claramente un hombre orgulloso, uno que no podía ser controlado.

“Sé que eres libre,” respondió Anvin. “Y que no le respondes a ningún hombre. Yo no te traigo una orden, sino una petición; una que viene de nuestro nuevo Rey.”

Durge por primera vez lo miró con interés.

“¿Cuál nuevo Rey?” le preguntó.

“Tarnis está encarcelado,” dijo Anvin con orgullo. “Duncan ha sido proclamado Rey.”

Durge parecía haber sido tomado con la guardia baja. Se echó hacia atrás y se tomó la larga barba rubia, pensando.

“Duncan,” reflexionó. “Un guerrero al que respeto. Un hombre serio. Nunca hubiera pensado que deseara ser Rey.”

“No lo hace,” dijo Anvin. “Lo único que desea es libertad para Escalon.”

Thebus meditó.

“¿Y qué es lo que Duncan pide de nosotros?” le preguntó Durge con un tono más complaciente.

“No desea nada de ustedes,” Anvin respondió. “Él desea darles algo.”

Los ojos de Durge se entrecerraron.

“¿Y qué es?”

“Libertad,” Anvin respondió. “Lo único que ningún hombre puede darte. Algo que debes tomar por ti mismo.”

Thebus lo observó por un largo tiempo como si pensara.

“¿Y cómo es que este nuevo Rey nos dará libertad?” le preguntó. “Estamos a un día de cabalgata de la puerta. Detrás de esa puerta hay millones de Pandesianos. Estamos rodeados por el Mar de los Lamentos por un lado y el Mar de las Lágrimas por el otro, y en estas aguas hay un millón de hombres más. ¿De qué libertad habla?”

Anvin respiró profundamente, preparándose.

“Duncan no se acobarda ni se esconde como lo hizo Tarnis,” respondió Anvin. “Él derrota a sus enemigos con fuerza y rapidez. Hemos liberado Volis y Argos y Esephus y Kos; y ahora Andros. Ciudades poderosas. La mitad de Escalon ya es libre y la otra mitad lo será pronto también. Pero necesitamos tu ayuda para asegurar la Puerta del Sur. Si no, seremos invadidos nuevamente por las hordas de Pandesia y todos los esfuerzos de Duncan habrán sido en vano.”

Thebus entrecerró los ojos tomándose la barba y entonces se dio la vuelta y caminó hacia la orilla del patio, hacia un arco abierto que le permitía ver las llanuras arenosas. Siguió acariciando su barba por un largo rato en silencio.

Anvin se puso a su lado, esperando, sabiendo que tenía que darle tiempo.

“¿Conque la Puerta del Sur?” dijo aun mirando a lo lejos.

Anvin esperó pacientemente mientras Durge observaba, claramente analizándolo en su mente. Anvin siguió su mirada a la distancia y, vagamente en el horizonte, pudo ver los arcos dorados de la Puerta del Sur que brillaban con el sol.

“Es un lugar muy poderoso,” señaló Durge examinando el horizonte. “Creado por nuestros antepasados, una construcción que no podríamos lograr en la actualidad. La estructura más alta y gruesa de Escalon. Creada para resistir una invasión, una guerra. Ha resistido por siglos y por siglos ha mantenido a Pandesia afuera.”

Se volteó hacia Anvin y frunció el ceño.

“Hasta que apareció Tarnis,” continuó. “Él derribó todo eso con un simple golpe. Abrió las puertas sin pelear e hizo un trato. Y lo peor es que no se lo dijo a nadie. Un día despertamos y nos encontramos rodeados, prisioneros y sin oportunidad de pelear. Nos traicionó a todos. Nunca nos dio la oportunidad de defender nuestra puerta, de cumplir con nuestra sagrada comisión, y eso es algo que los hombres de Thebus nunca perdonaremos.”

Durge suspiró.

“Y ahora vienes tú con un nuevo Rey y nuevas promesas,” Durge continuó. “Nuestros hombres ya se vieron traicionados una vez por la política y juré que no pasaría de nuevo.”

“No fuiste sólo tú el traicionado,” Anvin respondió. “Tarnis también nos traicionó. Y Duncan no es ningún Tarnis.”

Durge se acarició la barba.

“Un nuevo Rey, sí,” reflexionó. “Pero la política nunca cambia. El poder siempre es el mismo. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que tu precioso nuevo Rey se vea corrompido como los demás?”

Anvin frunció el ceño.

“Duncan es un guerrero. Siempre ha sido un guerrero y siempre lo seguirá siendo.”

“Tal vez lo hará,” respondió Durge. “Pero tal vez los más cercanos a él no lo hagan.”

“Nunca lo sabrás a menos que tomes la oportunidad” presionó Anvin.

Suspiró acariciando su barba y pensando. Un largo y pesado silencio cayó sobre ellos hasta que finalmente Durge se volteó hacia él.

“Podemos recuperar la puerta,” dijo finalmente. “Eso será lo suficientemente fácil. Pero el mantenerla es otro asunto. Cuando las hordas de Pandesia nos invadan, vendrán con una fuerza más grande que nunca. Y si Duncan y sus hombres no están con nosotros, entonces esta vez seremos todos masacrados. Todos mis hombres; y tú junto con ellos.”

Anvin se acercó y trató de hablar con la mayor seriedad que pudo

“Tienes mi juramento sagrado,” dijo Anvin. “Duncan no nos traicionará. Cabalga con nosotros justo ahora. Cuando tomemos las puertas y Pandesia se acerque, Duncan y sus hombres llegarán para ayudarnos. Él me ha dado su juramento sagrado y él nunca nos traicionaría. Si lo hace, yo gustosamente seré el primero en morir.”

Durge lo miró pareciendo impresionado por su seriedad.

“Necesitamos tu ayuda,” presionó Anvin sintiendo que este era el momento. “¿Estás con nosotros? ¿Deseas la libertad? ¿O simplemente te quedarás aquí en esta fortaleza vacía a la que llamas hogar y pretenderás que eres libre?”

Anvin sabía que se estaba arriesgando al provocar a Durge, pero sentía que debía hacerlo. Los ojos de Durge se oscurecieron con violencia mientras su mandíbula se cerraba, y Anvin pudo ver la furia pasando en su interior.

Pero, de repente, sonrió.

“Hacia la puerta, entonces,” respondió sonriendo aún más. “Después de todo, hoy parece ser un buen día para morir.”



# CAPÍTULO VEINTE

Alec estaba sentado dentro de la humeante forja y frente a un yunque, rodeado de muchachos y hombres en todos lados que se acomodaban en una habitación caliente y llena de vapor en la que sólo se oía el golpe de los martillos contra el acero. Alec golpeaba con su martillo también, aplastando una espada al rojo vivo una y otra vez mientras se ponía blanca y chispas volaban en todos lados, sin que a Alec le importara ya el sudor que le lastimaba los ojos. A su lado estaban Marco y sus nuevos amigos, todos siendo parte de la resistencia y todos alistándose para tomar las armas contra Pandesia.

Mientras Alec martillaba, pensaba en la venganza con cada golpe de su martillo. Pensaba en los Pandesianos que morirían gracias a esta arma; pensaba en su hermano y madre y padre. Recordaba a su aldea y a su gente. Alec sabía que todas estas nuevas armas que estaba creando serían tan sólo una gota en le balde comparadas con el vasto ejército Pandesiano. Pero también sabía que cada espada que hacía, cada hacha, cada escudo, significaría al menos otro Pandesiano muerto, otra oportunidad más de defender a Ur. Y esto le dio una gran satisfacción.

Alec terminó su espada, la inspeccionó, y después la metió en la tina de agua. Otra nube de vapor inmediatamente llenó la habitación acompañada de un chillido. Inspeccionó el producto final pasándola de una mano a otra hasta que finalmente la puso en la pila de espadas nuevas, satisfecho.

Alec tomó un descanso limpiándose el sudor de la cabeza y examinó la habitación. Esta forja tenía más ventilación que la de su padre, con grandes ventanas arqueadas que permitían que entrara el aire fresco y la luz del sol; luz que hacía que este lugar se mirara menos opresivo. Miró hacia afuera y pudo ver los barcos con sus mástiles y velas flotando por la ventana, con banderas de todas partes del mundo. Una ciudad tan internacional como Ur daba una sensación de paz y calma, de comercio, y hacía que las personas olvidaran la opresión bajo la que vivían, la invasión de Pandesia, y la gran guerra que Alec sabía estaba por venir. Sabía que su tierra estaba exigiendo venganza.

Alec caminó por la forja pasando entre las filas de muchachos y hombres, examinando el trabajo de todos. Todos estos muchachos seguían siendo principiantes y tenía que corregir sus trabajos cada vez que pasaba.

“Tus golpes son irregulares,” le dijo a un muchacho acomodando su codo. “Esa espada estará torcida.”

Se detuvo al lado de otro.

“La empuñadura está doblada,” le dijo enderezándole la muñeca. “Estás martillando en un ángulo incorrecto.”

Pasó ayudando a un muchacho a la vez, arreglando y ajustando. Todos los muchachos lo observaban escuchándolo; incluso Fervil, el herrero maestro, lo escuchaba al darse cuenta de la calidad de su trabajo. Se detuvo al acercarse a un hombre mayor que martillaba un escudo, y se lo quitó de las manos impaciente mientras el hombre lo observaba.

“Este escudo no detendrá el impacto de ninguna espada,” lo reprendió Alec. “El metal es muy delgado y la correa está muy apretada.”

Alec, que generalmente era calmado y amable, se encontraba constantemente frustrado y descontrolándose cuando no debería hacerlo. Pensaba en su reciente furia e impaciencia, deseando detenerlas pero sin poder hacerlo. Sentía que ya no era la misma persona desde la muerte de su familia, y odiaba en quien se estaba convirtiendo.

Alec se detuvo y respiró profundamente, obligándose a calmarse y dejar su furia. No quería que le volviera a suceder con nadie más. Fue hacia una ventana y vio los barcos pasar mientras limpiaba una inesperada lágrima de su ojo con rapidez para que los otros no lo vieran y sorprendido por esta.

Alec reaccionó al sentir una mano en su hombro y observó a Fervil el herrero a su lado.

“Sé más paciente con ellos,” le dijo. “Ellos no son como tú y yo. Ellos no son herreros. Ellos están aquí para ayudar a nuestra causa.”

Alec cerró los ojos y respiró profundamente sabiendo que tenía razón.

“Lo siento,” dijo. “Es que me siento muy frustrado. No tenemos suficientes hombres. No tenemos suficientes armas. Y no hay suficiente tiempo. Todo esto, todo lo que estamos haciendo,” dijo examinando la habitación, “no es suficiente. ¿Qué haremos cuando llegue la entera flota Pandesiana, cuando los grandes buques entren en estos canales?” dijo mientras veía pasar a otro gran barco Pandesiano.

“Estamos haciendo lo mejor que podemos,” respondió Fervil.

Alec negó con la cabeza.

“No es suficiente,” respondió. “Espadas y escudos no detienen barcos. No podemos defendernos contra flotas enteras con esto.”

“¿Entonces qué prefieres que hagamos?” Fervil le dijo frustrándose también. “¿Crear una flota de barcos? ¿Cerrar el mar? Estas espadas es todo lo que tenemos y tendrán que ser suficiente.”

Alec guardó silencio mientras algo de lo que Fervil dijo lo hizo pensar. Empezaba a tener una idea. Al mirar hacia afuera y examinar los canales se vio envuelto por esa idea. Sintió una oleada de emoción mientras más pensaba en ello.

“Estás equivocado,” dijo perdiendo el aliento por la excitación. “Tenemos mucho más.”

Alec de repente corrió hacia las mesas examinando el acero, con todas las armas a la mitad sobre las mesas. Insatisfecho, buscó en la habitación hasta encontrar lo que buscaba: ahí estaba, en una esquina oscura del piso de piedra.

“¿Qué estás haciendo?” le preguntó Fervil siguiéndolo.

Alec levantó un extremo de una gruesa cadena originalmente utilizada para un ancla.

“¡Ayúdenme!” les dijo a los otros.

Marco y los otros muchachos dejaron lo que estaba haciendo y se acercaron para ayudarlo con la cadena, cada uno batallando bajo su peso. Era como levantar una inmensa serpiente.

Todos los muchachos ayudaron a Alec a arrastrarla y ponerla sobre la mesa con un ajetreo. Él hizo espacio mientras los demás quitaban espadas y escudos, lanzándolos con un estruendo hacia el piso. Entonces extendió la cadena en la mesa rectangular de veinte pies de largo, una cadena impresionantemente pesada con al menos unas cien libras. La extendió hasta que cubrió toda la largura de la mesa.

Alec se hizo hacia atrás y la examinó sonriendo.

“Esto funcionará,” dijo.

“¿Para qué?” preguntó Fervil confundido.

Alec lo miró emocionado.

“¿Qué tan ancho es el canal?” demandó Alec.

Fervil se encogió de hombros. “¿Treinta pies?”

“Entonces la haremos de cuarenta,” respondió Alec. “Necesitaremos más cadena.”

“¿Pero para qué?” presionó Fervil. “¿Qué es esta locura?”

Alec se dio la vuelta examinando la habitación, concentrándose mientras lo ignoraba. Se detuvo cuando encontró lo que estaba buscando: un grupo de picos que iban a ser lanzas.

“Necesitaré todos estos,” les dijo Alec a Marco y a los otros que se apresuraron a tomarlos. “Y tendremos que crear más.”

“¡Necesito esos picos para las lanzas!” exclamó Fervil. “¡No podemos compartirlos! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué significa todo esto?”

Alec tomó los picos y los esparció en la mesa junto a la cadena, entonces se hizo hacia atrás y examinó su creación junto con los otros. Ahí, en la mesa, estaba una cadena de veinte pies con picos colocados a cada cuantos pies y, mientras Alec la miraba, su corazón se emocionó con la idea. Realmente podría funcionar.

Los otros debieron darse cuenta también ya que guardaron silencio al examinarla.

“Quieres poner una trampa en el puerto,” dijo el herrero suavemente al darse cuenta.

Alec lo miró y sonrió.

“Así es,” respondió.

Alec se acercó y tocó uno de los picos, admirándose de lo afilado que estaba.

“Pondremos una trampa en el fondo del canal,” respondió, “y entonces esperaremos. Cuando lleguen los Pandesianos, la levantaremos. En vez de un hombre derribaremos un barco; en vez de unos cuantos soldados, mataremos unos cuantos cientos. Y la nave rota bloqueará los canales impidiendo que la flota entera pueda entrar.”

Todos lo analizaron en silencio claramente sorprendidos.

“Es arriesgado,” respondió finalmente Fervil analizando el posible trabajo. “El trabajo que esto requerirá y las probabilidades de éxito—”

De repente, la puerta de la habitación se abrió con brusquedad y todos voltearon a ver. Alec parpadeó y, al ver quién estaba entrando, se preguntó si estaba alucinando.

Entró la más bella mujer que jamás había visto, alta, de su edad, con cabello largo, hermosos ojos marrones y un rostro orgulloso lleno de carácter. Pero se impresionó aún más al ver a una docena de chicas siguiéndola. Las guiaba de manera orgullosa sin miedo en sus ojos, con un aire de desafío como si tuviera autoridad.

“Dierdre,” dijo Fervil con asombro en su voz claramente reconociéndola. “¿Te ha enviado tu padre?”

Entró en la habitación y lo observó con una mirada dura.

“Me envié a mí misma,” respondió.

Fervil la miró confundido.

“¿Para qué?” le preguntó. “¿Y quiénes son estas chicas contigo?”

Dierdre caminó orgullosa en la habitación como si ya perteneciera en ella, y Alec sintió que su corazón latía más rápido; era tan hermosa que era difícil pensar al estar en su presencia. Nunca había visto a nadie como ella en Soli.

“He venido a conseguir armas para todos,” respondió con confianza. “Y a darles a estas mujeres la oportunidad de trabajar en la forja. Esta también es nuestra causa.”

Algunos de los muchachos en la habitación se rieron, mientras otros se miraban con asombro. Fervil negó con la cabeza.

“Este no es un lugar para mujeres, y las mujeres no portarán armas,” respondió con autoridad. “Ni las forjarán. Tendrás un mejor propósito en la fortaleza de tu padre, ayudando a las otras mujeres a

preparar lo que sea que necesiten.”

Pero Dierdre defendió su posición oscureciendo el semblante.

“No pareces entender,” respondió con voz fría y dura. “No fue una pregunta, sino una orden.”

Todos los ojos la miraron mientras caía un silencio incómodo en la habitación, y mientras Alec la miraba, experimentó algo que nunca antes había sentido. Era más que admiración; era amor. Estaba atrapado. Esto era especialmente sorprendente para él ya que desde la muerte de sus padres no había sentido nada más que vacío y aflicción. Pero ahora, al verla, algo había cambiado dentro de él. Aquí estaba tan hermosa y valiente, tan fuerte y orgullosa, y en ella encontró un modelo de valentía en medio de la adversidad. Sintió una razón para vivir de nuevo

Alec de repente se acercó incapaz de controlarse.

“A mí no me parece que sea una idea tan mala,” dijo defendiéndola y rompiendo el tenso silencio.

Todos en la habitación lo miraron y su corazón latió con mayor rapidez al ver que Dierdre lo miraba también. Sus ojos eran fascinantes.

“Estaré encantado de ayudarte,” le dijo acercándose a ella. “Puedo enseñarte a forjar armas. ¿Y quién sabe? Tal vez hagas un mejor trabajo que este grupo.”

Él le sonrió calurosamente y esperaba que ella le sonriera también; pero no lo hizo. Podía ver mucha aflicción en sus ojos y, mientras la miraba en silencio, sintió que ella estaba perdida tras muros de tristeza. Se preguntaba qué le habría pasado.

Dierdre les hizo una señal a las muchachas y, mientras se acercaban, Alec les hizo una señal a los muchachos para que les hicieran espacio en la mesa. Alec le hizo una señal a Dierdre para que se sentara también, pero ella no lo hizo. En vez de eso, mientras todos los muchachos y los hombres volvían al trabajo a sus armas o seguían examinando la cadena de Alec, ella caminó por las mesas examinando las armas. Se detuvo frente a una espada, una de las favoritas de Alec, una espada larga y delgada con empuñadura plateada, más delgada, ligera y afilada que el resto, y la levantó. Alec pudo ver por la manera en que la examinaba que ella había crecido rodeada de armas.

“Una buena elección,” le dijo.

“¿Atravesará esto a un hombre?” le preguntó ella.

“Sí,” respondió preguntándose de dónde venía tal furia.

“¿Incluso con armadura?” presionó ella.

Él asintió.

“Eso y más,” respondió sintiendo la intensidad de su rabia. “¿A quién quieres matar?”

Ella se volteó mirándolo a los ojos con una mirada congelante y completamente seria.

“A cualquier Pandesiano que encuentre,” respondió con intensidad en su voz.

Por primera vez desde que podía recordar, Alec sonrió ampliamente sintiendo calor en su corazón otra vez.

“Creo que tú y yo,” le respondió, “tendremos mucho en común.”

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Aidan caminaba por las calles de la capital con asombro, sin importarle el ser empujado por las multitudes e impresionado el ver los edificios más altos que jamás había visto. Había visto los grandes fuertes de la fortaleza de su padre, pero no sabía que los edificios podían llegar a ser tan altos. Todo aquí era diferente y nuevo; las formas de los edificios, los ángulos de las puertas, sus ventanas, las inmensas estatuas con fuentes enfrente de ellas, y apenas podía concebirlo todo. Giraba en todas direcciones viendo todas las cosas. No recordaba nada de esto de cuando era un niño al ser todo memorias vagas. Y mientras caminaba por calles de adoquines pasando plazas y templos, con Blanco a su lado oliendo toda la comida de los vendedores, sentía como si pudiera caminar por semanas sin abarcar siquiera la mitad de esta gran ciudad.

Había vendedores en todas partes tratando de llamar su atención, tratando de que Aidan se detuviera y mirara y escuchara y tocara; la música llenaba el aire con trovadores en todas partes que competían con los gritos de los comerciantes y los ladridos de los perros. Todos tenían prisa. Había júbilo en todas partes con la felicidad de las personas liberadas. Aidan se sentía orgulloso al saber que todo esto era gracias a su padre.

Aidan buscó alguna señal de su padre o de sus soldados mientras caminaba, tratando de encontrarlo pero sin ver a nadie. Al salir de un callejón, se encontró en una inmensa intersección circular que se extendía una cien yardas con una fuente en el centro. A su alrededor había miles de personas, algunas sentadas en la orilla pero la mayoría con mucha prisa. El círculo estaba rodeado por un antiguo y alto edificio de desgastado mármol que parecía haber estado ahí desde siempre. Aidan inspeccionaba las docenas de callejones entre los edificios que daba vuelta una y otra vez.

Aidan de repente sintió pánico al darse cuenta que estaba perdido. Estos callejones podían llevar a cualquier parte. Cada plaza simplemente llevaba hacia otra plaza. No tenía idea de cómo navegar esta ciudad y mucho menos de cómo encontrar a su padre. Revisó el patio tratando de encontrar alguna señal de los hombres de su padre, pero no encontró ninguna.

Entonces escuchó un gemido y Aidan miró a Blanco que se pegaba a su pierna. Recuperado de sus heridas, Blanco claramente estaba fuera de sus terrenos y muy hambriento. Aidan también se sintió hambriento, así que sacó de su bolso las pocas monedas de oro que le quedaban y las pasó por sus dedos. Pensó que era buen momento para usarlas.

De repente sintió una fuerte mano en su muñeca y miró a un gran hombre sin rasurar, con una gran barriga, con quijada irregular y ojos que emanaban odio.

“¿Qué hace un niño como tú con todo ese oro?” le preguntó.

No esperó por una respuesta cuando ya apretaba la muñeca de Aidan con tal fuerza que Aidan pensó que se la iba a romper.

“¿Quieres dármelo y que te deje escapar con tu vida?”

Aidan se llenó de pánico mientras el hombre tomaba su bolso; miró a su alrededor y no vio a nadie que lo pudiera ayudar. Vio una pequeña daga brillante en la otra mano del hombre que apuntaba a su garganta y no supo qué hacer. Se dio cuenta de que no podía dejar que se llevara su oro. Era lo único que tenía.

Pero entonces hubo un horrible gruñido mientras Blanco saltaba y encajaba sus dientes en la muñeca del hombre que sostenía a Aidan. Blanco fue tan fuerte y rápido con sus dientes tan afilados que el hombre gritó mientras en sólo un momento su mano fue cortada.

Giró y huyó rápidamente sosteniendo su muñón mientras desaparecía en la multitud igual de rápido como había aparecido.

Aidan miró hacia Blanco que continuaba gruñendo aún furioso y, para la sorpresa de Aidan, se separó y persiguió al hombre al no haber terminado con él.

“¡Blanco!” gritó Aidan.

Pero Blanco no lo escuchó. Aidan lo persiguió quedándose sin aliento hasta que finalmente lo alcanzó a unas calles saltando sobre la espalda del hombre y encajando sus dientes en la parte posterior del cuello. El hombre cayó al piso hasta que dejó de gritar, muerto.

La mirada salvaje de Blanco se suavizó al voltearse y ver a Aidan. Aidan lo miró con un nuevo respeto mientras se agachaba y le acariciaba la cabeza.

“Gracias,” le dijo Aidan a Blanco mientras este lo lamía.

Aidan vio que algunos peatones miraron al cuerpo muerto, pero ninguno se detuvo. Aidan se imaginó que en una ciudad como esta no valía la pena detenerse por un cuerpo muerto. Pero aun así no quería meterse en problemas.

“Vámonos.”

Aidan guio a Blanco y los dos se mezclaron de nuevo con las multitudes. Blanco se adelantó y Aidan se apresuró a alcanzarlo preguntándose a dónde iba.

“¡Blanco!” gritó Aidan.

Aidan giró por una esquina preguntándose en qué clase de lío se estaba metiendo ahora su amigo, cuando de repente vio a Blanco del otro lado de la plaza metiendo su hocico en un contenedor lleno de carne. Aidan sonrió; simplemente seguía a su nariz. El vendedor no se miraba feliz.

Aidan se apresuró y le dio una moneda de oro a la mujer. Tuvo que admitir que a él también le gustaba el olor mientras le gruñía el estómago.

La vendedora tomó la moneda y la examinó escéptica en la luz mientras miraba a Aidan.

“¿Qué llevarás?” le preguntó finalmente con cortesía.

“Todo el estante,” dijo Aidan dándose cuenta de lo hambriento que debería estar Blanco.

Ella se acercó y le dio unas varas en las que estaban grandes pedazos de carne rostizada cubiertos en salsa. Aidan le dio una a Blanco primero y Blanco se la arrebató de las manos, comiéndose la carne un pedazo tras otro. La vendedora le pasó vara tras vara hasta que finalmente el estante estuvo vacío. Aidan no podía creer todo lo que Blanco podía comer. Guardó la última vara para él mismo y saboreó cada bocado de la carne mientras la salsa le caía en la barbilla.

“¿Algo para pasarlo?” le preguntó la mujer.

Entonces ella le pasó un tazón con agua y él se lo dio a Blanco; después le pasó un pequeño saco con líquidos.

Aidan empezó a tomar rápidamente esperando que fuera agua pero tosió al darse cuenta de que era algo distinto. Sintió un mareo en su cabeza y se dio cuenta que era vino.

“¿Qué es esto?” le preguntó sorprendido.

La mujer sonrió faltándole un diente.

“Algo un poco más fuerte,” le respondió. “Ya es hora de que te vuelvas hombre. Bienvenido a la capital.”

El vino se le subió a la cabeza y a Aidan no le gustó el sentimiento. Estaba desorientado.

“¿Has visto a los hombres de Volis?” le preguntó deseoso de saberlo.

“¿Te refieres a esos nuevos soldados?” preguntó ella. “¿Los que liberaron a la capital?”

Él asintió.

“¿Para qué quieres verlos?” le preguntó.

“Son los hombres de mi padre,” dijo con orgullo.

Ella lo miró por un largo rato como si sospechara que mentía.

“Revisa en la Plaza del Sur,” dijo ella. “Los soldados generalmente están ahí.”

Ella le señaló un callejón y Aidan continuó siguiendo sus direcciones.

Aidan siguió por una serie de interminables callejones que salían hacia otra plaza y después tomó una calle lateral con Blanco siempre a su lado. Llegó a una serie de edificios altos y delgados y la ciudad volvió a extenderse.

Mientras Aidan entraba en esta nueva plaza, se sintió pequeño al ver los enormes edificaciones de cientos de pies de altura. Un edificio, con puertas doradas cónicas, parecía un templo, mientras que otro tenía altas columnas pareciendo ser una biblioteca. Varios de estos edificios tenían cúpulas doradas que brillaban con el sol y todo aquí parecía tener siglos de antigüedad.

Aidan pasó por la nueva plaza buscando por cualquier indicación que lo guiara hacia la Plaza del Sur.

“¿Sabes cómo llegar a la Plaza del Sur?” le preguntó Aidan a un peatón que parecía estar menos apurado que los demás. Pero el hombre simplemente negó con la cabeza y se fue.

Aidan giró en todas direcciones viendo un sinfín de callejones y plazas, y se sintió perdido y abrumado.

De repente escuchó una voz.

“¡Ayuda, por favor!”

Observó y miró a una chica que parecía de su misma edad sentada en la calle, con las piernas cruzadas y una mirada desamparada en su rostro. Se miraba descuidada y cubierta en tierra, pareciendo como que no había comido en meses y con moscas volando sobre su cabeza que ella no se molestaba en alejar.

“Necesito algo para comer,” añadió con voz áspera. “Lo que sea.”

El corazón de Aidan se rompió al verla. Examinó su bolso viendo las monedas y dudó por un momento, sabiendo que era todo lo que le quedaba en el mundo. Pero sintiendo una oleada de compasión por ella y sabiendo que era lo correcto, se acercó y puso todo el bolso en su mano.

Ella lo miró y sus ojos se llenaron de asombro lentamente. Entonces se le llenaron de lágrimas mientras se ponía de pie.

“¿Cuál es tu nombre?” preguntó ella.

“Aidan.”

“Yo soy Cassandra,” respondió. “Y nunca olvidaré esto.”

Ella se acercó y lo abrazó, y entonces desapareció en uno de los callejones.

Aidan se quedó ahí sin dinero pero sintiéndose bien al saber que había hecho lo correcto. Aunque temía por su futuro, no se arrepentía de haberlo hecho.

De repente hubo música que venía del otro lado de la plaza y Aidan se sorprendió al ver una gran plataforma que pasaba rodando con malabaristas y músicos encima, y se emocionó al ver a algunos de los actores con los que había viajado a la ciudad. En el centro del escenario estaba Motley.

“¡Damas y caballeros de Andros!” resonó mientras la gente se acercaba. “¡Les presento una historia incomparable!”

Aidan quería encontrar a su padre con desesperación, pero al ver que la noche estaba a punto de

caer sabía que su búsqueda sería inútil en la oscuridad. Y al sentir el cansancio por un largo día de búsqueda, sabía que necesitaba un descanso. Así que se dirigió hacia el escenario con la multitud y se preparó para el espectáculo. Después de todo sabía que sus nuevos amigos conocerían la ciudad, y si alguien podía ayudarlo a encontrar la Plaza del Sur y a su padre, esos eran ellos.



# CAPÍTULO VEINTIDOS

Merk estaba en la cima de la Torre de Ur, observando el amanecer que se desplegaba por el mundo, mirando al cielo infinito y al océano y sentía como si volviera a nacer junto con el mundo. La vista era espectacular. Desde ahí arriba podía verlo todo: el romper de las olas del Mar de los Lamentos en todas direcciones, la península estéril y azotada por el viento de Ur y las cimas de los árboles del gran bosque. Más allá podía ver todo Escalon. El cielo cambió de color mientras los rayos del sol empezaron a inundar la tierra, con las ráfagas de viento provenientes del océano casi tan fuertes como para hacerlo caer de la torre. Se agarró del bajo muro de piedra estabilizándose y miró sobre la orilla. Su corazón se aceleró al ver el suelo a cientos de pies abajo.

Merk pensó en lo afortunado que era al seguir con vida, al despertar una vez más, y se sintió como un hombre nuevo. Su vida había sido preservada la noche anterior gracias a Kyle y esto lo afectó profundamente. Nunca había estado tan cerca de la muerte y nunca nadie antes le había salvado la vida. Fue casi como una experiencia religiosa y sintió cómo algo cambiaba dentro de él. Empezaba a sentir algo muy profundo moverse en su interior.

El sonido de los martillos llenaba el aire, y mientras Merk terminaba su descanso y se dirigía a su propio martillo, clavando las estacas de hierro profundamente en la piedra encima de la torre, se volteó buscando a Kyle. Lo encontró del otro lado del techo martillando junto con los otros, probando una y otra vez una cuerda mientras la tiraba por la orilla. Merk no pudo reconocer a las docenas de Observadores que estaban aquí con los hombres, guerreros que habían salido de algún lugar en la torre, de diferentes pisos, hombres con rostros endurecidos que no pudo reconocer. Parecía que todos los hombres en la torre estaban en movimiento después de la confrontación de la última noche, todos preparándose para la guerra.

Merk terminó de clavar su estaca y entonces arrojó la cuerda por la orilla para probarla. Se desenrolló todo el camino hasta que llegó al fondo, y entonces la enrolló otra vez subiéndola lentamente mientras sus manos le ardían.

Satisfecho, Merk preparó su martillo en la siguiente cuerda y, al hacerlo, se acercó a Kyle queriendo agradecerle.

“Aun no entiendo por qué hacemos esto,” le dijo Merk a Kyle mientras este clavaba otra estaca.

Kyle no lo miró y se mantuvo enfocado en su trabajo.

“Estas cuerdas nos ayudarán a defendernos de un ataque,” explicó. “Nos dan otra opción de defensa y ofensa. Pero más importante, también pueden ser una fuente de escape.”

“¿Escape?” preguntó Merk sorprendido. “¿Aquí no peleamos hasta la muerte?”

“No para nosotros,” explicó Kyle. “Sino para la Espada.”

Merk pensó en ello.

“¿Entonces se encuentra aquí?” preguntó curioso.

Kyle lo miró y después retiró la mirada.

“Ya sea que lo esté o no, debemos pensar en todas las posibilidades,” respondió, “por arriba y por abajo.”

Merk meditó.

“¿Entonces hay túneles debajo de la torre?”

Kyle continuó martillando sin verlo a los ojos.

“Nuestra torre es misteriosa,” respondió finalmente, “incluso para los que han servido aquí por

siglos. No todo se les revela a todos en todo momento. Cada uno tenemos algo de información sobre este lugar, diferentes papeles que cumplir. Algunos conocen el techo y otros los túneles. Algunos cuidan la Espada, si está aquí, y otros las ventanas.”

Merk analizó a Kyle mientras martillaba a su lado y pensaba. ¿Había vivido este muchacho por siglos?

Un silencio cayó sobre ellos mientras los Observadores se enfocaban en su trabajo, con muchos de ellos dándole a Merk una nueva mirada de respeto. Pero podía sentir que algunos parecían celosos, o tal vez avergonzados al haber sido Merk el que había descubierto a los troles cuando ellos se habían retirado.

“No había tenido oportunidad de agradecerte,” le dijo Merk finalmente a Kyle.

“¿Por qué?” respondió aún sin mirarlo y enfocado en su martillo.

“Por salvarme anoche.”

“Yo no te salvé. Cumplí con mi deber.”

“Pero me salvaste en el proceso,” Merk insistió.

Kyle se encogió de hombros.

“Esa no fue mi intención,” respondió simplemente.

Merk se sintió herido por eso.

“¿Estás diciendo que no te hubiera importado si moría?” lo presionó Merk. Por alguna razón esto era importante para él. Nunca nadie se había interesado tanto como para salvarle la vida, y quería saber si eso era realmente lo que había pasado.

Kyle guardó silencio por un largo rato mientras examinaba la cuerda, jalándola y torciéndola.

“He visto a muchos hombres venir e irse,” dijo Kyle finalmente. “He visto a muchos morir. Esa es la naturaleza del hombre, ¿no es cierto?”

Merk trató de entender.

“¿Y cuál es la naturaleza de tu raza?” Merk añadió. “¿Ustedes no mueren?”

Kyle se encogió de hombros.

“Ustedes tienen mortalidad,” respondió. “Nosotros nuestra vulnerabilidades.”

“¿Cómo qué?” Merk preguntó.

Kyle guardó silencio y continuó martillando, y mientras se alejaba para trabajar solo, Merk se sintió lastimado por él. Había esperado que llegaran a ser amigos, pero Kyle parecía extrañamente distante. Le molestaba a Merk particularmente porque toda su vida había estado solo y nunca se le había acercado a nadie para ser su amigo. Sopló una ráfaga de viento y la torre de repente se sintió más fría y sola.

“Pensaste que eras especial, ¿no?” dijo una voz áspera.

Merk se volteó y miró a uno de los Observadores, Pult, un hombre robusto y sin afeitar, con una gran mandíbula cuadrada y ojos oscuros que lo observaban; un rostro lleno de hostilidad.

“¿Porque descubriste a los troles anoche?” añadió el hombre. “¿Y porque nosotros no?”

Merk no estaba buscando una pelea, no entre sus nuevos amigos, pero también sabía que había patanes en todas partes y que no podía arriesgarse a mostrar debilidad en su primer encuentro. La debilidad le daba valor a los abusos, y pudo sentir que este hombre era territorial y que lo odiaba sin ninguna razón. Había vivido alrededor de odio por bastante tiempo como para reconocerlo cuando se presentaba.

“Tú lo dijiste,” Merk respondió sin retroceder y sin querer conceder ante este hombre. “No yo.”

El hombre enojóse claramente no esperando esta respuesta.

“Déjame decirte algo, extraño,” dijo el hombre acercándose. “He visto a muchos vagos como tú venir a esta torre. Y he visto a los mismos irse. He visto a muchos desaparecer de manera misteriosa.” Le sonrió acercándose ahora a unos cuantos pies de distancia. “Hay muchas maneras de salir herido en este lugar.”

Merk sonrió y, decidido a no mostrar miedo, le dio la espalda al hombre. Se agachó sobre el muro de la torre y probó su cuerda.

“Y yo he visto a fanfarrones toda mi vida,” dijo Merk de espaldas a él. “Les gusta hablar. Me aburren. *Yo* prefiero actuar. Si tienes algo que decir, saca una daga. Si no, no eres más que palabras.”

Merk de repente sintió una patada en su espalda y un momento después sintió como resbalaba por un costado de la torre. Estaba sorprendido; no esperaba que este hombre lo atacara aquí a plena luz del día y a la vista de todos.

Segundos después Merk estaba cayendo por la orilla de la torre pero alcanzando a tomar la cuerda con ambas manos, balanceándose a unos cuantos pies de la cima. Golpeó contra la piedra mientras se balanceaba y su corazón se aceleró al ver cómo una ráfaga de viento lo movía de un lado a otro. Miró hacia abajo y vio una caída de cientos de pies de altura por la que podría morir.

Merk trató de subir por la cuerda cuando de repente una mano lo alcanzó, una mano joven y suave, que lo subió en un solo movimiento con sorprendente fuerza.

Merk cayó de nuevo sobre el techo, con las manos y rodillas sobre la piedra y agitado. Furioso, trató de encontrar al patán pero sin poder verlo. El resto de los hombres mantuvieron la vista en su trabajo al no querer verse envueltos o al no importarles si Merk sobrevivía.

Sólo Kyle estaba parado a su lado y lo miraba.

“El salvarte se está convirtiendo en un trabajo de tiempo completo,” dijo sacudiendo la cabeza y volviendo a su trabajo.

Merk, aún aturdido, se sintió agradecido mientras se ponía de pie lentamente.

“¿Por qué?” le preguntó Merk acercándose. “Si no te importa, ¿por qué te molestaste en salvarme?”

Kyle sonrió manteniendo la vista en su martillo.

“Me gusta no ser el único foráneo aquí,” respondió finalmente. Entonces Kyle lo miró: “Y tengo que admitir, las cosas son un poco más interesantes con tu presencia.”

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

Anvin cabalgaba hacia el sur por las planicies calientes y estériles de Thebus, con el aire sofocante con cada paso que daban hacia el sol y con Durge y sus docenas de hombres detrás de ellos mientras se dirigían hacia la Puerta del Sur. Cabalgaban con el estruendo de los caballos llenando el aire. El corazón de Anvin se aceleraba; las siguientes horas determinarían su destino y el destino de Escalon. Nunca había cabalgado hasta la puerta y, mientras avanzaban, el terreno se hacía angosto convirtiéndose en una franja de desierto rodeada en ambos lados por los dos mares. En ambos lados el agua salpicaba y el brillo era cegador mientras el calor subía del suelo sin que llegara ninguna brisa. La franja de tierra era todo lo que separaba a los dos mares, a la tierra de Escalon y de Pandesia, y Anvin sabía que quien fuera que la controlara manejaría el acceso a Escalon.

Durge cabalgó poniéndose a su lado y Anvin lo miró descubriendo una sonrisa maniática, como si se preparara para derramar sangre. Durge parecía haber nacido para un día como este.

“¿Crees que fue sabio el sólo traer a dos docenas de tus hombres?” le preguntó Anvin recordando a los cientos de hombres de Thebus que se habían quedado en el fuerte.

Durge, cubierto de polvo, miraba directamente hacia adelante estudiando el horizonte con mirada asesina.

“Tomar la Puerta del Sur no es difícil,” le respondió defensivamente. “El mantenerla lo es. Los Pandesianos lo saben y es por eso que sólo dejan a unas cuantas docenas para protegerla. No esperan un ataque desde el norte. Después de todo, ¿quién sería tan estúpido?”

Anvin estudió la puerta mientras se acercaban.

“Lo que importa es mantenerla,” continuó Durge, “y para eso no necesitamos a unos cuantos cientos sino a unos cuantos miles. Necesitamos a los hombres de Duncan y a los refuerzos que juraste venderán.”

Anvin lo entendió.

“Vendrán,” le aseguró. “Duncan nunca rompe un juramento.”

Mientras se acercaban a la puerta a media milla de distancia, Anvin pensaba en algo.

“Dime,” dijo Anvin. “Cuando Tarnis entregó la Puerta del Sur y la abrió para nuestros enemigos, ¿por qué le obedeciste?”

El rostro de Durge se enrojeció con furia al continuar cabalgando, cerrando la mandíbula y claramente recordando malas memorias.

“Cuando tu Rey ordena,” respondió, “tu obedeces. Eso es lo que hace un soldado leal.”

“¿Y ahora?” preguntó Anvin.

Cablgaron en silencio hasta que finalmente Durge habló.

“No cometeré el mismo error dos veces,” respondió. “Si tengo que volver a elegir entre mi Rey y mi honor, serviré a mi honor primero.”

Avanzaron con el ajetreo de los caballos sobre las llanuras entrando en la larga y estrecha franja de tierra que cruzaba el canal y dejando a su paso una nube de polvo. El corazón de Anvin se apresuró al acercarse a lo que sólo podía ser la Puerta del Sur. Se miraba brillante y llenaba todo el cielo, con un masivo arco dorado de cientos de pies de altura, la puerta más grande que jamás había visto. Tenía inmensos picos de hierro en el portón que estaba levantado manteniendo la puerta abierta y permitiendo el paso a Escalon a toda Pandesia. Anvin pronto cambiaría esto o moriría en el intento. Anvin sabía que quien controlara la puerta podría mantener al mundo alejado y podría

proteger a Escalon de cualquier invasión. Era un cuello de botella natural y miles de hombres de Escalon correctamente posicionados podrían detener a millones.

Para el desagrado de Anvin, en la cima de la puerta pudo ver una bandera Pandesiana, el desagradable amarillo y azul ondeando en el viento y, en la base, detectó a una docena de soldados Pandesianos que hacían guardia sin mucha preocupación y dándoles la espalda mirando hacia el sur. Por supuesto, ni siquiera se molestaban en mirar hacia Escalon. De ninguna manera podrían estar esperando un ataque.

“¡El pero trabajo para un Pandesiano!” Durge le dijo a Anvin. “Estar posicionado en la puerta. Se queman en el sol todo el día y no tienen nada de acción.”

“No hasta ahora,” Anvin lo corrigió.

Durge sacó su espada.

“No hasta ahora,” le hizo eco.

Anvin bajó la cabeza y pateó a su caballo mientras se apresuraban por la península, un grupo de guerreros avanzando juntos por su destino. Anvin avanzaba junto a Thebus, guiando a sus hombres por el estrecho de tierra estéril y abatida por el sol y con el sudor lastimándole los ojos. La luz era cegadora y se reflejaba en todas partes, con el agua rodeándolos por ambas partes y con la Puerta del Sur a unas cien yardas brillando mucho más que los dos mares juntos.

Anvin sintió su corazón acelerándose mientras se acercaba sabiendo que estos siguientes momentos lo definirían todo y serían la suma de todo por lo que había peleado como guerrero. Si tomaban la puerta lograrían, por primera vez desde hace muchos años, cerrar a Escalon del mundo exterior y de una invasión, sellándolo como el último paso hacia la libertad. Pero si fallaban, toda Pandesia caería sobre ellos con el peso de un océano y todos serían asesinados.

Anvin pensó en Duncan confiando en él y tomó su espada sabiendo que no podía decepcionar a su viejo amigo.

“¡Apunten primero a los que tienen los cuernos!” gritó Durge.

Anvin lo miró confundido.

“¿Ves los barcos?” Dijo Durge apuntando hacia el mar.

Anvin observó y vio en el horizonte a cientos de barcos negros que ondeaban las banderas amarillo y azul de Pandesia.

“Es por eso que hay tan pocos hombres en la puerta,” añadió. “Sólo necesitan tocar los cuernos y todas esas naves vendrán al rescate. ¡No deben sonar esos cuernos!”

Anvin miró hacia arriba y vio en unas plataformas elevándose a unos veinte pies de altura junto a la puerta a dos soldados, uno de cada lado y ambos sosteniendo cuernos de varios pies de largo. Miraban al sur y les daban la espalda.

“Yo me encargaré del de la derecha,” dijo Anvin tomando su lanza. Galopó más rápido rogando que pudiera acercarse lo suficiente antes de que su objetivo se diera la vuelta.

“Y el otro es mío,” respondió Durge.

“Y tú atacarás al de la palanca,” le ordenó Durge a uno de sus hombres apuntando con su espada.

Anvin siguió su mirada y vio a un hombre de pie junto a una gran palanca, con sus manos listas pero también dándoles la espalda.

“Si esa puerta se cierra antes de que podamos alcanzarla,” añadió Durge, “estaremos acabados.”

Se abalanzaron con el retumbar de los caballos a cincuenta yardas, después cuarenta, después treinta, y la garganta de Anvin se volvió tan seca que apenas si podía respirar. Miró al que tenía el

cuerno en la derecha contando los pasos y hasta que estuvo lo suficientemente cerca. Sabía que tenía que ser un lanzamiento perfecto o si no lo arriesgaría todo.

Ya estaba a unas cuantas yardas de poder lanzar cuando uno de los Pandesianos los escuchó y se volteó. Sus ojos se abrieron en pánico. Empujó a los soldados a su lado y todos voltearon juntos.

“¡AHORA!” gritó Durge.

Anvin sabía que necesitaba unas yardas más para que su disparo fuera certero; pero no tenía elección. Respiró profundamente estabilizando sus hombros tanto como pudo y dejó que la pesada lanza volara mientras él oraba.

Anvin sostuvo la respiración y vio su lanza en el aire; sus palmas le sudaban al momento de lanzar y no sabía si acertaría. Al mismo tiempo vio cómo volaba la espada de Durge dirigiéndose hacia su objetivo.

El que tenía el cuerno en la izquierda, el objetivo de Durge, se volteó poniendo el cuerno en su boca y, al hacerlo, la espada de Durge se le encajó en el pecho. Soltó el cuerno y cayó de la plataforma, muerto.

Al mismo tiempo, el del cuerno del lado de Anvin se dio la vuelta justo antes de que la lanza lo atravesara. Anvin se horrorizó al ver que esa afortunada vuelta lo había salvado, viendo que su lanza apenas si le rozaba el brazo y le hacía perder el equilibrio.

Anvin se consoló al ver que al menos el del cuerno gritaba y caía de la plataforma. Pero a pesar de la fuerte caída que lo debió haber matado, este no murió. Se arrastró en el piso aún con vida y dirigiéndose hacia el cuerno que había caído a unos pies de distancia.

Anvin se llenó de pánico sabiendo que no tenía tiempo. Aún estaba a diez yardas de distancia cuando el hombre tomó el cuerno. Lo puso en su boca con manos temblorosas, respiró profundo y, llenando de aire sus mejillas, estaba a punto de soplar.

Anvin dejó que sus instintos tomaran el control. Saltó del caballo cuando aún iba a toda velocidad, sacó su espada, y cortó al del cuerno. Sintió que su espada atravesaba piel y volteó para ver que el hombre se desplomaba decapitado, con el cuerno aún en su boca y con sus mejillas llenas de aire, pero afortunadamente en silencio.

Anvin cayó en el suelo rodando y se puso de pie sin detenerse. Se abalanzó sobre el otro soldado que sostenía la palanca sabiendo que no había mucho tiempo y, mientras corría, vio que el hombre de la palanca en el otro lado ya estaba muerto en el piso sobre un lago de sangre y una lanza en su espalda.

Anvin tacleó al soldado justo antes de que este empezara a girar la palanca para cerrar el gigantesco portón. Cayó encima de él y trató de asfixiarlo, pero tan pronto como lo hizo sintió una patada en la espalda de otro soldado Pandesiano seguido por otro soldado que lo golpeó con un mazo. Se dio la vuelta y vio a un tercer Pandesiano acercándose con una espada y sin darle tiempo de que se recuperara. Se dio cuenta que había quedado muy vulnerable al haberse alejado tanto del grupo.

Mientras se preparaba para el impacto, sus hombres llegaron galopando y Anvin observó con alivio como uno de ellos decapitaba al soldado encima de él y salvándolo. Otro mató al Pandesiano que estaba a su lado encajándole una lanza en el pecho. Anvin miró a otro Pandesiano correr hacia la palanca y vio un hacha que giraba dirigiéndose a él y encajándosele en la espalda.

Durge y sus hombres tomaron la puerta galopando en sus caballos, cortando y matando a Pandesianos en ambos lados y sin darles tiempo de defenderse. Pasaron como una tormenta de arena

y los masacraron en un instante. Algunos Pandesianos tuvieron tiempo para tomar sus espadas y escudos, pero apenas si estaban levantándolas cuando ya eran derribados. Y con los hombres de los cuernos muertos y las palancas fuera de su alcance, no podían hacer mucho para alertar a los demás. Rápidamente fueron rodeados y muertos.

Pronto, los soldados Pandesianos cayeron a montones reducidos a silencio y manchando la arena de sangre.

“¡Se está escapando!” gritó uno.

Anvin se volteó y vio que un Pandesiano había escapado. El soldado subió a su caballo y empezó a cabalgar a toda velocidad hacia el sur hacia Pandesia. Anvin sabía que si se escapaba todo estaría perdido.

Anvin no dudó. Sin pensarlo, subió a su caballo y fue tras él. Lo persiguió cabalgando más rápido que nunca, con el aire cortándole los pulmones y apenas pudiendo respirar. Cabalgaron los dos solos viendo el terreno cambiar mientras más se alejaban de la puerta, lejos de la península y entrando en territorio de Pandesia mientras el suelo se volvía roca sólida. Las pezuñas de los caballos resonaban y Anvin se dio cuenta de que cabalgaban en los Campos de Minerales. Este tramo de piedra negra no era terreno para cabalgar.

El caballo de Anvin se resbalaba en la piedra lisa y pronto se tropezó y cayó mientras sucedía lo mismo con el del Pandesiano. Cayó en el duro suelo bruscamente y sintió dolor en todas partes de su cuerpo. Su único consuelo fue que el Pandesiano estaba en la misma posición que él.

Anvin rodó y juntó toda su fuerza para ponerse de pie. El Pandesiano fue más lento para levantarse y Anvin, obligándose a hacerlo, avanzó hacia el hombre que estaba a unas veinte yardas de distancia bajo el calor abrasador del sol. El Pandesiano tropezó y pudo acortar distancia.

Anvin estaba a unas cuantas yardas y preparándose para taclear al soldado cuando de repente le soldado hizo algo que Anvin no se esperaba: se dio la vuelta, sacó una pequeña lanza escondida y se la arrojó.

Los reflejos de Anvin reaccionaron de último segundo y la esquivó mientras esta le rozaba el hombro.

El soldado, con miedo en sus ojos y ahora sin armas, se volteó para correr. Anvin, sabiendo que una persecución resbalosa en la roca lisa podría terminar muy mal para los dos, sacó su espada, se paró firmemente y la lanzó.

Miró la hoja girar en el aire hasta que finalmente halló un lugar en la espalda del soldado. Este gimió y cayó de frente a la roca, muerto.

Anvin se acercó respirando agitadamente, se paró sobre el soldado y tomó su espada. Después se volteó y miró hacia la brillante puerta en la distancia. Miró a sus hombres victoriosos con la puerta bajo su control. Era lo más bello que había visto en su vida.

Todos vitoreaban en la distancia y Anvin sabía que lo habían logrado.

La puerta era suya.

# CAPITULO VEINTICUATRO

Kyra estaba en el claro del bosque respirando agitadamente y abrumada por la frustración. Sus manos estaban en carne viva y su carcaj vació al haber disparado a todos sus objetivos. No había acertado a ninguno.

Kyra se sentía como una fracasada. No podía entender cómo había fallado cada uno de los disparos después de no haber fallado una sola vez desde hace años. Cada vez que disparaba, el árbol de alguna manera se movía. Aquí los delgados árboles estaban muy vivos y esquivaban sus flechas; ni siquiera podía darle a una hoja. Sus flechas volaban sin acertar a nada y caían en el suelo del bosque mientras Alva había estado observándola toda la mañana en silencio y sin expresión alguna. El fracasar delante de él incrementaba su vergüenza. Él nunca mostraba desaprobación no trataba de corregirla; de hecho, nunca decía nada. Simplemente observaba poniéndola más nerviosa. Nunca tenía idea de lo que estaba pensando. ¿Era así como se entrenaba a alguien?

Se detuvo meditando y volvió a pensar en su encuentro con el Salic. Había estado segura de que la mataría al verlo saltar; pero había desaparecido tan pronto como sus garras la tocaron. De alguna manera, esto era más desconcertante para Kyra que cualquier otra cosa. No entendía este lugar y no entendía a Alva. Simplemente quería entrenar en algún lugar con verdaderos guerreros, verdaderos oponentes y verdaderos maestros.

“No lo entiendo,” dijo ella finalmente exasperada. “¿Por qué estoy fallando? ¿Por qué no me estás corrigiendo?”

Alva la miró de forma calmada mientras estaba sentado en el piso del bosque en el claro.

“Nadie puede corregirte,” le respondió. “Y mucho menos yo. Debes encontrar tu propio camino.”

Ella negó con la cabeza.

“¿Cómo puedo hacerlo? No sé por qué estoy fallando. Esos debieron ser disparos sencillos. No entiendo este lugar.”

Hubo un largo silencio interrumpido sólo por el viento que pasaba por los árboles y por las olas distantes que se rompían en un lugar distante. Finalmente respiró con profundidad.

“Este lugar eres *tú*,” dijo él. “Todo lo que vez no es más que un reflejo de tu interior. Un objetivo difícil de alcanzar; un oponente muy rápido.”

Kyra frunció el ceño teniendo problemas para entender.

“No comprendo,” respondió. “Siento como si hubiera llegado siendo un guerrero pero ahora no soy nada. Ya no sé nada.”

Él sonrió por primera vez.

“Bien,” respondió para su sorpresa. “Muy bien. Estás empezando a aprender.”

Ella frunció el ceño.

“¿Empezando a aprender?” repitió ella. “No sé lo que estoy haciendo. Pensé que tú me mostrarías nuevas armas; alabardas y lanzas y hachas y espadas y escudos mágicos. Pensé que aprendería y haría las cosas que hacen los guerreros en entrenamiento avanzado. Pero parece que he pasado semanas aquí sin hacer nada de eso. He perseguido objetivos en movimiento; he subido y bajado colinas; he visto árboles moverse con el viento; he seguido una fila de hormigas. ¿Qué clase de entrenamiento es este? Ni siquiera creo que tú seas mi tío.”

Añadió énfasis en sus palabras finales tratando de ocasionar una reacción en él, pero Alva simplemente la miraba con tranquilidad.



“¿No lo crees?” preguntó él.

“No me has dicho nada acerca de mi madre,” añadió. “O sobre mí. Pensé que vendría a encontrar respuestas. Pero en vez de eso tengo más preguntas. Estoy perdiendo el tiempo,” terminó incapaz de soportarlo más. “Debo irme. Debo regresar con mi padre. Él está en guerra y me necesita. Fue un error el venir aquí.”

Kyra se levantó respirando agitadamente, enojada consigo misma y en su límite.

Pero Alva se mantenía sentado y sin mostrar ninguna expresión. Kyra sentía que estaba a punto de quebrarse y echarse a llorar, pero nada de esto parecía afectarlo.

“La única guerra que existe está en tu interior,” dijo él finalmente con calma. “Es una guerra mucho más interesante y mucho más poderosa. ¿Te has preguntado por qué no puedes invocar a tu dragón?”

Kyra parpadeó confundida. Era una pregunta con la que había estado batallando.

“Yo...no lo sé,” admitió sintiéndose aplastada. Empezaba a preguntarse si alguna vez había sido capaz de invocarlo, si alguna vez había tenido poderes verdaderos o si todo era un sueño.

“No puedes invocarlo,” respondió, “porque estás muy ocupada pensando, planeando, entrenando. Todavía piensas que puedes controlar el mundo a tu alrededor; y ese es tu mayor error. No puedes controlar nada. Ni los bosques a tu alrededor ni el universo y ni siquiera tus propias habilidades. Tan pronto como te des cuenta de eso y tan pronto como trates de controlar, permitirás que se despliegue el poder. No puedes estar unificada cuando estás en oposición; y cuando tratas de controlar estás en oposición.”

Kyra cerró los ojos tratando de entender el significado de sus palabras. Ella entendía lo que estaba diciendo a nivel intelectual, pero aún no podía entenderlo visceralmente.

“Mírame a mí, por ejemplo,” dijo sorprendiéndola mientras saltaba y se dirigía hacia ella. “Sostienes un muy buen bastón, un bastón al que amas, uno que puede matar muchos guerreros. Y yo aquí tengo,” dijo levantando una vara del suelo, “una vara delgada.”

Se detuvo a unos diez pies de distancia en el claro y sostuvo la vara en su espalda con una mano.

“Yo soy un niño pequeño,” continuó, “con una enfermedad de envejecimiento. Un niño inofensivo con una pequeña vara. Tú, Kyra, eres una gran guerrera, más poderosa que cualquier hombre con el que me he encontrado y tienes una buena arma. Deberías ser capaz de vencerme fácilmente, ¿verdad?”

Ella lo miraba confundida y horrorizada ante la idea de pelear con él.

“Yo nunca te haría daño,” dijo ella. “Eres mi maestro. Incluso si no entiendo qué es lo que me estás enseñando.”

Él negó con la cabeza.

“Tú *debes* pelear conmigo,” respondió. “Porque miras con tus ojos pero no con tu corazón. Escuchas con tus oídos pero no con tu mente. Aún piensas que lo que ves es real. Aún no le has quitado el gran velo al universo.”

Él suspiró.

“Hasta que lo remuevas, nunca podrás ver ni entender que todo lo que hay en el mundo es una ilusión.”

Kyra pensó en sus palabras mientras él la miraba tranquilamente.

“Atácame,” le ordenó finalmente.

Ella negó con la cabeza, horrorizada.

“No lo haré,” respondió ella.

“Te lo ordeno,” dijo el firmemente, con una voz oscura y ancestral que inspiraba miedo.

Kyra sintió que no debía desobedecerle. Caminó lentamente hacia él con un nudo en el estómago, se acercó y con incertidumbre lanzó un golpe con el bastón hacia su hombro.

Para su sorpresa, Alva giró su vara deteniendo el bastón y derribándolo de sus manos. Ella lo miró perpleja; nunca un enemigo había logrado quitarle su bastón.

“Dije que me *ataques*,” le ordenó.

Kyra volvió a tomar el bastón y se le enfrentó de nuevo con manos temblorosas, insegura de qué hacer. Se acercó y lo atacó otra vez un poco más fuerte.

Pero mientras lo hacía, él se dio la vuelta, lo derribó de su mano otra vez, se hizo hacia atrás y la pateó en el pecho.

Para sorpresa de ella, su patada la mandó a volar a través del claro haciéndola que cayera sobre el suelo del bosque y perdiendo el aliento.

Se sentó observando al muchacho en asombro. Él estaba de pie y sonreía, pareciendo como si no se hubiera movido y, por primera vez, ella sintió miedo. Se dio cuenta de que lo había subestimado bastante y se preguntaba quién era. Finalmente empezaba a entender que nada era lo que parecía.

“Los más grandes guerreros no muestran su mano en la batalla,” dijo él. “Engañan. Proyectan debilidad e inexperiencia. Desarman a los enemigos que los juzgan por la apariencia. Ahora, atácame.”

Esta vez Kyra, furiosa y aún adolorida por el golpe, corrió a tomar su bastón y se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas sin contenerse.

Ella golpeó y, para su sorpresa, falló golpeando el aire y tropezando. Al mismo tiempo sintió un golpe en su espalda, y se volteó enrojecida para ver que Alva estaba parado detrás de ella con su vara en la mano. Ella enfureció con la espalda doliéndole por el golpe.

“Bien,” dijo él, “ya no eres condescendiente. Ahora veamos lo que puedes hacer.”

Kyra dejó salir un grito de frustración, levantó el bastón con ambas manos e intentó golpearlo. Él levantó su vara y lo bloqueó con facilidad. Ella golpeaba a diestra y siniestra empujándolo a través del claro con una ráfaga de golpes; golpes lo suficientemente fuertes para acabar con una docena de guerreros.

Pero él simplemente levantaba su delgada vara y los bloqueaba, desviando sus golpes como si tuviera un escudo de acero.

Cuando pensó que empezaba a ganar ventaja al llevarlo hasta la orilla del claro, él golpeó hacia arriba impactando su bastón por la parte inferior y mandándolo a volar fuera de sus manos. Entonces se acercó y la golpeó en el plexo solar y ella cayó de rodillas indefensa ante él con su bastón a un lado.

Se arrodilló sintiendo ganas de llorar y sintiéndose más pequeña que lo que nunca se había sentido. Estaba indefensa, avergonzada, y sentía como si no tuviera ninguna clase de habilidades. ¿Habían sido sus habilidades una ilusión? ¿Alguna vez había sido ágil?

Ella lentamente lo miró llena de vergüenza pero también sorprendida por sus poderes. Claramente él no era un simple humano.

“¿Quién eres?” preguntó ella.

“La pregunta no es quién soy yo,” respondió. “¿Quién eres *tú*? Eso es lo que no puedes captar.”

“¿Entonces quién soy yo?” preguntó ella. “Lo sabes. Dímelo.”

Él la miró por un largo tiempo sin expresión alguna.

“Tú eres más que una simple chica, Kyra,” respondió él finalmente. “Y es por eso que tú, tú sola, debes responder esa pregunta.”

\*

Kyra caminó más y más profundamente por el bosque como ya lo había hecho por horas, completamente sola y habiendo dejado a Leo y Andor atrás al necesitar tiempo a solas. Aún afectada por su encuentro con Alva, aun tratando de entender todo lo que había dicho, se introdujo más profundamente en el misterioso bosque de Ur, pasando árboles verdes brillantes que se balanceaban con el viento y con largas hojas que cambiaban de forma constantemente

Analizaba su encuentro con Alva en su cabeza una y otra vez. ¿Cómo pudo derrotarla tan fácilmente? ¿Cómo pudo ser ella tan ineficaz? ¿Qué quería decir cuando dijo que las repuestas estaban dentro de ella? ¿Qué era el velo del universo?

El entrenamiento era mucho más duro de lo que se había imaginado, no sólo físicamente, sino también mental y espiritualmente. Habría sido más fácil si tuviera armas y objetivos y oponentes tradicionales. Pero este entrenamiento de la mente la estaba derribando, llevándola más allá de lo que se había imaginado. Tenía miedo de no poder lograr lo que su tío quería de ella. ¿Significaba esto que había fracasado?

Cerró los ojos al avanzar tratando de invocar las partes más profundas de ella misma, de activar esa energía que alguna vez había tenido.

Pero no pudo lograrlo. Ahora ella no era nadie. Nada.

Tantas personas en su vida habían tenido fe en ella. ¿Es que no lo merecía?

Alva le había dicho, después de su entrenamiento, que buscara el Pozo Sin Reflejo en las profundidades del bosque de Ur, y la había enviado en esta dirección. Estaba tan perdida en sus pensamientos que, mientras miraba hacia arriba hacia el sonido de un ave, olvidó por qué había venido aquí; hasta que un color rojo brillante llamó su atención. Kyra se acercó rápidamente y se encontró en la orilla de un claro. Se detuvo impresionada por lo que vio. Ahí, escondido en el denso bosque, estaba un pequeño pozo rojo de aguas brillantes. Sintió que un extraño poder emanaba de este incluso desde donde estaba. Debía ser el pozo del que Alva le había hablado.

Kyra se acercó con cautela y se arrodilló ante este. Miró hacia abajo buscando su reflejo con esperanza.

Pero no encontró ninguno.

Era tal y como Alva había dicho. Este pozo no reflejaba el mundo exterior; en su lugar, reflejaba sólo lo que había dentro, lo que uno no estaba dispuesto a ver dentro de uno mismo. Kyra esperaba que las aguas le mostraran algo, que le enseñaran el camino.

Pero esperó por un largo tiempo viendo hacia abajo y se decepcionó al no ver nada. Todo lo que escuchó fue el crujir de las hojas sobre su cabeza.

¿Qué era lo que el universo deseaba de ella? se preguntaba. ¿Por qué no podía ser ella como todos los demás?

Entonces se escuchó un sonido detrás de ella y Kyra tomó su bastón en un reflejo. Escuchó un sonido como el de un arma volando por el aire y se impactó al ver una lanza plateada volando en su dirección.

Pasó rozándola y Kyra se dio cuenta de que no iba dirigida hacia ella. Se dio la vuelta y se quedó perpleja al ver que la lanza atravesaba el pecho de un soldado Pandesiano que estaba de pie cerca de ella y con su espada levantada. Gimió y cayó al suelo y, mientras su espada caía también, ella se dio cuenta de que estaba a punto de apuñalarla. Esa lanza le había salvado la vida. Qué estúpida había sido al bajar la guardia.

Kyra miró hacia el bosque preguntándose quién había arrojado la lanza, quién la había salvado y por qué.

Escuchó otro ruido y se volteó en la otra dirección sintiendo que su corazón subía hasta su garganta. Ahí, a unos pies de distancia, estaba el muchacho más apuesto que jamás había visto. Era alto y orgulloso, parecía ser de su misma edad, con hombros anchos, rostro suave, mandíbula cincelada y fino cabello dorado que bajaba hasta su cintura. La miraba con destellantes ojos grises y, mientras lo hacía, ella se quedó sin aliento. Ella no podía dejar de mirarlo. Por primera vez en su vida, estaba hipnotizada.

El muchacho miró hacia otra parte. Se acercó sacando su lanza plateada e hizo rodar al soldado Pandesiano con el pie.

“Están en todos lados,” le dijo con una voz tan encantadora como su rostro. “Te buscan. Este era un explorador. Esto significa que viene un ejército.”

Ella apenas podía procesar sus palabras con su mente echa un lío.

“Salvaste mi vida,” dijo ella con una voz apenas superior a un suspiro.

Él miró hacia los bosques examinándolos, y le dolió que sus ojos no se cruzaran con los de ella.

“No debo quedarme aquí,” dijo él viendo hacia la línea del bosque. “Tú tampoco debes hacerlo.”

Ella lo miró incapaz de quitar la mirada.

“¿Quién eres?” preguntó ella. “¿Por qué me salvaste?”

Él miró hacia abajo.

“Te he estado esperando,” dijo con una voz tan suave que apenas pudo escucharla. Entonces levantó los ojos y la miró. “Toda mi vida. A ti y a nadie más. Por ahora y para siempre. Y eres tú especialmente a quien tengo prohibido ver.”

Él la miró con lágrimas en sus ojos grises brillantes y en ese momento ella se dio cuenta de dos cosas: Él no era humano y ella estaba enamorada.

“Te he salvado porque te amo,” continuó. “Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Y te he salvado porque después de este día nunca más podré volver a verte.”

Él se acercó lentamente y la tocó en la mejilla, electrificándola.

Pero de repente y con la misma rapidez, quitó la mano y se dio la vuelta desapareciendo en el bosque.

Kyra se quedó completamente sola y miraba en asombro. ¿Se lo había imaginado?

Sabía por la forma en que latía su corazón, por la sensación en la piel de su mejilla, que no lo había hecho. Se sentía diferente al haberlo conocido. Por primera vez en su vida no pensaba en batalla ni entrenamientos. Por primera vez olvidó todas sus preocupaciones.

Sólo pensaba en el muchacho. El muchacho mágico y misterioso que había aparecido como una tormenta eléctrica y desaparecido igual de rápido. Sabía con total certeza que el verlo otra vez significaría la ruina para ambos.

Y eso, sin importar el costo, era exactamente lo que tenía que hacer.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Duncan marchaba rápidamente por el fuerte de Andros bajo la luz de la luna. Caminaba por antiguos pisos de piedra, pasaba muros interminables de mármol con el ajetreo de su armadura y seguido por varios de sus hombres, y trataba de sacudirse sus pensamientos inquietantes. Caminó por una serie de arcos y columnas que daban hacia el patio interior del capitolio y su corazón se llenó de orgullo al ver a cientos de soldados juntos, con los hombres de Kavos y Seavig con ellos, y con Bramthos y Arthfael a su lado preparándose para el amanecer. En tan sólo unas horas todos marcharían desde este lugar y atacarían las guarniciones Pandesianas restantes en una gran batalla.

Duncan pasó por otro pasillo y vio una fila de antorchas que iluminaban la noche sostenidas por docenas de hombres formados junto a la pared. Duncan había ordenado la guardia extra y se alegró de haberlo hecho: ese festín había sido todo un fiasco. La alianza de Escalon estaba dañada y sus hombres casi habían peleado contra Bant. Duncan sintió que sostenía a todos sus hombres con un hilo y que no podía confiar en nadie.

Duncan pensaba profundamente al avanzar y su mente se llenaba de un millón de ansiedades, incapaz de dormir incluso si lo intentaba. Con Baris dejando la alianza, Duncan no solamente había perdido a la mitad de los hombres, sino que también se había conseguido un gran enemigo. Los hombres de Baris eran vengativos y astutos y ahora no sólo tendría que derrotar a Pandesia, también tendría que cuidarse la espalda de sus propios compatriotas; todo gracias a sus imprudentes hijos. Pero Bant seguramente se quedaría en su cañón sin ponerse del lado de nadie y, si Pandesia ganaba, utilizarían su neutralidad para pedir misericordia. Pero Duncan sabía muy bien que la neutralidad no salvaría a nadie en esta guerra.

Duncan se quitó estas preocupaciones de la mente; tenía cosas más grandes en las que concentrarse. Al amanecer guiaría a la mitad de sus hombres hacia el sur a la Puerta del Sur, para relevar a Anvin y detener la invasión Pandesiana. En su camino liberaría y aseguraría las ciudades del sur. La otra mitad de su ejército, guiada por Kavos y Bramthos, saldría hacia el norte y el oeste para asegurar Ur, sus puertos, y el norte y el oeste de Escalon. Pero sin Bant sus hombres se verían limitados; tendría que depender de los hombres que se les unieran en el camino, de las personas de Escalon que se les unieran en su espontánea revuelta. Si tan sólo pudiera sellar la Puerta del Sur y los puertos de Ur a tiempo, entonces Duncan sabía que podrían mantener Escalon.

Duncan pasó otros pasillos mientras marchaba hasta que llegó a una estrecha escalera de piedra. Descendió de manera impaciente mientras la escalera daba muchas vueltas y lo llevaba hacia los niveles más profundos del capitolio. El pasar por estos salones le trajo muchas memorias.

Al llegar al piso más bajo, Duncan sintió un nudo en el estómago al recordar a dónde se dirigía: a visitar al encarcelado Tarnis. Duncan había recibido un pergamino en el que le pedía poder hablar con él. Había pensado con escepticismo qué es lo que podría querer Tarnis ahora que estaba encerrado. Una parte de él deseaba ignorarlo, pero sabía que Tarnis aún tenía poder e influencia con sus muchas conexiones en la capital, y pensó que sería sabio el al menos escucharlo. También tenía que admitir que aún sentía algo de cariño por los viejos tiempos, y la nostalgia movió las cuerdas de su compasión.

“Pierdes tu tiempo,” dijo una voz apresurada detrás de él.

Duncan vio a Kavos que marchaba junto a él con un rostro duro y sin sonreír. No se miraba contento.

“Nada de lo que Tarnis diga puede hacer una diferencia ahora,” continuó. “Las palabras de un prisionero no tienen significado, y él es simplemente un viejo débil tratando de conseguir de nuevo el poder.”

Duncan consideró eso mientras caminaba.

“Tal vez,” le respondió. “Pero aun así debo escucharlo. No hay ningún daño por escuchar y un gobernante que no escucha es un gobernante insensato.”

Llegaron al gran arco de piedra asegurado por barras de hierro y vigilado por los hombres de Duncan y, mientras Duncan se detenía frente a este, Kavos lo tomó del brazo dándole una mirada significativa.

“No confíes en él,” le recordó. “No podemos confiar en ninguno de ellos. Ya le hiciste un gran favor al no decapitarlo. Recuerda: la lealtad no es un derecho. Una lealtad equivocada es lo más peligroso que puede haber.”

Duncan pensó en sus palabras.

“Es sólo una conversación,” respondió. “No tomaré ninguna decisión apresurada. Sin importar lo que este hombre anciano me diga, todos cabalgaremos al amanecer y ya estoy ansioso de pelear a tu lado.”

Kavos no parecía convencido.

“Somos hombres de guerra,” continuó. “No hombres de palabras. No olvides eso. No somos como Tarnis. No somos como ninguno de los demás aquí. Serás un Rey como el que Escalon nunca ha tenido. Finalmente uno de *nosotros* estará en el trono. Serás en segundo lugar Rey y en primer lugar guerrero. Pero no asumas ni por un segundo que los demás son como tú.”

Con esto, Kavos se dio la vuelta y se marchó.

Duncan les hizo una señal a los guardias que le dieron una reverencia en señal de respeto y abrieron las puertas de hierro.

Duncan entró en el pequeño patio de piedra al aire libre e iluminado por la luz de la luna y en la esquina opuesta identificó a Tarnis sentado contra la pared, con las manos en las rodillas y pareciendo rechazado y siendo sólo una fracción del hombre que Duncan una vez conoció. Varios de los hombres de Duncan estaban en los muros con antorchas encima de ellos.

Cuando Duncan entró, Tarnis lo miró y sus ojos se iluminaron al verlo. Se puso de pie y se apresuró hacia él.

“Sabía que vendrías,” dijo sonriendo. “Siempre fuiste el único jefe militar en el que podía confiar.”

Tarnis trató de abrazarlo con una sonrisa cálida, pero Duncan lo detuvo con frialdad evitando su abrazo.

“Ya no soy un jefe militar,” respondió Duncan de forma fría y dura. “Soy tu Rey.”

Tarnis se quedó inmóvil con el rostro decepcionado y bajando los brazos lentamente. Parecía humillado. Esto fue extraño para Duncan después de haber servido por muchos años en el consejo del Rey, y ahora estar del otro lado. Pero tenía que asegurarse de que Tarnis entendiera la nueva estructura del poder para que no viviera en una ilusión.

“Perdóname, mi Rey,” respondió Tarnis con una voz rota. “No quise ofenderte. Toma tiempo el acostumbrarse a un nuevo título. Después de todo, no fue hace mucho tiempo cuando tú me llamabas Rey.”

Duncan apretó los dientes al pensar en la batalla que le esperaba al amanecer y teniendo poca

paciencia para este hombre.

“¿Para qué me has llamado?” Duncan demandó impaciente.

Tarnis suspiró.

“Lo que tengo que decir es sólo para tus oídos,” dijo Tarnis viendo a los guardias de Duncan junto a la pared.

Duncan miró a su amigo con impaciencia pero sintiendo que tenía un mensaje importante, y de mala gana se volvió y les hizo una señal a sus soldados.

Estos inmediatamente se dispersaron dejando a los dos solos en el patio, cerrando la puerta de hierro detrás de ellos con un gran sonido.

“Rápido,” dijo Duncan. “Mi tiempo es reducido.”

“Camina conmigo,” dijo Tarnis poniendo una mano en el hombro de Duncan. “Otórgame al menos esto.”

Se dieron la vuelta y caminaron, Duncan complaciéndolo. Era una noche tibia con el clima del sur, con las brisas templadas y la luz de la luna iluminando su camino mientras se acercaban hacia las antorchas. Duncan recordó lo lento que era el antiguo Rey para hablar, en parte porque pensaba lentamente sin querer apresurarse a juzgar y en parte para darle efecto a sus palabras.

“Por muchos años serviste en mi mesa del consejo,” dijo Tarnis finalmente con nostalgia. “Tomé muchas buenas decisiones, decisiones que beneficiaron a Escalon. Pero también seré el primero en admitir que también tomé algunas malas. Ahora tú eres Rey y debes saber lo que en realidad significa ser Rey. Significa que te encontrarás lo malo con lo bueno.”

Tarnis respiró profundamente mientras caminaban.

“Entregar Escalon,” Tarnis continuó, “fue una mala decisión. Ahora lo sé. Y lo siento verdadera y profundamente. Pero en su momento, hice lo que pensé que era mejor para todos nosotros.”

Continuaron en silencio y Duncan se preguntaba hacia dónde quería llegar. No podía evitar preguntarse si él se sentiría de la misma manera al ser Rey.

“Llegarás a aprender que, cuando eres Rey,” Tarnis continuó, “tomarás muchas buenas decisiones y muchas malas también. Lo único que puedes esperar es que las buenas superen a las malas. En mi caso, no fui tan afortunado. Todas mis excelentes decisiones fueron olvidadas por una sola mala.”

Caminaban en silencio mientras Duncan pensaba en sus palabras.

“No hay vergüenza en tomar malas decisiones,” Duncan finalmente respondió. “Todas las decisiones son perdonables siempre y cuando vengan de un lugar de honor. Tu decisión de entregar el país no tuvo honor. Ese fue tu error. Fue una mala decisión pero, más importante, reveló un defecto de carácter. Los momentos de peligro y crisis revelan el carácter. Lo he visto muchas veces en el campo de batalla. Y al final del día sólo podemos ser juzgados por nuestro carácter.”

Duncan esperaba que Tarnis discutiera, pero para su sorpresa asintió estando de acuerdo.

“No puedo estar en desacuerdo,” respondió. “Y tú serás un sabio Rey, más sabio de lo que me imaginaba. Es cierto que yo mostré una falla en mi carácter. Pero también mostré muchas virtudes en esa mala decisión: Compasión, humildad. En esto también hay honor.”

Tarnis suspiró mientras continuaban y Duncan se sentía impaciente preguntándose a dónde iba con todo esto.

“No te equivoques,” continuó Tarnis, “tú también tendrás momentos en los que te fallará el carácter como Rey. Sí, incluso tú con toda tu caballerosidad y honor. Lo que todavía no entiendes es que ser Rey no significa nada más que crear compromisos. Tu trabajo es mantener junta la alianza

que llamamos Escalon. Pero en realidad no somos un solo país; nunca lo hemos sido. Somos una serie de fortalezas en conflicto. Y a veces como Rey también tendrás que doblarte para mantenerlos a todos juntos. *Unidad.*” Tarnis negó con la cabeza. “Como si fuera un gran logro. ¿Qué hay de especial en la unidad? ¿Por qué es tan importante que seamos un solo país, un solo nombre, una sola bandera? ¿Por qué no simplemente ser fortalezas en competencia cada una con su jefe militar?”

Duncan contempló sus palabras al caminar.

“Entonces no podríamos evitar una invasión,” Duncan respondió.

“Yo era un político experto,” Tarnis continuó. “Al igual que mi padre y su padre. Yo era bueno en lo que hacía al igual que tú eres bueno en lo que tú haces. Yo no puedo sostener una espada al igual que tú y al mismo tiempo tú no estás preparado para todas las mentiras y maquinaciones que tuve que sufrir en el consejo de los nobles. Ambos tenemos nuestros talentos, fuerzas y debilidades. Pero esto no hace que uno sea superior al otro.”

Se detuvieron y Tarnis lo miró a los ojos con una mirada llena de compasión.

“Yo te puse encima de todos los jefes militares,” dijo Tarnis. “Te hice mi más importante guerrero. Y tú en cambio me mantuviste con vida cuando no tenías ninguna razón para hacerlo; un regalo más grande, claro está. Ahora quiero regresarte el favor.”

Duncan lo miró, pensativo.

“¿Cómo?” le preguntó.

“Salvándote la vida también,” respondió Tarnis.

Duncan frunció el ceño.

“Mi vida no necesita ser salvada.”

Tarnis sonrió y negó con la cabeza

“Si sólo eso fuera cierto,” Tarnis replicó. “Al amanecer le declararás guerra de manera imprudente a Pandesia. Sabes tan bien como yo que no puedes ganar. Incluso si liberaras toda la tierra y protegieras la Puerta del Sur, enviarían hordas desde todo el mundo y no se detendrían hasta saber que estamos todos muertos y desaparecidos.”

Duncan apretó los dientes sin moverse.

“Esa es la diferencia entre tú y yo,” respondió Duncan con frialdad. “Tú vas a la guerra sólo cuando sabes que puedes ganar. Yo voy a la guerra cuando el honor y el deber así lo exigen.”

“¿Y qué hay si yo te diera la victoria de otra manera,” le preguntó Tarnis, “con honor y sin perder la vida?”

Duncan lo miró desconfiado.

“¿Y cómo puedes hacer eso?” le preguntó.

Tarnis sonrió.

“Me he hecho un buen nombre con Pandesia,” respondió. “No me resistí a la invasión, cumplí con sus demandas, y como resultado me tienen en alta estima. Escuchan cuando yo les hablo. Les he enviado un mensaje y me han respondido. He negociado una tregua para ti.”

Duncan levantó las cejas impactado.

“¿Una tregua?” le preguntó indignado. “¿Y quién eres tú para negociar una tregua en una tierra en la que ya no gobiernas?”

Tarnis negó con la cabeza.

“Más que una tregua,” insistió. “Una victoria. *Tú* victoria. Una victoria nunca antes conseguida. Después de todo, la gran Pandesia nunca se ha retractado en su historia, nunca han concedido, pero



ahora lo hacen por ti. Dejarán nuestras costas. No habrá más derramamiento de sangre. La victoria será tuya. El Señor Gobernador me ha jurado presentarse contigo al amanecer y aceptar la derrota enfrente de todos tus hombres.”

Duncan lo miraba escéptico.

“¿Y cuál será el pago por todo esto?”

“Una retirada segura,” le explicó Tarnis. “Nada más. Quieren la seguridad de lo que queda del ejército y un pase seguro por las fronteras.”

Tarnis pausó mientras Duncan lo procesaba.

“¿No lo vez, Duncan?” Tarnis presionó. “Te estoy entregando una victoria completa.”

Duncan se sintió inseguro.

“Suenan muy buenos para ser ciertos,” respondió Duncan.

“¿Lo es?” Tarnis preguntó. “Saben que tenemos a sus hombres rodeados. Saben que llevamos la ventaja. Tienen a muchos Señores Gobernadores importantes ahí. Temen por sus vidas y le han hecho una petición a Pandesia también. Saben que Escalon es difícil de mantener y tienen reinos más importantes que conquistar. Ya se han llevado de nuestras tierras lo mejor que han podido y ahora quieren seguir adelante.”

Duncan miró a Tarnis por un largo rato mientras debatía. Su corazón empezó a emocionarse al pensar en darles a sus hombres una victoria sin derramamiento de sangre; al pensar en un Escalon libre.

“Si es como dices una victoria incondicional,” Duncan dijo lentamente, pensando, “entonces les permitiré que se retiren. No tengo motivo para masacrar a tropas que se han rendido. Mi honor me mueve a permitirles que se retiren sin ser lastimados.”

Tarnis sonrió.

“Una decisión sabia,” dijo.

Duncan lo examinó.

“¿Y qué hay de ti?” preguntó Duncan. “¿Qué es lo que te mueve para conseguir una tregua para un nuevo Rey que te acaba de derrocar?”

Tarnis frunció el ceño.

“Yo amo a mi país,” replicó. “Al igual que tú. Simplemente tenemos maneras distintas de mostrarlo.”

Duncan esperó sabiendo que había más.

“Pero aun así,” continuó Tarnis, “aparte del bienestar general de Escalon, hay una pequeña cosa que me gustaría pedirte por haberte conseguido esta tregua.”

Duncan lo miró pensativo mientras Tarnis respiraba profundamente.

“No es una orden, mi viejo amigo,” continuó Tarnis, “sino una petición. Un pequeño favor. Sé que no estoy en posición de pedir favores, pero quisiera apelar a tu amor y piedad y a nuestra antigua amistad.”

“Dime,” lo apresuró Duncan con curiosidad.

“Tengo una hija,” dijo Tarnis finalmente.

Duncan lo miró asombrado. Sabía que el Rey tenía un hijo, un joven impetuoso y desagradable, pero nunca había escuchado nada de una hija.

“¿Una hija?” preguntó Duncan.

Tarnis asintió.

“Mi única hija. Ilegítima. Lo único que me queda aparte de mi hijo. No pude permitir que creciera aquí. Su existencia habría sido una amenaza y siempre mantuve su ubicación en secreto. Tú eres al único al que se lo estoy diciendo.”

Duncan lo observó confundido.

“¿Qué es lo que quieres de mí?” le preguntó.

“Su seguridad,” respondió Tarnis. “Tú eres el único en quien confío. Ella significa más para mí que todo lo que me queda en este mundo.”

Duncan notó la expresión de Tarnis y por primera vez desde que lo había conocido, pudo detectar verdadera sinceridad en sus palabras.

“¿En dónde está?” preguntó Duncan.

Tarnis respiró profundamente y miró a su alrededor como temiendo que alguien escuchara.

“En la punta del Dedo del Diablo,” dijo con voz baja. “En Knossos.”

Duncan se quedó perplejo al oírlo; sabía que Knossos era un lugar extremo y remoto habitado por monjes guerreros de la Torre de Kos y sin mucho más. Era casi imposible llegar ahí, tan aislado de Escalon y del mundo como podía llegar a estarlo una isla.

“Yo confío en ti con mi vida,” añadió Tarnis, “ya que ella es lo que queda de mi vida. No te pido que me devuelvas mi título ni que me des la libertad. Te aceptaré como Rey. Solamente te pido que la halles y la protejas. Temo que la noticia de su existencia ya se haya esparcido, y que nefarias fuerzas estén acercándose en estos momentos.”

Duncan respiró con profundidad y se sintió satisfecho al ver que Tarnis era sincero y aprobando el amor que sentía por su hija. Le hizo recordar a Kyra.

“Puedes estar seguro de que tu hija estará a salvo,” dijo Duncan. “Puede que hayas cometido errores, pero eres un buen hombre de varias maneras. Me alegro de no haberte matado.”

El antiguo Rey rio animadamente con una gran sonrisa y una mirada de alivio pasó por su rostro por primera vez.

“Y yo igual,” respondió. “A la victoria, mi amigo.”

Tarnis extendió su antebrazo y Duncan lo tomó en un saludo. Al hacerlo, pensó en la tregua y tuvo un sentimiento de inminente victoria creciendo dentro de él mientras volvía a amanecer en Escalon.

Finalmente, la victoria era suya.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Dierdre se apresuró a salir de la forja junto con los otros al escuchar los cuernos de guerra. Hicieron eco por las calles de Ur una y otra vez, con cada sonido haciendo que sintiera escalofríos. Eran cuernos de advertencia, cuernos de peligro, cuernos que no había escuchado desde que era una niña cuando Pandesia había invadido Ur. Eran cuernos que sólo podían indicar una cosa: un buque de guerra de Pandesia había llegado.

El corazón de Dierdre se aceleró al correr hacia afuera junto con las muchachas, los muchachos y los hombres de la forja que a la vez soltaron sus armas y se dirigieron a la calla. Se vio aplastada por las calles llenas de personas, por multitudes apurándose hacia el canal con el deseo de ver. Dierdre se abrió camino hacia la orilla del agua empujando personas y Alec hizo lo mismo junto con su amigo Marco y los demás. Ella no pudo evitar preguntarse cosas acerca de él al igual que desde la primera vez que lo había conocido. Había algo diferente en él, una tragedia escondiéndose detrás de sus ojos. Sentía que se podía identificar con, que había sufrido al igual que ella.

Tan cerrada como Dierdre estaba del mundo y especialmente de los hombres, tuvo que admitir que había algo en este muchacho que le gustaba. Trató de reprimir sus sentimientos sabiendo que no estaba de humor para enamorarse; no después de lo que había pasado. Sin mencionar que ahora no era tiempo para enamorarse; era tiempo de buscar venganza. Este era un tiempo para hacerle a Pandesia lo mismo que le había hecho a ella.

Dierdre se sacudió estos pensamientos de la cabeza mientras finalmente llegaba a la orilla del agua. Se acercó estirando el cuello y alcanzó a ver la razón por la que todos estaban conmocionados; y su corazón se desplomó al verlo. Ahí, en el otro extremo del canal y dirigiéndose hacia la ciudad, estaba un masivo y resplandeciente buque de guerra negro de Pandesia, ondeando sus banderas entre sus docenas de cañones y con cientos de soldados portando armaduras y alistando sus armas. Dierdre miró más allá y vio que no había más barcos siguiéndolo, y se sintió agradecida al menos por esto. Parecía ser un barco solo que guiaba el camino para una flota. El cuerno sonó una y otra vez y, mientras profundizaban más en el corazón de la ciudad y dirigiéndose hacia ellos con sus visores sobre el rostro, era claro que estos hombres habían venido por una razón. Dierdre sintió un hueco en el estómago al saber de inmediato a qué habían venido: por ella.

Mientras la ciudad entera venía a los canales, Dierdre apretó su agarre en el bastón resuelta a no ser llevada captiva. Los mataría o moriría intentándolo. No había escapatoria para ella; ya no más.

Sintiendo movimiento, se volteó y vio a Alec correr desapareciendo entre la multitud.

“¡Alec!” gritó Marco. “¿¡A dónde vas!?”

Pero Alec no respondió mientras desaparecía, dejando a Dierdre confundida también. No parecía del tipo que huía del peligro.

“Vienen por ti,” dijo Fervil poniéndose a su lado y con preocupación en el rostro. “Lo sabes, ¿verdad?”

“Lo sé,” respondió ella.

“Ve con tu padre,” le dijo. “Él se reunirá con sus hombres. Una guerra está por empezar y tú estás en medio de ella. Estoy seguro de que te está buscando.”

Dierdre se dio cuenta de que tenía razón y, sin dudarlo, se dio la vuelta y empezó a correr por entre las multitudes y dirigiéndose hacia su padre.

Las multitudes disminuían mientras más se alejaba del canal, hasta que finalmente pudo correr por

las calles. Pasó por callejones familiares a derecha e izquierda y, al escuchar pasos detrás de ella, volteó y se sorprendió al ver que las chicas a las que había liberado la seguían.

Ella se detuvo y las miró respirando agitadamente.

“Regresen,” les ordenó. “Quédense con los otros. Estarán más seguras. Refúgiense en la forja.”

Pero ellas negaron con la cabeza tajantemente.

“A donde sea que vayas,” dijo una acercándose, “nosotros iremos.”

“En donde sea que pelees,” dijo otra, “nosotros peharemos.”

“Ya nos cansamos de correr también,” dijo una más.

Dierdre, al ver que no podría convencerlas, sintió una oleada de gratitud por su lealtad. Siguió corriendo y las muchachas la siguieron, encontrando su camino junto a los canales y guiándolas hacia su padre y a los hombres que seguramente ya estarían reunidos.

Finalmente Dierdre salió de un pequeño callejón y apareció en una espaciosa plaza de adoquines rodeada de edificios antiguos al final de los canales. Era a donde llegaría el barco, el punto más profundo de la ciudad, y tal como lo sospechó, Dierdre vio a su padre en la orilla rodeado por sus hombres. Ahí estaban cien guerreros de frente al canal y esperando ansiosos la llegada de los Pandesianos.

Dierdre se abrió camino entre el grupo mientras los hombres les daban el paso hasta que finalmente llegó al lado de su padre.

Él se volteó al mirarla y su rostro mostró alivio.

“Dierdre,” exclamó. “¿Estás bien? Mis hombres te buscaron por todas partes.”

Ella pudo ver preocupación genuina en sus ojos y esto la ayudó a perdonarlo más.

“Lo estoy, padre.”

“¿Los has visto llegar?” le preguntó urgentemente. “¿Has escuchado los cuernos? Sabes que vienen por ti.”

Ella asintió, estoica y resignada.

“Lo sé.”

“Seguramente exigirán que te entregue. Lo sabes,” dijo siendo más una declaración que una pregunta. Pudo escuchar la angustia en su voz.

Ella asintió preguntándose qué haría él.

“¿Y lo harás?” preguntó ella.

Él suspiró pareciendo exhausto e irritado.

“¿Me pedirías que sacrificara una ciudad entera para salvar a una muchacha?” preguntó él.

El corazón de Dierdre se desplomó. ¿En realidad no había cambiado?

“Me gustaría que actuaras como mi padre,” respondió ella fríamente.

“La muerte viene,” dijo su padre apretando su agarre en la empuñadura de su espada. “No quiero que te quedes aquí. Toma a estas mujeres y huye. Mis hombres las guiarán. Tenemos muchos túneles y fuertes seguros en dónde esconderse.”

Ella negó con la cabeza.

“¿No lo entiendes, padre? ¿No has escuchado nada de lo que he dicho? No deseo correr. No deseo esconderme. Lo único que deseo es una oportunidad para hacer justicia. Una oportunidad para no retraerme al enfrentarme a los hombres.”

Su padre suspiró angustiado; pero ella también pudo ver orgullo en sus ojos. Mientras él la miraba, los cuernos sonaban una y otra vez.

“Ese barco es sólo un mensajero,” continuó. “Detrás de este hay un millón más. No podemos defender la ciudad. ¿Te das cuenta de lo que pasará una vez que nos derroten?”

“No le temo a la muerte, padre,” dijo sinceramente. “Ya me le he enfrentado. Ahora sólo le temo a no vivir con orgullo.”

Él la miró a los ojos tan fuerte como pudo y lentamente le dio una sonrisa.

“En realidad eres mi hija.”

Sus palabras significaron mucho para ella.

“¿Y tú, padre?” le preguntó. “¿Qué harás cuando vengan por mí?”

Ella lo miró a los ojos y pudo ver que estaba debatiendo consigo mismo.

Los cuernos sonaron de nuevo de forma más urgente y ella vio que el buque de guerra Pandesiano ya estaba cerca y acercándose a ellos. Sus cañones les apuntaron, docenas de arqueros prepararon sus arcos y docenas más sostenían sus lanzas; era un ejército flotante listo para atacar.

Dierdre sintió un temor frío al verlos acercarse. El buque se detuvo a unas veinte yardas de distancia del final del canal, con sus grandes mástiles elevándose al cielo y creando una sombra sobre ellos. Miles de ciudadanos de Ur se dirigieron a la orilla y se juntaron para ver la confrontación.

Un silencio pesado cayó sobre la ciudad mientras Dierdre estaba junto a su padre, observando el buque y esperando. El buque flotó en el agua con su madera crujiendo y los soldados los miraban amenazadoramente con sus armas listas. Dierdre sentía que todos la miraban y sabía que podía morir en cualquier momento. Pero de alguna manera, no tuvo miedo.

El comandante Pandesiano finalmente se acercó haciendo sonar su armadura y se paró en la orilla de la proa. Puso sus manos en la cintura con el sol y sus cientos de hombres detrás de él y los miraba como un dios que venía del mar. Su armadura brillaba con el sol y desde este ángulo el buque parecía invencible. Dierdre sabía que en alguna parte había miles más esperando llegar. Pero aun así estaba determinada a mantenerse firme.

El comandante empezó a hablar con una voz retumbante.

“El Glorioso Ra, El Supremo Señor Emperador, gobernante de todas las grandes ciudades de Pandesia, Dios del Sur y Titán del Oeste,” exclamó el comandante y con una voz que hacía eco de autoridad, “nos ha ordenado, a la legión de la cuarta parte de la flota de Pandesia, entrar a Ur antes que los demás y darles una oportunidad. Detrás de nosotros una flota de la muerte atraviesa el Lamentos. Entreguen a la mujer ahora, la que ha desafiado a Pandesia, la que ha matado a nuestro Señor Gobernador, y perdonaremos a la ciudad entera de la destrucción que merece. Es una oferta supremamente generosa,” añadió, “y no la ofreceremos de nuevo.”

Pausó.

“Desafíenos,” continuó, “y haremos que llueva sobre ustedes ceniza y fuego hasta que en unos días solamente quede la memoria de ella.”

Dierdre observó a su padre y pudo ver la tormenta y angustia dentro de él. Vio a todos los ciudadanos mirándolo esperando una respuesta y sabía que este sería el momento más definitivo de su vida y de su relación con él. Vio las emociones pasar por su rostro y su corazón se aceleró. ¿Lo haría de nuevo? Se preguntaba. ¿Sucumbiría y la entregaría?

Ella se resolvió a no ir si eso pasaba. Apretó su lanza con más fuerza y sabía que, si intentaba entregarla, la arrojaría y mataría al menos a uno antes de que la tomaran.

Finalmente y después de un largo y tenso silencio, su padre aclaró la garganta.

“Tienen miles de flechas apuntándonos,” le respondió, “y miles de lanzas más. Además de eso, tienen toda suerte de armamentos.”

Pausó.

“Y mi respuesta es no,” continuó. “No entregaré a mi hija ni a *cualquiera* de nuestras hijas. Ni ahora ni nunca. Pueden tomar nuestras vidas. Pueden destruir nuestra ciudad. Pero nunca tendrán lo que en realidad quieren: nuestra libertad.”

La multitud jadeó y Dierdre sintió una oleada de admiración por su padre y, finalmente, un sentimiento de vindicación. Su padre había vuelto por ella, el hombre al que siempre había amado y admirado

Observó con regocijo cómo la cara del comandante Pandesiano enrojeció.

“¡Significará sus tumbas!” gritó y entonces se volteó hacia sus hombres.

“¡AVANCEN!” gritó.

Las velas se desplegaron y el gran buque empezó a moverse en su dirección.

“¡ARQUEROS!” gritó el comandante.

Los arqueros levantaron sus arcos y el corazón de Dierdre dio un salto mientras se preparaba. El buque siguió acercándose y Dierdre sabía que pronto llegaría a la orilla, desembarcarían y empezaría una guerra mano a mano sangrienta; eso si las flechas y lanzas no la mataban primero. Se quedó de pie junto a su padre esperando una muerte segura cuando de repente un sonido inesperado atravesó el aire.

Dierdre miró hacia el agua preguntándose qué estaba pasando. Sonaba como un ajetreo de cadenas en el fondo del canal y, al ver hacia las aguas, se impactó al ver a Alec y a varios de los muchachos en un lado del canal, abajo escondidos de la vista, y a Marco y a sus amigos del otro lado.

“¡AHORA!” gritó Alec.

Alec y los muchachos a su lado jalaban con todas sus fuerzas mientras que Marco y los otros hicieron lo mismo, y Dierdre miró con asombro como una inmensa cadena de hierro salía del agua con picos en sus lados. A esto le siguió un gran ruido de madera crujiendo y Dierdre miró perpleja cómo el casco del buque de guerra flotaba directamente hacia los picos.

Alec y los demás rápidamente pusieron la cadena de hierro alrededor de zapatas de hierro en el puerto, una y otra vez, y entonces la soltaron antes de que se tensara. El buque Pandesiano siguió avanzando ganando velocidad y sin poder maniobrar, y los hombres, confundidos, aún no sabían qué estaba pasando.

El barco se sacudió violentamente y los hombres se tambalearon hacia adelante. El crujir se hizo más fuerte y el barco se inclinó bruscamente mientras el agua empezaba a entrar por el casco, haciendo que empezara a hundirse en el canal empezando por la proa.

El aire de repente se llenó de los gritos de cientos de soldados Pandesianos que empezaban a resbalar por la cubierta y caían al agua. El barco casi se puso vertical y no había nada que pudiera detener su caída, y aquellos que estaban sosteniendo armas las soltaron dejando que cayeran inofensivas en el agua. Los hombres gritaron mientras algunos caían cien pies desde la popa hasta la proa, rompiéndose las costillas y después cayendo al agua. Se sacudían como hormillas tratando de flotar en sus armaduras mientras su gran buque se hacía pedazos a su alrededor.

Al darse cuenta, la gente de Ur soltó un grito de júbilo mientras se acercaban hacia la orilla del canal.

“¡ATAQUEN!” gritó su padre.

Sus hombres se acercaron rápidamente hacia la orilla y arrojaron sus lanzas hacia los Pandesianos que se aferraban a la orilla del canal tratando de subir. Dierdre se acercó rápidamente también junto con las muchachas que estaban con ella. Pateó a un Pandesiano en el rostro que estaba llegando a la superficie enviándolo de vuelta al agua mientras las muchachas a su lado disparaban flechas. Su padre y sus hombres arrojaban lanzas y Dierdre vio cómo los hombres gritaban y las aguas se volvían rojas.

Dierdre tomó su lanza fuertemente y apuntó hacia el comandante Pandesiano, que se agitaba en el agua en medio de sus hombres y ya sin parecer tan orgullo. Se acercó apuntando con su lanza y la arrojó. Miró con su corazón acelerado mientras esta volaba por el aire; y después vio con gran satisfacción que esta se le encajaba en el pecho. Él levantó las manos sacudiéndose y después se hundió en el agua.

Los ciudadanos en todas partes del puerto tomaban rocas o lo que pudieran encontrar y las lanzaban al agua, golpeando a los cientos de hombres que flotaban. Los Pandesianos se hundieron uno a la vez y sus cuerpos muertos empezaron a llenar el canal.

Pronto hubo quietud, y todo lo que quedaba eran los restos del barco y cientos de cuerpos de soldados muertos que alguna vez habían mostrado orgullo.

Se escuchó el sonido de un cuerno pero este ya no anunciaba peligro. Esta vez, era un cuerno que no se había tocado en Ur en toda la vida de Dierdre: un cuerno de victoria.

Un gran grito de júbilo llenó el aire y, mientras las personas se abrazaban en todas partes saltando por las calles, Dierdre, aún aturdida, empezó a procesar lo que había ocurrido. A pesar de todas las probabilidades, habían logrado destruir el buque de guerra Pandesiano. Sin importar lo que viniera, por lo menos en este momento en la historia habían logrado defenderse. No se habían retraído al enfrentarse a un enemigo muy superior y habían sido recompensados. Al menos por este día, la victoria era de ellos.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Aidan estaba sentado en medio de la multitud en la plaza de la ciudad, apretado entre las masas, con tantas antorchas en los muros que era difícil distinguir que era de noche. A su lado estaba Blanco y ambos miraban con atención a lo que pasaba en el escenario. El público estaba encantado mientras Motley y sus actores los hacían reír. Gritos y risas llenaban el aire mientras las personas se apretaban junto al escenario en el que Motley se destacaba en el centro con su gran barriga saliendo por la orilla y sus ojos bien abiertos observándolo todo.

“¿Así que quieren llevarse a nuestras mujeres?” Motley exclamó dirigiéndose a un actor enfrente de él.

El actor era más alto que todos los demás, portaba vestimentas doradas, sostenía un bastón dorado, y personificaba a Ra el gobernador de Pandesia, metiéndose en su papel mientras miraba con desdén a Motley.

“¡LO DECLARO!” dijo fuertemente el actor.

La multitud abucheó y Motley se le acercó desafiante.

“¿Y por qué quieres llevártelas?” Motley replicó. “¿Para que sean mujeres Pandesianas? ¿Y qué virtud hay en ser una mujer Pandesiana? ¡Las mujeres Pandesianas no tienen ninguna virtud!”

La multitud se rio y apoyaron a Motley mientras se seguía acercando.

“¡PODEMOS HACER LO QUE QUERAMOS!” Ra exclamó. “¡ESCALON ES NUESTRO, SIEMPRE SERÁ NUESTRO!”

La multitud abucheó y Aidan miró que algunos de ellos lanzaron tomates hacia el escenario.

“Bien,” Motley respondió, “para que un país sea tuyo, creo que debes conquistar la capital. Y la última vez que miré, la capital era libre.”

Un gran rugido y vitoreo se elevó entre las miles de personas en la audiencia mientras todos se ponían de pie. Un grupo de actores se precipitó por los lados, rodearon a Ra, lo acuchillaron, y la multitud empezó a saltar mientras el actor se desplomaba en el escenario.

La gente gritaba y no podía aplaudir lo suficientemente fuerte mientras la cortina se cerraba. Todo el elenco se puso en el borde del escenario y hizo una reverencia mientras las personas les pedían repetir la escena. Después de muchas horas, finalmente la obra había terminado. Aidan se talló los ojos exhausto mientras las personas a su alrededor lanzaban monedas hacia el escenario, con la plataforma llenándose de oro y plata y bronce en todos lados. Los actores se agachaban y las tomaban tan rápido como podían.

Aidan disfrutó la obra aunque no pudo entenderla toda, y las partes que sí entendió le parecieron muy simples. Era como si la hicieran simple para entretener a las masas y, al ver los rostros y vestimentas de las personas, se dio cuenta que probablemente la mayoría no sabían leer ni escribir. No habían sido tan afortunados como él teniendo tutores privados toda la vida y recibiendo educación de los manuscritos antiguos. Había deseado algo más complejo en esta obra.

Blanco gimió a su lado y Aidan lo rodeó con un brazo.

“Lo sé, chico,” dijo. “Yo también estoy hambriento. Hallemos a Motley.”

Aidan, impaciente por poder hablar con Motley y obtener ayuda para encontrar a su padre, se abrió camino entre la multitud tratando de llegar al escenario. La multitud se volvió más espesa pero el empujaba hasta que finalmente pudo llegar con los actores, que reían y abrazaban a la multitud con cientos de personas rodeándolos. Encontró a Motley en el centro, sudando y con la mejillas



enrojecidas mientras le daba un trago a su saco de vino.

Motley miró a Aidan y quitó a las personas del camino haciéndole espacio.

“¡Joven Aidan!” gritó acercándose y poniéndole un brazo sobre los hombros. Aidan se sintió tímido al sentir todos los ojos sobre él y se sorprendió de que Motley se interesara por él o al menos lo recordara.

“Necesito ayuda para encontrar a mi padre,” dijo Aidan. “Está en la Plaza del Sur.”

Motley rio.

“¡Siempre con prisas, ¿verdad?! ¡Siempre tan serio! Tu padre puede esperar. ¡Vendrás con nosotros a la taberna!”

Los actores vitorearon, pero Aidan negó con la cabeza.

“No tengo tiempo,” insistió. “Además, soy muy joven para ir a la taberna.”

Motley rio.

“¡Yo ya tenía un saco en mi mano cuando tenía la mitad de tu edad!”

La multitud se rio.

“Además,” añadió Motley, “la Plaza del Sur está del otro lado de Andros. No podrás llegar esta noche. La ciudad es muy grande y la noche muy oscura. Te quedarás con nosotros esta noche y yo te llevaré en la mañana.”

Aidan dudó sin estar seguro pero, mientras Motley le ponía su gruesa mano en el hombro y lo animaba, se encontró de repente pasando por la multitud y uniéndose a los actores. Se dirigieron hacia las tabernas y pronto Aidan entró en un pequeño edificio de piedra con sus puertas abiertas de par en par.

Se encontraron con gritos y aplausos en medio de la habitación llena y todos levantaron sus sacos hacia Motley y los actores. El lugar estaba bien iluminado y lleno de antorchas. Aidan estaba apretado en la taberna de unos cien pies de largo pero aun así con todos hombro a hombro mientras Blanco gemía claramente molesto. La multitud se abrió y pronto llegaron al bar.

“Dos para mí,” le dijo Motley al tabernero, “dos para cada uno de mis amigos actores y uno para el joven aquí.”

Aidan levantó la mano.

“Yo no bebo,” respondió. “Pero Blanco está hambriento.”

“Esta noche sí lo harás,” respondió Motley rehusándose a tomar un no como respuesta.

El tabernero arrojó un pedazo de carne sobre la barra y Aidan vio encantado cómo Blanco lo atrapaba y se lo comía inmediatamente. Entonces puso tres espumosos tarros rebosantes de cerveza, y Motley tomó dos para él y puso el otro en la mano de Aidan.

“Toma un poco y verás cómo te gusta el sabor,” dijo Motley. “¡Tal vez no hoy ni mañana, pero uno de estos años!”

Motley rio a carcajadas mientras se tomaba ambos tarros y después dejándolos vacíos en la barra. Pronto le pusieron dos más frente a él.

Aidan, sintiendo todos los ojos de los actores sobre él, se sintió muy avergonzado como para no tomar. La espuma corría por su mano y él levantó el tarro a su nariz y lo olió. Hizo una mueca.

“Huele a podrido,” dijo.

Motley y los actores rieron y Aidan enrojeció.

“Ese es el olor que te encantará algún día,” respondió Motley. “Además, la cerveza no es para olerla sino para tomarla. ¡Adelante!”

Aidan puso el tarro en sus labios y bebió un poco para complacerlos. Se lo tomó, tragó, y terminó con un ataque de tos. Sabía tan horrible que deseaba escupirlo, pero recordó que todos estaba observando.

Todos rieron histéricamente mientras Aidan bajaba el tarro avergonzado y sintiéndose un poco mareado. Ese sentimiento no le gustó para nada.

“Bueno,” dijo Motley dándole una palmada en la espalda. “Todos empezamos en alguna parte.”

“Suficiente de esto,” demandó Aidan sintiendo que su impaciencia crecía. “No quiero perder más tiempo aquí. Necesito ver a mi padre.”

Motley negó con la cabeza.

“Todavía faltan muchas horas para el amanecer, muchacho,” respondió, “y Andros es muy grande. Si no sabes a dónde vas, pudiera tomarte días ir de un lado a otro. No encontrarás a tu padre esta noche. Sé paciente; en la mañana, yo te llevaré con él. Además, esta ciudad no es para que un niño ande por la noche solo. Quédate aquí y estarás seguro con nosotros.”

Aidan suspiró impaciente pero dándose cuenta de que Motley tenía razón. Además, estaba exhausto por el día tan largo; sus piernas le dolían y apenas si podía mantener sus ojos abiertos. No le importaría descansar por unas cuantas horas, y al ver que no podía hacer nada más, le pareció una buena idea.

“Así que dime,” dijo Motley mirándolo después de terminar sus dos tarros de cerveza, “¿qué te pareció nuestra obra?”

Aidan se encogió de hombros sin saber cómo responder.

“Estuvo bien,” dijo.

Motley frunció el ceño.

“¿Sólo bien?” preguntó confundido y un poco herido. “¿No te gustó mi actuación?”

“Tu actuación estuvo bien,” respondió Aidan sin saber cómo hablar con actores.

“¿Entonces qué no te gustó?” exigió Motley.

“No es que no me haya gustado,” dijo Aidan batallando para encontrar las palabras. “Es sólo que...”

Se detuvo, pensando.

“¿Sólo que qué?” lo apremió Motley.

“Bueno,” empezó Aidan, “no fue...real.”

“¿¡Real!?” preguntó Motley. “¿¡Era una obra!”

“Lo que quiero decir es que...yo prefiero que una obra sea sobre cosas serias,” respondió Aidan. “Sobre las batallas, por ejemplo. Y también prefiero observar una batalla real que una obra. Y preferiría, más que nada, estar *en* una batalla. ¿Para qué perder el tiempo con pretender?”

Motley sonrió y sacudió su cabeza.

“¿Entonces has estado en muchas batallas?” le preguntó.

Aidan se enrojeció avergonzado.

“He escuchado todos los detalles de las grandes batallas de mi padre,” respondió Aidan orgulloso, “y puedo recitarlas todas.”

Motley rio.

“¿Y eso significa que estuviste en las batallas tú mismo?” le preguntó.

Aidan enrojeció sin saber cómo responder. El escuchar las historias de su padre de valor y coraje ciertamente le habían hecho sentir como que era parte de ellas; pero al escuchar a Motley decirlo, se

dio cuenta de que no lo era.

“Un día lo estaré,” insistió Aidan. “Un día guiaré a un ejército a la batalla. ¡Llevaré a *muchos* ejércitos a la batalla!”

Motley sonrió todavía más y negó con la cabeza

“Tu asunto es la realidad,” dijo Motley, “mientras nuestro asunto es la fantasía. Nuestro asunto es más fuerte, más puro, más asequible. Tu asunto es corto, confuso, desordenado y le falta resolución. También es fugaz. Pero nuestra fantasía dura para siempre.”

Aidan, entre el cansancio y la cerveza, tuvo dificultad para pensar correctamente. Bostezó una vez más mientras los ojos se le cerraban y se sintió abrumado por todo el ruido y la actividad.

“Ve arriba,” le señaló Motley. “Encuentra una habitación junto con tu perro y pasa la noche. Al amanecer te ayudaré. Si sigo durmiendo o estoy muy ebrio, sólo despiértame.”

“Pero no tengo dinero,” dijo Aidan recordando que había regalado su bolso de dinero.

Motley puso una moneda en la barra y el tabernero la tomó asintiendo.

“No te preocupes,” le respondió.

Aidan sintió una gran gratitud hacia Motley; a pesar de tener puntos de vista opuestos, había llegado a agradarle y hasta a respetarlo en su propia manera particular.

“¿Hay algún orinal ahí arriba?” preguntó sintiendo que la cerveza llegaba a su vejiga.

“No aquí adentro,” le dijo el tabernero. “Ve al callejón. Es lo que todos hacemos.”

“Lleva al perro contigo,” añadió Motley. “Hay más asesinos ahí afuera que aquí adentro, y eso es decir mucho.”

Aidan, exhausto y sintiéndose mareado por la cerveza, se abrió camino por la multitud y salió a la parte de atrás de la taberna.

Respiró profundamente en el fresco aire nocturno y sintió la quietud al dejar los gritos de la taberna atrás. El callejón era oscuro apenas iluminado por antorchas y, deseando privacidad, Aidan se alejó más con Blanco a su lado.

Dio vuelta en otro callejón y este también estaba lleno de hombres orinando. Así que Aidan continuó pasando por otro callejón hasta que encontró uno que estaba oscuro y vacío.

Mientras Aidan se acercaba a la pared, de repente se tensó al escuchar voces apagadas. Miró hacia el callejón y vio dos figuras oscuras a unos diez pies de distancia, dándose cuenta rápidamente de que estaba viendo algo que no debería. Se movió más profundo hacia la oscuridad y se agachó para observar.

Ahí, a la orilla de una antorcha, estaban dos hombres. Uno se miraba muy distinguido, un hombre alto con ropa fina y una larga cicatriz vertical en la oreja izquierda, con un rostro y ojos difíciles de olvidar y Aidan escuchó que el otro hombre lo llamaba Enis. El otro, vestido en amarillo y azul real, sólo podía ser un señor Pandesiano.

El corazón de Aidan se aceleró.

“Muéstramelo,” demandó Enis.

El Pandesiano se hizo a un lado y rodó hacia adelante una carretilla. Quitó una manta y Aidan se asombró al ver que estaba llena de oro brillante; más oro que el que nunca había visto en un solo lugar.

Enis se acercó y pasó sus manos sobre este, con el tintineo del oro mientras caía a la luz de la antorcha. Finalmente volteó y asintió hacia el Pandesiano.

“Él será tuyo,” dijo Enis.

El Pandesiano sonrió.

“Sin errores,” dijo el Pandesiano. “Duncan muere. Él y todos sus hombres.”

El corazón de Aidan dio un salto al escuchar el nombre de su padre.

*Enis le regresó la sonrisa.*

“Compartimos el mismo propósito,” le respondió. “No te preocupes.”

“Bien,” respondió Enis. “Entonces brindemos por el nuevo Rey.”

Enis sonrió aún más.

Aidan, atónito, empezó a caminar hacia atrás pero, al hacerlo, derribó una pieza de metal que resonó en todo el callejón. Ambos se voltearon y miraron en su dirección.

“¡Tú, muchacho, detente!” gritó Enis.

Aidan se dio la vuelta y empezó a correr con Blanco a su lado, e inmediatamente escuchó pasos que lo seguían.

Corrió por callejón tras callejón tan rápido como sus pequeñas piernas se lo permitían y, mientras pasaba por un pequeño arco por el que sabía ellos no podrían pasar, finalmente se sintió aliviado. Giró y siguió corriendo sabiendo que los había perdido.

Pero seguía pasmado. Pensó en su padre y en la muerte que le esperaba y supo que no podía perder un minuto más. Siguió corriendo sabiendo que, sin importar lo que pasara, no podría detenerse. De alguna manera, tenía que encontrar a su padre y advertirle. Correría toda la noche y por toda la ciudad si era necesario hasta encontrar y salvar a su padre; antes de que fuera demasiado tarde.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kyra miraba el rostro del muchacho, hipnotizada, un rostro al que no podía dejar de ver. Se sintió perdida en sus ojos azules cristalinos, en el largo cabello rubio que los rodeaban, en sus rasgos perfectos, en el muchacho que no era completamente de este mundo pero que la miraba como si la conociera desde siempre. Sintió que esos ojos penetraban su alma, que la tierra se movía debajo de ella, y miró hacia abajo viendo que flotaba en el mar sobre una balsa y con el muchacho de pie del otro lado. No pudo entender qué era lo que pasaba, dónde estaba y hacia dónde flotaban. Pero sabía que flotaban juntos, los dos en este vasto océano sin nada más que ellos.

“Kyra,” dijo él.

Su voz penetró su corazón, una voz que conocía de alguna manera, una voz que siempre había estado deseando escuchar.

“¿Quién eres?” le preguntó ella sin aliento.

Él la miró sin expresión, con una intensidad en su mirada que la abrumó mientras extendía su mano. Él acercó su mano y ella deseaba más que cualquier otra cosa que su mano tocara su rostro, sentir el toque de sus dedos en su piel.

Pero de repente cayó directamente hacia atrás hacia el agua, tieso como una tabla, salpicando el agua y desapareciendo entre las olas.

Ella se apresuró horrorizada.

“¡No!” gritó.

Se lanzó al agua para salvarlo. Pero en cuanto saltó sintió garras que la tomaban de la ropa por la espalda y la sostenían en el aire. Escuchó un chillido detrás de ella y de repente estaba volando, dándose cuenta de que era llevada por algo más grande que ella.

Kyra miró hacia arriba y su corazón se aceleró al ver a Theos sobre ella batiendo sus grandes alas. La llevó por encima del mar y, al ver hacia abajo, se impactó al ver una mar negro. Debajo estaba una flota de barcos más grande que la que nadie se podría imaginar; volaban tan bajo que sus pies casi tocaban sus mástiles. Era una flota que se dirigía a una invasión portando las banderas amarillo y azul de Pandesia.

Kyra pasaba un barco tras otro y la flota parecía extenderse hasta el final del mundo. Sabía en su corazón hacia dónde se dirigían y esto le dolió. Iban a destruir Escalon. Observó cómo los barcos lanzaban rocas desde catapultas hacia su país. Las explosiones estremecían el suelo mientras grandes rocas encendidas caían sobre Escalon y toda la tierra se incendiaba.

Se sorprendió al ver de pie en medio de las llamas a un simple muchacho de cabello largo y ojos azules. Estaba de pie con nobleza y sin tener miedo, mirándola mientras el fuego caía todo en derredor. Sabía que este era el último hombre que quedaba en Escalon, y mientras el dragón soltaba a Kyra, ella de repente gritó mientras se retorció por el aire. Se vio caer directamente hacia él.

“¡NO!” gritaba Kyra.

Kyra se despertó con un sobresalto, respirando con dificultad, desorientada. Sintió una lengua en su mejilla y se sentó viendo a Leo a su lado. Miró a su alrededor y encontró a Andor que comía pasto, iluminado por el sol de la mañana, y entonces recordó. El bosque. Ur. Aún seguía entrenando.

Se sobó la cabeza. Todo había sido un largo y horrible sueño. Pero aun así se había sentido muy real. ¿Quién era ese muchacho? Recordó el día anterior en el claro del bosque cuando él la había salvado, y sentía que su encuentro había sido más que una casualidad. Había habido algo especial

entre ellos, algo que ella no podía entender. Y el sueño se había sentido muy real. ¿La había visitado el muchacho en sus sueños? ¿Se dirigía un desastre hacia Escalon?

Kyra se puso de pie agitada saliendo de su choza hacia el claro del bosque determinada a descubrirlo.

“¡Kyra!” dijo una voz fuerte.

Kyra se volteó y se sorprendió al ver a su tío Kolva de pie iluminado por la mañana. Se miraba serio y orgulloso con una expresión seria en su rostro, y ella lo miraba confundida. Él no la había visitado desde que la había traído a este lugar, y él era la última persona a la que él esperaba ver aquí.

“¿En dónde está Alva? ¿Se ha ido?” preguntó ella alarmada al examinar el claro sin encontrarlo. De repente sintió un hueco en el estómago. “¿Le fallé? ¿Se decepcionó de mí?”

“Yo no conozco los pensamientos de Alva,” respondió Kolva. “Yo nunca lo comprendí, incluso cuando entrené con él. *Decepción*...no creo que ese sea una palabra que le aplique a él. Él siempre tiene una razón para irse, y siempre es parte del entrenamiento.”

Kyra tuvo una sensación de miedo.

“¿Regresará?” preguntó ella dudando.

“No lo sé,” respondió. “A veces te reta a que lo encuentres; a veces siente que su presencia es una distracción; a veces desea que entrenes por ti mismo.”

Kyra lo miró confundida y sintiendo que Kolva le ocultaba algo.

“Pero tú no has venido a hablar sobre Alva,” dijo ella al darse cuenta. “Siento que hay algo más.”

Kolva asintió lentamente, sombrío.

“Sí,” dijo simplemente. Después guardó silencio.

“Tuve un encuentro el día de ayer,” recordó ella. “Casi fui asesinada por un Pandesiano. Un muchacho me salvó, un muchacho al que no conozco, uno con largo cabellos rubio.”

Miró una mueca de desaprobación en el rostro de su tío y el corazón de ella se aceleró.

“Lo conoces,” dijo descubriéndolo. Entonces preguntó emocionada, “¿Cuál es su nombre?”

“Kyle,” dijo él simplemente.

Kyle. De alguna manera, Kyra ya lo sabía.

“¿Quién es él?” presionó ella al sentir que su tío no quería discutirlo pero necesitando saber.

“Es un Observador,” respondió finalmente de mala gana. “Vive en la torre.”

Los ojos de Kyra se abrieron.

“¿La Torre de Ur?” preguntó ella. “Deseo verlo.”

El rostro de su tío se endureció mientras negaba con la cabeza.

“No lo harás,” dijo con firmeza en su voz, sorprendiéndola.

“¿Por qué?” demandó ella.

“Él no es de tu raza,” dijo él. “Está prohibido. Él nunca debió verte. No entiendo por qué ha pasado esto. Él será reprendido una vez que yo regrese.”

Kyra se quedó pasmada.

“¿Reprendido?” preguntó ella. “Él salvó mi vida. ¿Eso no vale nada?”

“Fue un buen acto, pero hay leyes que no pueden ser rotas. Leyes antiguas; leyes sagradas.”

“¿Cuáles leyes, tío?” le preguntó impaciente.

Él suspiró impaciente también.

“No he venido aquí para hablar de Kyle,” dijo. “No lo vuelvas a mencionar.”

Hubo un largo y tenso silencio mientras Kyra lo miraba molesta.

“Tú no eres mi padre,” respondió ella finalmente y con enojo.

“Y aun así he venido siguiendo sus asuntos.”

Ella lo miró confundida.

“He venido a terminar tu entrenamiento,” dijo él.

Ella levantó las cejas en asombro.

“¿Terminarlo? ¡Pero si ni siquiera ha empezado!”

Él negó con la cabeza.

“Eso no importa,” respondió. “No hay tiempo. Pandesia viene. Los exploradores están cerca. Es por eso que fuiste descubierta y atacada. Tuviste suerte; detrás de ese soldado había mil más buscándote. Sólo será cuestión de días para que invadan todo Escalon y estemos rodeados. Tú deberás venir conmigo a la torre. Prepararemos una defensa.”

Kyra pensó en si esto significaría ver a Kyle.

“Kyle estará en un piso diferente,” Kolva continuó misteriosamente leyendo su mente. “No te preocupes, nunca lo verás. Vamos.”

Kyra se quedó de pie observando a su tío y sintió una fuerza creciendo dentro de ella, la misma fuerza que la había hecho querer ser un guerrero y poder cruzar Escalon sola.

“No,” dijo finalmente desafiante.

Él la miró impactado.

“Yo soy tu tío,” dijo él firmemente.

“Hay muchas autoridades en mi vida,” respondió ella. “Y he aprendido que no necesito responderles a todas ellas. No he completado mi entrenamiento y yo no me rindo. No mientras mi padre esté allá afuera necesitándome.”

“Kyra,” dijo él suavizando su tono. “Estoy tratando de protegerte, ¿no lo ves?”

“Yo no busco tu protección ni la de nadie. Lo único que deseo es entrenar y aprender cómo protegerme a mí misma.”

Su tío se detuvo sin estar seguro de qué hacer.

“Tú madre no aprobaría esto,” dijo él finalmente.

El corazón de Kyra latió más rápido al escuchar la palabra *Madre*. No podía evitar sentir curiosidad.

“Cuando sea el momento,” añadió él, “Te diré todo acerca de ella.”

“No te creo,” dijo ella finalmente.

“Kyra, no tenemos tiempo,” dijo él exasperado. “Ven conmigo ahora.”

Pero ella se mantuvo firme y negó con la cabeza

“¿No lo ves, tío?” preguntó ella. “La muerte nunca me ha atemorizado. Lo único que me atemoriza es vivir sin valor.”

Kolva la observó por un largo rato hasta que finalmente, viendo la determinación en sus ojos, se dio la vuelta y desapareció de nuevo entre los árboles dejando a Kyra sola en este inmenso bosque. Nunca se había sentido tan sola en su vida.

*Theos*, pensó ella. *¿Dónde estás?*

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Vesuvius corrió por el campo asombrado al sentir el césped de Escalon bajo sus pies, aún sin creer que estaba parado sobre este suelo con el que había soñado toda su vida. Por fin estaba en la tierra prometida al sur de Las Flamas, en la tierra con la que sus antepasados habían soñado, en la tierra sobre la que se cantaban canciones, para la que se habían preparado invasiones, y en la que siempre había estado fuera de su alcance.

Y ahora aquí estaba como el más triunfante de su linaje, el único que había sido capaz de cumplir el sueño. Tal y como las profecías lo habían declarado, él era el destinado a gobernar. Nunca en su vida se había parado en otro lugar que no fuera Marda, y lo estaba disfrutando cómo nunca antes había disfrutado algo. Ya había guiado a su ejército a la primera aldea y había matado y torturado a todos los que encontraron.

Al correr por las llanuras, Vesuvius se regocijó al recordarlo. Aún estaba cubierto de sangre fresca y sonrió ampliamente al pensar en todas las mujeres y niños y animales que había asesinado. El torturar a estos humanos que le habían negado su sueño por tantos años le hizo sentir un placer que nunca olvidaría. El quemar esa aldea y verla convertirse en cenizas hizo que se regocijara su corazón. Pensó en todas las aldeas y pueblos y ciudades que quedaban para atacar en Escalon y sabía que era sólo el comienzo. Pronto todo Escalon estaría a sus pies.

El impulso inicial de Vesuvius al salir del túnel fue dirigirse primer hacia la Torre de Ur para robar la Espada de Fuego; pero primero tenía otro deseo más apremiante. Siempre había soñado con ver Las Flamas del otro lado. Quería pararse ahí y ver lo que se sentía mirar hacia el norte hacia Marda. Pero más que eso, quería venganza. Quería que todos los humanos que vigilaban Las Flamas y que habían matado a tantos de su pueblo pagaran. Quería que ellos murieran primero. Sabía que nunca se esperarían un ataque desde atrás y no podía esperar para ver sus rostros cuando los sorprendiera, atrapándolos entre un ejército de troles y un muro de fuego. Sonrió ampliamente al imaginárselo: los apuñalaría por la espalda mientras corrían directamente hacia el fuego. Tal vez no podría hacer que bajaran Las Flamas; o al menos no hasta que llegara a la Torre de Ur y robara la Espada de Fuego. Pero al menos por el momento masacraría a todos los que se atrevieron a hacer guardia en ese lugar. Eso les enseñaría lo que significa poner una guardia en las fronteras de Marda.

Vesuvius aumentó su velocidad mientras las piernas le dolían al pasar por las colinas y con su ejército siguiéndolo. Sostenía la alabarda tan fuerte como podía y apenas si se sentía agitado ya que, como la mayoría de la raza de los troles, tenía fuerza suficiente para correr por millas sin perder el aliento. Utilizaría esa fuerza natural como su ventaja. Muy pronto, sus troles se esparcirían hasta la última esquina de Escalon. Al correr, Vesuvius miró a su alrededor y vio lugares en los que construiría sus ciudades, pensó en cómo las nombraría y en dónde edificaría sus estatuas. Esclavizaría a la raza humana creando fábricas de minería y grandes fosos de fuego en los que torturaría a hombres y mujeres por placer. Ya se sentía impaciente.

Las horas pasaban y mientras Vesuvius pasaba por otra colina y saliendo de un gran tramo de bosque, se detuvo perplejo por lo que vio delante de él. Ahí, a unas cien yardas de distancia, estaban las rugientes Flamas, tan brillantes y altas y magníficas que casi lo cegaron. Podía sentir su calor y escuchar su crujir incluso desde aquí. Nunca había anticipado cómo se verían desde su perspectiva. Era sobrecogedor.

Y ahí abajo, sin sospechar nada, estaban los guardias de Las Flamas vigilando y mirando hacia el



norte. Nunca habrían sospechado que su enemigo en realidad vendría del sur.

“¡TROLES DE MARDIA!” gritó. “¡ATAQUEN!”

Hubo un gran grito detrás de él mientras la nación de troles vitoreaba. Levantaron sus alabardas y sus gritos hicieron eco en las colinas.

Vesuvius esperó u observó saboreando el momento mientras los cientos de humanos vigilando Las Flamas se voltearon y miraron hacia arriba. Miró como sus expresiones cambiaron de sorpresa a terror. Con Las Flamas a sus espaldas, estos humanos no tenían a dónde correr.

Vesuvius gritó y avanzó. Bajó con deleite por la colina guiando a su nación mientras sentía el calor y el brillo del fuego cada vez más fuerte. Su corazón saltó con alegría al levantar su alabarda y dirigirse a un muchacho que no sospechaba nada, de unos dieciocho años de edad y que abría la boca y soltaba su espada horrorizado. Vesuvius lo alcanzó, bajó su alabarda por su pecho y lo cortó en dos.

Todo alrededor pudo escuchar el encantador sonido de cuchillos atravesando carne, de humanos gritando llenos de terror mientras los troles los masacraban. La mayoría estaban tan asustados que no se defendieron, y los que trataron de hacerlo fueron asesinados inmediatamente. Mientras su ejército les caía como una ola de muerte, los humanos que quedaban se voltearon y empezaron a correr hacia Las Flamas, prefiriendo morir por el fuego que por los troles. El aire se llenó de gritos de humanos y con el olor de la carne quemada mientras uno a uno estos Guardianes de Las Flamas, los guerreros de élite de los humanos, eran asesinados.

Vesuvius se echó hacia atrás mirando hacia el cielo, sonriendo, disfrutando este gran momento de su vida. Cubierto en sangre, sosteniendo su alabarda y deseando más muerte, gritó con felicidad hacia los cielos. Sabía que esto era sólo el comienzo. No había nada que pudiera detenerlo.

Finalmente, Escalon sería suyo.

# CAPÍTULO TREINTA

Theos volaba por Escalon sin dejar de respirar fuego y dejando una cicatriz en Escalon que duraría por siempre. Su furia no tenía fin y estaba determinado a no detenerse hasta que esta tierra que había robado su huevo fuera destruida.

Mientras golpeaba la tierra con fuego una y otra vez volando en círculos y derribando bosques enteros a la vez, de repente lo escuchó. Era un sonido que él podía escuchar incluso en medio de su destrucción, tan primitivo y tan cercano a su alma que lo hizo elevarse en el cielo dejando de respirar fuego y escuchar.

Lo escuchó otra vez.

Una vez más.

Theos sintió una gran emoción al reconocer el llanto. Era inconfundible: era el llanto de un dragón; un bebé dragón. Sabía que por primera vez estaba escuchando el llanto de su hijo.

Theos se dio la vuelta y voló con urgencia siguiendo el sonido y con esperanza en su corazón. Voló bajo, mirando con determinación y con su cuerpo electrificado. Su hijo gritaba por ayuda; gritaba por él.

Theos incrementó su velocidad yendo más rápido que nunca y pasando millas de Escalon con un simple batir de sus alas. Voló por colinas, ríos y bosques. Podía sentir que su hijo estaba cerca, muy cerca.

Lentamente Theos alcanzó a verlo. Vio el contorno de un edificio de piedra, un fuerte que ondeaba una bandera amarillo y azul. Dentro se encontraban miles de soldados Pandesianos como hormigas y ahí, en el centro del fuerte, vio algo que le hizo trizas el corazón.

Su bebé.

Ahí estaba su bebé dragón atado a un poste en medio del patio de piedra, atado con cuerdas y chillando. Lloraba por él. A su alrededor había soldados Pandesianos con lanzas que lo picaban atravesándole su tierna piel. Con cada corte, el hijo de Theos chillaba en agonía, y con cada corte, la furia de Theos incrementaba. Creció dentro de él como un volcán hasta que su furia llegó a su punto límite. Estaba listo para destruir el mundo.

Theos sintió una furia como la que nunca antes había sentido, una furia que lo cegó. Se abalanzó con impresionante velocidad apenas pensando mientras abría la boca y se preparaba para incinerar a todos estos humanos. Pero al hacerlo supo que no podía arriesgarse a respirar fuego y quemar a su propio hijo.

Theos lanzó fuego en un gran círculo quemando la periferia del patio, quemando vivos a docenas de soldados a la vez. Bajó más batiendo sus grandes alas y derribando partes del muro que cayeron y aplastaron a otros soldados más. Voló por encima de su hijo casi tocándolo y después se dio la vuelta queriendo matar a todos los que estaban a su alrededor antes de rescatarlo.

Theos bajó otra vez extendiendo sus garras y mató a todos los soldados que huían alejándose de su hijo. Les quitó las lanzas de sus manos cortándolas en dos y después bajó todavía más encajando sus dientes en las espaldas de los soldados que corrían. Mordió a uno de los soldados, lo elevó en el aire y lo sacudió hasta que sus pedazos cayeron al suelo.

Theos voló una vez más y lo suficientemente bajo esta vez como para rescatar a su hijo. Aplastó otros pedazos del muro destruyendo el fuerte y sintiéndose satisfecho. Voló más bajo de lo que estaba acostumbrado y apuntaba directamente hacia su hijo. Lo liberaría del poste y, poniéndolo en

su espalda, mataría a los soldados restantes.

Mientras Theos se acercaba ya anticipando la felicidad de tener a su hijo en su espalda, de repente sintió algo desconocido. Sintió algo que jalaba sus alas y después sintió que las detenían. Miró confundido y vio gruesas cuerdas alrededor de sus alas de acero reforzado que caían de repente sobre él desde todas partes. Miró hacia arriba y, al ver más cuerdas, se dio cuenta que estaba cayendo en una red. Cientos de Pandesianos se acercaron lanzando sus redes y vio que solamente estaban esperando a que volara más bajo.

Había sido una trampa.

Theos de repente sintió sus alas inmovilizadas y colapsándose en su cuerpo; sintió que sus grandes garras se enredaban sin poder moverlas y ya no pudo seguir volando al perder el control. Incapaz de seguir en el aire, de repente cayó de picada sobre la tierra y las rocas, destrozando un muro de piedra mientras rodaba enredado hasta que finalmente se detuvo.

Theos, en agonía, trató de liberarse; pero no pudo. Se sacudió pero vio que estaba restringido por en todos lados por cuerdas de acero que se pegaban a su piel sostenidas por cientos de soldados que pronto lo rodearon. Y entonces, un momento después, lo sintió: agonía. Su piel fue atravesada.

Gritó lleno de dolor mientras soldados se acercaban con lanzas brillantes y le atravesaban la piel. Primero uno. Después otro.

Después otro.

Theos sintió que lo atravesaban cientos de veces por todas partes. Estaba sangrando considerablemente y con cada corte se sentía más débil. Su esfuerzo era inútil.

Pronto, Theos sintió que la gran luz que había ardido dentro de él por miles de años empezaba a desvanecerse. Sabía que estaba muriendo. Había bajado la guardia debido al amor por su hijo. Había cometido el error más grande de su vida.

Sintió que lo apuñalaban una y otra vez. Sin poder pensar debido al dolor, sintió que sus ojos empezaban a cerrarse. Y con sus últimos pensamientos, de manera extraña, recordó a Kyra. De lo que casi había sido. Pensó en su destino y en lo cerca que habían estado. Ahora ella estaría completamente sola.

Ahora era demasiado tarde.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Kyra estaba sentada sola al amanecer encima de la cresta más alta con vista al bosque sobre una roca. Leo y Andor estaban cerca y ella estaba con las piernas cruzadas y levantando los brazos al cielo como Alva le había enseñado. Mantenía su enfoque en su respiración y trató de concentrarse. Al quedarse inmóvil y escuchar el romper de las olas en la distancia, trató de vaciar su mente de todo pensamiento.

Kyra desesperadamente trató de invocar el poder que tanto deseaba invocar. Quería terminar su entrenamiento y ser más poderosa que lo que nunca había sido, sentir el poder una vez más que había experimentado en algunas ocasiones en su vida. Trató de recordar la ocasión en la que había invocado a Theos, en cómo se había sentido.

Pero aunque lo intentaba, nada funcionaba. Las palabras de Alva hacían eco en su cabeza.

Tú deseas controlar el universo. Pero el universo te controla a ti. Sólo por un segundo, deja de querer controlar todo a tu alrededor. Deja que esto te envuelva. Es algo inmenso, más grande que tú.

Kyra cerró los ojos, respiró profundo, y dejó de intentarlo. Por sólo un segundo dejó de intentar que el universo se moldeara a sus deseos, dejó de tratar de lograrlo. En vez de eso, dejó de desear querer invocar sus poderes; dejó de desear completar su misión; dejó de desear la aprobación de su padre, su propia aprobación y el deseo de ser la mejor. Por tan sólo un momento se permitió ser lo suficientemente buena tal y como era. Dejó que el universo tomara posesión de ella y que la controlara como una marea.

Mientras Kyra se sentaba en silencio prestando atención sólo a su respiración, lentamente algo extraño empezó a pasar: se encontró en un lugar de profunda calma. Se encontró viajando más profundo en esos niveles de calma, una calma como la que nunca había experimentado. Se dio cuenta de que Alva había tenido razón: se había estado esforzando mucho por avanzar, por ganar aprobación, por ser la mejor. Y se dio cuenta que el intentar significaba *carecer*. Las personas triunfadoras no querían ni deseaban ni intentaban. Ya lo tenían. Tenía que llegar al lugar en su interior en dónde ya lo tenía todo. Entonces esto se materializaría en el mundo exterior.

Kyra se dio cuenta que vivía con un puño de acero que la sostenía por el estómago, haciéndola siempre querer ser la mejor y probarse a sí misma. Era esto lo que manejaba su vida. Tal vez era por crecer como mujer en un fuerte lleno de hombres o tal vez por cuánto deseaba la aprobación de su padre. Pero se dio cuenta que para poder recibir todo lo que quería primero tenía que dejar de desearlo. Tenía que dejar que llegara solo. Pero más que nada, tenía que apreciarse y aceptarse como era ella *ahora*. Tenía que apreciar y aceptar que en este momento y sin importar lo que viniera, ella era lo suficientemente buena *exactamente como ella era*.

Kyra, perdida en su mente, no supo cuánto tiempo había pasado cuando empezó a sentir un calor que corría por su cuerpo. Sintió que el universo empezaba a derretirse a su alrededor y que el universo empezaba a recibirla y aceptarla. Al hacerlo, sintió cómo toda su tensión desaparecía. Entró en tal estado de profunda calma y enfoque que descubrió un nuevo sentimiento moverse dentro de ella. Era un sentido de claridad, un sentido de nuevas puertas abriéndose, un sentido de estar en un lugar en el que nunca antes había estado. Era un nuevo poder que siempre había estado fuera de su alcance pero que ahora venía hacia ella.

Kyra abrió los ojos lentamente y se asombró al ver el atardecer y, al hacerlo, vio cómo Leo y Ando empezaban a alejarse de ella con cautela, como si tuvieran miedo. Era como si sintieran que algo había cambiado dentro de ella.

Abrió los ojos todavía más y al hacerlo supo que ya no era la misma persona. Sabía que había invocado su poder interior y que este era más poderoso que nunca. Alva había tenido la razón. Ella había estado equivocada acerca de él; a pesar de su escepticismo, él había sido el mejor maestro de todos.

Kyra miró hacia el bosque y, queriendo probar su poder, se enfocó en una rama. Dirigió su poder interior y, un momento después, la rama se rompió cayendo al suelo.

Emocionada y queriendo probar su poder todavía más, Kyra miró hacia una corriente de agua en el suelo y le ordenó sin hablar que se detuviera. De repente el agua dejó de correr y el pequeño riachuelo se secó. Pudo sentir la energía guardada del agua al detenerse y que se elevaba como un muro. La soltó con la mente y el agua fluyó otra vez.

Kyra, sintiéndose más poderosa que nunca, miró hacia un inmenso árbol derribado en el suelo del bosque. Le ordenó que estuviera erguido de nuevo. Observó con el corazón dándole un salto cómo el árbol se elevaba con un gran crujido. Sintió su gran fuerza mientras este se levantaba. Las aves y las ardillas abrieron paso mientras este se enderezaba y se mantenía erguido una vez más.

Kyra sintió un infinito e inmenso poder corriendo dentro de ella, como un río que no debía ser detenido. Se sintió más poderosa que mil hombres, como si no hubiera nada en el mundo que no pudiera lograr. Exaltada, cerró los ojos y respiró profundamente con un gran sentimiento de victoria. Había llegado a la cima. No sabía si esta era la cima más alta o si duraría para siempre o si lo podría hacer de nuevo. Pero por ahora, en este momento, sus poderes eran innegables. Eran reales.

Finalmente supo que sí era especial. Finalmente supo que las profecías eran reales: en verdad tenía un destino especial.

Kyra cerró los ojos respirando profundamente y deseando ir más profundo. Necesitaba saber más. Sentía que todas las respuestas de su vida estaban frente a ella; los secretos de su madre, su destino, todo esperando en las orillas de su mente. Sintió que sus palmas se ponían más y más calientes y un hormigueo en sus ojos. Respiró profundamente por un largo tiempo en silencio sabiendo que estaba por llegar.

Acariciada por la brisa del mar, Kyra se perdió en el silencio sin saber por cuanto tiempo hasta que una visión pasó por su mente. Era muy vívida y se sintió muy real.

Theos. Lo vio surcando el cielo dando vueltas por Escalon. Entonces de repente sintió un dolor en el estómago al verlo chillar y caer al suelo atrapado por una red de acero. Kyra observó con horror al verlo caer con su rostro en la tierra. Sintió su dolor mientras estaba ahí inmóvil y vio cómo soldados se acercaba con lanzas y empezaban a acuchillarlo. Sintió el dolor en su propio cuerpo como si ella también estuviera siendo acuchillada y gritó de manera involuntaria al verlo cerrar los ojos, sufrir, y morir.

Kyra jadeó. Quería apagarlo, abrir los ojos y correr; pero el universo tenía más que mostrarle y no la dejaría ir.

Tuvo otra visión. Vio a su padre en la gran capital de Andros. Estaba en el patio al amanecer rodeado de soldados. Soldados que él no conocía y en los que no confiaba. Miles de ellos. Lo rodeaban por todos lados. Vio el amarillo y azul de Pandesia y observó cómo su comandante se acercaba levantando una espada y atravesando el corazón de su padre.

Kyra jadeó y abrió los ojos incapaz de soportarlo más. Saltó de la roca y empezó a correr por el puente en medio del bosque seguida por Leo y Andor, lastimándose con las ramas pero sin que esto le importara. Corrió hasta llegar al claro desesperada por respuestas, desesperada por sacudir las pesadillas de su mente y desesperada por encontrar a Alva.

Kyra finalmente se detuvo frente a su choza, jadeando; pero miró hacia arriba y vio que estaba vacía. Se sintió desfallecer.

“¡Alva!” gritó Kyra con su voz haciendo eco en el bosque. “¿Dónde estás?”

“Estoy en todas partes y en ninguna parte,” dijo una suave voz.

Kyra dio la vuelta y se sorprendió al ver a Alva de pie en el claro del bosque detrás de ella, sosteniendo un bastón y mirándola calmadamente.

Ella se le acercó respirando agitadamente y aún afectada por la visión.

“¡Theos!” gritó haciendo que tropezaran sus palabras. “¡Está muerto!”

Ella buscaba una confirmación, preguntándose si había perdido la cabeza y esperando que Alva estuviera frenético también. Deseaba más que cualquier otra cosa que él le dijera que estaba loca.

Pero Alva guardó la calma y simplemente asintió sin expresión alguna.

“Lo está,” dijo él simplemente, siendo esas dos palabras como dos clavos en su corazón.

Ella gritó de manera involuntaria.

“¿¡Cómo puede ser posible!?” demandó sintiendo que el mundo se derrumbaba debajo de ella.

Theos, el dragón al que podía invocar, la bestia que estaba destinada a darle a ella y a su padre dominio sobre Escalon, estaba muerto.

“¡Estás parado sin mostrar emoción!” gritó ella. “¿¡Cuál es tu problema!? ¡Theos! ¡Mi dragón! ¡Está muerto! ¡La bestia que no podía morir está muerta!”

Kyra se sintió más vulnerable que nunca.

“Él nunca fue tuyo, Kyra,” Alva respondió calmadamente. “Su compañía fue un regalo, uno que se te otorgó sólo por un momento.”

Ella trató de entender y de procesarlo todo.

“Pero...no lo entiendo. Yo lo salvé. ¿¡Fue todo para nada!?”

Alva la miró con ojos azules penetrantes.

“¿Lo salvaste?” preguntó él calmadamente. “¿O él te salvó a ti?”

Ella lo pensó sin poder entender.

“Si está muerto...” continuó ella, “no tenemos nada. Yo...no soy nada.”

Alva negó con la cabeza.

“Todo lo contrario, Kyra,” respondió. “De hecho, tú eres algo mucho más grande.”

Ella trató de no llorar al recordar su visión. Trató de escuchar a Alva pero era difícil enfocarse con la visión todavía en su mente. Había quitado el velo y no le había gustado lo que había visto.

“Mi padre,” añadió ella recordando. “Está rodeado. Traicionado.”

Ella miró a Alva esperando, rogando, que le dijera que su visión era falsa.

Pero él asintió.

“Así es,” confirmó.

Kyra cerró los ojos sintiendo que colapsaba por dentro. El pensar en su padre traicionado, solo, rodeado y sin que ella lo pudiera ayudar, la hizo pedazos.

“Lo matarán,” dijo ella.

“Lo harán,” respondió él.

Sin poder evitarlo, empezó a llorar.

“¡Debo salvarlo!” gritó.

Sin pensarlo, Kyra atravesó el claro y montó a Andor.

“Si vas, morirás.”

La voz de Alva resonó en todo el claro y, mientras se volteaba y lo miraba limpiándose las lágrimas, la gravedad en su tono la golpeó en el corazón.

“No estás lista,” añadió. “Tu entrenamiento está incompleto. Apenas empiezas a conocer tus poderes. Si te vas ahora, morirás también.”

Kyra negó con la cabeza rehusándose a escuchar.

“No puedo quedarme aquí sabiendo que mi padre morirá,” insistió elevando su voz con determinación. “Si me quedo, ¿qué clase de hija sería? No podría vivir con ello.”

Él negó con la cabeza.

“Tú no tienes control sobre el dominio de los demás,” respondió él. “Pero sí puedes controlar tu poder. Eso es lo que tu padre querría. Si te vas ahora, antes de terminar, no tendrás nada.”

“Puede que fracase,” respondió ella llenándose de resolución. “Pero si fallo, sabré que morí persiguiendo la única causa que en realidad importa.”

Tomó las riendas y se preparó para patear cuando su voz resonó otra vez.

“Estás tomando una decisión muy profunda, Kyra,” dijo él. “Una decisión que cambiará tu destino; una decisión que cambiará el destino de Escalon por muchas generaciones. No te vayas, Kyra. Morirás.”

Pero ella se quedó sentada en Andor, dándole la espalda con determinación.

“Hay cosas peores que la muerte,” respondió ella. “Como el vivir una vida de cobarde.”

Sin decir otra palabra, Kyra cabalgó hacia el bosque con Leo a su lado, y dirigiéndose al sur hacia la capital y hacia su padre. Rogaba porque no fuera muy tarde.

*Padre, oró en silencio. Deja que muramos juntos. Espérame.*

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Alec caminaba por la forja sorprendido al ver cuántas personas habían venido aquí desde el hundimiento del barco Pandesiano. Parecía como si la entera ciudad de Ur uniera sus fuerzas y se preparara para la futura guerra. Sin que hubiera más lugar aquí, las personas incluso trabajaban fuera de la forja en las calles y en los patios, con el sonido de los martillos llenando el aire mientras creaban más armas y escudos y armaduras que las que Alec podía contar. Se había convertido en una fábrica de guerra.

Las chispas volaban por todas partes mientras Alec pasaba inspeccionándolo todo, con el sonido del acero fundido llenando sus oídos y atravesando las nubes de vapor al pasar por las tinas. Corregía el trabajo de las personas al pasar y, más importante aún, supervisaba la largura de las cadenas que se forjaban y ponían en las mesas, con picos insertados a cada pocos pies.

Después de su éxito, todos estaban apurados creando más cadenas y tratando de completar tantas como fuera posible. Los ciudadanos de Ur ahora estaban determinados a llenar sus canales con trampas para detener la invasión y hundir tantas naves como fuera posible. La entera flota Pandesiana llegaría pronto, y esto los obligaba a terminar el trabajo de muchos meses en sólo unos cuantos días. Filas de mesas completas estaban dedicadas a ensamblar las cadenas, con cientos de pies de eslabones siendo arrastrados por la puerta, forjados en picos de hierro, y arrastrados hacia afuera de nuevo.

Alec estaba encantado y aún emocionado al haber hundido ese barco. Su artefacto había energizado a toda la ciudad y, mientras trabajaba, sentía que su familia le sonreían desde arriba y le decían que trabajara más duro. Desde la muerte de su familia, Alec ahora sentía una razón para seguir viviendo. Después de todo, aún había muchos Pandesianos que matar.

Alec llegó hasta la mesa de Dierdre y se detuvo a observar. Golpeaba una espada con las mujeres a su lado trabajando igual de duro, martillando sin descansar como si martillaran a Pandesianos. Claramente tenían una venganza que cumplir.

Él estaba hipnotizado por ella. Pensó en cómo ella se había parado enfrente de Pandesia y su corazón se llenó de orgullo. Se agachó y tomó su mano gentilmente, guiándola, y ella se detuvo y la retiró como si hubiera sido tocada por una serpiente. Él se sintió avergonzado al haber olvidado lo retraída que era.

“No quise ofenderte,” dijo él levantando las manos. “Sólo ajusto tus golpes. ¿Ves la hoja en ese lado? Debes golpearla justo ahí. De otra manera no tendrá filo.”

Ella la examinó y le dio la vuelta siguiendo con los golpes. No le agradeció ni le regresó la mirada.

Alec, queriendo saber más sobre ella para crear una conexión, no se rindió. Se sentó a su lado y quería intentarlo de nuevo.

“Haces un buen trabajo,” dijo él. “Mejor que la mayoría de los muchachos.”

Ella no lo miró sino que mantuvo sus ojos molestos en la espada.

Él no pensó que respondería, pero finalmente habló:

“Es fácil cuando tienes una causa,” respondió ella.

Él pensó en lo grave que debió haber sido su sufrimiento.

“¿Y cuál es tu causa?” preguntó él.

“Matarlos a todos.”



Alec entendió; pero al mismo tiempo se vio abrumado por la profundidad de su furia.

“Admiro la posición que tomaste en el puerto para defender a la gente,” dijo él.

“No lo hice por ellos,” respondió ella con voz dura. “Lo hice por mí.”

“De todas formas,” persistió él, “fue tu valor lo que le dio a la ciudad valor.”

Ella continuó martillando sin mirarlo.

“Hubiera muerto con gusto antes de que pudieran llevarme,” respondió. “No fue por táctica.”

“No lo dudo,” respondió él. “Lo puedo ver en tus ojos.”

Ella siguió ignorándolo y él captó el mensaje de que a ella no le gustaba. Ella guardó silencio por tanto tiempo que él estaba a punto de levantarse e irse, cuando de repente habló de nuevo.

“También admiro lo que hiciste,” respondió ella. “Con la cadena y los picos. Fue algo muy bueno para la ciudad.”

Él sonrió y su corazón latió más deprisa al ver que ella mostraba algo de interés por él.

“Nada me ha dado más placer,” dijo él.

Ella se volteó y lo miró por primera vez y su expresión pareció suavizarse un poco.

“¿Y de dónde eres?”

Él se detuvo mirando hacia otro lado, sintiendo una punzada de nostalgia y sin saber cómo responder.

“Por el momento soy de aquí,” dijo él.

Ella lo miró pareciendo interesada por primera vez.

“¿Y antes?” presionó ella.

“De una pequeña aldea,” respondió incapaz de ocultar su remordimiento. “Estoy seguro que nunca has escuchado de ella. Ahora ya no existe.”

Ella pareció detectar algo y le preguntó: “¿Y tu familia?”

Alec negó con la cabeza lentamente tratando de no llorar, y por primera vez la expresión de Dierdre cambió por una de compasión.

“Lo siento,” dijo ella finalmente.

Un largo y compartido silencio cayó entre los dos mientras se entendían.

“¿Y tú?” preguntó él. “¿De dónde eres?”

“De aquí.”

“¿Ur?” preguntó él sorprendido.

Ella asintió.

“Hasta que mi padre me entregó. Los Pandesianos me tomaron, pero logré regresar.”

“¿Regresaste?” preguntó impactado mirándola todavía más. “Si lograste escapar de los Pandesianos, supongo que no fue un camino fácil.”

Alec sintió que su compasión por ella crecía al darse cuenta de lo que había pasado. Llegaron muchas preguntas a su cabeza pero guardó silencio sin querer entrometerse. No estaba seguro de qué decir.

“Bueno, por lo menos ya está todo en el pasado, ¿verdad?” dijo él.

“Algo así,” respondió ella regresando a su trabajo.

Él la miró trabajar y se preguntaba qué decirle; después de todo, él había tenido una tragedia similar y no sabía qué decirse a sí mismo.

“No podemos arreglar el pasado,” admitió pensativo. “Pero tal vez...podamos cambiar el futuro.”

“Yo *sí* cambiaré el futuro,” respondió ella y él se sorprendió por la fiereza y determinación en su

voz. “Mataré hasta al último de ellos.”

“No dudo que lo harás,” respondió él. “¿Pero te has preguntado qué harás después de terminar de matarlos?”

Esta era una pregunta que lo había estado molestando. Era algo en lo que pensaba constantemente: después de matarlo a todos, ¿qué haría? Esto no traería a su familia de vuelta. ¿Alguna vez podría dejar de sentir sufrimiento?

“¿Crees que esto hará que tu dolor desaparezca?” preguntó Alec.

Ella negó con la cabeza.

“No,” dijo ella. “Pero tal vez si cambio el futuro lo suficiente el pasado también se vea afectado. No lo hará desaparecer, pero puede que tal vez lo haga...transformarse en algo más.”

“Tal vez,” dijo él. “Además, el futuro es todo lo que tenemos, ¿o no?” Pausó. “Tal vez es mejor haber sufrido,” añadió, “mejor tener una tragedia que nunca haber experimentado nada. Esto te da fuerza, la fuerza que necesitas. Eso es lo que solía decir mi padre.”

“¿Tú crees en eso?” preguntó ella bajando su martillo.

Él se encogió de hombros.

“No lo sé. La tragedia es un asco, pero soy más fuerte. Más que eso; he cambiado. Ahora soy una persona diferente. No sólo mayor, sino que muy en lo profundo me he transformado en algo más, algo en lo que nunca me hubiera transformado. En realidad no puedo explicarlo.”

La puerta de la forja se abrió de repente y entró un hombre alto y vestido con elegantes ropajes extranjeros, con sedas rojas encima de los hombros a pesar del calor y portando una capa con una insignia de un país que Alec no pudo reconocer. Se miraba diferente a los demás con su rostro estirado, deslumbrantes ojos verdes, barba corta color marrón, cicatriz en la oreja y un misterioso porte de aristócrata. Examinó la habitación y posó la vista sobre Alec.

Alec no tenía idea de quién era. ¿Se trataba de otro voluntario? Sus ropas se miraban muy elegantes.

El piso de madera crujía bajo sus grandes botas mientras cruzaba la habitación y se detenía delante de él. Se acercó y puso una mano sorprendentemente firme en su hombro.

“He venido a buscar una espada,” dijo el hombre con una voz gruesa de acento extranjero que Alec nunca había escuchado antes.

“¿Deseas pelear contra los Pandesianos?” le preguntó Alec.

El hombre asintió.

“Así es.”

Alec alcanzó una de sus espadas recién fabricadas de la mesa y se la dio.

El hombre la examinó levantándola y pesándola con ambas manos.

“Un buen trabajo,” dijo con un grueso acento. Pero entonces, para la sorpresa de Alec, la bajó con desaprobación.

“Necesito más que esto.”

“¿Más?” preguntó Alec confundido.

“Ven,” le dijo. “Te mostraré algo.”

El hombre entonces se dio la vuelta y, tan rápido como había entrado, salió de la forja.

Alec lo miró irse y miró hacia Dierdre confundido esperando que ella supiera de qué se trataba. Pero ella mantuvo la cabeza baja ocupándose en su trabajo. Alec sabía que aún tenía mucho trabajo, pero el misterio del hombre era muy grande y deseaba saber más.

Alec siguió al hombre dejando la forja en manos de los demás. Salió hacia la calle cegado por el sol de manera temporal y, al ver al hombre que caminaba rápido entre la multitud, lo siguió.

Alec lo siguió por las abarrotadas calles apenas pudiendo seguir el paso. Afortunadamente este hombre era más alto que los demás y no era tan fácil perderlo de vista.

“¿Quién eres?” le dijo Alec apresurándose hasta alcanzarlo. “¿A dónde vas?”

El hombre no se detuvo, sino que siguió pasando por las ocupadas calles hasta que se dirigió a una de las gigantescas torres de vigilancia que se elevaba sobre Ur y miraba hacia el mar.

Alec se apresuró para alcanzar al hombre que empezaba a entrar.

“¿A dónde vas?” gritó Alec confundido. “¡No tengo tiempo!”

“Sígueme y lo sabrás,” dijo él antes de entrar y desapareciendo.

Alec miró hacia la forja, sin saber qué hacer y molesto. Pero entonces se dejó vencer por la curiosidad al darse cuenta de que ya había venido tan lejos y queriendo saber de qué se trataba. Sintió que había algo especial acerca de este hombre y tenía que saber más.

Alec lo siguió. Entró en la oscura y fría torre de vigilancia fabricada completamente de piedra y, mientras sus ojos se ajustaban, vio que el hombre subía por la escalera de piedra circular. Alec lo siguió pasando por muchos escalones y con ardor en sus piernas tratando de alcanzarlo. El extraño era sorprendentemente rápido para ser tan alto y no fue sino hasta que llegó a la cima que Alec pudo alcanzarlo.

Alec salió hacia el techo y, viendo más allá del hombre que estaba de pie dándole la espalda, se quedó pasmado por la vista. Desde ahí podía ver todo Ur que se extendía debajo de él y mucho más, el infinito horizonte y el océano. Una fuerte ráfaga lo golpeó y sintió como si estuviera en la cima del mundo.

Miró a su alrededor y no miró nada más que al hombre, y empezó a preguntarse si se trataba de alguna clase de engaño.

“¿Qué estoy haciendo aquí arriba?” demandó Alec aun recuperando el aliento.

“Ven aquí y mira lo que yo miro,” dijo el hombre todavía dándole la espalda.

Alec lo siguió mientras el hombre caminaba hacia la orilla y, poniéndose a su lado con sus manos sobre el pequeño muro de piedra y mirando hacia el horizonte, Alec jadeó. Lo que vio hizo que su corazón se desplomara. Ahí, enfrente de él, el Mar de los Lamentos estaba lleno de un color negro. La entera flota Pandesiana llenaba el horizonte como una línea negra que se extendía hasta donde alcanzaba a ver. Parecía cubrir el mundo entero.

“Por lo menos un millón de barcos,” observó el hombre simplemente. “Todos navegando hacia Ur.”

Miró a Alec con expresión sombría.

“¿Y crees que unas cuantas cadenas y picos los detendrán a todos?” le preguntó.

Alec sintió un huevo en el estómago al ver el horizonte y saber que el hombre tenía razón. Se sintió indefenso y como si la muerte viniera por todos ellos sin que pudieran hacer nada.

“Detendrán a los suficientes,” respondió Alec sin mucha convicción.

“¿Detendrán unas cuantas espadas y escudos a un ejército que ha conquistado el mundo?” le preguntó el hombre.

Alec suspiró exasperado.

“¿Y qué prefieres que hagamos?” replicó. “¿Cruzar los brazos y rendirnos?”

El hombre se dio la vuelta y lo miró con sus resplandecientes ojos verdes, con tal intensidad que

le dio a Alec un escalofrío. Parecía de otro mundo.

“No he venido hasta este lugar por tu acero,” dijo el hombre. “He venido por ti.”

“¿Por *mí*?” dijo Alec desconcertado. “¿Por qué?”

El hombre lo observaba.

“Tú eres la última esperanza,” respondió. “Tu destino está escrito.”

Alec se quedó aturdido y apenas si supo que decir. ¿*Destino*?

“Creo que tienes a la persona equivocada,” dijo finalmente sin entender. “Yo sólo soy un muchacho cualquiera de una pequeña aldea. Yo no tengo destino. No tengo nada.”

El hombre lentamente negó con la cabeza.

“Estás muy equivocado,” respondió. “Tienes mucho más que eso, y ni siquiera lo sabes.”

El hombre lo examinó y Alec no supo que pensar.

“Puedes quedarte aquí,” continuó el hombre, “con tus escudos y espadas y cadenas. Puedes esperar y ser asesinado junto con todos los demás. O puedes venir conmigo y tener una verdadera oportunidad de vencer a Pandesia.”

“¿Ir contigo!?” preguntó Alec estupefacto. “¿A dónde!?”

El hombre miró hacia abajo y Alec observó un barco con vela roja y verde posicionada en los canales. Alec volvió a ver al hombre, pero este ya se estaba alejando y comenzaba a bajar las escaleras.

“¿Ni siquiera sé quién eres!” dijo Alec siguiéndolo.

Pero el hombre, desapareciendo en la escalera, no le respondió.

Alec se quedó congelado. Miró hacia el horizonte viendo los barcos negros que se acercaban cada vez más y sintió que su vida estaba a punto de cambiar. No había escapatoria ya sea que se quedara o no. Sabía que irse y cruzar el mar con este hombre que apenas conocía sería lo más descabellado e ilógico que podía hacer.

Pero aun así y a pesar de todo, las palabras del hombre sonaban en su cabeza. Destino. Esa era una gran palabra, una que nunca nadie había usado para referirse a Alec. ¿Podría ser verdad? ¿Era él alguien especial?

Sin entender completamente qué estaba haciendo, Alec se puso de pie y empezó a dirigirse hacia la escalera para bajar de la torre. Aún no sabía cuál sería su elección. Pero lo que sí sabía era que cuando llegara a la base de la torre la elección sería más clara.

Un destino.

U otro.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Kyle estaba antes del amanecer en uno de los pisos superiores de la Torre de Ur, observando por la ventana y sintiendo un escalofrío en su corazón. Sabía que algo andaba mal. Miraba hacia el cielo que empezaba a esclarecerse y no escuchaba nada más que la quietud del universo, el sonido de insectos levantándose y el distante romper de las olas. Era su turno mientras todos sus compañeros Observadores dormían. En la superficie, no pasaba nada extraño.

Pero sus instintos le decían que había algo más. Abajo se alcanzaba a ver el paisaje de Ur, las llanuras desiertas, el contorno del bosque, y el silencio era extraño. Sabía que debería estar durmiendo preparándose para el turno de la mañana, pero sus sueños lo habían despertado y lo habían mantenido despierto. Eran sueños como los que nunca antes había tenido, algo profundo había cambiado dentro de él desde su encuentro con esa chica.

Kyra.

Cuando la vio por primera vez supo sin dudarle que ella era la indicada, la chica de las profecías, la que estaba destinada a cambiarlo todo; y la única mujer con la que él llegaría a estar.

Pero también sabía que el haberla visto a ella, una humana que no era de su raza, estaba prohibido y había sido algo muy arriesgado. Había sufrido las consecuencias al verse ahora confinado a los pisos superiores de la torre como castigo. Sabía que un castigo peor estaba por venir. Pero no le importaba; había valido la pena el haberle salvado la vida y, mejor aún, el haberla visto. Aún podía sentir el toque de su piel en la punta de sus dedos. Esto le daba fuerza.

Pero sus sueños, tan vívidos, lo habían despertado una y otra vez. Era el mismo sueño que se repetía como si alguien estuviera tocando su alma: era una pesadilla perturbadora en la que Kyra cabalgaba sola hacia el bosque y era asesinada. No podía ver qué era lo que la mataba, pero sabía que era algo no de este mundo.

¿Podría ella realmente morir después de todo esto? Sabía que todo era posible.

Kyle caminaba enfrente de su ventana con las manos húmedas y con un sudor frío en su espalda. Su corazón se aceleraba mientras examinaba confundido el paisaje. ¿Había sido todo un sueño? ¿O era algo más? ¿Estaba Kyra en peligro? ¿Necesitaba su ayuda?

Kyle caminaba en agonía sabiendo que si dejaba la torre ahora sería desterrado. De ninguna manera le permitirían dejar entrar y esto significaría abandonar siglos de entrenamiento y siglos de seguir el código sagrado. Pero aun así sentía que si se quedaba aquí, Kyra, el único verdadero amor de su vida, moriría. Y eso era algo que simplemente no podía permitir.

Kyle cerró los ojos y se enfocó en su poder especial, el que raramente utilizaba y sólo en situaciones de vida o muerte. Se quedó muy quieto y esperó.

Pronto vino a él. Empezó a escucharlo. Era un sonido distante a millas de distancia. Escuchó un caballo galopando. Escuchó la respiración agitada de Kyra. Escuchó ramas quebrándose. Escuchó la respiración del lobo que corría a su lado.

Se enfocó aún más y sintió peligro. Kyra corriendo por el bosque, siendo rodeada, emboscada.

Kyle abrió los ojos con un sobresalto y miró hacia el campo con los ojos encendidos. No podía dejarla morir.

Incluso sabiendo que su próximo movimiento definiría su destino, Kyle no lo pensó dos veces.

Saltó hacia la orilla y, sin pensarlo dos veces, se arrojó.

Cayó por cientos de pies en el aire hasta que aterrizó, como un gato, en el suelo abajo.

Empezó a caminar y después a correr.

En tan sólo un momento, Kyle ya estaba corriendo bajo el amanecer dirigiéndose hacia el bosque de Ur, dándole la espalda a todo lo que tenía por una chica a la que apenas conocía. Solamente deseaba que no fuera demasiado tarde.

\*

Merk, sin poder dormir, caminaba por los pisos inferiores de la Torre de Ur con su mente aún ocupada por su encuentro con los troles y por casi haber muerto en el techo a mano de uno de sus compañeros. Parecía que había peligro en todos lados. Ocupado asegurando la torre junto con los otros Observadores y preparándose para la pelea, se había visto ahora enfocado en su trabajo con la determinación de defender este lugar que ahora era su hogar. Sabía que al menos por esto debería sentir un poco de paz.

Pero la paz no llegaba, y un sentimiento interno seguía molestándolo y no lo dejaba dormir. Al principio pensó que era la urgencia de proteger; pero mientras más pensaba en ello más se daba cuenta de que era algo más, un sentimiento de aprensión que lo había guiado toda su vida. No tenía nada que ver con el ejército que se acercaba. Era algo más, otro tipo de peligro. No sabía de qué se trataba, pero sus instintos nunca le habían fallado.

Merk caminó pasando a docenas de otros Observadores en la larga cámara de piedra. Miraba por las ventanas mientras la luz del amanecer empezaba a iluminar el lugar y pasaba de una en una aunque no estaba de turno. Estaba vigilando, pero no estaba seguro de qué es lo que buscaba.

Finalmente se sentó bajo una ventana en particular, se asomó sintiendo el frío de la piedra en sus manos, y observó el campo junto con el amanecer.

Todo estaba quieto y nada parecía fuera de lugar. Seguía observando y nada cambiaba, excepto por el sol que se levantaba y por las aves nocturnas que dejaban de cantar. Sabía que no había nada de qué preocuparse.

Merk se frotó los ojos preguntándose si simplemente debería ir a dormir cuando de repente detectó algo de movimiento. Algo resplandecía en el claro junto con la luz matutina. Era una figura corriendo. Desapareció tan rápido como había aparecido y parpadeo preguntándose si en realidad había visto algo. Pensó y estaba seguro de haber visto un cabello rubio moviéndose con rapidez como un rayo. Era demasiado rápido para ser humano. Y de repente supo sin duda alguna que sólo podía ser una persona: Kyle.

Merk se dio cuenta con un escalofrío de qué era lo que acababa de observar: Kyle de alguna manera había bajado de la torre y huía hacia el bosque. ¿Pero por qué? Merk sabía que Kyle había sido castigado, detenido, transferido a uno de los pisos superiores y que le habían prohibido dejar la torre. Todos habían estado hablando de eso. ¿Por qué se arriesgaría Kyle a hacer eso sabiendo que no podría regresar?

Merk entonces tuvo otro pensamiento igual de perturbador: el repentino escape de Kyle habría dejado los pisos superiores sin vigilancia, vulnerables.

Merk supo que debía hacer algo. Todos los otros estaban durmiendo y sólo él lo había visto. No podía simplemente ignorarlo y actuar como si nada hubiera pasado. Por lo menos tendría que subir y

ver por sí mismo si la torre realmente había quedado vulnerable.

Caminando con cuidado por la habitación tratando de no despertar a los demás y no confiando en algunos de ellos, Merk abrió la pesada puerta de madera y la cerró despacio detrás de él. Se paró en el pasillo de la torre viendo la gran escalera en espiral que estaba en el centro. Parecía una obra de arte que iba hacia arriba y hacia abajo, como una advertencia de que estaba prohibido ir en cualquier dirección.

Merk miró hacia arriba y vio la luz matutina que se filtraba por la cúpula dorada iluminando las escaleras. Sabía que el subir significaría ser desterrado de la torre. Pero aun así sentía que debía hacerlo. Era la única manera de proteger la torre. Merk tenía que cubrir el deber de Kyle.

Respiró profundamente debatiendo qué hacer hasta que finalmente dio el paso decisivo en la escalera sabiendo que esto lo cambiaría todo; pero al mismo tiempo sabiendo que, sin importar lo que pasara, este era su deber sagrado.

Merk subió con el corazón golpeándole el pecho sabiendo que se dirigía a territorios prohibidos, sabiendo que lo estaba arriesgando todo. Subió las escaleras rápidamente y cada piso mostraba insignias diferentes grabadas en sus paredes, brillaban con joyas de diferentes colores, tenían extraños letreros que él no podía entender, y todos con puertas de diferentes formas. Esta torre era un misterio interminable.

Finalmente Merk llegó al piso superior y se detuvo respirando agitado. Aquí la piedra parecía diferente y las puertas eran de un roble antiguo protegidas con barras de hierro, puertas que deberían mantenerse selladas. Y sin embargo vio, con una sacudida de miedo, que una estaba entreabierta dejando escapar algo de luz. Algo estaba mal. Alguien claramente había tomado ventaja de la ausencia de Kyle y había aprovechado para entrar en esta habitación; alguien que ya vivía en la torre.

Había un traidor entre ellos.

Con el corazón en la mano, Merk tocó y empujó la puerta, puerta que sabía tenía prohibido tocar. Entró en guardia y se asombró al encontrarse en una cámara tallada completamente con rubíes, con un rojo brillante parpadeando en todas partes por las antorchas. Se asomó desorientado entre la tenue luz y vio del otro lado de la habitación otra puerta tallada en oro adornada con complejas marcas. Merk se quedó perplejo al sentir inmediatamente que esa era *la* puerta. La puerta por la que nadie debería pasar, ni siquiera un Observador. Era la puerta legendaria.

La puerta hacia la Espada de Fuego.

Mientras Merk entrecerraba los ojos por la luz, vio algo más, algo incluso más impactante: una figura moviéndose sigilosamente en la oscuridad y dirigiéndose hacia la puerta.

El hombre volteó sobresaltado al ver que Merk entraba, y Merk vio sorpresa y miedo en su rostro como si lo hubiera sorprendido en el acto.

“¿Pult?” preguntó Merk reconociendo a su compañero Observador, incapaz de olvidar al hombre después de la forma en que lo había tratado en el techo. “¿Pero por qué?”

Merk observó hacia abajo mientras Pult trataba de esconder algo en su mano, y vio que era una herramienta plana metálica claramente destinada para abrir una puerta. Merk se dio cuenta llenándose de rabia que había un traidor entre ellos.

Pult emitió un grito y de repente cruzó la habitación abalanzándose sobre él. Sacó una daga y apuntó hacia el estómago de Merk, con un golpe que podría haber cortado a Merk en dos.

Pero Merk, dejando que su instinto tomara el control por años de experiencia en peleas, lo esquivó sin pensar. La daga lo rozó rasguñándole el brazo, pero sin matarlo.

Merk reaccionó sin pensarlo. Se dio la vuelta y le dio un codazo al hombre en el rostro. Fue un golpe duro, uno que podía haber matado a un hombre, y Pult cayó de rodillas. Pero para la sorpresa de Merk, Pult inmediatamente se puso de pie y atacó con su daga cortando a Merk.

Merk, inclinándose por el dolor, miró a su adversario dándose cuenta de que lo había subestimado. Pult se lanzó y trató de cortarlo otra vez, pero esta vez Merk lo esquivó y lo pateó en el estómago haciéndolo caer de rodillas. Después lo pateó en la barbilla y en la muñeca haciendo que su daga cayera en el suelo.

Pero Pult, aparentemente invencible, giró y tacleó a Merk poniendo su cabeza y hombros alrededor de su cintura y empujándolo hacia atrás.

Merk retrocedió hasta que su espalda golpeó contra la puerta de oro. Hubo un crujido mientras la puerta se abría y Merk cayó en el piso perdiendo el aliento. Merk pudo sentir el aire frío de la habitación abierta en su cuello.

Merk miró hacia arriba y vio a Pult encima de él levantando su daga y bajándola contra su rostro. Merk movió su cabeza en el último instante y la daga sonó y sacó chispas mientras golpeaba contra la piedra. En el mismo movimiento, Merk tomó el rostro del hombre con ambas manos y lo giró. Era un movimiento bruto, pero uno que le había servido muy bien toda su vida. Se oyó el inevitable crujido y momentos después el hombre cayó sobre él sin moverse, con el cuello roto, muerto.

Merk se dio cuenta muy tarde de que esto había sido muy imprudente. Debió mantener al hombre con vida para interrogarlo, para entender por qué los había traicionado y quién lo había enviado. Pero con el hombre muerto encima de él no había mucho que Merk pudiera hacer aparte de quitárselo de encima.

Merk lentamente se puso de rodillas y manos, retorciéndose por el dolor, y logró levantarse. Sintió el aire en su cuello de nuevo, vio la luz no natural inundando la habitación, y dudó al darse cuenta de que estaba en la entrada de la habitación sagrada con su puerta medio abierta. Le estaba dando la espalda y sabía que no debería voltearse, que no debería mirar adentro en esta habitación prohibida en este piso prohibido, en el más sagrado de los lugares sagrados de Escalon. Sabía que no tenía derecho a mirar la antigua Espada de Fuego, el objeto sagrado que protegía todo Escalon. Si es que estaba ahí.

Trató de obligarse a alejarse caminando, a no darse la vuelta, a cerrar la puerta sin entrar.

Pero al estar ahí en esta cámara secreta, hervía con curiosidad. No podría alejarse, no ahora al estar tan cerca.

A pesar de que todo en su interior le decía que no lo hiciera, Merk se dio la vuelta lentamente. Tenía que ver con sus propios ojos la leyenda que lo había perseguido toda su vida.

Al darse vuelta lentamente, la luz se volvió más brillante y pronto tuvo que entrecerrar los ojos al asomarse al santuario interior, el lugar más sagrado en Escalon.

Enmudeció y sus ojos se abrieron completamente.

Se quedó inmóvil, sin aliento.

No podía creer lo que veía.



# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Vidar estaba en la cima de las almenas de Volis viendo la nieve caer, estudiando el paisaje y sabiendo que algo andaba mal. Había despertado incluso antes del amanecer y había estado observando desde allí por horas. Todos sus hombres estaba a su lado, esperando.

Le habían preguntado por qué había despertado, qué era lo que esperaba en esta quieta mañana, pero él no supo cómo responder. Era un instinto que había ganado por muchos años de batalla que le decía que se aproximaba la muerte; un instinto que le había ayudado a sobrevivir. Saber de ese instinto había movido a Duncan a dejarlo a cargo de Volis.

Vidar observó el horizonte mientras la mañana aparecía gris y fría, y no vio nada. Había estado tanto tiempo sin moverse, con las manos entumecidas, con los hombres inquietos claramente deseando regresar al calor del fuerte, que ahora empezaba a dudar de sí mismo.

De repente lo vio: una pequeña nube de humo negro que se elevaba en el horizonte y que apenas se distinguía por la nieve. Al mismo tiempo pudo olerlo: el olor en el aire de algo quemándose. Pero esto era más que pino.

Y entonces lo sintió: un temblor; un temblor tan ligero debajo de sus pies que estaba seguro de sentir a pesar de que los otros no lo notaban. Sabía con cada hueso de su cuerpo que esto significaba el avance de un ejército.

¿Pero qué ejército? se preguntaba. Los Pandesianos no estaban cerca y el noreste de Escalon ya estaba liberado. El dragón ya se había ido y no se había visto desde entonces; además un dragón no marcharía por tierra. No tenía sentido. Era como si Escalon estuviera bajo ataque. ¿Pero quién podía atacarlos desde adentro?

Vidar examinó el horizonte pensando en la pequeña cantidad de hombres que Duncan le había dejado para proteger Volis, hombres que Duncan estaba seguro Vidar no llegaría a necesitar. Pero ahora Vidar pensaba con temor en si los necesitaría, en si en realidad tendría que defender este alejado fuerte con unos cuantos hombres. Sabía que era una defensa que no podría mantener. Contra una banda de saqueadores sí, pero no contra un ejército.

Vidar miró a sus hombres, hombres leales que estaban estacionados aquí en medio de la nada, que lo miraban con rostros solemnes tan fríos como el paisaje, y pudo ver en sus ojos que se mantendrían a su lado sin importar nada. Por esto los amaba.

“Cierren las puertas,” le dijo a su teniente con voz tranquila pero fría como el acero. Era un tono serio que hizo que sus hombres lo miraran con sorpresa.

“Todas las mujeres y niños adentro. Sellen ventana y puertas y bajen el portón.”

Sus hombres dudaron por un momento pero después asintieron con solemnidad. Uno le hizo una señal a otro y se escuchó el sonido largo de un gran cuerno, un sonido que parecía llegar hasta el cielo, y Vidar cerró los ojos respirando profundamente apenas creyendo que esto realmente estaba pasando.

Vidar se apresuró a bajar la escalera espiral de piedra con sus hombres siguiéndolo de cerca, bajando de los parapetos y marchando con rapidez por el patio interior de Volis. En todas partes los aldeanos se apresuraban, los vendedores cerraban sus puestos y las mujeres y niños y ancianos corrían hacia sus casas. Las puertas se cerraban con seguro. Vidar pudo sentir el caos y pánico en todas partes, y oró hacia todos los dioses que conocía para que pudiera proteger a estas personas a las que había jurado proteger.

Mientras sus hombres empezaban a cerrar las inmensas puertas y a girar las palancas del portón, Vidar les indicó que esperaran. Quería ir y ver con sus propios ojos qué era lo que se aproximaba.

Vidar salió por las puertas hacia la zona de peligro esperando ir solo, pero escuchó detrás de él cómo algunos de sus hermanos leales se le unían. Cruzaron juntos el puente levadizo con el crujir de la madera bajo sus botas, y al llegar al otro lado Vidar se detuvo y empezó a observar.

Sintió la fría brisa en su rostro pesada con nieve y aún no podía ver nada más que las llanuras nevadas y, en la distancia, la oscura orilla del Bosque de las Espinas.

Pero el retumbar se oyó más y más fuerte y la vibración bajo sus pies se intensificó hasta que sus hombres intercambiaban miradas estupefactas. Ahora ellos también lo sentían y estaban todos claramente confundidos.

Mientras Vidar veía la orilla del bosque, observó cómo empezaba a moverse. Entonces apareció una visión que él nunca se hubiera imaginado ni en sus sueños más descabellados, una imagen que nunca olvidaría.

Vidar parpadeó preguntándose si sus ojos lo estaban engañando. Pero pronto se dio cuenta de que no era así. Era una pesadilla que se hacía realidad.

Ahí, dirigiéndose hacia Volis, estaba un ejército de troles. *Miles* de ellos. Se esparcían en el campo con sus enormes cuerpos deformes, grotescos rostros, sosteniendo alabardas, gritando y cubiertos en sangre. Era un ejército de muerte que se dirigía directamente hacia ellos.

Vidar los observaba con un temor frío. No podía entenderlo. ¿Cómo es que Marda había podido pasar por Las Flamas?

Vidar se vio abrumado por un profundo temor al darse cuenta de que en este día con certeza moriría. Todos morirían. No había ninguna oportunidad de victoria ni siquiera si tuviera a mil buenos soldados con él. Y él apenas tenía una docena.

Pero aun así la idea de su propia muerte no era lo que más le dolía. Lo que le dolía era pensar en esas mujeres y niños adentro. Le dolía la idea de que no podría defenderlos, de que los decepcionaría a todos.

Vidar apretó su mandíbula sintiendo una oleada de indignación. Quería darles a todas estas mujeres y niños un poco más de tiempo en este mundo; y una pequeña oportunidad de sobrevivir. Tal vez, sólo tal vez y si el portón y las paredes de piedra resistían, tal vez podrían resistir un asedio. Aunque en su interior Vidar ya sabía que sería imposible.

“No podremos defender,” dijo la voz grave de uno de sus hombres que también miraba hacia el horizonte. Vidar se enorgulleció al no detectar pánico en la voz del hombre, sino sólo resolución.

“No,” respondió Vidar con honestidad. Después de todo, los hombres muertos merecían saber la verdad. “No podemos.”

Vidar respiró profundo.

“Pero podemos morir peleando,” añadió con una voz que crecía con determinación, “y tal vez nos llevemos a algunos con nosotros.”

Vidar se dio la vuelta y vio a sus hombres en las almenas. Todos miraban hacia abajo esperando sus órdenes. Vidar supo que este era el momento en su vida para el que había nacido.

“¡Preparen las almenas!” gritó. “¡Preparen el aceite y el fuego! ¡Tensen las catapultas! ¡Disparen a mi orden!”

Vidar miró a su escudero, un muchacho joven que siempre había estado a su lado pero que ahora lo miraba con miedo en sus ojos.

“Sellen el portón detrás de mí,” ordenó.

Su escudero lo miró con sorpresa.

“¿Y tú te quedarás afuera?” le preguntó. “¿Solo? ¡Te matarán!”

Vidar le puso una mano consoladora en el hombro.

“Todos moriremos, muchacho,” le dijo. “La única pregunta es cómo. Ahora vete.”

“Y ustedes hombres,” añadió viendo a los leales soldados a su lado. “Vayan adentro.”

Pero ellos negaron con la cabeza.

“Como dijiste,” respondió uno, “la única pregunta es cómo.”

Todos sacaron sus espadas quedándose a su lado y encararon valientemente al ejército que se avecinaba. Vidar les hizo una señal de respeto y sintiendo una admiración por estos hombres como la que nunca había sentido. Sería bueno morir en tal compañía.

El muchacho hizo como se le ordenó. Pronto, Vidar escuchó el gran portón de hierro cerrarse detrás de él, dejándolo fuera del fuerte y sin poder abrirse. Vidar sacó su espada apreciando sus detalles. Esto le dio fuerza.

Vio cómo el ejército se acercaba estando ya a unos cien pies de distancia.

“¡CATAPULTAS!” ordenó. “¡AHORA!”

Vidar observó mientras encima de él pasaron una docena de rocas encendidas, volando por el cielo y cayendo sobre el ejército de troles que se acercaba. Gritos llenaron el aire mientras cientos de troles gimieron y cayeron.

Pero aun así miles más continuaban; muy cerca y muy rápido como para volver a ser alcanzados por las rocas.

Vidar sacó su espada y esperó. Sintió cómo la tierra se estremecía debajo de él mientras se acercaban. Mantuvo su posición aferrándose a su espada y supo que no podría matar a muchos. Pero los que matara sería suficiente. Eso era todo lo que quería. Quería matar a la primera víctima él mismo y morir dando pelea.

Se acercaron. Treinta yardas, veinte, diez; tan cerca que Vidar pudo detectar el rostro del líder, el trol cuyo nombre era Vesuvius y que se miraba grotesco lleno de sangre mientras sostenía dos alabardas como si fueran palillos.

Con el ejército a unos cuantos pies, Vidar ya no pudo esperar. Dejó salir un grito de batalla y avanzó.

“¡HOMBRES!” gritó. “¡POR EL HONOR!”

Sus hombres gritaron también y avanzaron junto a él sacando sus espadas. Unos cuantos contra mil.

Vidar corrió directo hacia su líder y Vesuvius dejó caer sus alabardas. Vidar las bloqueó haciendo que volaran chispas y su peso fue tan poderoso que rompió su espada.

Un momento después, Vidar jadeó al sentir que Vesuvius le encajaba la punta de su alabarda en el estómago. Nunca había tenido un dolor tan exquisito, un dolor tan intenso que no pudo respirar ni pensar. Por fin supo que así era como se sentía la muerte.

Cualquier otro soldado se habría rendido. Pero no Vidar. Pensó en Duncan. Pensó en su juramento. Pensó en las mujeres y niños dentro de Volis. Se rehusaba a rendirse. No se rendiría hasta que matara a alguien.

Vidar pensó en todas las batallas que había peleado al lado de Duncan y no estaba listo para morir; aún no.

De alguna manera, Vidar sacó fuerzas; lo suficiente para un último golpe.

Y entonces, incluso mientras moría, levantó la punta afilada de su espada rota y la encajó en el pecho de Vesuvius.

Y mientras Vidas se desplomaba muriendo, al menos tenía una última pizca de satisfacción: Vesuvius, con la espada rota en el pecho, caía junto con él. Eran dos cuerpos inmóviles en el campo de batalla nevado y aplastados por el ejército que se apresuraba hacia las puertas, que se apresuraba a destruir todo lo que Vidar había conocido y amado.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El bebé dragón estaba atado con cuerdas en el poste en el patio del fuerte Pandesiano, en horrible agonía por sus heridas y ahora también en desesperación. Sentía dolor en todo el cuerpo, en donde las cuerdas se encajaban en sus escamas, en donde su espalda se frotaba contra el poste, y en tanta agonía que deseaba nunca haber salido del cascarón. Entonces se dio cuenta de que la vida era cruel.

Pero esto no era lo que más le dolía. Lo que le dolía más que sus heridas era lo que estaba frente a sus ojos: su padre, derribado y muerto.

Recordó su sentimiento de orgullo al ver a su padre volar sobre el fuerte matando a sus captores, batiendo sus impresionantes alas y oscureciendo el sol. Aún recordaba el calor de las flamas, flamas que esperaba poder crear el mismo un día, olas de fuego que caían como lluvia. Había sentido justicia y vindicación al ver que su padre mataría a todos estos hombres. Pero lo más conmovedor era saber que su padre lo hacía por él, por rescatarlo a él. Esto le había dado un sentimiento de amor y orgullo mayor a lo que él creía posible. Por primera vez no se había sentido sólo desde que había nacido en este universo. Había chillado tratando de unírsele y hacer que su padre estuviera orgulloso.

Su padre había estado tan cerca de salvarlo con sus garras extendidas; había anticipado el sentimiento de su padre liberándolo y volando junto con él. Había estado a unos cuantos pies de la libertad, de que los dos se alejaran volando en seguridad.

Pero en vez de eso, había sido obligado a ver con impotencia cómo los soldados llevaban a su padre a una trampa, obligándolo a bajar y atrapándolo en esa red. Su corazón se rompió al ver caer a su padre de frente en la tierra. El último cuchillo en su corazón fue ver a esos soldados cobardes acercarse juntos rodeando a su padre y apuñalándolo hasta la muerte. Había sentido cómo la fuerza vital de su padre desaparecía y esto lo había destrozado.

El bebé dejó salir un chillido tan fuerte como sus pequeños pulmones se lo permitieron, un chillido de agonía y desesperación, de una criatura que ya no tenía nada que perder. Mientras chillaba más y más fuerte, algunos de los soldados que seguían apuñalando a su padre empezaron a notarlo y se dieron la vuelta. Mientras chillaba, el sentimiento dentro de él empezó a cambiar: la desesperación fue reemplazada por rabia y la tristeza por furia. La agonía por la muerte de su padre le hizo olvidar sus heridas y su dolor. Esto lo cegaba y le daba una fuerza que no podría tener de otra manera.

Mientras se echaba para atrás retorciéndose, de repente y para su sorpresa escuchó un chasquido. Después otro.

No necesitaba ver para saber qué estaba pasando: estaba rompiendo las cuerdas. Una a una se fueron rompiendo mientras el bebé dragón se empezaba a llenar con una fuerza que no conocía. Las cuerdas que quedaban se aflojaron y, agachándose, mordió una con sus afilados dientes.

Después otra.

Finalmente se agachó, sacó sus alas y, en un último esfuerzo, rompió las restantes.

Los soldados lo miraron al darse cuenta y empezaron a dirigirse hacia él. Se acercaron lentamente levantando sus armas con cuidado, con una mirada que mostraba su incertidumbre. Mientras se acercaran, él se hizo para atrás abriendo la boca y rogando poder respirar fuego.

Para su sorpresa, esta vez pudo crear una corriente de fuego. Este era un fuego fundido diferente al que había respirado antes, un fuego que provenía de la profundidad de su alma. Esta vez llegó más y más lejos mientras se extendía en olas. Mató a una docena de soldados Pandesianos de manera

instantánea y sin darles oportunidad de escapar.

El dragón saltó de la plataforma en el aire y, mientras empezaba a caer al suelo, batió sus alas con todas sus fuerzas y se alegró al ver que le habían crecido y que ya podía controlarlas. Aleteó más y más fuerte y pronto pudo estabilizar su caída. Después empezó a volar.

Al principio su vuelo era lento y torpe. Pero pronto tuvo fuerza y velocidad y empezó a surcar en el aire. En realidad estaba volando. Era un sentimiento incomparable.

Voló más y más alto alejándose de los pasmados soldados y esto lo puso eufórico. Era libre. Delante de él estaba el horizonte abierto y las nubes y la libertad. Había sobrevivido. Podía ir a cualquier parte del mundo que él deseara. Podía controlar todos sus movimientos; bajar y elevarse, dar vueltas y girar. Sus garras también se sentían más fuertes pudiendo sacarlas y guardarlas, sintiéndose invencible y deseando cortar algo.

Miró hacia abajo hacia los soldados y escuchó el llamado de la venganza. Después de todo, el cuerpo de su padre estaba ahí abajo y él era el hijo de su padre.

Se dio la vuelta y bajó hacia el fuerte en el que había sido aprisionado y torturado, conociendo los riesgos pero sin que esto le importara. Batió sus alas y emitió un chillido; ya no el chillido de un bebé, sino el chillido de un dragón. Bajó volando imposiblemente rápido. Mientras los soldados miraban hacia arriba, él abrió la boca y respiró, arrojando olas de calientes flamas que se extendían y mataban a cientos a la vez.

El pánico se extendió mientras los gritos de los hombres llenaban el aire. Corrieron para cubrirse, pero no había escapatoria. Él era muy rápido, muy ágil, lo suficientemente pequeño para pasar por lugares angostos, y su pequeño truco con la red ya no les serviría. Algunos soldados trataron de arrojarle lanzas, pero estas simplemente rebotaron en sus escamas. Bajó y les respondió arrojándoles fuego, y cualquier soldado que escapaba de su fuego moría a manos de sus garras. A un soldado, un hombre que recordaba lo había torturado, lo tomó y lo elevó más y más alto hasta que estuvo encima de la estaca. Entonces lo soltó.

Miró con satisfacción cómo el hombre caía gritando y era atravesado por la estaca.

Chilló con todas sus fuerzas y pronto este era un sonido que ni siquiera él podía reconocer. Era el sonido de un dragón que maduraba muy rápido.

De un dragón listo para conquistar el mundo.

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Duncan cruzaba el patio de la capital al amanecer con una sensación de optimismo que no había sentido en mucho tiempo. Finalmente era un nuevo día en Escalon, un día que cambiaría su vida y el destino de su tierra natal para siempre. No había dormido desde su encuentro con Tarnis al estar lleno con una sensación de triunfo y anticipación. Pensó en la inminente tregua, el pacto que estaba por hacer con Pandesia, y se dio cuenta de que había logrado todo lo que se había propuesto para su pueblo y más. Sentía que caminaba hacia la historia. De una vez por todas, Escalon sería libre.

Duncan marchó rápidamente con Kavos, Bramthos, Seavig, Arthfael, sus Brandon y Braxton y todos sus comandantes a su lado, con sus cientos de guerreros detrás de ellos que llenaban las calles vacías de la ciudad al amanecer. El sonido de sus armaduras hacía eco en las paredes y patios y plazas, y sus botas marchaban sobre el adoquín con perfecto ritmo. Eran una fuerza unificada, los ya legendarios hombres que habían liberado Escalon a pesar de las probabilidades. Este sería un gran día para todos ellos.

Duncan miró a Tarnis que marchaba junto con ellos, preparado para ayudar a preparar la tregua, y pudo ver por su honesta expresión que estaba deseoso de hacer una compensación por los errores de su pasado, por haber dejado entrar a Pandesia, y ahora queriendo arreglar las cosas. Duncan siempre había sabido muy en su interior que Tarnis en realidad era un buen hombre.

Pasaron por el inmenso arco de piedra y finalmente entraron en la plaza de la ciudad. Al hacerlo, Duncan miró hacia enfrente y se alegró por lo que vio. Ahí, tal y como Tarnis había prometido, estaba el gobernador Pandesiano solo y esperándolo, con la ceremonial espada negro y blanco de rendición y con sus manos levantadas. El corazón de Duncan se aceleró. Todo lo que Tarnis había prometido era verdad.

Animado, Duncan marchó hacia el centro de la plaza. A uno de sus lados iban Kavos y sus dos hijos y del otro lo acompañaban Seavig y Tarnis, listos para aceptar la rendición de Pandesia y pactar una tregua que durara para siempre.

Finalmente se detuvieron y Duncan estaba a unos diez pies del gobernador Pandesiano. La plaza estaba en un silencio que era casi incómodo. El gobernador lo miró, un representante de Pandesia, alguien que había invadido su país, que había hecho de sus vidas un infierno, y Duncan, cara a cara con el enemigo, se obligó a contener su furia.

Duncan esperó en silencio. Después de todo, eran los Pandesianos los que habían pedido la tregua y por tanto los que debían empezar a hablar.

Finalmente y después de un largo e incómodo silencio, el gobernador, un hombre delicado en un elegante vestido que sudaba a pesar de la fría mañana, se acercó. Sus ojos temblaban con nerviosismo en su cabeza y Duncan esperaba que se acercara y le diera la espada ceremonial; pero en vez de eso y para la sorpresa de Duncan, el gobernador le dio vuelta a la espada y la tiró al piso.

Duncan enrojeció.

“Eso es un insulto,” dijo Duncan desconcertado.

El gobernador le sonrió.

“Excelente,” le respondió.

De repente, el patio se llenó del sonido de armaduras y botas marchando desde todas partes. Duncan se volteó y se sorprendió al verse rodeado completamente por una división de soldados Pandesianos, miles de hombres marchando de manera coordinada en todas partes del patio y que

entraban atravesando los arcos y por cualquier parte posible. Escuchó el sonido de arcos que se tensaban y volteó hacia las almenas, en las que vio a miles de hombres más que le apuntaban con flechas. Pero incrementando su asombro, estos estaban vestidos con los colores de Escalon. Duncan entrecerró los ojos y se dio cuenta de que portaban la insignia rojo y negro de Baris. Pero no pudo ver a Bant entre ellos.

Duncan apretó el agarre de su espada y apretó los dientes furioso al empezar a darse cuenta de lo profunda que había sido la traición. Estaba estupefacto al ver que sus propios compatriotas le daban la espalda, e impactado al ver que había llevado a sus hombres a una trampa.

Los hombres de Duncan se movían nerviosos en todas direcciones al darse cuenta también de que estaban rodeados, y Duncan se volteó furioso hacia Tarnis al saber que lo había vendido. Pero Duncan se sorprendió al ver que el rostro de Tarnis también estaba pasmado. Duncan siguió su mirada y vio que Enis salía del lado Pandesiano parándose al lado del gobernador y todo se volvió claro: Enis había planeado todo esto. Había vendido no sólo a Duncan y a sus hombres, sino también a su propio padre.

Duncan se congeló al ver que, por primera vez en su vida, alguien había sido más hábil que él. Tal vez podrían pelear con los hombres que los rodeaban incluso siendo superados en número, pero con todos esos arcos apuntándoles ni siquiera se podían arriesgar a sacar sus espadas.

Enis se acercó con una mueca de satisfacción en su rostro, se puso enfrente de Duncan y lo encaró. “Bien,” dijo Enis finalmente rompiendo el tenso silencio, “tuviste tu oportunidad. Ahora yo me he convertido en Rey.”

Duncan frunció el ceño sintiendo repulsión por el muchacho.

“Mi muchacho, ¿qué has hecho?” preguntó Tarnis con una voz lastimada y pareciendo mucho mayor.

Duncan vio un genuino horror, un sentimiento de traición en el rostro de Tarnis, y se dio cuenta de que, al menos, Tarnis no había colaborado con su hijo. Claramente no sabía nada de esto.

“Yo no hice nada peor que tú, padre,” respondió Enis, “cuando los dejaste pasar por las puertas. Yo simplemente termino el trabajo que tú empezaste. Tu tiempo ha pasado; ahora es mi turno. Tú tienes tu forma de negociar y yo tengo la mía. Parece que la mía es mucho más eficiente. Todo lo que tuve que hacer fue entregar a un hombre y sus hombres para asegurar nuestras fronteras. Un buen trato, ¿no te parece?”

Duncan se enfureció.

“Tú eres peor que tu padre,” le dijo hirviendo. “Tarnis al menos trató de ayudar a nuestro país. Pero tú, tú has hecho un pacto con tus compatriotas para emboscar a tu propia gente. Y no por el deseo de paz sino para conseguir una posición. Tu padre lo hizo por seguridad, pero tú lo haces por poder.”

Kavos apretó la quijada tomando con más fuerza su lanza.

“Te lo advertí, Duncan,” dijo con una voz llena de rabia. “Te dije que los mataras a todos.”

“El tiempo de hablar a terminado,” interrumpió Enis mirando a Duncan. “Bajen sus armas ahora y perdonaré a sus hombres. Resístanse y miren hacia arriba: todos morirán antes de que puedan sacar sus espadas. No hay otra opción.”

Duncan miró a su alrededor, rabioso, sabiendo que tenía razón. Como soldado, deseaba pelear de todos modos, incluso con flechas penetrando su cuerpo y peleando hasta la muerte; pero como comandante de estos hombres y ahora como su Rey, se sintió responsable. No podía sacrificar las



vidas de todos estos hombres. Lo seguirían a todas partes, pelearían en cualquier parte por él, y él no podía traicionar esa sagrada confianza.

Duncan bajó su espada lentamente y, uno a la vez, el aire se llenó con el sonido de hombres bajando sus espadas y poniéndolas en el piso de piedra. El patio se llenó con el sonido de miles de piezas de metal chocando contra el suelo.

Sólo Kavos seguía sosteniendo su arma, temblando de coraje.

“Kavos,” dijo Duncan suavemente.

Le dio a Duncan una mirada dura y larga y, finalmente y de mala gana, la dejó caer también.

La sonrisa de Enis se amplió con satisfacción.

“Hijo, no puedes hacer esto,” dijo Tarnis con un tono paternal, acercándose y poniéndole una mano en el hombro. “Es deshonesto. Yo negocié una tregua en mi nombre. Tú lo has deshonrado.”

“Tu nombre ya estaba deshonrado, padre,” respondió Enis. “Pero el mío, por otro lado,” dijo mientras se acercaba sacando un puñal secreto y apuñalando a su padre en el corazón. “El mío vivirá por siempre.”

Tarnis gimió y se colapsó en el suelo a los pies de Duncan.

Duncan se quedó horrorizado sin creer lo que acababa de ver. Un padre asesinado por su propio hijo, todo por el deseo de poder. A pesar de su desaprobación por Tarnis, él no merecía morir de esa manera.

Duncan, rabioso, se acercó para tomarlo pero, de repente, sintió que era jalado hacia atrás mientras los soldados Pandesianos lo rodeaban y lo inmovilizaban. Duncan se sacudió con todas sus fuerzas pero no podía liberarse, mientras observaba la pesadilla enfrente de él. Estaba furioso, más que nada, consigo mismo. Kavos había tenido razón todo el tiempo. ¿Por qué había confiado en ellos?

“¡Pagarás por esto!” gritó Duncan.

“No lo creo,” Enis sonrió.

De repente salió Bant desde el lado Pandesiano. Se acercó y le hizo una mueca a Duncan.

“Parece que ya no puedes seguir protegiendo a tus polluelos,” se burló.

Bant entonces se acercó hacia Brandon y Braxton que eran detenidos por soldados Pandesianos y se burló de ellos a unos pies de distancia.

“¿Ya no son tan valientes sin que su padre los proteja?” les preguntó.

Y entonces, antes de que Duncan pudiera reaccionar, Bant levantó una espada apuñalando a Brandon y después a Braxton en el pecho.

Duncan sintió cómo si él mismo hubiera sido apuñalado al ver a sus dos hijos desplomarse.

“¡NO!” gimió Duncan.

Se sacudió con todas sus fuerzas sintiendo que moría pero incapaz de liberarse, y de repente sintió un guante metálico que lo golpeaba en el rostro dejándolo inconsciente. Y mientras su rostro golpeaba la piedra cayendo al lado de sus dos hijos muertos, con su mundo volviéndose oscuro, tuvo un pensamiento final:

¿Kyra? ¿Dónde estás?

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Aidan corría por las calles de Andros en el amanecer con Blanco a su lado, jadeando por aire mientras corría pero sin querer detenerse. Pasó por una calle tras otra recorriendo la ciudad sin importarle el dolor de sus pulmones y el ardor en sus piernas. Después de ver a esos dos hombres en el callejón planeando traicionar a su padre, estaba más desesperado que nunca por encontrarlo y advertirle. Pero ahora que era de mañana, el corazón de Aidan se desplomó al saber que no quedaba mucho tiempo. Corrió incluso más rápido ignorando el dolor.

Aidan corría y corría pasando las pequeñas plazas, entrando en callejones y después entrando en otra plaza. Trató de seguir las direcciones que las personas le habían dado después de preguntarles a tantos como había podido. Siguió las señales de las calles talladas en los edificios de piedra y que apenas se podían leer con las antorchas. La ciudad estaba tan quieta y tan pacífica antes de la mañana que era difícil creer que pronto sería un caos.

Aidan se detuvo a descansar mientras salía de un callejón y trató de recuperar el aliento. Se limpió sudor de la frente con la mano sin estar seguro a dónde ir y sin saber si iba en la dirección correcta; cuando de repente lo escuchó. Era el inconfundible sonido de botas marchando, de armaduras resonando. Era un ejército: el ejército de su padre. Y estaba justo detrás de esos muros.

Aidan atravesó la plaza corriendo de nuevo con determinación, corriendo tan rápido que apenas podía respirar y con Blanco siguiéndolo a su lado. Finalmente y después de pasar por una serie de arcos, giró por un callejón y salió viendo un gran arco abierto; y lo que vio del otro lado lo dejó perplejo. Había una gran plaza, la más grande de la capital, y en medio de ella vio que estaba su padre de pie, orgulloso, guiando a cientos de soldados.

Aidan se apresuró y estaba a punto de pasar cuando algo lo hizo detenerse. Se quedó en la orilla, en las sombras, mientras miraba algo más: miles de soldados más vestidos de amarillo y azul rodeando a su padre. El corazón de Aidan dio un salto al darse cuenta de quienes eran: Pandesianos.

Se dio cuenta en asombro de que su padre ya había sido traicionado.

Aidan observó con horror al ver a su padre y sus hombres bajar sus armas; al ver a su padre detenido; y, más que nada, al ver a sus dos hermanos junto a su padre ser apuñalados en el corazón.

“¡NO!” Aidan gritó.

Empezó a correr hacia la plaza para ayudar a su padre y sus hermanos, para tomar cualquier espada que pudiera encontrar y matar a tantos soldados como pudiera.

Pero una fuerte mano de repente lo tomó por el rostro, cerrándole la boca y silenciándolo. Lo hizo hacia atrás impidiendo su carrera. La palma era carnosa y húmeda con sudor, la palma de un hombre obeso, pero al mismo tiempo fuerte y lo suficiente para detenerlo. Aidan se sorprendió al ver que Blanco no gemía ni lo ayudaba; pero entonces se dio cuenta por qué al mirar con asombro: era Motley.

Aidan, lleno de angustia y desesperado por ayudar a su familia, trató de liberarse.

“¡Déjame ir!” trató de gritar entre los dedos de Motley.

Pero Motley lo apretó aún más y negó con la cabeza.

“Si lo hago, terminarás como ellos,” le respondió con firmeza jalándolo hacia las sombras.

Aidan trató de resistirse con todas sus fuerza, pero Motley era muy fuerte.

“Esa no es la manera,” le dijo Motley. “Guarda silencio o harás que no maten a los dos y entonces no podrás ayudar a tu padre ni a sus hombres.”

Aidan trató de resistirse, pero no tenía caso. Sintió lágrimas que bajaban por sus mejillas al revivir la imagen de sus hermanos siendo asesinados.

“Hay otra forma,” le instó Motley con una voz ferviente que usaba por primera vez desde que lo había conocido. “Una manera más sabia. No mueras aquí. Vive para pelear otro día. Yo te ayudaré.”

Pero Aidan pensó en su familia del otro lado del muro necesitando su ayuda, pensó en lo mucho que había viajado simplemente para ser detenido tan cerca, y se sacudió tratando de liberarse aunque muy en su interior sabía que Motley tenía razón.

“Lo siento,” dijo Motley. “No quiero hacer esto. Pero si no lo hago significará tu muerte.”

Motley puso un trapo en la boca de Aidan y entonces se lo echó sobre el hombro. Aidan trató de gritar, pero no podía; pateó y se sacudió, pero Motley era muy fuerte.

Antes de saber qué estaba pasando, Aidan ya estaba rebotando como un saco de patatas en el hombro de Motley mientras Motley corría alejándose de la plaza por callejones oscuros y con Blanco a su lado. Motley, que era muy obeso, se sentía abrumado por el esfuerzo. Pero, para su crédito, nunca dejó de correr. Logró alejarse mucho de la plaza, lejos de la muerte de sus hermanos, lejos de la emboscada a su padre, lejos de la miseria y de todos los eventos que Aidan supo cambiarían su vida para siempre mientras se alejaba hacia otro mundo.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Anvin hacía guardia en la Puerta del Sur con Durge y sus hombres detrás de él. Y mientras el sol se elevaba en el cielo arrojando su calor sobre esta franja del desierto, apretaba y aflojaba el agarre en su espada. Era un viejo hábito, uno al que siempre recurría cuando se acercaba el peligro. Y mientras miraba el horizonte con nerviosismo, vio que se acercaba el mayor peligro de su vida.

El ajeteo se hacía más fuerte como ya lo había estado haciendo por horas mientras el horizonte se llenaba de un mar negro de infantería que cargaba la bandera amarillo y azul de Pandesia. Detrás de ellos había filas de caballería y, detrás de estos, filas de elefantes, rinocerontes, y otras bestias que no pudo conocer, todas cabalgadas por soldados. La infantería traía toda clase de armas y marchaban en una perfecta y aterradora disciplina. El sonido de sus botas era consistente como un latido; minuto a minuto, hora tras hora, sin romper filas, sin ir más lento ni más rápido. Esto era lo que lo aterraba más: la disciplina. Nunca había visto tal disciplina, especialmente en un ejército de este tamaño, y sabía que esto no era una buena señal. Una disciplina como esta combinada con números como esos podían destrozar cualquier cosa. Sólo podía imaginarse los exactos y crueles estándares que usaban los comandantes Pandesianos para mantener esto.

Era como si la mitad del mundo marchara en esta dirección. Las filas y filas de soldados marchaban a través de los Campos de Minerales, con sus botas y armaduras ahora cayendo fuertemente creando un pequeño temblor. Era inconfundible: todos ellos eran el peso del mundo yendo hacia la Puerta del Sur; directamente hacia él.

Anvin se dio la vuelta y vio hacia el Mar de los Lamentos hacia un lado y al Mar de las Lágrimas del otro, sin hallar ningún consuelo. Los océanos también estaban llenos de barcos negros que venían hacia él. Escalon estaba siendo aplastada y rodeada por todos lados. No había duda: la gran invasión había empezado.

Anvin había esperado esto; pero también había esperado que Duncan y sus hombres estuvieran con ellos cuando esto pasara. La Puerta del Sur podría resistir, pero él no podía hacerlo solo y no podría cubrirse los flancos sin ayuda. Necesitaba a Duncan y a sus hombres. Y aunque Duncan había jurado estar aquí, no se veía por ninguna parte.

“¿Y dónde estás tú Duncan ahora?”

Anvin miró a Durge que lo veía con ojos fríos y duros, lastimado por la traición. Sus hombres también miraban a Anvin con la misma expresión sombría. Anvin miró sobre su hombro como ya lo había hecho unas mil veces, buscando en el horizonte hacia las llanuras desiertas de Thebus, esperando que Duncan apareciera con su ejército en cualquier momento y cumpliera su juramento.

Pero al hacerlo, Anvin se quedó descorazonado al no ver nada. Había estado observando desde el amanecer convencido de que Duncan no lo decepcionaría. Nunca en todos sus años juntos había Duncan roto un juramento ni lo había abandonado. Pero ahora el sol ya marcaba el mediodía y no se miraban los refuerzos. Anvin sabía que si no habían venido ya es porque no vendrían. Duncan los había abandonado para morir.

“Lo juraste,” dijo Durge con voz temblorosa llena de furia. “Juraste que los hombres de Thebus no serían traicionados de nuevo.”

“Duncan vendrá,” insistió Anvin deseando poder creerlo.

Durge lo miró con enojo.

“Te aferras a tus sueños,” respondió Durge. “Ya ha pasado la hora. Estamos solos y moriremos

aquí.”

Anvin apenas sabía qué decir. El que Duncan no llegara también significaría su muerte.

“Él no nos abandonaría,” Anvin insistió. “Si no viene, sólo puede significar una cosa: fue capturado o asesinado.”

Thebus se encogió de hombros sin que le importara.

“Y eso es muy consolador para mí,” respondió.

A pesar de la muerte que venía marchando por él, Anvin sentía más preocupación por Duncan que era como un hermano para él. El que Duncan no estuviera aquí significaba que había sido traicionado, capturado o asesinado. Y si eso había pasado entonces todo Escalon estaba perdido. Habían apostado y habían perdido.

Anvin empezó a darse cuenta de que Duncan no vendría. Estaría solo junto con estos pocos hombres tratando de defender la Puerta del Sur contra las hordas del mundo.

Pero de alguna manera esto no lo hizo sentir miedo ni remordimiento. En vez de eso, sintió gratitud, gratitud por que se le haya permitido hacer una última defensa en su vida, de morir con una espada en la mano mientras se enfrenta con valentía y con una justa causa en su espalda a un enemigo que lo supera en número. Era todo lo que un guerrero podía desear. El honor a veces venía con un precio y este era, en realidad, el precioso peso del honor.

La marcha se escuchaba más fuerte. Sonaron una serie de cuernos ensordecedores y Anvin vio que la infantería empezó a trotar y después a correr. La distancia se hacía más corta; ahora estaban a varias cientos de yardas de distancia.

“No moriré acobardándome tras esta puerta,” dijo Durge.

Anvin vio su expresión y lo entendió inmediatamente al tener el mismo sentimiento al mismo tiempo.

“¿Abrimos las puertas?” Anvin preguntó.

Por primera vez desde que se conocieron, Durge sonrió ampliamente.

“Abramos las puertas,” repitió él.

Se dio la vuelta haciéndoles una señal a sus hombres y, para su crédito, los hombres abrieron las puertas sin dudar al parecer pensando lo mismo y sin mostrar miedo. Les dieron vuelta juntos a las palancas y muy lentamente las cadenas empezaron a moverse haciendo que la puerta se elevara más y más.

Al abrirse lo suficiente, Anvin pasó por ella con Durge a su lado; dos jefes militares veteranos, dos hombres que lo habían visto todo y que habían dedicado sus vidas a Escalon, dos hombres que podían comandar ejércitos por derecho propio. Se quedaron de pie al otro lado de la puerta, sin protección, cada uno a lado, encarando a las hordas que se abalanzaban sobre ellos con un retumbar ensordecedor. Se miraban orgullosos y seguros y ninguno de los dos miraba hacia atrás.

Anvin escuchó botas en la grava y se enorgulleció al ver que uno a uno los hombres se les unían de este lado de la puerta. Ninguno dudaba. Todos habían nacido para este momento.

Mientras Anvin miraba hacia las nubes de polvo entrecerrando los ojos por el sol, pensó en su vida y en su familia en Volis. Pensó en sus amigos, en sus hijos. Pensó en Duncan. Pensó en Kyra y en lo mucho que la admiraba y en cómo siempre había sido un mentor para ella. Y por alguna razón, con sus pensamientos finales, deseó que ella lograra sobrevivir; que viviera para vengarlo.

Las hordas se acercaron ahora a unas cien yardas de distancia haciendo que el suelo retumbara, y Anvin sacó su espada, con el sonido distintivo aun pudiendo escucharse sobre el ruido, mientras

Durge y los otros sacaron las suyas también. Ninguno de ellos miró hacia atrás. Se quedaron todos en campo abierto sin ninguna puerta enfrente de ellos, desprotegidos. Les daban la bienvenida. Estaban listos para aceptar sus destinos.

“¡HOMBRES DE ESCALON!” gritó Anvin. “¡POR LA LIBERTAD!”

Todos dejaron salir un grito cuando de repente Anvin empezó a correr. Él no esperaría al enemigo; en vez de eso, se apresuraría a recibirlo. Sus hombres lo siguieron de cerca, unos cuantos contra un millón, dirigiéndose hacia la batalla y hacia la muerte y hacia el glorioso éxtasis del honor.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Kyra cabalgaba a Andor con Leo a su lado mientras avanzaba por el espeso bosque de Ur bajo la luz de la mañana, atormentada por sus visiones y determinada a llegar con su padre a tiempo. Vio el rostro de su padre al recordar la visión en la que lo mataban y cerró los ojos tratando de sacudirse la imagen. También vio a Theos yaciendo muerto y oró porque todo esto fuera una ilusión, una prueba más. Pero muy dentro de ella sabía que no lo era.

Kyra siguió cabalgando como ya lo había hecho por horas, sabiendo que la capital aún estaba muy lejos pero determinada a cruzar todo Escalon. No se detendría hasta llegar con él. Escuchó la advertencia de Anvin haciendo eco en su mente, pidiéndole que no se fuera, y trató de sacudirse esto también. Pero no podía sacudirse su propia premonición de que se estaba dirigiendo hacia el peligro. Esto no le importó; si su padre estaba muerto, entonces no tendría razón para vivir.

Kyra cabalgó bajando la cabeza e incrementando la velocidad, exigiéndose tanto de ella como podía, cuando de repente algo llamó su atención en la luz matutina. Alcanzó a ver algo que brillaba en el bosque y, al observar, vio un estanque que reflejaba la luz. De pie sobre este y en una hermosa cota de malla plateada, se sorprendió al ver que era Kyle, con su largo cabello dorado hasta la cintura y mirándola con sus encantadores ojos grises. El muchacho que la había salvado; el muchacho en el que no había sido capaz de dejar de pensar.

Él extendió una mano mirándola a los ojos.

“Kyra,” le dijo. “Ayúdame.”

Kyra, hipnotizada por su voz y por sus ojos, no tuvo elección. Jaló las riendas sin pensarlo deteniendo a Andor. Desmontó rápidamente y corrió por el claro del bosque hasta el estanque para ayudarlo.

Kyra se detuvo a unos pies de distancia de él y vio que el sol matutino se quedaba atrapado en sus ojos, emanando tal belleza y amor que ella apenas podía respirar.

“¿Estás herido?” preguntó ella.

“Te necesito,” le respondió.

Ella sintió que había algo diferente en él, en su voz. Había algo diferente en sus manierismos, en su expresión, algo que ella no podía captar del todo.

Ella lo miró detenidamente, confundida.

“¿Qué te ha pasado?” preguntó ella preocupada. Ella le debía la vida y haría cualquier cosa por ayudarlo.

Kyle quitó una mano de su pecho y, al hacerlo, Kyra se horrorizó al ver que estaba cubierta en sangre.

“¿Quién te hizo esto?” dijo ella sin aliento y preguntándose si estaba muriendo.

Ella inmediatamente arrancó un pedazo de tela de su ropa y lo puso sobre su pecho con ambas manos presionando sobre la herida. Ella lo examinó esperando que se llenara de sangre, pero se sorprendió al ver que no había sangre en la venda. Volteó hacia la herida y ahora estaba completamente curada.

Kyra volteó hacia Kyle perpleja y, para su asombro, ya no veía el rostro del muchacho. En su lugar vio el rostro de una anciana demacrada portando la armadura amarillo y azul de Pandesia. Se burló de Kyra con una sonrisa llena de odio y, mientras sacaba un objeto brillante y Leo empezaba a gruñir, Kyra se dio cuenta muy tarde de que había sido engañada. Después de todo no era Kyle, sino

un poderoso cambiaformas.

Al mismo tiempo, Leo y Andor avanzaron rápidamente para protegerla lanzándose sobre la mujer; pero la mujer simplemente levantó una mano arrugada y, al hacerlo, ambos se colapsaron en el suelo del bosque, inmóviles.

Kyra estaba muy aturdida para reaccionar cuando vio un objeto brillante. Un momento después y antes de que pudiera procesarlo todo, sintió la agonía de una afilada navaja entrando por su piel a su estómago, más y más profundo, hasta que ya no pudo respirar. Nunca antes había sentido un dolor como este.

Kyra gimió derramando sangre e incapaz de pensar por el intenso dolor.

“Saludos,” dijo la mujer, “de Pandesia.”

La mujer se carcajeó mientras Kyra caía en el suelo inmóvil. Se quedó ahí perdiendo fuerza con cada momento que pasaba, apenas consciente de lo que pasaba a su alrededor. Mientras sangre salía por su boca y sentía que abandonaba este mundo, un pensamiento final pasó por su mente:

Perdóname, Padre.



**¡Próximamente!**

**Libro #4 de Reyes y Hechiceros**

**¿Quieres libros gratis?**

¡Suscríbete a la lista de emails de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 2 mapas gratis, 1 app gratuito y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita: [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com)

# Libros de Morgan Rice

## **REYES Y HECHICEROS**

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

## **EL ANILLO DEL HECHICERO**

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

## **LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

## **EL DIARIO DEL VAMPIRO**

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

TRAICIONADA (Libro # 3)

DESTINADA (Libro # 4)

DESEADA (Libro # 5)

COMPROMETIDA (Libro # 6)

JURADA (Libro # 7)

ENCONTRADA (Libro # 8)

RESUCITADA (Libro # 9)

ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)